Marcel Proust

UN AMOR DE SWANN

Para formar parte del «cogollito», del «grupito», del «pequeño clan» de los Verdurin, bastaba una condición que también era indispensable: había que prestar adhesión tácita a un Credo, uno de cuyos artículos era que el joven pianista protegido aquel año por Mme. Verdurin y del que ella decía: «¡No debería estar permitido saber tocar a Wagner así!», «se cargaba» de un golpe a Planté[1] y a Rubinstein[2], y que el doctor Cottard tenía más diagnóstico que Potain[3]. Toda «nueva recluta» a quien los Verdurin no lograran convencer de que las veladas con gente que no iba a las suyas eran aburridas como la lluvia, se veía inmediatamente

excluida. Como en este punto las mujeres eran más reacias que los hombres a renunciar a toda curiosidad mundana y al deseo de informarse por sí mismas del atractivo de los demás salones, y como los Verdurin, temiendo por otra parte que ese espíritu inquisitivo y ese demonio de frivolidad podía, por contagio, resultar fatal para la ortodoxia de la pequeña iglesia, se habían visto obligados a eliminar uno tras a otro a todos los «fieles» del sexo femenino.

Aparte de la joven esposa del doctor, aquel año se habían reducido casi exclusivamente (aunque Mme. Verdurin fuese virtuosa y de una respetable familia burguesa, excesivamente rica y totalmente oscura, con la que poco a poco, y voluntariamente, había ido cortando toda relación) a una persona casi del *demi-monde,* Mme. de Crécy, a quien Mme. Verdurin llamaba por su nombre de pila, Odette, y calificaba de «un amor», y a la tía del pianista, que debía de haber fregado muchas porterías; personas que no sabían nada del gran mundo y tan ingenuas que había sido fácil convencerlas de que la princesa de Sagan y la duquesa de Guermantes se veían obligadas, para tener gente a sus cenas, a pagar a unos cuantos infelices, tan fácil que si les hubiesen ofrecido la posibilidad de ser invitadas a las casas de esas dos grandes damas, la antigua portera y la *cocotte* la habrían rechazado desdeñosamente.

Los Verdurin no invitaban a cenar: en su casa todos tenían siempre «el cubierto puesto». No había programa para la velada. El joven pianista tocaba, pero sólo si «le daba por ahí», porque allí no se obligaba a nada a nadie y, como decía M. Verdurin: «¡Todo por los amigos, vivan los compañeros!». Si el pianista quería tocar la cabalgata de la *Walkiria* o el preludio de *Tristán* Mme. Verdurin protestaba, no

porque le desagradase esa música, sino al contrario, porque le impresionaba demasiado. «¿Es que pretende que me dé una jaqueca? Sabe de sobra que siempre pasa lo mismo cada vez que toca eso. ¡Ya sé lo que me espera! Mañana, cuando quiera levantarme, adiós, destrozada!». Si no tocaba, se conversaba, y uno de los amigos, por lo general el pintor favorito de turno, «soltaba», como decía M. Verdurin, «alguna de las suyas haciendo desternillarse de risa a todo el mundo», en especial a Mme. Verdurin, a quien -hasta tal punto solía tomar al pie de la letra las expresiones figuradas de las emociones que sentía- el doctor Cottard (joven principiante en esa época) hubo de encajarle un día la mandíbula que se le había desencajado a fuerza de reírse.

Se había prohibido el frac, porque estaban entre «amigos» y para no parecerse a los «pelmas», de los que huían como de la peste y a quienes sólo invitaban en las grandes ocasiones, que daban las menos veces posibles y únicamente si eso podía divertir al pintor o dar a conocer al músico. El resto del tiempo se contentaban con representar charadas, cenar con disfraces, pero en la intimidad, sin mezclar ningún extraño al «cogollito».

Pero a medida que los «compañeros» habían ocupado más espacio en la vida de Mme. Verdurin, pelmas y réprobos fueron convirtiéndose en todo lo que retenía a los amigos lejos de su casa, en todo lo que algunas veces los impedía ser libres, fue la madre de uno, la profesión de otro, la casa de campo o la delicada salud de un tercero. Si el doctor Cottard pensaba que debía marcharse al levantar la mesa para volver junto a un enfermo en peligro: «¡Quién sabe!, le decía Mme. Verdurin, a lo mejor le hace mayor bien que no vaya a molestarle ahora; pasará una buena noche sin su ayuda; vaya mañana tempranito y se lo encontrará curado». Desde principios de diciembre se ponía enferma con sólo pensar que los fieles «desertarían» para el día de Navidad y el de Año Nuevo. La tía del pianista exigía que el sobrino fuese a cenar ese día en familia con la madre de ella.

«¿Cree que iba a morirse su madre, exclamó con dureza Mme. Verdurin, si no cena con ella el día de Año Nuevo, como en *provincias?*».

Sus inquietudes renacían en Semana Santa:

«Y usted, doctor, un sabio, un espíritu sin prejuicios, vendrá naturalmente el Viernes Santo como cualquier otro día», le dijo a Cottard el primer año, en un tono seguro como si no tuviese la menor duda de la respuesta. Pero temblaba mientras aguardaba a que contestase, porque en caso de que no viniera el doctor, corría el peligro de encontrarse

sola.

«Vendré el Viernes Santo... a despedirme, porque nos vamos a pasar las fiestas de Pascua en Auvernia.

-¿En Auvernia? ¿Para que le coman vivo las pulgas y los piojos? ¡Que les aproveche!».

Y después de un silencio:

«Si por lo menos nos lo hubiese dicho, habríamos tratado de organizarlo y hacer juntos el viaje en condiciones confortables».

Asimismo, si un «fiel» tenía un amigo, o una «habitual» un *flirt* capaz de inducirle a «desertar» alguna que otra vez, los Verdurin, que no se asustaban si una mujer tenía un amante con tal de que lo tuviese en su casa y lo amase allí, y no lo prefiriese a ellos, decían: «Bueno, traiga a su amigo». Y lo ponían a prueba para ver si era capaz de no tener secretos con Mme. Verdurin, si era susceptible de ser incorporado al «pequeño clan». Si no lo era, se llamaba aparte al fiel que lo había presentado y se le hacía el favor de malquistarlo con su amigo o con su amante. En caso contrario, el «nuevo» se convertía a su vez en fiel. Así que cuando, aquel año, la *demi-mondaine* contó a M. Verdurin que había conocido a un hombre fascinante, el señor Swann, e insinuó que tendría mucho gusto en ser recibido en su casa, M. Verdurin transmitió acto seguido la petición a su esposa. (Sólo tenía opiniones después de haber opinado su mujer, y su misión específica era poner en práctica los deseos de ella, así como los deseos de los fieles, con gran derroche de ingenio).

«Mme. de Crécy tiene algo que pedirte. Querría presentarte a un amigo suyo, el señor Swann. ¿Qué te parece?

-Pero, bueno, ¿es que se puede negar algo a una preciosidad como ésta? Calle, nadie le ha pedido su opinión, le repito que es usted una preciosidad.

-Si usted lo dice, respondió Odette en tono de discreteo galante, y añadió: ya sabe que yo no ando *fishing for compliments*

-Entonces, traiga a su amigo, si es agradable».

Desde luego el «cogollito» no tenía ninguna relación con la sociedad que Swann frecuentaba, y hombres de mundo

puros habrían pensado que no merecía la pena ocupar, como él, una posición excepcional para luego pedir que lo presentaran en casa de los Verdurin. Pero a Swann le gustaban tanto las mujeres que, desde el día en que había conocido a casi todas las de la aristocracia y en que éstas no tenían ya nada que enseñarle, había dejado de considerar las cartas de naturalización, casi títulos de nobleza, que le había otorgado el faubourg Saint-Germain, como una especie de valor de cambio, de letra de crédito carente de valor en sí misma, pero que le permitía alcanzar una posición en tal rinconcito de provincias o en determinado ambiente oscuro de París, donde le hubiera parecido bonita la hija del hidalgüelo o del escribano. Porque el deseo o el amor le proporcionaban entonces un sentimiento de vanidad del que ahora carecía en su vida ordinaria (aunque ese sentimiento fuera sin duda el que en otro tiempo le había empujado hacia aquella carrera mundana donde había malgastado en placeres frívolos las facultades de su inteligencia y donde había puesto su erudición en materia de arte al servicio de las damas de la buena sociedad, aconsejándoles cuando querían comprar cuadros o amueblar sus palacetes), y que le inspiraba el deseo de lucirse, a ojos de una desconocida de la que se había enamorado, con una elegancia que el nombre de Swann, por sí solo, no sugería. Y lo deseaba sobre todo si la desconocida era de condición humilde. Así como un hombre inteligente no teme parecer necio a otro hombre inteligente, un hombre elegante no tendrá miedo de ver ignorada su elegancia por un gran señor, pero sí por un patán. Las tres cuartas partes de los alardes de ingenio y de las mentiras de vanidad prodigadas desde que el mundo existe por personas que con ellas no hacían más que rebajarse, han estado destinadas a inferiores.

Y Swann, que era sencillo y descuidado con una duquesa, temblaba ante la idea de ser despreciado, adoptaba poses, cuando estaba ante una criada.

No era como tantas personas que, por pereza o por un sentimiento resignado del deber que crea la importancia social de permanecer amarrado a cierta orilla, se abstienen de los placeres que la realidad les propone al margen de la posición mundana en que viven encastilladas hasta su muerte, contentándose en última instancia por llamar placeres, a falta de algo mejor y una vez que han logrado acostumbrarse, a las diversiones mediocres o a los soportables hastíos que esa realidad encierra. Swann, sin embargo, no pretendía que le pareciesen hermosas las mujeres con las que pasaba el tiempo, sino pasar el tiempo con las mujeres que

primero le habían parecido hermosas. Y muchas veces eran mujeres de belleza más bien vulgar, porque las cualidades físicas que sin darse cuenta buscaba eran completamente opuestas a las que admiraba en las mujeres esculpidas o pintadas por sus maestros preferidos. La profundidad, la melancolía de la expresión helaban sus sentidos, que una carne saludable, rozagante y rosa bastaba en cambio para despertar.

Si durante un viaje topaba con una familia que hubiese sido más elegante evitar conocer, pero en la que una mujer se ofrecía a sus ojos dotada de una fascinación que aún le era desconocida, permanecer encerrado «en sus cosas» y engañar el deseo que ella había despertado, sustituir por un placer distinto el placer que hubiese podido conocer con ella, escribiendo a una vieja amante para que se reuniera con él le hubiera parecido una abdicación tan cobarde ante la vida, una renuncia tan estúpida a una felicidad nueva como si, en lugar de visitar la región, se hubiera confinado en su cuarto contemplando vistas de París. No se encerraba en el edificio de sus relaciones, sino que había hecho de él, para poder reconstruirlo de arriba abajo con renovados esfuerzos en cualquier parte donde le hubiese gustado una mujer, una de esas tiendas desmontables como las que llevan consigo los exploradores. Todo lo que no era transportable o no podía cambiarse por un placer nuevo, carecía de valor para Swann por envidiable que pudiese parecer a otros. Cuántas veces su crédito ante una duquesa, logrado gracias al deseo acumulado durante años que la dama había tenido de serle agradable sin haber encontrado nunca la ocasión, se venía abajo de golpe al pedirle, en una indiscreta carta, una recomendación telegráfica que le pusiera inmediatamente en relación con uno de sus intendentes cuya hija, que vivía en el campo, había llamado su atención, como haría un hambriento que cambiase un diamante por un mendrugo de pan. Una vez hecho, hasta le divertía, porque había en él, redimida por sutiles delicadezas, cierta patanería. Pertenecía, además, a esa categoría de hombres inteligentes que han vivido en el ocio y buscan un consuelo y acaso una excusa en la idea de que esa ociosidad ofrece a su inteligencia temas tan dignos de interés como podría hacerlo el arte o el estudio, que la «Vida» contiene situaciones más interesantes, más novelescas que cualquier novela. Eso al menos afirmaba, convenciendo fácilmente a sus más refinados amigos de la buena sociedad, en particular al barón de Charlus, a quien se dedicaba a divertir con el relato de las aventuras picantes que le sucedían; por ejemplo, que des-

pués de conocer en el tren a una mujer a la que luego había llevado a casa, hubiese descubierto que era la hermana de un monarca que en ese momento controlaba todos los hilos de la política europea, por lo que así estaba al corriente de esa política de un modo agradabilísimo; o que, por el complejo juego de las circunstancias, dependiese de la elección que se esperaba del cónclave que él pudiera o no convertirse en amante de una cocinera.

Aunque no era sólo la brillante falange de virtuosas viudas, generales y académicos con quienes estaba particularmente relacionado, a la que Swann forzaba con tanto cinismo a servirle de alcahuetes. Todos sus amigos estaban acostumbrados a recibir de vez en cuando cartas suyas pidiéndoles unas palabras de recomendación o de presentación con una habilidad diplomática que, persistiendo a través de amores sucesivos y diferentes pretextos, denunciaba, mejor de lo que hubieran hecho sus torpezas, un carácter permanente y unos objetivos idénticos. Muchos años después, cuando empecé a interesarme en su carácter debido a las afinidades que, en aspectos completamente distintos, presentaba con el mío, a menudo pedí que volvieran a contarme la forma en que, cuando escribía a mi abuelo (que todavía no lo era, pues fue más o menos en la época de mi nacimiento cuando empezó la gran historia de amor de Swann, que interrumpió largo tiempo tales prácticas), éste, al reconocer en el sobre la letra de su amigo, exclamaba: «Ya está Swann pidiendo algo: ¡en guardia!». Y bien por desconfianza, bien por el sentimiento inconscientemente diabólico que nos impulsa a ofrecer algo sólo a las personas que no lo desean, mis abuelos se oponían en redondo a las peticiones más fáciles de satisfacer que les dirigía, como presentarle a una muchacha que cenaba todos los domingos en casa, viéndose obligados, cada vez que Swann volvía a hablarles de ella, a fingir que ya no la veían, cuando durante toda la semana se habían preguntado a quién podrían invitar para acompañarla, terminando a menudo por no encontrar a nadie, incapaz de hacer un gesto a quien se hubiera sentido tan feliz.

Algunas veces, cierto matrimonio amigo de mis abuelos,

que hasta ese momento se había lamentado de no ver nunca a Swann, les anunciaba con satisfacción, y quizá con cierto deseo de provocar envidia, que se había vuelto extraordinariamente cordial, que no se separaba de ellos. Mi abuelo no quería aguarles la fiesta, pero miraba a la abuela canturreando:

Quel est donc ce mystère?
Je n'y puis rien comprendre

o:

Vision fugitive

o:

Dans ces affaires
Le mieux est de ne rien voir

Si meses después el abuelo preguntaba al nuevo amigo de Swann: «Y Swann, ¿sigue viéndole mucho?», la cara del interlocutor se alargaba: «¡No vuelva a pronunciar ese nombre en mi presencia! -Pero si les creía muy unidos...». De este modo había sido íntimo durante varios meses de unos primos de la abuela, en cuya casa cenaba casi a diario. Repentinamente dejó de ir, sin ninguna explicación. Lo creyeron enfermo, y la prima de la abuela se disponía a interesarse por él cuando en la antecocina encontró una carta que por descuido había ido a parar al libro de cuentas de la cocinera. En ella notificaba a esta mujer que se ausentaba de París, y que no podría volver. Era su amante, y en el momento de la ruptura, sólo había juzgado útil avisarla a ella.

Cuando su amante de turno era por el contrario una persona del gran mundo o al menos una persona a quien una

extracción demasiado humilde o una situación demasiado irregular no impedían su presentación en sociedad, entonces volvía a los salones por ella, pero sólo en la órbita particular en que la mujer se movía o a donde él la había llevado. «Es inútil contar con Swann esta noche, decían, ya sabe que es el día de ópera de su americana». Conseguía que la invitasen a los salones particularmente cerrados donde él cultivaba sus hábitos, sus cenas semanales y su póquer; todas las noches, después de que un ligero cardado añadido al peinado de su pelo rojizo hubiese templado con cierta dulzura la vivacidad de sus ojos verdes, escogía una flor para el ojal y salía a reunirse con su amante y cenar en casa de tal o cual dama de su círculo; y pensando entonces en la admiración y la amistad que las gentes de moda, que le consideraban el juez indiscutible, y con las que iba a encontrarse allí, le prodigarían ante la mujer amada, volvía a encontrar fascinación en esa vida mundana de la que ya estaba hastiado, pero cuya materia, impregnada y coloreada cálidamente por una llama insinuada que ardía en su interior, le parecía preciosa y bella en cuanto le había incorporado un nuevo amor.

Pero, mientras cada una de estas relaciones, o cada uno de estos *flirts,* habían sido la realización más o menos completa de un sueño nacido de la contemplación de un rostro o de un cuerpo que a Swann, de modo espontáneo y sin el mínimo

esfuerzo, le habían parecido encantadores, en cambio, cuando un día en el teatro fue presentado a Odette de Crécy por un amigo de otros tiempos, que le había hablado de ella como de una mujer arrebatadora con la que tal vez podría llegar a algo, describiéndosela además como más difícil de lo que en realidad era para adjudicarse el mérito de haber sido más amable por presentársela, a Swann no le había parecido carente de belleza, desde luego, pero sí de un tipo de belleza que lo dejaba indiferente, que no le inspiraba deseo alguno y que incluso llegaba a causarle una especie de repulsión física, una de esas mujeres como las que todo el mundo tiene, distintas para cada cual, y que son todo lo contrario del tipo que nuestros sentidos reclaman. Tenía un perfil demasiado pronunciado para agradarle, la piel demasiado frágil, los pómulos demasiado salientes y los rasgos demasiado tirantes. Sus ojos eran bellos, pero tan grandes que se plegaban bajo su propia masa, fatigaban al resto del rostro y le daban siempre aire de tener mala cara o de estar de mal humor. Poco después de esa presentación en el teatro, ella le había escrito rogándole que le enseñara sus co-

lecciones, que tanto le interesaban, «a ella, una ignorante con gusto por las cosas bonitas», añadiendo que le parecería conocerle mejor cuando le hubiese visto en «su *home»,* donde lo imaginaba «tan feliz con su té y sus libros», aunque no le hubiese ocultado su sorpresa por el hecho de habitar en aquel barrio que debía de ser tan triste y «que era tan poco *smart* para él, que lo era tanto». Y después de haberla permitido visitarle, al despedirse ella le expresó su pesar por haber estado tan poco tiempo en aquella casa que tanto le había agradado conocer, hablando de él como si para ella fuese algo más que el resto de los seres que conocía, y de ambos como si los uniese una especie de vínculo novelesco que a él le había hecho sonreír. Pero a la edad un tanto desengañada a la que Swann se aproximaba, y en la que nos contentamos con estar enamorados por el placer de estarlo sin exigir demasiada reciprocidad, ese acercamiento de los corazones, aunque ya no sea como en la primera juventud la meta a la que tiende necesariamente el amor, sigue unido sin embargo a él por una asociación de ideas tan fuerte que, si lo precede, puede convertirse en su causa. Tiempo atrás, uno soñaba con poseer el corazón de la mujer de la que estaba enamorado; más tarde, sentir que poseemos el corazón de una mujer puede bastar para enamorarnos de ella. Y así, a la edad en que parecería, dado que en amor se busca sobre todo un placer subjetivo, que el gusto por la belleza de una mujer debía de ser decisivo, puede nacer el amor -el amor más físico- sin que en su base haya existido un deseo previo. En esa época de la vida, ya hemos sido alcanzados varias veces por el amor; ya no evoluciona por sí solo siguiendo sus propias leyes desconocidas y fatales, ante nuestro corazón atónito y pasivo. Acudimos en su ayuda, lo falseamos mediante la memoria, mediante la sugestión. Al reconocer uno de sus síntomas, recordamos, hacemos renacer los otros. Como ya conocemos su canción, grabada toda entera dentro de nosotros, no tenemos necesidad de que una mujer nos recuerde su inicio -lleno de la admiración que inspira la belleza- para poder continuar. Y si empieza por el medio -allí donde los corazones se acercan, donde se habla de no vivir más que el uno para el otro-, estamos lo bastante habituados a esa música para unimos

inmediatamente a nuestra compañera en el pasaje en que nos aguarda.

Odette de Crécy volvió a ver a Swann, luego menudeó sus visitas; e indudablemente cada una de ellas renovaba en él la decepción que sentía al volver a encontrarse ante aquel rostro cuyas particularidades había olvidado un poco entretanto, y que no recordaba ni tan expresivo ni, a pesar de su juventud, tan ajado; lamentaba, mientras ella hablaba con él, que su gran belleza no fuese del tipo de las que él habría preferido espontáneamente. Hay que decir además que el rostro de Odette parecía más enjuto y prominente porque esa superficie lisa y más llana formada por la frente y la parte superior de las mejillas estaba cubierta por la masa de cabellos que entonces se llevaban prolongados en «delanteras», realzados mediante «añadidos», desparramados en mechones sueltos a lo largo de las orejas; y en cuanto al cuerpo, admirablemente hecho, era difícil captar su continuidad (debido a las modas de la época, y aunque Odette fuese una de las mujeres mejor vestidas de París), porque el corpiño, avanzando en saledizo como sobre un vientre imaginario y terminando bruscamente en punta mientras por debajo empezaba a hincharse el globo de las dobles faldas, daba a la mujer el aire de estar compuesta de piezas diferentes mal encajadas unas en otras, hasta el punto de que las gasas, los volantes y el justillo seguían con total independencia, a capricho de su dibujo o de la consistencia de la tela, la línea que los llevaba a los lazos, a los bullones de encaje, a los flecos de jade perpendiculares, o que los dirigía a lo largo de la ballena del corsé, pero sin relacionarse para nada con el ser vivo que, según la arquitectura de todos esos perendengues, se adhería o se apartaba demasiado de la suya, se encontraba encajado o perdido en ellos.

Pero, una vez que Odette se había marchado, Swann sonreía pensando en lo que ella le había dicho, lo largo que se le haría el tiempo hasta que él le permitiese volver; recordaba el aire inquieto, tímido con que una vez ella le había rogado que ese tiempo no fuese demasiado, y las miradas que en ese instante había puesto, fijas en él con temerosa súplica, la volvían conmovedora bajo el ramillete de pensamientos artificiales prendido en la parte delantera de su sombrero redondo de paja blanca, con cintas de terciopelo negro. «Y usted, había dicho ella, ¿no vendrá alguna vez a casa a tomar el té?». Alegó él ciertos trabajos en marcha, un estudio -en realidad abandonado hacía años- sobre Vermeer de Delft «Comprendo que, pobre de mí, no soy na-

da al lado de grandes sabios como ustedes, había contestado Odette. Yo sería algo así como la rana ante el areópago[1] ¡Y, sin embargo, cuánto me gustaría instruirme, saber, ser iniciada! ¡Qué divertido debe de ser andar entre libros, meter las narices en viejos papeles!», había añadido con ese aire de íntima satisfacción que adopta una mujer elegante para indicar que su mayor gozo sería poder dedicarse, sin miedo a mancharse, a una tarea sucia, por ejemplo a cocinar «metiendo sus propias manos en la masa». «Aunque se ría usted de mí, nunca he oído hablar de ese pintor que le impide verme (se refería a Vermeer); ¿vive todavía? ¿Pueden verse obras suyas en París, para que pueda hacerme una idea de lo que usted ama, adivinar aunque sólo sea un poco lo que hay bajo esa gran frente que trabaja tanto, dentro de esa cabeza que siempre parece estar cavilando, poder decirme: en esto está pensando ahora? ¡Sería un sueño poder estar al corriente de sus trabajos!». Swann se había excusado hablando de su temor a las amistades nuevas, a lo que por galantería había llamado miedo a ser desgraciado. «¿Tiene miedo a un afecto? ¡Qué raro! Yo, que es lo único que busco, daría mi vida por encontrar uno», había dicho ella con una entonación tan natural, tan convencida, que le había conmovido. «Seguro que ha sufrido usted por una mujer. Y cree que las demás son como ella. No supo comprenderle; es usted un ser tan especial. Es lo primero que me atrajo de usted, enseguida comprendí que no era como todo el mundo. -Además, le había respondido Swann, ya sé cómo son las mujeres, también tendrá usted un montón de ocupaciones y poco tiempo libre-. ¡Nunca tengo nada que hacer! Siempre estoy libre, lo estaré siempre para usted. A cualquier hora del día o de la noche, si le resulta cómodo verme, mande a buscarme, y me sentiré muy dichosa viniendo. ¿Lo hará? ¿Sabe qué sería estupendo? Conseguir

que le presenten a Mme. Verdurin, a cuya casa voy todas las noches. ¡Figúrese si nos encontráramos allí y yo pudiese pensar que usted acude un poquito por mí!».

E indudablemente, al recordar así sus conversaciones, al pensar así en ella cuando estaba solo, no hacía sino animar su imagen entre muchas otras imágenes de mujeres en ensueños novelescos; pero si, gracias a una circunstancia cualquiera (o incluso sin ella, pues la circunstancia que se presenta en el momento en que un estado, latente hasta ese instante, se manifiesta, puede no haber influido para nada en él), la imagen de Odette de Crécy acababa absorbiendo todos esos ensueños, si éstos no eran ya separables de su recuerdo, entonces la imperfección de su cuerpo carecería de importancia, ni tampoco la tendría que correspondiese, más o menos que otro cuerpo, a los gustos de Swann porque, convertido en el cuerpo de la mujer amada, sería, de allí en adelante, el único capaz de procurarle alegrías y tormentos.

Mi abuelo había conocido con todo detalle, cosa que no habría podido decirse de ninguno de sus actuales amigos, a la familia de aquellos Verdurin. Pero había perdido todo trato con aquel a quien llamaba el «joven Verdurin» y a quien consideraba, sin demasiado fundamento, caído en la bohemia y entre la canalla, aunque conservando sus muchos millones. Un día recibió una carta de Swann pidiéndole si no podría presentarle a los Verdurin: «¡En guardia, en guardia!, había exclamado el abuelo, no me extraña nada, así tenía que terminar Swann. ¡Menudo ambiente! En primer lugar no puedo hacer lo que me pide porque ya no conozco a ese caballero. Y además, detrás debe de haber algún lío de faldas, y yo no me meto en esa clase de asuntos. Bueno, será divertido si Swann se adorna ahora con los pequeños Verdurin».

Y tras la respuesta negativa del abuelo, fue la misma Odette quien llevó a Swann a casa de los Verdurin.

El día en que Swann fue presentado, los Verdurin habían tenido a cenar al doctor y a Mme. Cottard, al joven pianista y a su tía, y al pintor que entonces gozaba de su favor, a los que se habían unido en el curso de la velada algunos otros fieles.

El doctor Cottard nunca sabía a ciencia cierta el tono en que debía responder a alguien, ni si su interlocutor hablaba en broma o en serio. Y, por si acaso, añadía a todas sus expresiones fisonómicas una sonrisa condicional y provisoria, cuya expectante sutileza le disculparía del reproche de ingenuidad en caso de que las palabras a él dirigidas terminaran revelándose una broma. Pero como para hacer frente a

la hipótesis opuesta no se atrevía a dejar que esa sonrisa se afirmase claramente en su cara, se veía flotar perpetuamente en ella una incertidumbre donde se leía la pregunta que no se atrevía a formular: «¿Lo dice usted en serio?». No estaba más seguro del modo en que debía comportarse en la calle, y hasta en la vida en general, que en un salón, de ahí que se le viera oponer a transeúntes, carruajes y acontecimientos una sonrisa maliciosa que privaba de antemano a su actitud de cualquier impropiedad, pues demostraba, si no era oportuna, que lo sabía perfectamente y que si la había adoptado era sólo por broma.

En todos los puntos, sin embargo, en que le parecía admisible una pregunta directa, el doctor no dejaba de esforzarse por restringir el campo de sus dudas y completar su instrucción.

Por eso, siguiendo los consejos que una madre previsora le diera al salir de su provincia, nunca dejaba pasar una locución o un nombre propio que le resultaban desconocidos sin intentar documentarse sobre ellos.

Respecto a las locuciones, era insaciable de información, porque, atribuyéndoles a veces un sentido más preciso del que tienen, hubiera deseado saber qué se quería decir exactamente con las que oía emplear más a menudo: la belleza del diablo, sangre azul, vida de perros, el cuarto de hora de Rabelais[1], ser el árbitro de la elegancia, dar carta blanca, estar sin blanca, etc., y en qué casos concretos podía a su vez incrustarlas en su conversación. En su defecto, colocaba juegos de palabras que había aprendido. En cuanto a los nombres de personas nuevas que se pronunciaban en su presencia, se contentaba con repetirlos en un tono interrogativo que consideraba suficiente para merecerle explicaciones que, en apariencia, no había pedido.

Como carecía por completo del sentido crítico que creía aplicar a todo, esa refinada forma de cortesía que consiste en decir a alguien a quien hacemos un favor, sin pretender por ello que nos crean, que es él quien nos lo hace, era trabajo perdido con él, porque tomaba todo al pie de la letra. Por grande que fuese la ceguera de Mme. Verdurin a su respecto, y aunque seguía encontrándole muy sutil, había

terminado por sentirse molesta al ver que, cuando lo invitaba a un palco de proscenio para ver a Sarah Bernhardt diciéndole por cortesía: «Qué amable ha sido viniendo, doctor, sobre todo porque estoy segura que ya ha oído más veces a Sarah Bernhardt, y además tal vez estemos demasiado cerca del escenario», el doctor Cottard, que había entrado en el palco con una sonrisa que, para concretarse o desaparecer, esperaba que alguien con autoridad le informase sobre el valor del espectáculo, le respondía: «Sí, estamos demasiado cerca y ya empieza uno a cansarse de Sarah Bernhardt. Pero como me había expresado usted su deseo de que viniese. Para mí sus deseos son órdenes. Estoy encantado de hacerle este pequeño favor. ¡Qué no haría yo para complacerla, es usted tan buena!». Y añadía: «Sarah Bernhardt es la Voz de Oro, ¿verdad? También escriben a menudo que quema los escenarios. Una expresión rara, ¿no le parece?», con la esperanza de comentarios que no llegaban.

«Sabes, le había dicho Mme. Verdurin a su marido, creo que cometemos un error cuando menospreciamos por modestia lo que ofrecemos al doctor. Es un sabio que vive al margen de la existencia práctica, no conoce por sí mismo el valor de las cosas y lo estima por lo que le decimos nosotros. No me atrevía a decírtelo, pero ya lo había notado», respondió M. Verdurin. Y al siguiente Año Nuevo, en lugar de enviar al doctor Cottard un rubí de tres mil francos diciéndole que era una cosilla de nada, M. Verdurin compró por trescientos francos una piedra de fantasía dando a entender que difícilmente podía verse otra tan bella.

Cuando Mme. Verdurin anunció que contarían en la velada con M. Swarm: «¿Swann?», había exclamado el doctor con un acento que la sorpresa volvió brutal, porque la noticia más insignificante siempre cogía más desprevenido que a cualquier otro a este hombre que perpetuamente se creía preparado para todo. Y al ver que nadie le contestaba: «¿Swann? ¿Quién es el tal Swann?», gritó en el colmo de una ansiedad que se calmó de repente cuando Mme. Verdurin hubo dicho: «Pues el amigo del que nos había hablado Odette. -¡Ah, bueno, bueno, ya sé», respondió el doctor tranquilizado. El pintor, por su parte, se alegraba de la presentación de Swann en casa de Mme. Verdurin, porque le suponía enamorado de Odette y le gustaba favorecer las relaciones amorosas. «¡Nada me divierte tanto como casar a la gente, confió al oído del doctor Cottard, y he tenido muchos éxitos, incluso entre mujeres!».

Al decir a los Verdurin que Swann era muy smart, Odette

les había hecho temer que fuese un «pelma». Les causó por el contrario excelente impresión, una de cuyas causas indirectas era, sin que se diesen cuenta, su frecuentación de la sociedad elegante. Porque, en efecto, comparado con hombres incluso inteligentes que nunca han pisado el gran mundo, poseía una de las superioridades propias de quienes han vivido un poco en él, y que consiste en no transfigurarlo por el deseo o el horror que inspira a la imaginación, en considerarlo como carente de importancia. Su amabilidad, ajena a todo esnobismo y al miedo de parecer demasiado amable, una vez independizada, tiene esa desenvoltura, esa gracia de movimientos que poseen aquellos cuyos ágiles miembros ejecutan con toda precisión lo que quieren, sin participación indiscreta y torpe del resto del cuerpo. La simple gimnasia elemental del hombre de mundo que tiende con gracia la mano al joven desconocido que le presentan y se inclina con reserva ante el embajador al que es presentado, había terminado por pasar, sin que fuera él consciente, a todo el comportamiento social de Swann, quien, con gentes de un medio inferior al suyo como eran los Verdurin y sus amigos, dio instintivamente muestras de solicitud, y tuvo atenciones de las que, según ellos, un pelma se habría abstenido. Sólo hubo un momento de frialdad con el doctor Cottard: al ver que le guiñaba un ojo y le sonreía con aire ambiguo antes incluso de dirigirse la palabra (mímica que Cottard denominaba «dejar venir»), Swann creyó que sin duda el doctor le conocía de habérselo encontrado en alguna casa de placer, aunque las había frecuentado poquísimo por no haber vivido nunca el mundo de la juerga. Como le pareció de pésimo gusto la alusión, sobre todo en presencia de Odette, que hubiera podido formarse una mala opinión suya, afectó una actitud glacial. Pero cuando supo que una dama que se hallaba a su lado era Mme. Cottard, pensó que un marido tan joven no habría intentado aludir en presencia de su mujer a diversiones de esa naturaleza; y dejó de atribuir al aire de connivencia del doctor la significación que temía. El pintor invitó inmediatamente a Swann a visitar con Odette su atelier, a Swann le pareció simpático. «Tal vez les trate a ustedes mejor que a mí, dijo Mme. Verdurin en tono de fingido enojo, y les enseñe el retrato de Cottard (era ella quien lo había encargado al pintor). Haga un esfuerzo, "señor" Biche », recordó al pintor, a quien

por broma habitual llamaban señor, «por expresar la belleza de la mirada, ese no sé qué de sutil y alegre de los ojos. Ya sabe que lo que quiero tener sobre todo es su sonrisa, que lo que le he pedido es el retrato de su sonrisa». Y como la frase le pareció notable, la repitió en voz muy alta para asegurarse de que varios invitados la oyesen, y previamente hizo que, con un vago pretexto, algunos se acercasen. Swann pidió ser presentado a todo el mundo, incluido un viejo amigo de los Verdurin, Saniette, quien por su timidez, sencillez y buen corazón había terminado perdiendo en todas partes la consideración que le había granjeado su erudición de archivero, su gran fortuna y la distinguida familia de la que procedía. Cuando hablaba, parecía tener llena de sopa la boca, cosa adorable porque antes delataba un defecto de la lengua que una cualidad del alma, una especie de residuo de la inocencia de la edad primera que nunca había perdido. Todas las consonantes que no lograba pronunciar correspondían a otras tantas asperezas de las que era incapaz. Cuando pidió ser presentado al señor Saniette, Swann dio a Mme. Verdurin la impresión de que invertía los papeles (hasta el punto de que, al responderle, dijo subrayando la diferencia: «Señor Swann, ¿tendría la bondad de permitirme que le presente a nuestro amigo Saniette?»), pero despertó en Saniette una ferviente simpatía que, por lo demás, nunca revelaron los Verdurin a Swann, porque Saniette les irritaba un poco y no trataban de procurarle amigos. Pero en cambio Swann los conmovió profundamente creyendo que debía pedir acto seguido que lo presentasen a la tía del pianista. Vestida de negro como siempre, porque creía que de negro siempre está una bien y que no hay nada más distinguido, tenía la cara excesivamente roja como siempre que acababa de comer. Se inclinó ante Swann con respeto para luego erguirse llena de majestad. Como carecía de la mínima instrucción y tenía miedo a cometer faltas de francés, pronunciaba a propósito de manera confusa, pensando que, si soltaba un gazapo, iría difuminado en medio de tal nebulosa que nadie podría distinguirlo con certeza, y así su conversación no era otra cosa que una indistinta carraspera de la que de vez en cuando emergían los raros vocablos de los que se sentía segura. Swarm creyó poder burlarse un poco de ella en su conversación con M. Verdurin, quien por el contrario se picó.

«Es una mujer tan excelente, repuso éste. Admito que no resulta muy brillante, pero le aseguro que es muy agradable hablar a solas con ella. - No lo dudo, se apresuró a conceder Swarm. Quería decir que no me parecía "eminente", añadió

subrayando el adjetivo, ¡cosa que en realidad es más bien un elogio! - Verá usted, dijo M. Verdurin, aunque le sorprenda, escribe de un modo delicioso. ¿Ha oído alguna vez a su sobrino? ¿Verdad que es admirable, doctor? ¿Quiere que le pida que toque algo, señor Swann? - Sería para mí una dicha...», empezaba a responder Swann, cuando el doctor le interrumpió con aire burlón. Porque, habiendo oído decir que, en la conversación, el énfasis, el empleo de formas solemnes, estaba anticuado, en cuanto oía una palabra grave pronunciada en serio como acababa de serlo la palabra «dicha», creía que quien la pronunciaba incurría en pecado de pomposidad. Y si, además, esa palabra figuraba por azar entre las que él denominaba un tópico manido, por corriente que por otro lado fuese la palabra, el doctor suponía que la frase iniciada era ridícula, y la remataba irónicamente con el lugar común dando la impresión de acusar a su interlocutor de haber querido colocarlo, cuando a éste nunca se le había pasado por la cabeza.

«¡Una dicha para Francia!», exclamó con malicia levantando los brazos con énfasis.

M. Verdurin no pudo contener la risa.

«¿De qué están riéndose todos estos señores? No parece que en ese rincón se entreguen a la melancolía, exclamó Mme. Verdurin. Pues si piensan que me divierte estar sola como penitencia», añadió en tono despechado, con un mohín infantil.

Mme. Verdurin estaba sentada en un alto taburete sueco de madera de abeto encerada, que un violinista de ese país le había regalado y que conservaba, a pesar de recordarle la forma de un escabel y darse de patadas con los bellos muebles antiguos que poseía, pero tenía mucho interés en ofrecer a la vista los regalos que los fieles solían hacerle de vez en cuando, para que los donantes tuviesen el placer de reconocerlos cuando acudían. Por eso intentaba convencerlos de que se limitasen a flores y bombones, que al menos se destruyen; no lo conseguía y su casa albergaba una colección de calientapiés, cojines, relojes de péndulo, biombos, barómetros y jarrones de porcelana, en una acumulación de réplicas y un revoltijo de obsequios.

Desde ese elevado sitial participaba con entusiasmo en la conversación de los fieles y se divertía con sus «chirigotas», pero desde el accidente que le ocurrió a su mandíbula había renunciado a tomarse la molestia de desternillarse de risa de verdad y en su lugar se entregaba a una mímica convencional que significaba, sin fatiga ni riesgos para ella, que lloraba de risa. A la menor palabra lanzada por un *ha-*

bitué contra un pelma o contra un antiguo *habitué* expulsado al campo de los pelmas, - y para mayor desesperación de M. Verdurin, que durante mucho tiempo había tenido la pretensión de ser no menos amable que su esposa, pero que como se reía de verdad enseguida se quedaba sin aliento y se veía superado y vencido por esa estratagema de una hilaridad incesante y ficticia-, ella soltaba un gritito, cerraba por completo sus ojos de pájaro que una nube empezaba a velar, y bruscamente, como si sólo tuviese el tiempo justo de ocultar un espectáculo indecente o prevenir un ataque mortal, hundiendo el rostro entre las manos que lo cubrían por completo sin permitirle ver nada, parecía esforzarse por reprimir, por aniquilar una risa que, de abandonarse a ella, le hubiese hecho perder el conocimiento. Y así, aturdida por la alegría de sus fieles, ebria de amistad, maledicencia y asentimiento, Mme. Verdurin, encaramada en su percha, como un pájaro cuyo copete hubiesen empapado en vino caliente, sollozaba de amabilidad.

Mientras, M. Verdurin, después de haber pedido permiso a Swann para encender la pipa («aquí no gastamos cumplidos, estamos entre amigos»), rogaba al joven artista que se sentara al piano.

«Venga, déjele en paz, no está aquí para que lo atormentemos, exclamó Mme. Verdurin, ¡no quiero que lo atormenten!

-Pero ¿cómo quieres que no le moleste una cosa así?, dijo M. Verdurin; quizá M. Swann no conozca la sonata en *fa* sostenido que hemos descubierto; puede tocarnos el arreglo para piano.

-¡Eso sí que no, no, mi sonata no!, gritó Mme. Verdurin, no tengo ganas de echarme a llorar y pillar luego un catarro de cabeza con neuralgias faciales, como la última vez; gracias por el regalo, pero prefiero no volver a empezar; ¡vaya una bondad la suya! ¡Cómo se nota que no serán ustedes los que se queden ocho días en cama!».

Esta comedia que se repetía cada vez que el pianista se disponía a tocar, encantaba a los amigos como si hubiera sido nueva, como una prueba de la seductora originalidad de la «Patrona» y de su sensibilidad musical. Los que estaban a su lado hacían señas a los que más lejos fumaban o jugaban a las cartas para que se acercasen porque algo ocurría, diciéndoles, como se hace en el Reichstag en los mo-

mentos cruciales: «Escuchen, escuchen». Y al día siguiente se compadecía a quienes no habían podido acudir asegurándoles que la comedia aún había sido más divertida que de costumbre.

«Bueno, pues entonces que toque sólo el andante, dijo M. Verdurin.

-¡Cómo que el andante, estás tú bueno!, exclamó Mme. Verdurin. Si es precisamente el andante el que me destroza brazos y piernas. ¡Vaya cosas que tiene el Patrón! Es como decir en la *Novena* que sólo oiremos el final, o en *Los maestros*[22] la obertura».

El doctor, entretanto, animaba a Mme. Verdurin para que dejase tocar al pianista, no porque creyese fingidas las perturbaciones que le producía la música - reconocía en ellas ciertos estados neurasténicos - sino por ese hábito común a muchos médicos de mitigar inmediatamente la severidad de sus prescripciones en cuanto está en juego, cosa que les parece mucho más importante, alguna reunión mundana a la que asisten y en la que la persona a la que aconsejan olvidar por una vez su dispepsia o su gripe es uno de los elementos esenciales.

«Esta vez no se pondrá enferma, ya verá, dijo tratando de sugestionarla con la mirada. Y si enferma, la curaremos.

-¿De veras?», respondió Mme. Verdurin, como si ante la esperanza de semejante favor no le quedase otro remedio que capitular. Acaso también, a fuerza de decir que se enfermaría, había momentos en que no se acordaba de que era una mentira y asumía alma de enferma. Porque algunos enfermos, cansados de verse obligados constantemente a que la escasez de los ataques que sufren dependa de su propia prudencia, gustan de convencerse a sí mismos de que podrán hacer impunemente cuanto les place y de ordinario les sienta mal a condición de ponerse en manos de un ser todopoderoso que, sin molestarse ellos para nada, con una palabra o una píldora los ponga de nuevo en pie.

Odette había ido a sentarse en un diván tapizado que había junto al piano.

«Ya sabe que yo tengo mi sitio», le dijo a Mme. Verdurin.

Ésta, viendo a Swann en una silla, le hizo levantarse.

«Ahí no estará cómodo, vaya a sentarse al lado de Odette; ¿verdad, Odette, que le hará un huequecito a M. Swann?

-¡Qué bonito Beauvais[23], dijo Swann antes de sentarse,

tratando de ser amable.

-¡Ah, no sabe cómo me alegra que sepa apreciar mi diván!, respondió Mme. Verdurin. Y le advierto que si quiere ver otro tan hermoso, ya puede ir olvidándolo. Nunca han hecho nada parecido. También son un prodigio las sillitas. Dentro de un momento podrá verlas. Cada bronce tiene un motivo que corresponde como atributo al breve tema del asiento; verá que, si se digna mirarlas, habrá de divertirse, le prometo que pasará un buen rato. Bastarían los pequeños frisos de los galones, mire esa pequeña vid sobre fondo rojo de *El oso y las uvas*. ¡Qué dibujo!, ¿verdad? ¿Qué le parece? ¡Yo creo que sabían dibujar muy bien! Y qué apetitosa la vid, ¿no cree usted? Mi marido sostiene que no me gusta la fruta porque la como menos que él. Pero no es cierto, me apetece más que a todos ustedes, pero no necesito metérmela en la boca porque la disfruto con la vista. ¿Por qué se ríen todos ustedes? Pregúntenle al doctor, les dirá que esas uvas me purgan. Otras hacen las curas de Fontainebleau[24] mientras que yo me hago mi pequeña cura de Beauvais. Pero, señor Swann, no puede irse sin haber tocado los pequeños bronces de los respaldos. ¿Qué suavidad de pátina, verdad? No, no, con toda la mano, no, tóquelos bien.

-¡Ah!, si Mme. Verdurin empieza a manosear los bronces, esta noche adiós música, dijo el pintor.

-Cállese, qué malo es usted. En el fondo, dijo volviéndose hacia Swann, a nosotras las mujeres nos prohíben cosas menos voluptuosas. ¡Pero no hay carne que pueda compararse con esto! Cuando M. Verdurin me hacía el honor de sentir celos de mí - venga, sé cortés por lo menos, no digas que nunca los tuviste...

-Pero si yo no digo absolutamente nada. Veamos, doctor, le tomo por testigo... ¿he dicho algo?»

Swann palpaba los bronces por cortesía y no se atrevía a dejar de hacerlo.

«Vamos, ya los acariciará más tarde; ahora va a ser usted el acariciado, acariciado en los oídos; estoy segura de que le gustará; y de ello va a encargarse este jovencito».

Y cuando el pianista terminó de tocar, Swann estuvo más amable todavía con él que con el resto de las personas que

allí se encontraban. Y la causa era la siguiente:

El año anterior, en una velada, había oído una obra musical ejecutada a piano y violín. En un primer momento, sólo había saboreado la cualidad material de los sonidos que los instrumentos segregaban. Y ya le había causado un gran placer cuando, por debajo de la tenue línea del violín, delgada, resistente, densa y directriz, de pronto había visto tratar de elevarse en un chapoteo líquido la masa de la parte para piano, multiforme, indivisa, plana e hirviente como la malva agitación de las olas que fascina y bemola el claro de luna. Pero en un momento dado, sin poder distinguir con nitidez un contorno, ni dar nombre a lo que le agradaba, hechizado de improviso, había tratado de recoger la frase o la armonía - ni él mismo lo sabía - que pasaba y que le había abierto más ampliamente el alma, como ciertos efluvios de rosas que circulan en el aire húmedo del atardecer tienen la propiedad de dilatar nuestra nariz. Acaso por no conocer la música había podido sentir una impresión tan confusa, una de esas impresiones que tal vez son, sin embargo, las únicas puramente musicales, inextensas, enteramente originales, irreductibles a cualquier otro orden de impresiones. Una impresión de este género, durante un instante, es por así decir *sine materia*. Cierto que las notas que entonces oímos ya tienden, según su altura y cantidad, a cubrir delante de nuestros ojos superficies de variadas dimensiones, a trazar arabescos, a darnos sensaciones de amplitud, de tenuidad, de estabilidad, de capricho. Pero las notas se han desvanecido antes de que esas sensaciones se hayan formado suficientemente dentro de nosotros para no verse sumergidas por las que ya despiertan las notas siguientes o incluso simultáneas. Y esa impresión seguiría envolviendo en su liquidez y su difuminación los motivos que por instantes emergen, apenas discernibles, para hundirse al punto y desaparecer, sólo conocidos por el placer particular que dan, imposibles de describir, de recordar, de nombrar, inefables - si la memoria, como un obrero que trabaja para asentar cimientos duraderos en medio de las olas, fabricando para nosotros facsímiles de esas frases fugaces, no nos permitiese compararlas y diferenciarlas de las que les siguen. Y así, nada más expirar la deliciosa sensación que Swann había sentido, acto seguido su memoria le había suministrado una transcripción quizá sumaria y provisional, pero sobre la que había puesto los ojos mientras continuaba el trozo, de modo que, cuando esa misma impresión retornó de golpe, había dejado de ser incomprensible. Imaginaba su extensión, los agrupamientos simétricos, la grafía, el valor expresivo; de-

lante de sí tenía esa cosa que ya no es música pura, que es dibujo, arquitectura, pensamiento, y que permite recordar la música. Aquella vez Swann había distinguido nítidamente una frase elevándose durante unos instantes por encima de las ondas sonoras. E inmediatamente le había propuesto voluptuosidades particulares que nunca había imaginado antes de oírla, y que sólo ella, estaba seguro, podría hacérselas conocer; y había sentido por esa frase una especie de amor desconocido.

Con su ritmo lento lo encaminaba primero aquí, después allá, luego más lejos, hacia una felicidad noble, ininteligible y precisa. Y de repente, en el punto a que había llegado y desde donde él se disponía a seguirla, tras una pausa de un instante bruscamente cambiaba de dirección y con un movimiento nuevo, más rápido, sutil, melancólico, incesante y dulce, lo arrastraba con ella hacia perspectivas desconocidas. Luego desapareció. Deseó apasionadamente volver a verla por tercera vez. Y de hecho reapareció, pero sin hablarle con más claridad, causándole incluso una voluptuosidad menos profunda. Pero una vez en casa tuvo necesidad de ella: era como un hombre en cuya vida una mujer que pasa, entrevista un momento, ha introducido la imagen de una belleza nueva que presta a su propia sensibilidad un valor más alto, sin que sepa siquiera si alguna vez podrá ver de nuevo a la que ya ama y de la que ignora hasta el nombre.

Incluso este amor por una frase musical pareció por un momento que debía iniciar en Swann la posibilidad de una especie de rejuvenecimiento. Hacía tanto tiempo que había renunciado a aplicar su vida a una meta ideal, limitándola a la consecución de satisfacciones cotidianas, que, sin decírselo nunca formalmente, creía que nada cambiaría hasta su muerte; es más, como ya no sentía ideas elevadas en su mente, había dejado de creer en su realidad, sin poder negarlas por lo demás por completo. Por eso había tomado la costumbre de refugiarse en pensamientos sin importancia que le permitían dejar a un lado el fondo de las cosas. Así como no se preguntaba si no habría sido mejor no hacer vida social, aunque en cambio supiese con certeza que si aceptaba una invitación debía acudir, y que si no hacía una visita luego debía dejar una tarjeta, así también, en la conversación, se esforzaba por no expresar nunca con ardor una opinión íntima sobre las cosas, pero sí por proporcionar detalles materiales que en cierto modo tuviesen valor en sí mismos y le permitiesen no dar ninguna medida de sí. Era de una precisión extrema con una receta de cocina, con la

fecha del nacimiento o la muerte de un pintor, con la nomenclatura de sus obras. A pesar de todo, en ocasiones se permitía pronunciar un juicio sobre una obra, sobre una manera de entender la vida, pero entonces prestaba a sus palabras una entonación irónica, como si no se adhiriese por entero a lo que decía. Y, como ciertos valetudinarios en quienes, de repente, un país al que han llegado, un régimen distinto, a veces una evolución orgánica, espontánea y misteriosa, parecen provocar tal regresión de su enfermedad que empiezan a entrever la posibilidad inesperada de comenzar en su edad tardía una vida completamente distinta, Swann encontraba dentro de sí, en el recuerdo de la frase que había escuchado, en ciertas sonatas que había pedido que le tocaran para ver si volvía a encontrarla, la presencia de una de aquellas realidades invisibles en las que había dejado de creer y a las que, como si la música hubiese ejercido sobre la sequedad moral que sufría una especie de influencia electiva, sentía nuevamente el deseo y casi la fuerza de consagrar la vida. Pero, al no haber llegado a saber de quién era la obra que había oído, no había podido procurársela y había terminado olvidándola. Cierto es que aquella semana se había encontrado con varias personas que asistieron como él a esa velada, y que les había preguntado; pero unos habían llegado después de la música o se habían marchado antes; otros, sin embargo, estaban allí mientras sonaba, pero se habían retirado a conversar a otro salón; y otros que se habían quedado a escucharla, no se habían enterado más que los primeros. En cuanto a los dueños de la casa, sabían que se trataba de una obra nueva que los artistas contratados habían decidido tocar; éstos habían salido de gira, y Swann no pudo saber más. Tenía muchos amigos músicos, pero aunque recordase el placer especial e intraducible que le había producido la frase, aunque tuviese ante los ojos las formas que la frase dibujaba, era sin embargo incapaz de cantársela. Luego dejó de pensar en ella.

Hacía unos minutos apenas que el joven pianista había empezado a tocar en casa de Mme. Verdurin cuando de pronto, tras una nota alta largamente sostenida durante dos compases, Swann vio acercarse, huyendo por debajo de aquella sonoridad prolongada y tensa como un telón sonoro para ocultar el misterio de su incubación, y reconoció, secreta, rumorosa y dividida, la frase aérea y fragante que amaba. Y era tan peculiar, poseía una fascinación tan singular e insustituible por cualquier otra, que para Swann fue como encontrarse en un salón amigo con una persona a la que hubiese admirado por la calle y a la que no tuviese es-

peranzas de volver a ver. Por fin se alejó, indicadora, diligente, entre las ramificaciones de su perfume, dejando en el rostro de Swann el reflejo de su sonrisa. Pero ahora podía preguntar el nombre de su desconocida (le dijeron que era el andante de la *Sonata para piano y violín* de Vinteuil[**]), la había localizado, podría tenerla en casa cuantas veces quisiera, tratar de aprender su lenguaje y su secreto.

Por eso cuando el pianista hubo terminado, Swann se acercó para expresarle su gratitud con una vivacidad que agradó mucho a Mme. Verdurin.

«¿Verdad que es encantador?, le dijo a Swann; ¡qué bien ha entendido este pequeño miserable su sonata! No imaginaba usted que el piano pudiese llegar a tanto, ¿a que no? Es cualquier cosa menos piano, ¡palabra! Cada vez que lo escucho, creo oír a toda una orquesta. Hasta es más hermoso que la orquesta, más completo».

El joven pianista hizo una inclinación y, sonriendo, subrayando la palabras como si la suya fuese una agudeza:

«Es usted muy indulgente conmigo», dijo.

Y mientras Mme. Verdurin decía a su marido: «Vamos, dale una naranjada, que bien se la ha merecido», Swann le contaba a Odette cómo se habían enamorado de aquella pequeña frase. Y cuando Mme. Verdurin dijo desde algo más lejos: «Bueno, creo que están diciéndole cosas bonitas, Odette», ésta respondió: «Sí, muy bonitas», y a Swann le

pareció deliciosa su candidez. Mientras, recogía información sobre Vinteuil, sobre su obra, sobre la época de su vida en que había compuesto aquella sonata, sobre lo que para él había podido significar aquella breve frase, esto era sobre todo lo que habría querido saber.

Pero ninguna de todas aquellas personas que hacían gala de admirar al músico (cuando Swann dijo que la sonata era realmente hermosa, Mme. Verdurin había exclamado: «Estoy de acuerdo, es hermosa. Pero no es de recibo no conocer la sonata de Vinteuil, no hay derecho a no conocerla», y el pintor había añadido: «Realmente es una grandísima máquina, ¿verdad? No es, si usted quiere, una cosa "taquillera" y "de público", no, pero tiene una emoción de primerísimo orden para los artistas»), ninguna de aquellas personas parecía haberse planteado jamás aquellas preguntas, porque fueron incapaces de responderlas.

Incluso, a una o dos observaciones particulares que Swann hizo sobre su frase preferida:

«Vaya, qué divertido, nunca me había fijado; he de confesarle que no me gusta demasiado meterme en jardines y extraviarme en la punta de una aguja; aquí no perdemos el tiempo pidiendo peras al olmo, no es el estilo de la casa», respondió Mme. Verdurin, a quien el doctor Cottard contemplaba con admiración beatífica y estudioso fervor navegar por aquel mar de frases hechas. Además, él y Mme. Cottard, con una especie de sentido común que también poseen ciertas gentes del pueblo, se guardaban mucho de expresar juicios o fingir admiración por una música que, según se confesaban mutuamente, ya de vuelta en casa, no comprendían mejor que la pintura del «señor Biche». Y es que, como de la fascinación, la gracia y las formas de la naturaleza el público sólo conoce lo que ha sacado de las trivialidades de un arte lentamente asimilado, y como el artista original empieza por rechazar esas trivialidades, el señor y la señora Cottard, imagen en esto del público, no encontraban ni en la sonata de Vinteuil ni en los retratos del pintor lo que para ellos era la armonía de la música y la belleza de la pintura. Cuando el pianista tocaba la sonata tenían la impresión de que amontonaba al azar sobre el piano notas que, de hecho, no abarcaban las formas a que estaban habituados, y de que el pintor arrojaba al azar los colores sobre sus telas. Cuando en éstas lograban reconocer alguna forma, les parecía pesada y avulgarada (es decir, desprovista de la elegancia de la escuela de pintura por cuyo filtro veían incluso a los seres vivos por la calle), y sin verdad alguna, como si el señor Biche no hubiese sabido cómo esta-

ba hecho un hombro y que las mujeres no tienen el pelo de color malva.

Con todo, cuando los fieles se dispersaron, el doctor pensó que era propicia la ocasión y, mientras Mme. Verdurin hacía un último comentario sobre la sonata de Vinteuil, como un nadador principiante que se lanza al agua para aprender pero elige un momento en que no hay demasiada gente para verle:

«¡Entonces es lo que se llama un músico *di primo cartello !»,* exclamó con brusca resolución.

Swann sólo consiguió averiguar que la reciente aparición de la sonata de Vinteuil había causado gran impresión en una escuela de tendencias muy avanzadas, pero era totalmente desconocida del gran público.

«Conozco bien a una persona que se llama Vinteuil», dijo Swann, pensando en el profesor de piano de las hermanas de mi abuela.

«Quizá sea él, exclamó Mme. Verdurin.

-No, no, replicó Swann riendo. Si usted lo hubiese visto aunque fuera dos minutos, no se plantearía la cuestión.

-Entonces ¿plantear la cuestión equivale a resolverla?, dijo el doctor.

-Pero podría ser un pariente, continuó Swann, sería bastante triste, aunque al fin y al cabo un hombre de genio puede ser primo de un viejo imbécil. Si así fuese, confieso que no hay suplicio que no me impusiera para que el viejo imbécil me presentase al autor de la sonata: empezando por el suplicio de frecuentar a menudo al viejo imbécil, que debe de ser terrible».

El pintor sabía que en ese momento Vinteuil estaba muy enfermo y que el doctor Potain temía no poder salvarle.

«¿Pero todavía hay gente que se deja curar por Potain?, exclamó Mme. Verdurin.

-¡Ah, señora Verdurin!, dijo Cottard en tono de discreteo galante; olvida usted que está hablando de uno de mis colegas, y hasta debería decir de uno de mis maestros».

El pintor había oído decir que Vinteuil estaba amenazado de enajenación mental. Y aseguraba que era posible advertirlo en ciertos pasajes de la sonata. A Swann no le pareció absurdo el comentario, pero lo dejó turbado; que una obra de música pura no contenga ninguna de las relaciones lógicas cuya alteración en el lenguaje denuncia la locura, que pueda reconocerse la locura en una sonata, le parecía algo tan misterioso como la locura de una perra, la locura de un

caballo, que sin embargo ocurren.

«No me fastidie con eso de sus maestros, usted sabe diez veces más que él», replicó Mme. Verdurin al doctor Cottard, en el tono de una persona que tiene el coraje de opinar por sí misma y hace frente con valor a quienes no piensan como ella. «¡Usted por lo menos no mata a sus enfermos!

-Pero, señora, si es de la Academia, contestó el doctor en tono irónico. Si un enfermo prefiere morir a manos de uno de los príncipes de la ciencia... Es mucho más *chic po*der decir: "¡Es Potain el que me cuida!"

-¿Conque es más *chic?,* dijo Mme. Verdurin. Entonces, ¿también hay ahora *chic* en las enfermedades? No lo sabía... ¡Qué gracioso es usted!, exclamó de pronto hundiendo la cara entre las manos. Y yo, tonta de mí, que discutía en serio sin darme cuenta de que usted estaba tomándome el pelo».

Como a M. Verdurin le pareció demasiado fatigoso echarse a reír por tan poca cosa, se limitó a expulsar una bocanada de humo de su pipa, pensando entristecido que nunca podría rivalizar con su mujer en el terreno de la amabilidad.

«No sabe cuánto nos agrada su amigo», le dijo Mme. Verdurin a Odette cuando ésta se despedía dándole las buenas noches. «Es sencillo, encantador; si todos los amigos que tiene que presentarnos son así, puede traerlos».

M. Verdurin comentó que, sin embargo, Swann no había sabido apreciar a la tía del pianista.

«Se ha sentido algo desorientado, replicó Mme. Verdurin; no puedes pretender que la primera vez ya tenga el tono de la casa como Cottard, que forma parte de nuestro pequeño clan desde hace años. La primera vez no cuenta, sirve para tomar contacto. Odette, hemos quedado en que mañana irá Swann a buscamos al Châtelet[27] ¿Por qué no pasa usted a recogerle?

-No, no quiere.

-En fin, como usted guste. ¡Con tal de que él no nos falle en el último momento!»

Con gran sorpresa de Mme. Verdurin, Swann no falló nunca. Iba a buscarlas a cualquier parte, algunas veces a los restaurantes de las afueras adonde todavía se iba poco por no ser la temporada, en más ocasiones al teatro, que gustaba mucho a Mme. Verdurin; y cierto día, en su casa, ella dijo delante de Swann que, para las noches de estreno y las

funciones de gala, le sería de gran utilidad disponer de un pase, que les había resultado muy incómodo no tenerlo el día de los funerales de Gambetta[28]. Swann que nunca hablaba de sus amistades brillantes, sino sólo de aquellas poco cotizadas que le hubiera parecido poco delicado ocultar, y entre las que se había acostumbrado, en el faubourg Saint-Germain, a colocar las relaciones con el mundo oficial, respondió:

«Le prometo que me ocuparé de eso, lo tendrá a tiempo para la reposición de los *Danicheff*[29]. precisamente mañana almuerzo con el prefecto de policía del Elíseo.

-¿Cómo que del Elíseo?, exclamó el doctor Cottard con voz tonante.

-Sí, con el señor Grévy[30]. », respondió Swann algo molesto por el efecto que su frase había producido.

Y el pintor le dijo al doctor en broma: «¿Le pasa muy a menudo?».

Por regla general, una vez dada la explicación, Cottard decía: «¡Ah, bien, bien, de acuerdo!», y no mostraba más rastros de emoción. Pero esta vez, las últimas palabras de Swann, en lugar de procurarle la habitual calma, llevaron al colmo su asombro ante el hecho de que una persona que cenaba con él, y que no desempeñaba ni funciones oficiales ni notabilidad de ningún tipo, mantuviese relaciones con el Je-

fe del Estado.

«¿Cómo, con el señor Grévy? ¿Conoce usted al señor Grévy?», le dijo a Swann con el aire estúpido e incrédulo de un municipal a quien un desconocido pide ver al Presidente de la República, y que, comprendiendo por sus palabras «con quién tenía que habérselas», como dicen los periódicos, asegura al pobre demente que va a ser recibido de inmediato y lo encamina a la enfermería especial de la Prevención.

«Sí, le conozco algo, tenemos amigos comunes (no se atrevió a decir que se trataba del príncipe de Gales), además invita a mucha gente y le aseguro que esos almuerzos resultan poco divertidos, son además muy sencillos, nunca hay más de ocho personas a la mesa», respondió Swann tratando de borrar cuanto parecían tener de excesivamente deslumbrante, a ojos de su interlocutor, unas relaciones con el presidente de la República.

Acto seguido, Cottard, remitiéndose a las palabras de Swann, adoptó, sobre el valor de una invitación de parte del señor Grévy, la opinión de que era cosa muy poco buscada y al alcance de cualquiera. Desde entonces no volvió a asombrarle que Swann, como cualquier otra persona, frecuentase el Elíseo, y hasta cierto punto lo compadecía por ir a unos almuerzos que, según confesión del propio invitado, eran aburridos.

«¡Ah, ya, ya!, de acuerdo», dijo en el tono de un aduanero que, desconfiado hacía un momento, tras vuestras explicaciones os devuelve la visa y os deja pasar sin abriros las maletas.

«Ah, ya lo creo que deben de ser poco divertidos esos almuerzos, cuánto valor necesitará usted para ir», dijo Mme. Verdurin, que imaginaba al Presidente de la República como un pelma particularmente temible por disponer de medios de seducción y de coerción que, aplicados a sus fieles, hubieran podido inducirlos a fallarle. «Parece que es sordo como una tapia y que come con los dedos.

-Cierto que no debe de resultarle muy divertido ir», dijo el doctor con un punto de conmiseración; y, recordando la cifra de ocho comensales: «¿Son almuerzos íntimos?», preguntó vivamente, con más celo de lingüista que con curiosidad de papanatas.

Mas el prestigio que a sus ojos tenía el Presidente de la República acabó por triunfar tanto de la humildad de

Swann como de la malevolencia de Mme. Verdurin, y en todas las cenas Costard preguntaba lleno de interés: «¿Veremos esta noche al señor Swann? Tiene relaciones personales con el señor Grévy. Es lo que se llama un *gentleman,* ¿no?» Y hasta llegó a ofrecerle una invitación para la exposición odontológica.

«Podrá entrar con las personas que le acompañen, pero no dejan pasar a los perros. Se lo digo, como comprenderá, por que he tenido amigos que no lo sabían y luego se han mordido los puños».

En cuanto a M. Verdurin, no se le escapó el mal efecto que había causado en su esposa el descubrimiento de que Swann tenía amistades poderosas de las que nunca había hablado.

Si no le habían organizado algún entretenimiento fuera, era en casa de los Verdurin donde Swann se reunía con el cogollito, pero sólo iba por la noche y casi nunca aceptaba invitaciones a cenar pese a las instancias de Odette.

«Si lo prefiere, podría cenar a solas con usted, le decía ella.

-¿Y Mme. Verdurin?

-Bah, sería muy sencillo. Bastaría decirle que no tenía listo el traje, o que mi *cab* ha llegado con retraso. Siempre hay un medio de arreglarse.

-Es usted muy amable».

Pero Swann se decía que, si demostraba a Odette (consintiendo únicamente en reunirse con ella después de cenar) que había placeres preferibles al de estar con ella, la atracción que sentía por él tardaría mucho tiempo en saciarse. Por otro lado, como prefería infinitamente más que la de Odette la belleza de una obrerita fresca y rolliza como una rosa de la que se había enamorado, le gustaba pasar con ella el principio de la velada, seguro de ver luego a Odette. Por las mismas razones nunca aceptaba que Odette fuese a recogerlo para ir a casa de los Verdurin. La obrerita lo esperaba cerca de su casa, en una esquina que su cochero Rémi conocía, montaba al lado de Swann y permanecía entre sus brazos hasta el momento en que el coche paraba delante de la casa de los Verdurin. Nada más entrar, mientras Mme. Verdurin le decía, mostrándole unas rosas que él mismo le había enviado aquella mañana: «Voy a regañarle», y le indicaba un sitio junto a Odette, el pianista tocaba, para ellos dos, la pequeña frase dé Vinteuil que era como el himno

nacional de su amor. Empezaba por la prolongación de los trémolos de violín que durante varios compases se oyen solos, ocupando el primerísimo plano, luego parecían separarse de repente y, como en esos cuadros de Pieter de Hooch a los que da profundidad el marco estrecho de una puerta entreabierta, allá en el fondo, con un color distinto, en el terciopelo de una luz interpuesta, la pequeña frase surgía danzante, pastoral, intercalada, episódica, como si perteneciese a otro mundo. Pasaba con sus pliegues simples e inmortales, distribuyendo aquí y allá los dones de su gracia, con la misma sonrisa inefable; pero ahora Swann creía distinguir desencanto. La frase parecía conocer la vanidad de esa dicha cuyo camino mostraba. En su gracia ligera había algo de consumado, como el desapego que sucede a la pena. Mas le importaba poco, la consideraba menos en sí misma - en aquello que podía expresar para un músico que ignoraba la existencia de Swann y de Odette cuando la había compuesto, y para todos aquellos que habrían de oírla durante siglos - que como una prenda, un recuerdo de su amor que, hasta para los Verdurin y para el pequeño pianista, hacía pensar en Odette al mismo tiempo que en él, los unía; hasta el punto de que, cediendo a un ruego caprichoso de Odette, había renunciado al proyecto de pedir a un artista que le tocase la sonata entera, de la que siguió conociendo únicamente aquel pasaje. «¿Qué necesidad tiene usted del resto?, le había dicho ella. Ése es *nuestro* trozo». E incluso, sufriendo al pensar, en el momento en que la música pasaba tan cerca y sin embargo infinitamente lejana, que, mientras se dirigía a ellos, no los conocía, Swann casi lamentaba que tuviese un significado, una hermosura intrínseca e inalterable, ajena a ellos, del mismo modo que ante unas joyas regaladas, o incluso ante las cartas escritas por una mujer amada, reprochamos al agua de la gema y a las palabras del lenguaje que no estén hechas sólo de la esencia de un amor pasajero y de un ser particular.

A menudo sucedía que Swann se retrasaba tanto con la joven obrera antes de ir a casa de los Verdurin que, nada más tocar el pianista la pequeña frase, Swann se daba cuenta de que pronto sería la hora de que Odette volviese a casa. La acompañaba hasta la puerta de su palacete en la calle La

Pérouse[3] detrás del Arco de Triunfo. Y acaso por eso, por no pedirle todos los favores, sacrificaba el placer, para él menos necesario, de verla antes y llegar con ella a casa de los Verdurin, al ejercicio de ese derecho que ella le reconocía de partir juntos y al que atribuía mayor valor porque, de este modo, tenía la impresión de que nadie la veía, ni se interponía entre ellos, ni le impedía seguir estando con él después de haberse despedido.

Así pues, Odette volvía a casa en el coche de Swann; una noche, nada más apearse y mientras se despedía, cogió precipitadamente en el jardincillo delantero de la casa un último crisantemo y se lo dio cuando él ya se iba. Durante la vuelta, Swann lo tuvo apretado contra su boca y cuando, al cabo de unos días, se marchitó la flor la guardó como algo precioso en su secreter.

Pero no entraba nunca en casa de ella. Sólo en dos ocasiones había ido por la tarde, a participar en aquella operación, capital para ella, de «tomar el té». El aislamiento y lo desértico de aquellas calles cortas (compuestas casi en su totalidad por palacetes contiguos cuya monotonía rompía de golpe algún tenducho siniestro, testimonio histórico y sórdido residuo de la época en que esos barrios aún tenían mala fama), la nieve que había quedado en el jardín y en los árboles, el desaliño de la estación, la vecindad de la naturaleza, daban algo más de misterio al calor, a las flores que había encontrado al entrar.

Dejando a la izquierda, en la planta baja sobrealzada, el dormitorio de Odette que por la parte de atrás daba a una calleja paralela, una escalera recta, entre paredes pintadas en un tono sombrío de las que caían telas orientales, hilos de rosarios turcos y un gran farol japonés colgado de un cordoncillo de seda (pero que, para no privar a los visitantes de las últimas comodidades de la civilización occidental se iluminaba con gas), llevaba al salón y al saloncito. Precedía a éstos un estrecho vestíbulo cuya pared, revestida por un cañizo de jardín, pero dorado, estaba bordeada en toda su longitud por una caja rectangular donde florecía, como en un invernadero, una hilera de esos grandes crisantemos, raros todavía en esa época, pero que no podían compararse con los que más tarde lograrían obtener los horticultores. A Swann le fastidiaba la moda que desde el año anterior se fijaba en ellos, pero, en esa ocasión, le había agradado ver la penumbra de la estancia listada de rosa, na-

ranja y blanco gracias a los rayos fragantes de esos efímeros astros que se encienden en los días grises. Odette le había recibido con una bata de seda rosa, con el cuello y los brazos desnudos. Le había hecho sentarse a su lado en uno de los muchos misteriosos receptáculos dispuestos en las sinuosidades del salón, protegidos por inmensas palmeras contenidas en maceteros de China, o por biombos en los que se habían fijado fotografías, lazos de cintas y abanicos. Le había dicho: «Así no estará cómodo, espere, yo se lo arreglo», y, con la risita vanidosa que habría soltado ante alguna idea especial, había instalado detrás de la cabeza de Swann, y bajo sus pies, cojines de seda japonesa que aplastaba como si fuera pródiga de tales riquezas y no le importase su valor. Pero cuando el ayuda de cámara vino trayendo una tras otra las sucesivas lámparas que, encerradas casi todas en porcelanas chinas, ardían aisladas o por parejas, dispuestas sobre distintos muebles como sobre altares, y que en el crepúsculo ya casi nocturno de aquel lento atardecer de invierno habían hecho reaparecer una puesta de sol más duradera, más rosa y más humana - haciendo soñar acaso, en la calle, a algún enamorado detenido ante el misterio de la presencia que desvelaban y ocultaban a un tiempo las ventanas encendidas -, Odette, con el rabillo del ojo, había vigilado severamente al criado para ver si las colocaba con exactitud en el sitio que les estaba consagrado. Pensaba que, con una sola que pusiese equivocada, el efecto de conjunto de su salón hubiera quedado destruido, y que su retrato, montado sobre un caballete oblicuo revestido de felpa, quedaría mal iluminado. Por eso seguía febrilmente los movimientos de aquel hombre ordinario, y le reprendió vivamente por haber pasado rozando dos jardineras que sólo ella podía limpiar por miedo a que se las rompiesen, y fue a examinarlas de cerca para ver si no las había desportillado. Encontraba en todos sus objetos chinos formas «divertidas», y también en las orquídeas, en las catleyas sobre todo, que eran, junto con los crisantemos, sus flores preferidas porque tenían el raro mérito de no parecer flores, sino ser de seda, de raso. «Ésta parece que la han cortado

del forro de mi abrigo», dijo a Swann mostrándole cierta orquídea, con un deje de admiración por aquella flor tan «chic», por aquella hermana elegante e imprevista que la naturaleza le daba, tan distante de ella en la escala de las criaturas y sin embargo refinada, más digna que muchas mujeres de ocupar un sitio en su salón. Le fue enseñando, una tras otra, quimeras de lenguas de fuego que decoraban un jarrón de porcelana o bordadas en una pantalla de chimenea, las corolas de un ramillete de orquídeas, un dromedario de plata nielada, con los ojos incrustados de rubíes, que estaba en la chimenea al lado de un sapo de jade; y fingía alternativamente tener miedo de la maldad o reírse del extravagante aspecto de los monstruos, ruborizarse por la indecencia de las flores y sentir un irresistible deseo de ir a besar al dromedario y al sapo, a los que llamaba «amorcitos». Y esta afectación contrastaba con la sinceridad de ciertas devociones suyas, sobre todo a Nuestra Señora de Laghet[26] que en otro tiempo, cuando vivía en Niza, la había curado de una enfermedad mortal; y siempre llevaba encima una medalla de oro de esa virgen a la que atribuía un poder ilimitado. Odette preparó a Swann «su» té, le preguntó: «¿Con limón o con leche?», y cuando él contestó «con leche», le dijo riendo: «¡Una nube!». Y como a él le parecía bueno: «Ya ve como sé lo que le gusta». En efecto, aquel té le había parecido a Swann algo tan precioso como ella misma, y es tal la necesidad que el amor tiene de encontrar una justificación, una garantía de duración en los placeres que en caso contrario no existirían sin él y acabarían donde él acaba, que, cuando a las siete se despidió de ella para volver a casa y cambiarse de traje, durante todo el trayecto que hizo en su cupé, no pudiendo contener la alegría que aquella tarde le había suscitado, se repetía:

«Qué agradable sería tener una personilla así en cuya casa pudiese encontrar uno esa cosa tan rara que es un buen té». Una hora más tarde, recibió una esquela de Odette y enseguida reconoció aquella caligrafía grande que, con su afectación de rigidez británica, imponía una apariencia de disciplina a ciertos caracteres informes donde ojos menos avisados acaso hubiesen advertido desorden de ideas, insuficiencia de educación y falta de franqueza y de voluntad. Swann había olvidado su pitillera en casa de Odette: «Qué pena que no haya olvidado también su corazón, no le habría permitido recuperarlo».

Una segunda visita que le hizo tal vez tuvo más importancia. Al dirigirse aquel día a su casa, como siempre que debía verla se la imaginaba de antemano; y la necesidad que sentía, para encontrar bello su rostro, de circunscribir sólo a los pómulos frescos y rosados las mejillas que tan a menudo tenía amarillas y lacias, picadas a veces de puntitos rojos, le afligía como una prueba de que el ideal es inaccesible y mediocre la felicidad. Le llevaba un grabado que Odette deseaba ver. Estaba algo indispuesta y lo recibió en bata de crespón de China color malva, sujetándose sobre el pecho, como un chal, una tela suntuosamente bordada. De pie a su lado, con los cabellos sueltos que dejaba resbalar a lo largo de las mejillas, con una pierna doblada en actitud casi de baile para poder inclinarse sin fatiga hacia el grabado que, bajando la cabeza, observaba con sus grandes ojos, tan cansados y desapacibles cuando no se animaba, sorprendió a Swann por su parecido con esa figura de Séfora hija de Jetró, que puede verse en un fresco de la capilla Sixtina. Swann siempre había tenido esa particular afición a encontrar en los cuadros de los maestros no sólo los caracteres generales de la realidad que nos rodea, sino aquello que, por el contrario, parece menos susceptible de generalizar, los rasgos individuales de rostros que conocemos: por ejemplo, en la materia de un busto del dogo Loredano de Antonio Rizzo , la prominencia de los pómulos, la oblicuidad de las cejas, el clamoroso sosias, en suma, de su cochero Rémi; bajo los colores de Ghirlandaio, la nariz de M. de Palancy; en un retrato del Tintoretto, la invasión del

gordo de la mejilla por la implantación de los primeros pelos de las patillas, el fruncimiento de la nariz, la penetración de la mirada, la congestión de los párpados del doctor Du Boulbon. Como siempre había tenido remordimientos por haber limitado su vida a las relaciones mundanas, a la conversación, quizá creía encontrar una especie de indulgente perdón concedido por los grandes artistas en aquel hecho: también ellos habían considerado con gusto y acogido en su propia obra esas caras que confieren a ésta un certificado singular de realidad y de vida, un sabor moderno; quizá, también, se había dejado conquistar tanto por la frivolidad de las gentes de mundo que sentía la necesidad de encontrar en una obra antigua aquellas alusiones anticipadas y rejuvenecedoras a nombres propios del presente. Quizá, por el contrario, había conservado el suficiente temperamento de artista para que tales características individuales le gustasen adoptando un significado más general cuando las veía desarraigadas, liberadas, en el parecido de un retrato más antiguo con un original al que no representaba. En todo caso, y quizá porque la plenitud de impresiones que disfrutaba desde hacía un tiempo, aunque le hubiese llegado más bien con el amor por la música, había enriquecido hasta su gusto por la pintura, el placer fue más profundo, y había de ejercer sobre Swann una influencia duradera, al encontrar en ese momento en el parecido de Odette con la Séfora de aquel Sandro di Mariano a quien conocemos por el sobrenombre popular de Botticelli dado que éste evoca, en lugar de la obra verdadera del pintor, la idea trivial y falsa que de él se ha vulgarizado Dejó de estimar la cara de Odette por la mejor o peor calidad de sus mejillas y por la suavidad puramente carnosa que suponía iba a encontrar en ellas rozándolas con sus labios si alguna vez se atrevía a besarla, para considerarla como una madeja de líneas sutiles y bellas que sus ojos se apresuraron a devanar, siguiendo la curva de su envolvimiento, conectando la cadencia de la nuca con la efusión de los cabellos y la flexión de los párpados, como en un retrato de ella en que su tipo se volviese inteligible y claro.

Estaba mirándola; un fragmento del fresco aparecía en su cara y en su cuerpo, y desde entonces siempre trató de volver a encontrarlo cuando estaba junto a Odette, o simple-

mente cuando pensaba en ella, y aunque la obra maestra florentina sólo le gustase porque la encontraba en ella, ese parecido también confería a Odette una belleza, la volvía más preciosa. Swann se reprochó haber apreciado mal el valor de una criatura que hubiese parecido adorable al gran Sandro, y se felicitó por el placer que sentía viendo a Odette encontrar una justificación en su propia cultura estética. Se dijo que asociando la idea de Odette a sus sueños de felicidad no se había resignado por falta de otra cosa mejor a algo tan imperfecto como había creído hasta entonces, puesto que satisfacía sus gustos artísticos más refinados. Olvidaba que no por ello Odette se convertía en una mujer conforme a su deseo, porque precisamente su deseo siempre se había orientado en sentido opuesto a sus gustos estéticos. La expresión «obra florentina» prestó un gran servicio a Swann. Como un título, permitió a la imagen de Odette penetrar en un mundo de sueños, al que hasta entonces no había tenido acceso y en el que se impregnó de nobleza. Y, mientras la visión puramente carnal que había tenido de aquella mujer, renovando continuamente sus dudas sobre la calidad del rostro, del cuerpo, de toda su belleza, debilitaba su amor, aquellas dudas quedaron disipadas, aquel amor se afianzó cuando en su lugar tuvo por base los datos de una estética cierta; sin contar con que el beso y la posesión, que parecían naturales y mediocres si eran concedidos por una carne ajada, viniendo a coronar la adoración de una pieza de museo le parecieron que debían de ser sobrenaturales y deliciosos.

Y cuando se veía tentado a lamentar que desde hacía meses no había hecho otra cosa que ver a Odette, se decía que era razonable dedicar gran parte de su tiempo a una inestimable obra maestra, fundida, por una vez, en una materia distinta y singularmente sabrosa, en un ejemplar rarísimo que unas veces contemplaba con la humildad, la espiritualidad y el desinterés de un artista, otras con el orgullo, el egoísmo y la sensualidad de un coleccionista.

Sobre su mesa de trabajo puso, como una fotografía de Odette, una reproducción de la hija de Jetró. Admiraba los grandes ojos, el delicado rostro que dejaba adivinar la imperfección del cutis, los maravillosos rizos del pelo a lo largo de las mejillas fatigadas, y adaptando lo que hasta entonces le pareciera bello en sentido estético a la idea de una mujer viva, lo transformaba en méritos físicos y se felicitaba por encontrarlos reunidos en una criatura que podría poseer. Esa vaga simpatía que nos impulsa hacia una obra maestra que contemplamos se convertía, ahora que conocía

el original de carne de la hija de Jetró, en un anhelo capaz en adelante de suplir lo que no le había inspirado al principio el cuerpo de Odette. Después de haber mirado largo rato aquel Botticelli, pensaba en su Botticelli particular, que le parecía más hermoso todavía, y cuando acercaba la fotografía de Séfora, creía estrechar a Odette contra su corazón.

Y sin embargo no era sólo el hastío de Odette lo que se ingeniaba en prevenir, algunas veces también era el suyo propio; advirtiendo que, desde que podía verle sin ninguna dificultad, Odette parecía no tener gran cosa que decirle, temía que los modales algo insignificantes, monótonos y como fijados de una vez por todas que eran ahora los de Odette cuando estaban juntos, acabasen matando en él aquella esperanza novelesca de un día en que ella querría declararle su pasión, esperanza que era el único motivo de haberse enamorado y de seguir estándolo. Y para renovar un poco el aspecto moral, demasiado cristalizado, de Odette, del que temía cansarse, de improviso le escribía una carta llena de fingidas decepciones y simulados enfados que le hacía llegar antes de la cena. Sabía que Odette se asustaría, que le enviaría una respuesta, y esperaba que en la contracción provocada en su alma por el miedo a perderle, brotarían palabras que nunca le había dicho ella todavía; - y, en efecto, así había conseguido las cartas más tiernas que hasta entonces le escribiera, sobre todo una que le había mandado a mediodía desde la «Maison Dorée»[11] (era el día de la fiesta París-Murcia a beneficio de los inundados de Murcia[12]), que empezaba con estas palabras: «Amigo mío, me tiembla tanto la mano que apenas puedo escribir», y que había guardado en el mismo cajón que la flor seca del crisantemo. O si ella no había tenido tiempo de escribirle, cuando él llegase a casa de los Verdurin saldría vivamente a su encuentro y le diría: «Tengo que hablarle», y él contemplaría lleno de curiosidad en su rostro y en sus palabras lo que hasta entonces le había ocultado de su corazón.

Le bastaba acercarse a casa de los Verdurin[13] y ver, ilumi-

nados por lámparas, los grandes ventanales cuyos postigos nunca se cerraban para enternecerse pensando en la encantadora criatura a la que iba a ver resplandecer en medio de su luz dorada. Las sombras de los invitados se destacaban a veces sutiles y negras, incorpóreas, delante de las lámparas, como esos pequeños grabados intercalados entre los paneles de una pantalla translúcida cuyas restantes hojas son pura claridad. Trataba de distinguir la silueta de Odette. Luego, nada más llegar, sus ojos brillaban con tal alegría que M. Verdurin decía al pintor: «Me parece que eso va que arde». Y en efecto, para Swann la presencia de Odette añadía a aquella casa algo de lo que carecían todas las demás que frecuentaba: una especie de aparato sensitivo, de red nerviosa que se ramificaba por todas las salas y transmitía constantes impulsos nerviosos a su corazón.

El sencillo funcionamiento de aquel organismo social que era el pequeño «clan» proporcionaba así a Swann, automáticamente, citas cotidianas con Odette y le permitía fingir cierta indiferencia por verla, o incluso un deseo de no verla más, que no le exponía a grandes riesgos porque, aunque le hubiese escrito durante el día, la vería forzosamente por la noche y la acompañaría a casa.

Pero un día en que, después de pensar con repugnancia en aquel inevitable regreso juntos, había llevado hasta el Bois a su joven obrera para retrasar el momento de ir a casa de los Verdurin, llegó tan tarde que Odette, creyendo que ya no iría, se había marchado. Al ver que ya no estaba en el saloncito, Swann sintió una punzada en el corazón; temblaba ante la idea de verse privado de un placer cuya importancia medía ahora por vez primera, porque hasta entonces había tenido la certeza de encontrarlo cuando quisiese, cosa que, en todos los placeres, mengua o incluso nos impide ver su grandeza.

«¿Has visto la cara que ha puesto al darse cuenta de que no estaba?, le dijo M. Verdurin a su mujer; podría decirse que le han pescado.

-¿La cara que ha puesto?», preguntó con violencia el doctor Cottard, que, habiéndose ausentado un rato para visitar a un enfermo, volvía a recoger a su mujer y no sabía de quién hablaban.

«Pero ¿cómo, no ha encontrado en la puerta al más apuesto de los Swann?...

-No. ¿Ha venido M. Swann?

-Sí, pero sólo un instante. Hemos tenido a un Swann muy agitado, muy nervioso. Ya comprenderá, Odette se había

-

1

ido.

-¿Quiere decir que están a partir un piñón, y que ella le ha concedido sus favores?», dijo el doctor experimentando con cautela el sentido de esas expresiones.

«No, no hay absolutamente nada, y, entre nosotros, creo que ella se equivoca y que está portándose como lo que es, como una tonta de remate.

-¡Bah, bah, bah!, dijo M. Verdurin, ¿cómo sabes que no ha pasado nada? No estábamos allí para verlo, ¿verdad?

-A mí me lo habría dicho, replicó orgullosa Mme. Verdurin. ¡Les aseguro que me cuenta todas sus historias! Como en este momento ya no tiene a nadie, le he dicho que debería acostarse con él. Afirma que no puede, que está enamoriscada de Swann, pero que él es tímido, y eso la intimida a su vez; además dice que no le ama de esa forma, que es un ser ideal, que tiene miedo a desflorar el cariño que siente por él, y qué sé yo cuántas cosas más. Sin embargo, es lo que tendría que hacer.

-Me permitirás que no comparta tu opinión, dijo M. Verdurin; ese caballero no acaba de convencerme; me parece un pretencioso».

Mme. Verdurin permaneció inmóvil, adoptó una expresión inerte como si se hubiera vuelto una estatua, ficción que le permitió dar a entender que no había oído aquella palabra insoportable, «pretencioso», que parecía implicar que alguien pudiera «ser pretencioso» con ellos, es decir que podía ser «más que ellos».

«Bueno, si no pasa nada, no creo que sea porque ese caballero la crea *virtuosa,* dijo irónicamente M. Verdurin. Al fin y al cabo, nada se puede decir, porque él parece creerla inteligente. No sé si oíste lo que decía la otra noche sobre la sonata de Vinteuil; aprecio a Odette de todo corazón, pero en fin, hay que ser muy pánfilo para aplicarle teorías de estética.

-Venga, no hables mal de Odette, dijo Mme. Verdurin haciéndose la niña. Es encantadora.

-Pero si eso no le impide ser encantadora; no hablamos mal, decimos que no es la encarnación de la virtud ni de la inteligencia. En el fondo, le dijo al pintor, ¿a usted le importa algo que sea virtuosa? Quizá fuese mucho menos encantadora, ¿quién sabe?».

En el descansillo, alcanzó a Swann el mayordomo, que no se encontraba allí en el momento en que había llegado y a quien Odette había encargado decirle - pero hacía lo menos una hora -, en caso de que todavía llegase, que proba-

blemente iría a tomar chocolate a Prévost antes de volver a casa. Swann se encaminó hacia Prévost, pero su carruaje se veía detenido a cada paso por otros o por gente que cruzaba la calle, obstáculos odiosos que a Swann le habría gustado arrollar si el atestado del guardia no le hubiese entretenido más que el paso del peatón. Contaba el tiempo que tardaba, añadía unos cuantos segundos a cada minuto para estar seguro de no haberlos hecho demasiado cortos, cosa que le hubiese permitido creer mayor de lo que en realidad era su posibilidad de llegar a tiempo y de encontrar todavía a Odette. Y en determinado momento, como un enfermo con fiebre que acaba de dormir y toma conciencia de lo absurdo de las pesadillas que rumiaba sin lograr distinguirse claramente de ellas, Swann percibió de improviso en su interior la extrañeza de unos pensamientos que le rondaban desde el momento en que le habían dicho, en casa de los Verdurin, que Odette ya se había ido, la novedad del dolor que le oprimía el corazón desde hacía un rato, y que ahora percibió como si acabara de despertarse. ¿Cómo? ¿Toda aquella agitación por no ver a Odette hasta el día siguiente cuando era eso precisamente lo que había deseado, hacía una hora, camino de casa de Mme. Verdurin? Y no tuvo más remedio que admitir que, en aquel mismo coche que lo llevaba a Prévost, ya no iba la misma persona, y que no estaba solo, que a su lado había un ser nuevo, adherido, amalgamado a él, un ser del que acaso no podría librarse, al que tendría que tratar con deferencia, como si fuese un amo o una enfermedad. Y sin embargo, desde que había sentido que una persona nueva se había añadido de ese modo a él; su vida le parecía más interesante. Apenas si se decía que aquel posible encuentro en Prévost (cuya expectativa destrozaba, desnudaba a tal punto los momentos que lo precedían que ya no encontraba una sola idea, un solo recuerdo tras el que pudiese hacer descansar la mente) terminaría siendo, en caso de que tuviese lugar, bien poca cosa. Como todas las noches, en cuanto estuviera con Odette, en cuanto lanzase furtivamente sobre su mudable rostro una mirada al punto desviada por miedo a que la mujer viese en ella la insinuación de un deseo y dejase de confiar en su indiferencia, ya no podría pensar en ella, demasiado ocupado en buscar pretextos que le permitiesen no dejarla tan pronto y

asegurarse, sin aparentar demasiado interés, de que volvería a verla al día siguiente en casa de los Verdurin: es decir, prolongar por el momento y renovar un día más la decepción y la tortura que le aportaba la vana presencia de aquella mujer a la que se acercaba sin atreverse a abrazarla.

No estaba en Prévost; Swann quiso buscar en todos los restaurantes de los bulevares. Para ganar tiempo, mientras él inspeccionaba unos, envió a otros a su cochero Rémi (el dogo Loredano de Rizzo), a quien luego fue a esperar - sin haber encontrado nada - al lugar que le había indicado. El coche no volvía y Swann, pensando en el momento que estaba a punto de llegar, lo imaginaba unas veces como aquel en que Rémi le diría: «La señora está aquí», y otras como aquel en que Rémi le diría: «La señora no está en ningún café». Y de este modo veía delante de sí el final de la velada, única y sin embargo alternativa, precedida por el encuentro con Odette que aboliría su angustia, o por la renuncia forzada a encontrarla esa noche, por la aceptación del regreso a casa sin haberla visto.

Volvió el cochero, pero en el momento en que se detuvo delante de Swann, éste no le dijo: «¿Ha encontrado a la señora?», sino: «Recuérdame mañana que encargue leña, me parece que la provisión está acabándose». Quizá se decía que, si Rémi hubiese encontrado a Odette en un café donde ella lo esperaba, el final de la velada nefasta quedaba aniquilado por empezar a cumplirse el final de velada feliz, y no era necesario darse prisa para alcanzar una felicidad ya capturada y en lugar seguro, una felicidad que ya no había de escapársele. Pero también era por inercia; tenía en el alma esa falta de flexibilidad que algunas criaturas tienen en el cuerpo, y que, en el momento de evitar un choque, de alejar una llama del traje, de hacer un movimiento urgente, se toman su tiempo, empiezan por permanecer un segundo en la situación en que antes se hallaban como para encontrar su punto de apoyo, su impulso. E, indudablemente, si el cochero le hubiera interrumpido diciéndole: «La señora está ahí», habría respondido: «¡Ah, sí, es verdad, el recado que te había encargado, vaya, no me lo habría creído», y habría seguido hablándole de la provisión de leña para ocultarle la emoción que había sentido y darse tiempo a sí mismo para romper con la inquietud y entregarse a la alegría.

Pero el cochero regresó para decirle que no la había encontrado por ninguna parte, y, como viejo servidor, añadió su propio parecer:

«Creo que al señor no le queda más que volver a casa».

Pero la indiferencia que Swann fingía sin esfuerzo cuando Rémi ya no podía alterar la respuesta que traía, se esfumó al ver que trataba de hacerle renunciar a su esperanza y a su búsqueda:

«No, nada de eso, exclamó, tenemos que encontrar a la señora; es importantísimo. Se encontraría en un buen aprieto debido a cierto asunto, y se ofendería si antes no me ve.

-No veo cómo podría darse por ofendida esa señora, respondió Rémi, si ha sido ella la que se ha marchado sin esperar al señor, la que ha dicho que iba a Prévost y la que luego no estaba allí».

Además habían empezado a apagar las luces en todas partes. Bajo los árboles de los bulevares, en una oscuridad misteriosa, vagaban los transeúntes más extraños, apenas reconocibles. Más de una vez, la sombra de una mujer que se le acercaba y le murmuraba unas palabras al oído pidiéndole que la acompañara a casa, hizo estremecerse a Swann. Iba rozando ansiosamente todos aquellos cuerpos oscuros como si entre los fantasmas de los muertos, en el reino sombrío, estuviese buscando a Euridice[1].

De todas las maneras de producción del amor, de todos los agentes de diseminación del mal sagrado, uno de los más eficaces es ese gran soplo de agitación que a veces pasa sobre nosotros. Entonces la suerte está echada, el ser que en ese instante nos complace será el que amaremos. No es siquiera necesario que hasta ese momento nos guste más o incluso lo mismo que otros. Sólo es preciso que nuestra pasión por él se vuelva exclusiva. Y esa condición se cumple cuando - en ese momento en que nos falta - la búsqueda de los placeres que su gracia nos prodigaba es sustituida bruscamente en nuestro interior por una necesidad ansiosa que tiene por objeto ese mismo ser, una necesidad absurda, que las leyes de este mundo vuelven imposible de satisfacer y difícil de curar - la necesidad insensata y dolorosa de poseerlo.

Swann se hizo llevar a los últimos restaurantes; sólo había contemplado con calma la hipótesis de la felicidad; ahora ya no escondía su agitación, la importancia que atribuía a ese encuentro, y prometió al cochero una recompensa en caso de éxito, como si, inspirándole un deseo de conseguir-

lo que vendría a sumarse al suyo propio, pudiese hacer que, aunque hubiese vuelto a casa para acostarse, Odette estuviera sin embargo en un restaurante del bulevar. Llegó hasta la Maison Dorée, entró dos veces en Tortoni, y salía, también sin verla, del Café Anglais, caminando a grandes pasos, con aire trastornado, para acercarse al coche que lo esperaba en la esquina del bulevar des Italiens, cuando chocó con una persona que venía en sentido contrario: era Odette; más tarde le explicó ella que, al no haber encontrado mesa en Prévost, había ido a cenar a la Maison Dorée, en un rincón apartado donde él no la había descubierto, y ahora regresaba a su coche.

Tan inesperado fue el encuentro que Odette hizo un gesto de susto. En cuanto a él, había recorrido París no porque creyese posible encontrarla, sino porque le resultaba demasiado cruel renunciar. Mas aquella alegría que su razón no había dejado de considerar, por esa noche, irrealizable, ahora no le parecía sino más real; porque, como no había contribuido a ella con la previsión de lo verosímil, la sentía ajena; no tenía necesidad de sacarla de su propia mente para ofrecérsela, porque emanaba de ella, era ella misma quien proyectaba hacia él aquella verdad que irradiaba hasta el punto de disipar como un sueño el aislamiento que había temido, y en la que apoyaba, y a la que confiaba, sin pensar, sus sueños más felices. Como un viajero que un día de cielo sereno llega a orillas del Mediterráneo, dudando de la existencia de las comarcas que acaba de abandonar, y deja que deslumbren su vista, en vez de lanzarles miradas, los rayos que hacia él emite el azul luminoso y resistente de las aguas.

Subió con Odette al coche de ella y mandó al suyo que los siguiera.

Odette llevaba en la mano un ramo de catleyas[48] y Swann vio que, bajo su pañuelo de encaje, en el pelo había flores de esa misma orquídea prendidas en un airón de plumas de

cisne. Bajo la mantilla llevaba una casaca de terciopelo negro que, recogida al bies, mostraba en un amplio triángulo la parte inferior de una falda de falla blanca y dejaba ver un canesú, también de falla blanca, en la abertura del escotado corpiño, donde se hundían más flores de catleyas. Nada más reponerse del susto que Swann le había causado, un obstáculo provocó un extraño del caballo. Fueron bruscamente desplazados, ella había lanzado un grito y permanecía palpitante, sin aliento.

«No es nada, le dijo él, no tenga miedo».

Y la tenía cogida por el hombro, apoyándola contra él para sostenerla; luego le dijo:

«Ante todo, no me hable, contésteme sólo por señas para no sofocarse más. ¿Le importa que le coloque bien las flores del corpiño? Con el choque casi se han salido. Temo que las pierda, voy a metérselas un poco».

Odette, que no estaba acostumbrada a ver que los hombres tuvieran tanta deferencia con ella, dijo sonriendo:

«No, nada de eso, no me importa».

Pero, intimidado por la respuesta, también acaso para fingir que había sido sincero eligiendo ese pretexto, o quizá porque empezaba a creer que lo había sido, exclamó:

«No, sobre todo no hable, volverá a quedarse sin aliento, puede responderme con gestos, la entenderé perfectamente. ¿De veras que no le importa? Mire... aquí hay un poco de... me parece que es polen que se ha esparcido sobre usted; ¿me permite que lo recoja con la mano? ¿No le hago daño, no soy demasiado brutal? Quizás estoy haciéndole cosquillas, ¿eh? Es que no quisiera tocar el terciopelo del vestido para no chafarlo. Ya ve, no había más remedio que sujetarlas, se habrían caído; y, si las meto así, poco a poco, hasta el fondo... ¿De veras que no soy desagradable? ¿Y me deja que las huela para ver si en realidad tampoco tienen aroma? Nunca he olido estas flores, ¿puedo? Dígame la verdad».

Sonriendo, Odette apenas se encogió de hombros, como diciendo «qué tonto es usted, ¿no ve que me gusta?».

Él alzaba la otra mano a lo largo de la mejilla de Odette; ella le miró fijamente, con el aire lánguido y grave que tienen las mujeres del maestro florentino con las que le había encontrado parecido; llevados al borde de los párpados, sus ojos luminosos, anchos y sutiles como los suyos, parecían a punto de desprenderse como dos lágrimas. Doblaba el cuello como lo doblan en todas las escenas paganas y en los cuadros religiosos. Y, en actitud que sin duda era habitual en ella, que sabía apropiada para esos momentos y que estaba muy atenta para no olvidarse de asumirla, parecía tener

necesidad de toda su fuerza para frenar el propio rostro, como si una fuerza invisible lo hubiese atraído hacia Swann. Y fue Swann quien, antes de que ella lo dejase caer, como a pesar suyo, sobre sus labios, lo retuvo un instante, a cierta distancia, entre las manos. Había querido dejar a su pensamiento el tiempo de acudir, de reconocer el sueño que había acariciado hacía tanto tiempo y de asistir a su cumplimiento, como una pariente a la que se llama para hacerla partícipe del éxito de un hijo al que ella ha querido mucho. Quizá Swann también posaba en aquel rostro de Odette aún no poseído, y ni siquiera besado, que veía por última vez, esa mirada con la que, un día de despedida, querríamos llevarnos un paisaje que vamos a dejar para siempre.

Mas era tan tímido con ella que, aunque esa noche terminó poseyéndola después de haber empezado por arreglarle las catleyas, fuese por temor a ofenderla, fuese por miedo a dar retrospectivamente la impresión de haber mentido, fuese por falta de audacia para formular una exigencia mayor que aquélla (podía repetirla desde el momento en que la primera vez no había molestado a Odette), los días siguientes recurrió al mismo pretexto. Si Odette llevaba catleyas en el escote, le decía: «¡Qué lástima! Esta noche las catleyas no necesitan que nadie las arregle, no están fuera de su sitio como la otra noche; pero me parece que hay una que no está muy derecha. ¿Puedo ver si huelen más que las otras?». O, si no las llevaba: «¡Ah! Esta noche no hay catleyas, y no podré dedicarme a mis pequeños arreglos». De modo que, durante algún tiempo, no hubo cambio alguno en el orden que había seguido la primera noche, empezando por tocamientos con dedos y labios sobre el pecho de Odette, y por ellos siguieron comenzando siempre sus caricias; mucho más tarde, cuando arreglar (o el simulacro ritual de arreglo) las catleyas hacía tiempo que había caído en desuso, la metáfora «hacer catleya», convertida en un simple vocablo que utilizaban de forma inconsciente cuando querían referirse al acto de la posesión física - en el que por lo demás no se posee nada -, sobrevivió, en su lenguaje, a esa costumbre perdida para conmemorarla. Y acaso esa manera particular de decir «hacer el amor» no significaba exactamente lo mismo que sus sinónimos. Por más harto que esté uno de las mujeres, considerar la posesión de las más diferentes como si siempre fuesen la misma, ya conocida de antemano, tratándose de mujeres bastante difíciles - o que nosotros tenemos por tales - se vuelve por el contrario un placer nuevo que nos obliga a hacer surgir esa posesión de algún episodio imprevisto de nuestras relaciones

con ella, como para Swann fue, la primera vez, el arreglo de las catleyas. Aquella noche, esperaba temblando (pero se decía que, si Odette resultaba víctima de su astucia, no podía adivinarlo) que fuese la posesión de aquella mujer lo que había de salir de entre sus anchos pétalos color malva; y el placer que ya sentía y que Odette, según él, acaso toleraba únicamente porque no lo había reconocido, le parecía, precisamente por eso - como pudo parecer al primer hombre que lo saboreó entre las flores del paraíso terrenal -, un placer que hasta entonces no había existido y que él trataba de crear, un placer - y el nombre especial que le dio conservó su huella - enteramente particular y nuevo.

Ahora, todas las noches, después de haberla devuelto a casa, tenía que entrar y a menudo ella volvía a salir en bata y le acompañaba hasta el carruaje, le besaba a la vista del cochero, diciendo: «¿Qué puede importarme, qué me importan los demás?». Las noches que no iba a casa de los Verdurin (cosa que ocurría a menudo desde que podía verla de otra forma), las noches cada vez menos frecuentes que pasaba en sociedad, Odette le pedía que acudiese a verla antes de volver a casa, fuera la hora que fuese. Era primavera, una primavera pura y helada. Al salir de una velada, montaba en su victoria, se echaba una manta sobre las piernas, respondía a los amigos que se marchaban al mismo tiempo y le proponían volver juntos que no podía, que no iba en la misma dirección, y el cochero, sabiendo cuál era su destino, arrancaba al galope. Los otros estaban asombrados, y, en efecto, Swann ya no era el mismo. Ahora ya no recibían cartas suyas pidiéndoles que le presentaran una mujer. Tampoco se fijaba en ninguna, ni frecuentaba los lugares donde se las encuentra. En un restaurante, en el campo, su actitud era opuesta a la que, todavía ayer, permitía reconocerle y que según todos debería ser siempre la suya. ¡Hasta ese punto una pasión es en nosotros una especie de carácter momentáneo y diferente que sustituye al otro y anula los signos, hasta entonces inmutables, por los que se expresaba! En cambio, ahora lo invariable era que, estuviera donde estuviese, Swann no dejaba de ir a ver a Odette. El trayecto que lo separaba de ella era el que inevitablemente recorría, como si fuese la pendiente misma, irresistible y rauda, de su vida. A decir verdad, cuando a veces se entretenía hasta muy tarde en sociedad, hubiese preferido volver derecho a casa sin hacer aquella larga carrera, y no verla sino al día

siguiente; pero el hecho mismo de molestarse a una hora insólita para ir a su casa, de adivinar que los amigos, al despedirse, decían: «Vive con mucha presión, debe de tener una mujer que le obliga a ir a verla a la hora que sea», le daba la sensación de llevar la vida de esos hombres que tienen un lío amoroso, y que, sacrificando su propio descanso y sus intereses a una fantasía voluptuosa, dan lugar al nacimiento de una fascinación íntima. Además, sin que se diese cuenta, esa certeza de que Odette le esperaba, de que además no estaba con otros, de que no volvería a casa sin haberla visto, neutralizaba aquella angustia olvidada pero siempre presta a renacer que había sentido la noche en que Odette ya no estaba en casa de los Verdurin, y que, sosegada ahora, era tan dulce que casi se la podía llamar felicidad. Acaso a esa angustia se debiese la importancia que Odette había cobrado para él. Suelen sernos tan indiferentes las personas que, cuando hemos depositado en una de ellas tales posibilidades de dolor y alegría para nosotros, nos parece que esa persona pertenece a otro universo, se rodea de poesía, transforma nuestra vida en una especie de extensión emotiva donde estará más o menos cerca de nosotros. Swann no podía preguntarse sin inquietud en qué se convertiría Odette para él en los próximos años. A veces, al contemplar desde su victoria, en aquellas hermosas noches frías, la brillante luna que difundía la claridad entre sus ojos y las calles desiertas, pensaba en aquel otro rostro claro y levemente rosado como el de la luna que, un día, había surgido ante su pensamiento y que, desde entonces, proyectaba sobre el mundo la luz misteriosa en que él lo veía. Si llegaba pasada la hora en que Odette enviaba a sus criados a acostarse, antes de llamar a la puerta del jardincillo iba primero a la calle a la que daba en la planta baja, entre las ventanas todas iguales, pero oscuras, de los palacetes contiguos, la ventana, la única iluminada, de su dormitorio. Golpeaba en el cristal, y ella, avisada, respondía e iba a esperarlo a la otra parte, en la puerta de la entrada. Swann encontraba abiertas sobre el piano algunas de las partituras que ella prefería: el *Vals de las rosas o Pobre loco,* de Tagliafico[1] (que, según su voluntad escrita, debían tocarse en

su entierro), le pedía que tocara en su lugar la pequeña frase de la sonata de Vinteuil, aunque Odette tocase muy mal - pero la visión más hermosa que nos queda de una obra es a menudo la que se elevó por encima de falsas notas arrancadas por torpes dedos de un piano desafinado. La pequeña frase seguía asociándose, para Swann, a su amor por Odette. Sentía que ese amor era algo que no correspondía a nada externo ni verificable por nadie que no fuese él; se daba cuenta de que las cualidades de Odette no justificaban todo el valor que atribuía a los ratos pasados a su lado. Y a menudo, cuando era la inteligencia positiva la única que reinaba en Swann, quería dejar de sacrificar tantos intereses intelectuales y sociales a ese placer imaginario. Pero, en cuanto la oía, la pequeña frase sabía liberar en su interior el espacio que necesitaba, y las proporciones del alma de Swann se veían alteradas; en ella quedaba reservado margen para un goce que tampoco correspondía a ningún objeto exterior y que, sin embargo, lejos de ser puramente individual como la del amor, se imponía a Swann como una realidad superior a las cosas concretas. Esa sed de un encanto desconocido la despertaba en él la pequeña frase, pero sin aportarle nada preciso para saciarla. De modo que aquellas partes del alma de Swann donde la pequeña frase había borrado la preocupación por los intereses materiales, las consideraciones humanas y válidas para todos, las había dejado vacías y en blanco, y él era libre para inscribir ahí el nombre de Odette. Además, a lo que el amor de Odette podía tener de escaso y decepcionante, la pequeña frase venía a añadir, a amalgamar, su propia esencia misteriosa. Viendo el rostro de Swann cuando escuchaba la frase, se hubiera dicho que estaba absorbiendo un anestésico que daba más amplitud a su respiración. Y el placer que le procuraba la música y que pronto iba a crear en él una auténtica necesidad, se parecía de hecho, en esos momentos, al placer que habría obtenido experimentando con los perfumes, o entrando en contacto con un mundo para el que no estamos hechos, que nos parece informe porque nuestros ojos no lo perciben, sin significado porque escapa a nuestra inteligencia, y que únicamente alcanzamos por un solo sentido. ¡Qué gran descanso, qué misteriosa renovación para Swann - cuyos ojos, aunque refinados degustadores de pintura, y cuya mente, aunque sutil observadora de costumbres, llevaban por siempre la huella indeleble de la sequedad de su vida - sentirse transformado en una criatura ajena a la humanidad, ciega, desprovista de facultades lógicas, casi una especie de fantástico unicornio, una criatura quimérica que

sólo percibe el mundo por el oído! Y como en la pequeña frase buscaba sin embargo un sentido al que su inteligencia no podía descender, ¡qué extraña ebriedad al despojar la intimidad de su alma de todas las ayudas del razonamiento y hacerla pasar sólo por el pasillo, por el filtro oscuro del sonido! Empezaba a darse cuenta de todo el dolor, tal vez incluso de todo el secreto desasosiego que había en el fondo de la dulzura de aquella frase, mas no podía soportarlo. ¡Qué importaba que la frase dijera que el amor es frágil siendo el suyo tan fuerte! Jugaba con la tristeza que en ella fluía, la sentía pasar sobre él, pero como una caricia que volvía más profunda y más dulce la sensación que tenía de la felicidad propia. Hacía que Odette la tocase diez, veinte veces, exigiendo que mientras tanto no dejara de besarle. Un beso llama a otro beso. ¡Ay, con qué naturalidad nacen los besos en esos tiempos primeros de un amor! Menudean tan cerca unos de otros; y costaría tanto contar los besos que se dan en una hora como las flores de un campo en el mes de mayo. Entonces ella hacía ademán de pararse, diciendo: «¿Cómo quieres que toque si me tienes así? No puedo hacer todo a la vez, dime al menos lo que quieres, que toque la frase o que te haga arrumacos», él se enfadaba y ella soltaba una risa que se trocaba en una lluvia de besos que caía sobre él. O lo miraba con semblante huraño, y entonces él volvía a ver un rostro digno de figurar en la *Vida de Moisés* de Botticelli, la situaba en el cuadro y daba al cuello de Odette la inclinación necesaria; y cuando la tenía bien pintada al temple[1], en el siglo xv, sobre la pared de la Sixtina, la idea de que mientras ella había seguido estando allí, junto al piano, en el presente, dispuesta a ser besada y poseída, la idea de su materialidad y de su vida lo embriagaba con tal violencia que, con la mirada extraviada, las mandíbulas tensas a punto de devorar, se precipitaba sobre aquella virgen de Botticelli y se ponía a pellizcarle las mejillas. Luego, una vez que la había dejado, no sin volver a entrar para besarla una vez más porque había olvidado llevarse consigo, en el recuerdo, alguna particularidad de su olor o de sus rasgos, mientras regresaba a casa en su victoria bendecía a Odette por consentirle aquellas visitas cotidianas que, sin duda, a ella no debían de proporcionarle una gran alegría pero que, preservándole del tormento de los celos - privándole de la ocasión de sufrir nuevamente del mal que se había declarado en su interior la noche que no la había encontrado en casa de los Verdurin -, le ayudarían a al-

canzar, sin incurrir en más crisis como la primera, que había sido tan dolorosa y que sería la única, el final de aquellas horas singulares de su vida, horas casi mágicas como aquellas en que atravesaba París al claror de la luna. Y como, durante esa vuelta a casa, notase que ahora el astro se hallaba desplazado respecto de él, y casi en el límite del horizonte, sintiendo que también su amor obedecía a unas leyes inmutables y naturales, se preguntaba si aquella fase en que acababa de entrar duraría mucho todavía, si dentro de poco su pensamiento sólo volvería a ver aquel rostro querido ocupando una posición distante y menguada, y a punto de dejar de difundir su propio encanto. Porque Swann, desde que estaba enamorado, encontraba ese encanto en las cosas, como en la época en que, adolescente, se creía artista; aunque ya no era el mismo encanto; éste, sólo Odette se lo confería. Sentía renacer dentro de sí las inspiraciones de la juventud que una vida frívola había disipado, mas todas llevaban el reflejo, la impronta de una criatura particular; y el delicado placer que ahora saboreaba pasando largas horas en su casa, a solas con su alma convaleciente, iba volviéndose poco a poco él mismo, pero en otra.

Únicamente iba a casa de Odette por la noche, y nada sabía de lo que ella hacía durante el día, ni tampoco de su pasado, hasta el punto de carecer incluso de esa pequeña información inicial que, permitiéndonos imaginar lo que no sabemos, nos da deseos de conocerlo. Aunque no se preguntaba qué podía hacer Odette, ni cuál había sido su vida. A veces se limitaba a sonreír pensando que unos años antes, cuando no la conocía, le habían hablado de una mujer que, si no recordaba mal, debía de ser ella, como de una cualquiera, de una mantenida, una de esas mujeres a las que Swann seguía atribuyendo, por haber frecuentado poco su ambiente, el carácter uniforme, fundamentalmente perverso, con que las dotó durante mucho tiempo la imaginación de ciertos novelistas. Se decía que, muchas veces, en punto a reputaciones basta con defender la opinión contraria que forma la gente para juzgar con exactitud a una persona, y a un carácter como ése oponía el de Odette, buena, ingenua, enamorada de ideal, tan incapaz casi de no decir la verdad que, tras suplicarle un día que, para cenar a solas con ella, escribiese a los Verdurin diciéndoles que se encontraba mal, al día siguiente, ante Mme. Verdurin que le preguntaba si estaba mejor, la había visto ruborizarse, balbucear y reflejar a pesar suyo, en su rostro, la pena, el suplicio que le suponía mentir y, mientras multiplicaba en su respuesta los detalles inventados sobre su pretendida indisposición de la

víspera, dar la impresión de pedir perdón con miradas suplicantes y tono desolado por la falsía de sus palabras.

Sin embargo, algunos días, aunque pocos, Odette acudía a su casa por la tarde a interrumpir sus fantasías o aquel estudio sobre Vermeer en el que volvía a trabajar últimamente. Le anunciaban que Mme. de Crécy estaba en el saloncito. Salía a recibirla, y cuando abría la puerta, nada más ver a Swann, el rostro rosado de Odette se empapaba en una sonrisa - que cambiaba la forma de su boca, la expresión de los ojos, el modelado de las mejillas. Luego, ya a solas, volvía a ver esa sonrisa, la que había mostrado la víspera, otra con la que le había acogido en tal o cual ocasión, aquella con que, en el coche, le había respondido tras preguntarle si era desagradable por arreglarle las catleyas; y la vida de Odette durante el resto del tiempo, al no saber nada de ella, le parecía, con su fondo neutro e incoloro, semejante a esas hojas de apuntes de Watteau[4] donde aquí y allá, en todas partes y en todas direcciones, se ven, dibujadas a tres lápices sobre papel agamuzado, innumerables sonrisas. Pero muchas veces, en un rincón de aquella vida que Swann veía completamente vacía, aunque su razón le dijese que no lo estaba, porque no podía imaginársela, algún amigo que, sospechando sus amores, no se habría arriesgado a decirle de ella nada que no fuese insignificante, le describía la silueta de Odette, a quien esa misma mañana había visto subir a pie la calle Abbattucci[5] con una «visite» guarnecida de *skunks*[5], bajo un sombrero «a lo Rembrandt» y un ramito de violetas en el escote. Este sencillo esbozo alteraba a Swann porque, de golpe, le hacía vislumbrar que Odette tenía una vida que no era enteramente suya; quería saber a quién había tratado de agradar con aquella indu-

mentaria para él desconocida; se prometía preguntarle adónde iba en ese momento, como si en toda la vida incolora - casi inexistente, por ser invisible para él - de su amante, no hubiera más que una sola cosa al margen de todas aquellas sonrisas de las que era destinatario: aquel paseo bajo un sombrero a lo Rembrandt, con un ramito de violetas en el escote.

Salvo cuando le pedía la pequeña frase de Vinteuil en lugar del *Vals de las rosas,* Swann no trataba de hacerle tocar las cosas que más le gustaban a él ni corregir, tanto en música como en literatura, su mal gusto. Se daba perfecta cuenta de que no era inteligente. Al decirle que le gustaría mucho que le hablase de los grandes poetas, Odette se había figurado que acto seguido iba a conocer estrofas heroicas y novelescas del género de las del vizconde de Borelli, pero más emotivas todavía. En cuanto a Vermeer de Delft, le preguntó si había sufrido por una mujer, si era una mujer la que le había inspirado, y, tras confesarle Swann que no sabía nada, se había desinteresado de este pintor. Decía a menudo: «Estoy segura de que no habría nada más hermoso que la poesía si fuese verdad, si los poetas pensaran todo lo que dicen. Pero la mayoría de las veces, no hay gente más interesada que ellos. Y de eso, algo sé, tuve una amiga que amó a una especie de poeta. En sus versos, sólo hablaba de amor, del cielo y las estrellas. ¡Bien que la engañó! Le sacó más de trescientos mil francos». Si entonces Swann trataba de enseñarle en qué consistía la belleza artística, de qué modo había que admirar los versos o los cuadros, al cabo de un instante ella dejaba de escuchar, diciendo: «Vaya..., no me imaginaba que fuese así». Y Swann advertía en ella tal decepción que prefería mentir diciéndole que todo aquello importaba poco, que sólo eran bagatelas, que no tenía tiempo para abordar el fondo del asunto, que había otra cosa. Pero ella le interrumpía vivamente: «¿Otra cosa? ¿Qué cosa?... Dímelo», mas él se guardaba de decirle nada, sabiendo que había de parecerle pobre y distinto de lo que ella esperaba, menos sensacional y menos conmovedor, y temiendo que, desilusionada del arte, se desilusionase al mismo tiempo del amor.

Y en efecto, intelectualmente, Swann le parecía inferior a lo que habría imaginado. «Nunca pierdes la sangre fría, no

puedo definirte». Y le maravillaba todavía más su indiferencia por el dinero, su amabilidad con todos, su delicadeza. Y de hecho, a personajes más grandes que Swann, a un sabio, a un artista, cuando no es del todo desconocido por quienes lo rodean, muchas veces les ocurre que el sentimiento demostrativo de que la superioridad de su inteligencia les ha impresionado, no es la admiración por sus ideas, dado que se les escapan, sino el respeto hacia su bondad. Era también respeto lo que inspiraba a Odette la posición de que gozaba Swann en la buena sociedad, pero no deseaba que tratase de introducirla en ella. Acaso intuía que no habría de conseguirlo, y temiese incluso que, con sólo hablar de ella, provocase algunas revelaciones temibles. Sea como fuere, le había hecho prometer que nunca pronunciaría su nombre. Según le había dicho, el motivo por el que no quería hacer vida social era una disputa que en el pasado había tenido con cierta amiga, quien después, para vengarse, había hablado mal de ella. Swann objetaba: «Pero no todo el mundo ha conocido a tu amiga. - Claro que sí, eso es como una mancha de aceite, la gente es tan mala». Por un lado, Swann no comprendió aquella historia, pero por otro sabía que proposiciones como «La gente es tan mala», «una calumnia es como una mancha de aceite» suelen considerarse verdaderas; debía de haber casos a los que se aplicaban. ¿Era el de Odette uno de ellos? No dejaba de preguntárselo, aunque no por mucho tiempo, porque también él estaba sometido a aquel embotamiento mental que se abatía sobre su padre ante un problema difícil. Además, aquella buena sociedad que tanto asustaba a Odette, acaso no le inspirara grandes deseos porque estaba demasiado lejos de la que ella conocía para que pudiese imaginársela con claridad. Sin embargo, a pesar de que en ciertos aspectos seguía siendo muy simple (por ejemplo, seguía conservando la amistad de una pequeña modista retirada y trepaba casi a diario por la escalera empinada, oscura y fétida de su casa), tenía sed de *chic,* aunque no se hiciese de lo *chic* la misma idea que las gentes de mundo. Para éstas, lo *chic* es una emanación de unos pocos individuos que lo proyectan hasta un nivel bastante lejano - más o menos debilitado en razón de la distancia del centro de su intimidad - en el círculo de sus amigos o de amigos de sus amigos cuyos nombres forman una especie de repertorio. Las gentes de mundo lo poseen en su propia memoria, tienen sobre estas materias una erudición de la que han sacado una especie de gusto, de tacto, y así, por ejemplo, si Swann leía en un periódico los nombres de los invitados a una cena podía decir

inmediatamente, sin necesidad de recurrir a su saber mundano, el matiz de lo *chic* de esa cena, lo mismo que un literato, por la simple lectura de una frase, aprecia con exactitud la calidad literaria de su autor. Pero Odette formaba parte de las personas (extremadamente numerosas, aunque no lo crean las gentes de mundo, y que se dan en todas las clases sociales) que no poseen tales nociones y se imaginan un *chic* completamente distinto, que reviste diversos aspectos según el ambiente a que pertenezcan, pero que tiene como carácter distintivo - ya sea el *chic* soñado por Odette, ya aquel otro ante el que se inclinaba Mme. Cottard - ser directamente accesible a todos. A decir verdad, también lo es el otro, el de las gentes de mundo, pero requiere cierto tiempo. Odette decía de una persona:

«Nunca va a ningún sitio que no sea *chic* ».

Y si Swann le preguntaba qué quería decir con esa expresión, le respondía con cierto desprecio:

«¡Pues a un sitio *chic,* está claro! Si, a tu edad, hay que enseñarte lo que son los sitios *chics,* pues ¿qué quieres que te diga? Por ejemplo, los domingos por la mañana, la avenida de l'Impératrice , a las cinco la vuelta al Lago los jueves el teatro Éden , el viernes el Hipódromo , los bailes...

-Pero ¿qué bailes?

-Pues los bailes que se dan en París, los bailes *chics* quiero decir. Verás, Herbinger, ya sabes, el que trabaja con un bolsista, pues sí, debes de saberlo, es uno de los hombres más lanzados de París, un joven alto, rubio y tremendamente

esnob, que siempre lleva una flor en el ojal, una raya hasta la nuca, unos abrigos claros; está con esa vieja pintarrajeada a la que pasea por todos los estrenos. Pues bien, la otra noche dio un baile, y estaba todo lo más *chic* de París. ¡Qué no hubiera dado yo por ir! Pero había que presentar la invitación en la puerta y no había podido hacerme con una. En el fondo, prefiero no haber ido, fue una degollina, no habría conseguido ver nada. Sobre todo era por poder decir que habían estado en casa de Herbinger. ¡Y ya sabes que, a mí, esa vanidad!... Además, puedes estar seguro de que de cada cien mujeres que cuenten que han estado allí, por lo menos la mitad miente... Pero me extraña que tú, un hombre tan "pschutt" no estuvieras».

Swann, sin embargo, no intentaba en modo alguno que Odette modificase esa concepción de lo *chic;* pensando que la suya no debía de ser más correcta, sino igual de insulsa y carente de importancia, no veía ningún interés en instruir en este punto a su amante, y por eso, varios meses después, ella sólo se interesaba en las personas a cuya casa Swann iba únicamente por las invitaciones para el recinto de pesaje, los concursos de hípica y las entradas de estreno que él podía conseguirle gracias a ellas. Deseaba que Swann cultivase amistades tan provechosas, pero se inclinaba a considerarlas *poco chic* desde que vio pasar por la calle a la marquesa de Villeparisis con un traje de lana negra y una cofia de cintas.

«¡Pero si parece una acomodadora, una vieja portera, *darling*! ¡Y eso es una marquesa! ¡Yo no soy marquesa, pero tendrían que pagarme mucho para que saliese a la calle emperejilada de ese modo!».

No comprendía que Swann pudiese vivir en el palacete del Quai d' Orléans, que, sin atreverse a confesárselo, le parecía indigno de él.

Tenía, desde luego, la pretensión de que le gustaban las «antigüedades» y adoptaba un aire fino y extasiado para decir que adoraba pasar todo un día «revolviendo cacharros», buscando «trastos viejos», cosas «de otras épocas». Aunque se obstinase, con una especie de pundonor (y pareciese poner en práctica algún precepto familiar), en no responder

nunca a las preguntas y no «rendir cuentas» sobre la forma en que pasaba el tiempo, en cierta ocasión le habló a Swann de una amiga que la había invitado y en cuya casa todo era «de época». Pero Swann no consiguió hacerle confesar de qué época se trataba. Sin embargo, después de haber reflexionado, respondió que era «medieval». Con eso quería decir que había artesonados. Poco tiempo después, volvió a hablarle de su amiga y añadió, con el tono vacilante y el aire de entendido con que se cita a una persona con quien se ha cenado la víspera y cuyo nombre nunca se había oído, pero a quien los anfitriones parecen considerar tan célebre que se espera del interlocutor que sepa sobradamente a quién os referís. «¡Tiene un comedor... del... dieciocho!». A ella, por lo demás, le parecía espantoso, desnudo, como si la casa estuviese sin acabar, hacía que las mujeres pareciesen horribles y nunca conseguiría ponerse de moda. Por último, volvió a hablar de su amiga una vez más, mostrando a Swann las señas del hombre que había construido aquel comedor y al que deseaba llamar, cuando tuviese dinero, para ver si podía hacerle, no uno semejante, sino el que ella soñaba y que, por desgracia, no cuadraba con las dimensiones de su pequeño palacete, con altos aparadores, muebles Renacimiento y chimeneas como las del castillo de Blois' Ese día se le escapó, delante de Swann, lo que pensaba de su casa del Quai d' Orléans; como él había criticado que a la amiga de Odette le diese, no por el estilo Luis XVI, porque, según decía, aunque ya no se lleve puede tener su encanto, sino por el falso estilo antiguo, le contestó: «No querrás que viva como tú, en medio de muebles rotos y de alfombras gastadas», porque en Odette seguía prevaleciendo el respeto humano de la burguesía sobre el diletantismo de la *cocotte*.

De quienes amaban las baratijas, gustaban de los versos, despreciaban los cálculos mezquinos y soñaban con honor y con amor, Odette hacía una élite superior al resto de la humanidad. No era necesario tener realmente esas inclinaciones, bastaba con pregonarlas; de un hombre que, en una cena, le había confesado que le gustaba callejear y ensuciarse los dedos en las viejas tiendas, que nunca sería apreciado por este siglo mercantilista porque no le preocupaban sus propios intereses y en esto pertenecía a otro tiempo, Odette volvía a casa diciendo: «¡Qué alma tan adorable! ¡Es un sensible! ¡Nunca lo hubiera sospechado!», y sentía

por él una inmensa y subitánea amistad. En cambio, quienes, como Swann, tenían esos gustos, pero no hablaban de ellos, la dejaban fría. Claro que estaba obligada a reconocer que Swann no daba importancia al dinero, pero añadía enfadada: «Aunque en su caso, no es lo mismo», y en efecto, lo que hablaba a su imaginación no era la práctica del desinterés, era su vocabulario.

Dándose cuenta de que a menudo no podía realizar lo que ella soñaba, Swann trataba al menos de que estuviese a gusto con él, de no contrariar aquellas ideas vulgares, aquel mal gusto que ella tenía en todo, y que por lo demás él apreciaba como todo lo que venía de ella, que le fascinaban incluso, por ser otros tantos rasgos particulares gracias a los cuales se le manifestaba y volvía visible la esencia de aquella mujer. Por eso, cuando parecía feliz porque iba a ir a la *Reine Topaze*[67], o cuando su mirada se volvía seria, inquieta y resuelta si temía perderse la fiesta de las flores o simplemente la hora del té, con *muff ns y toasts,* en el «Thé de la Rue Royale»[68] donde creía indispensable una presencia asidua para consagrar la reputación de elegancia de una mujer, Swann, arrastrado como solemos serlo por el carácter de un niño o por la verdad de un retrato que parece a punto de hablar, sentía el alma de su amante aflorarle con tal fuerza al rostro que no podía dejar de acercarse para tocarla con sus labios. «¡Ah! La pequeña Odette quiere que la lleven a la fiesta de las flores, quiere ser admirada, pues entonces la llevaremos, no podemos hacer otra cosa que inclinarnos». Como la vista de Swann era algo débil, hubo de resignarse a usar lentes para trabajar en casa, y a adoptar el monóculo, que lo desfiguraba menos, para la vida social. La primera vez que le vio uno en el ojo, Odette no pudo contener su alegría: «Que digan lo que quieran, yo creo que para un hombre no hay nada más *chic*. ¡Qué bien estás así! Pareces un verdadero *gentleman*. ¡Sólo te falta un título!», añadió con un deje de pesar. Le gustaba que Odette fuese así, del mismo modo que, de haberse enamorado de una bretona, habría sido feliz viéndola con cofia y oyéndole decir que creía en aparecidos. Hasta entonces, como muchos hombres en quienes el gusto por las artes se desarrolla independientemente de la sensualidad, había existido una extraña disparidad entre las satisfacciones que concedía al

uno y a las otras, gozando, en compañía de mujeres cada vez más ordinarias, de las seducciones de obras cada vez más refinadas, llevando a una criadita, en palco con celosía, a la representación de una pieza decadente que él tenía ganas de ver, o a una exposición de pintura impresionista, convencido, por otro lado, de que una dama del gran mundo no hubiese entendido más, y encima no habría sabido callarse con tanta gracia. Pero desde que amaba a Odette, en cambio, simpatizar con ella, tratar de tener una sola alma para los dos le resultaba tan dulce que intentaba gozar de las cosas que ella amaba, y sentía un placer tanto más hondo no sólo en imitar sus costumbres, sino en adoptar sus opiniones, porque, al no tener ninguna raíz en su propia inteligencia, le recordaban exclusivamente su amor, por cuya causa las había preferido. Si volvía *a Serge Panine*' , si aprovechaba cualquier ocasión para ir a ver cómo dirigía Olivier Métra, era por la dulzura de ser iniciado en todas las ideas de Odette, de sentirse cómplice de todos sus gustos. Aquella magia de acercarle a ella que poseían las obras o los lugares que Odette amaba le parecía más misteriosa que aquella otra intrínseca a lugares y obras más bellos, pero incapaces de recordársela. Además, como había dejado debilitarse las convicciones intelectuales de su juventud, y como su escepticismo de hombre de mundo había penetrado, sin que se diese cuenta, hasta ella, creía (o al menos lo había creído tanto tiempo que aún lo proclamaba) que los objetos de nuestros gustos no tienen en sí un valor absoluto, sino que todo es cuestión de época, de clase, que todo consiste en modas; y las más vulgares valen tanto como las que pasan por las más exquisitas. Y como la importancia atribuida por Odette al hecho de tener invitaciones para las inauguraciones de pintura no le parecía en sí misma más ridícula que el placer que en otro tiempo sintiera él por almorzar con el príncipe de Gales, tampoco creía que la admiración que Odette profesaba por Montecarlo o por el Righi fuese más irracional que su propia afición por Holanda, que ella se figuraba un país feo, y por Versalles, que a ella le parecía triste. Por eso se privaba de visitarlos, y

encontraba placer diciéndose que lo hacía por ella, y que sólo quería sentir y amar con ella.

Como todo lo que rodeaba a Odette y en cierto sentido para él no era más que el modo de poder verla y hablar con ella, Swann amaba las reuniones de los Verdurin. Como en el fondo de todas las diversiones, comidas, música, juegos, cenas de disfraces, excursiones campestres, noches de teatro, y hasta de las pocas «grandes veladas» dadas para los «pelmas», allí estaba la presencia de Odette, la vista de Odette, la conversación con Odette, don inestimable que los Verdurin hacían a Swann invitándole; además, en el «cogollito» se encontraba mejor que en cualquier otra parte, y trataba de atribuirle méritos reales, imaginándose que lo frecuentaría toda su vida por propio gusto. Pero como, por miedo a no creerlo, no se atrevía a decirse que amaría eternamente a Odette, suponer al menos que siempre frecuentaría a los Verdurin (proposición que, *a priori,* planteaba menos objeciones de principio por parte de su inteligencia) le permitía ver un futuro en el que seguiría encontrándose con Odette todas las noches; eso quizá no fuera exactamente lo mismo que amarla eternamente, mas, por el momento, y mientras amaba, creer que no dejaría de verla un solo día era todo lo que pedía. «¡Qué ambiente tan delicioso, pensaba. ¡En el fondo, la verdadera vida es ésta! ¡Aquí hay más inteligencia y más sentido artístico que en el gran mundo! Y ¡qué amor tan sincero el de Mme. Verdurin, a pesar de ciertas exageraciones algo ridículas, por la pintura y por la música, qué pasión por las obras, qué deseo de agradar a los artistas! Su idea de las gentes de mundo no es muy exacta, pero no lo es menos que éstas la tienen más falsa todavía de los ambientes artísticos. Puede ser que yo no tenga grandes necesidades intelectuales que satisfacer en la conversación, pero me encuentro muy a gusto con Cottard, a pesar de sus estúpidos retruécanos. Y por lo que se refiere al pintor, si resulta desagradable su pretensión cuando intenta deslumbrar a los demás, en cambio es una de las mejores inteligencias que yo haya conocido. Y sobre todo, además, allí uno se siente libre, cada cual hace lo que quiere sin presiones ni ceremonias. ¡Qué derroche de buen humor se gasta a diario en esa casa! Decididamente, salvo raras excepciones, de ahora en adelante, sólo frecuentaré ese ambiente. Y en él fundaré cada vez más mis hábitos y mi vida».

Y como las cualidades que creía intrínsecas de los Verdurin sólo eran reflejo de los placeres que su amor por Odette había disfrutado en su casa, esas cualidades se volvían más

serias, más profundas y más vitales cuanto más lo eran esos placeres. Como en ocasiones Mme. Verdurin daba a Swann lo único que para él podía constituir la felicidad; como, cierta noche en que sufría de ansiedad porque Odette había hablado con un invitado más que con otro, y en que, irritado con ella, no quería tomar la iniciativa de preguntarle si volverían juntos a casa, Mme. Verdurin le devolvía la paz y la alegría diciendo espontáneamente: «Odette, acompañará usted al señor Swann, ¿verdad?»; - como, a punto de llegar el verano, y cuando lleno de inquietud se había preguntado si Odette se marcharía sin él, si podría seguir viéndola todos los días, Mine. Verdurin les había invitado a pasarlo juntos en su casa de campo, - Swann, dejando involuntariamente que la gratitud y el interés se infiltraran en su inteligencia e influyesen en sus ideas, llegaba a proclamar que Mme. Verdurin tenía grandeza de alma. Por exquisitas o eminentes que fuesen ciertas personas de las que le hablaba alguno de sus antiguos compañeros de la escuela del Louvre «Prefiero cien veces a los Verdurin», respondía. Y con una solemnidad nueva en él añadía: «Son unos seres magnánimos, y en el fondo la magnanimidad es lo único que importa y que ennoblece en este mundo. Verás, sólo hay dos clases de personas: los magnánimos y el resto; y he llegado a una edad en que hay que tomar partido, decidir de una vez por todas qué se quiere amar y qué despreciar, quedamos con los que amamos y, para recuperar el tiempo que malgastamos con los demás, no separarnos de ellos hasta su muerte. Por eso», añadía con esa leve emoción que sentimos, cuando, incluso sin damos muy bien cuenta, decimos una cosa no porque sea verdad, sino porque sentimos placer diciéndola y porque la escuchamos en nuestra propia voz como si viniese de fuera, «la suerte está echada, he decidido amar sólo a los corazones magnánimos y vivir únicamente en la magnanimidad. Me preguntas si Mme. Verdurin es realmente inteligente. Te aseguro que me ha dado pruebas de una nobleza de corazón y de una altura de alma que, qué quieres que te diga, no se alcanza sin una altura igual de pensamiento. Claro que comprende en profundidad las artes. Pero en ella, tal vez no sea eso lo más digno de admiración; ciertas pequeñas acciones ingeniosas y exquisitamente buenas que ha hecho por mí, cierta atención genial, determinados gestos familiarmente sublimes, revelan una comprensión de la existencia más profunda que todos los tratados de filosofía».

Y sin embargo habría podido admitir que había viejos amigos de sus padres tan sencillos como los Verdurin, compañeros de su juventud igual de apasionados por el arte, que conocía a otras personas de gran corazón y que, sin embargo, desde que había optado por la simplicidad, las artes y la magnanimidad, había dejado de frecuentarlas. Pero esas personas no conocían a Odette, y, de haberla conocido, no se habrían preocupado de acercarla a él.

Así que, en todo el círculo de los Verdurin, no había desde luego un solo fiel que los quisiese o creyese quererlos tanto como Swann. Y sin embargo, cuando M. Verdurin había dicho que Swann no le convencía, no sólo había expresado su propio pensamiento sino que había adivinado el de su mujer. Seguramente Swann sentía por Odette un cariño demasiado particular, y había olvidado hacer de Mme. Verdurin su confidente cotidiana: sin duda la discreción misma con que aprovechaba la hospitalidad de los Verdurin, absteniéndose a menudo de acudir a cenar por una razón que no podían suponer y en la que veían el deseo de no renunciar a una invitación de los «pelmas», y también, sin duda, el progresivo descubrimiento que, a pesar de todas las precauciones que había tomado para ocultárselo, iban haciendo de su brillante situación mundana, todo esto contribuía a la irritación de los Verdurin contra él. Pero la razón profunda era otra. Y es que enseguida habían advertido en Swann un espacio reservado, impenetrable, donde seguía profesando silenciosamente para sí que la princesa de Sagan no era grotesca y que las bromas de Cottard no eran graciosas; en definitiva, y aunque nunca se apartase de su amabilidad ni se rebelase contra sus dogmas, una imposibilidad de imponerle estos últimos y de convertirle enteramente a ellos, como nunca habían encontrado en nadie. Le habrían perdonado que se tratase con los pelmas (a quienes, por lo demás, en el fondo de su corazón, prefería mil veces antes que a los Verdurin y a todo el cogollito) si hubiese consentido, para dar buen ejemplo, en renegar de ellos en presencia de los fieles. Pero comprendieron que era una abjuración que no podrían arrancarle.

¡Qué diferencia con un «nuevo» a quien Odette les había pedido que invitasen, aunque sólo hubiera hablado con él unas pocas veces, y en quien los Verdurin fundaban muchas esperanzas, el conde de Forcheville! (Resultó ser precisamente cuñado de Saniette, cosa que llenó de asombro a los fieles: el viejo archivero tenía unos modales tan humildes que siempre le habían creído de un rango social inferior al suyo, y no esperaban llegar a saber que pertenecía a un

mundo adinerado y relativamente aristocrático). Cierto que Forcheville era groseramente esnob, mientras que Swann no lo era; cierto que distaba mucho de poner, como Swann, el ambiente de los Verdurin por encima de todos los demás. Pero carecía de esa delicadeza de temperamento que impedía a Swann sumarse a las críticas, demasiado manifiestamente falsas, que Mme. Verdurin lanzaba contra personas que él conocía. En cuanto a las parrafadas pretenciosas y vulgares que el pintor soltaba ciertos días, a las bromas de viajante de comercio que aventuraba Cottard, para las que Swann, que apreciaba a ambos, encontraba fácilmente excusas aunque no tuviese el valor y la hipocresía de aplaudirlas, Forcheville era por el contrario de un nivel intelectual que le permitía quedar atónito y maravillado por las primeras, aunque sin comprenderlas, y deleitarse con las segundas. Y fue precisamente la primera cena en casa de los Verdurin a que asistió Forcheville la que arrojó luz sobre todas estas diferencias, realzó sus cualidades y precipitó la desgracia de Swann.

Además de los *habitués,* en aquella cena estaba un profesor de la Sorbona, Brichot, que había conocido al señor y la señora Verdurin en las aguas y que, si sus funciones universitarias y sus trabajos de erudición no hubieran hecho muy raros sus momentos de libertad, de buena gana habría ido más a menudo a su casa. Porque tenía esa curiosidad, esa superstición de la vida que, unida a cierto escepticismo sobre el objeto de sus propios estudios, proporciona a unos cuantos hombres inteligentes en cualquier profesión, médicos que no creen en la medicina, profesores de liceo que no creen en la versión de latín, la reputación de mentes abiertas, brillantes, e incluso superiores. En casa de Mme. Verdurin, hacía gala de buscar sus comparaciones entre lo que era de mayor actualidad cuando hablaba de filosofía y de historia, primero por estar convencido de que ambas no son más que una preparación para la vida y por figurarse que en el pequeño clan encontraba en acto lo que hasta entonces sólo había conocido en los libros, y tal vez también porque, habiéndoselo visto inculcar en el pasado, y habiendo conservado sin saberlo, el respeto por ciertos temas, creía despojarse del universitario tomándose con ellos unas libertades que, por el contrario, sólo le parecían tales porque seguía siéndolo.

Desde el principio de la cena, cuando el señor de Forcheville, sentado a la derecha de Mme. Verdurin que, en honor del «nuevo», había hecho un gran derroche en su atuendo, le decía: «¡Qué original esa toilette blanca!», el doctor, que

no había dejado de observarle, por la curiosidad que tenía de saber de qué estaba hecho lo que él llamaba un «de», y que buscaba una oportunidad para llamar su atención y entrar en contacto más estrecho con él, cogió al vuelo la palabra «blanca» y, sin levantar la nariz del plato, dijo: «¿Blanca? ¿Blanca de Castilla?¯ .», y luego, sin mover la cabeza, lanzó furtivamente a derecha e izquierda miradas inseguras y risueñas. Mientras

Swann, con el vano y doloroso esfuerzo que hizo por sonreír, atestiguó que el retruécano le parecía estúpido, Forcheville daba muestras de que apreciaba la agudeza y, al mismo tiempo, de que sabía comportarse, conteniendo en sus justos límites una hilaridad cuya franqueza conquistó a Mme. Verdurin.

«¿Qué me dice usted de un sabio así?, le había preguntado a Forcheville. No hay modo de hablar en serio con él ni dos minutos. ¿Cuenta usted las mismas cosas en su hospital?, añadió volviéndose hacia el doctor. Entonces no debe de ser tan aburrido ir todos los días. Veo que acabaré pidiendo que me admitan en él.

-Me parece haber oído que el doctor hablaba de esa vieja pécora de Blanca de Castilla, si se me permite expresarme así. ¿No es cierto, señora?», preguntó Brichot a Mme. Verdurin que, extasiada y con los ojos cerrados, escondió la cara entre las manos, de donde escaparon unos grititos sofocados. «Por Dios, señora, no quisiera alarmar a las almas respetuosas, si es que las hay en tomo de esta mesa, sub rosa´ ... Reconozco además que nuestra inefable república ateniense - ¡oh, cuánto! - podría honrar en esa capeta oscurantista al primero de los prefectos de policía de puño de hierro. Cierto, mi querido anfitrión, cierto», prosiguió con su voz bien timbrada que separaba cada sílaba, en respuesta

a una objeción de M. Verdurin. «La Chronique de Saint-Denis», cuya información es indiscutible, no deja duda alguna a este respecto. No podría elegirse patrona mejor para un proletariado en vías de laicización que esa madre de un santo, al que por cierto también se las hizo pasar moradas, como dice Suger y el mismo san Bernardo, porque les ajustaba las cuentas a todos.

-¿Quién es ese caballero?», preguntó Forcheville a Mme. Verdurin, «parece una eminencia.

-Pero ¿no conoce usted al famoso Brichot? Es célebre en toda Europa.

-¡Ah!, es Bréchot, exclamó Forcheville que no había oído bien, ¡nada menos!», añadió clavando unos ojos desorbitados en el hombre célebre. «Siempre es interesante cenar con una persona famosa. Oiga, pero si ustedes nos invitan a cenar con comensales de primera fila. En su casa sí que es imposible aburrirse.

-Verá, dijo en tono modesto Mme. Verdurin, lo que ocurre es que se sienten a gusto. Hablan de lo que quieren, y la conversación se convierte en fuegos de artificio. Brichot, por ejemplo, esta noche todavía no es nada: ha de saber que, en mi casa, le he visto brillantísimo, como para caer de rodillas; sin embargo, en otras casas, ya no es el mismo, le falta ingenio, hay que arrancarle las palabras y hasta resulta aburrido.

-¡Qué curioso!», dijo Forcheville asombrado.

Un tipo de ingenio como el de Brichot habría sido tenido por pura estupidez en el ambiente en que Swann había pasado su juventud, aunque sea compatible con una inteligencia verdadera. Y la del profesor, vigorosa y bien nutrida, probablemente hubiera podido suscitar envidia en muchas personas de mundo que a Swann le parecían ingeniosas.

Mas éstas habían acabado por inculcarle tan bien sus gustos y sus repulsiones, al menos en materia de vida mundana e incluso en aquella de sus partes anejas que en realidad debería inscribirse en el dominio de la inteligencia: es decir la conversación, que Swann no pudo por menos de juzgar pedantescas, vulgares y groseras hasta la repulsión las bromas de Brichot. Además le chocaba, habituado como estaba a los buenos modales, el tono rudo y militar que el universitario patriotero adoptaba para dirigirse a todo el mundo. Por último, y quizá por encima de todo, aquella noche había perdido su indulgencia al ver la amabilidad que Mme. Verdurin desplegaba con el tal Forcheville, a quien Odette había tenido la singular ocurrencia de llevar. En cuanto llegó, y algo violenta con Swann, le había preguntado:

«¿Qué le parece mi invitado?».

Y él, advirtiendo por vez primera que Forcheville, a quien conocía hacía mucho, podía agradar a una mujer y era hombre bastante atractivo, había contestado: «¡Inmundo!». No se le pasaba por la imaginación, desde luego, estar celoso de Odette, pero no se sentía tan feliz como de costumbre, y cuando Brichot, que había empezado a contar la historia de la madre de Blanca de Castilla, que «había estado durante años con Enrique Plantagenet antes de casarse con él»[7], quiso que Swann le pidiera que continuase, diciéndole: «¿No es así, señor Swann?», en el tono marcial que se adopta para ponerse a la altura de un aldeano o dar ánimo a un soldado, Swann cortó el efecto, con gran enfado de la dueña de la casa, respondiendo que tuviesen a bien excusarle por interesarse tan poco en Blanca de Castilla, pero que tenía que preguntar algo al pintor. Éste, en efecto, había ido esa tarde a visitar la exposición de un artista, amigo de Mme. Verdurin, muerto hacía poco, y Swann habría querido saber de sus labios (porque apreciaba su gusto) si verdaderamente había en sus últimas obras algo más que el virtuosismo que ya pasmaba en las anteriores.

«Desde ese punto de vista era extraordinario, pero su obra no parecía un arte, como suele decirse, muy "elevado", dijo Swann con una sonrisa.

-Elevado... a la altura de una institución», le interrumpió Cottard alzando los brazos con gravedad simulada.

Toda la mesa se echó a reír.

«¿No se lo había dicho? Es imposible estar serio con él, dijo Mme. Verdurin a Forcheville. Cuando menos lo esperas, sale con una pata de banco».

Pero se dio cuenta de que Swann era el único que no se había reído. Además, no le divertía mucho que Cottard hiciese reír a su costa delante de Forcheville. Mas el pintor, en vez de dar a Swann una respuesta interesante, como probablemente hubiera hecho de haber estado a solas con él, prefirió ganarse la admiración de los comensales colocando una frase efectista sobre la habilidad del maestro desaparecido.

«Me acerqué, dijo, para ver cómo lo hacía, y metí la nariz en los cuadros. Y nada, ¡imposible decir si están hechos con cola, con rubíes, con jabón, con bronce, con sol o con caca!

-¡Más uno, doce!», exclamó a destiempo el doctor, sin que nadie comprendiese su interrupción.

«Parece que están hechos de nada, continuó el pintor, no hay manera de descubrir el truco, igual que en *La Ronda* o en *Las regentes, y* como mano es incluso más fuerte que Rembrandt y que Hals. Tiene todo dentro, sin tenerlo, se lo juro».

Y como los cantantes que, llegados a la nota más alta que pueden dar, continúan con voz de falsete, piano, se limitó a murmurar, y riéndose, como si de hecho aquella pintura terminara siendo ridícula a fuerza de belleza:

«Tiene buen olor, se sube a la cabeza, te corta la respiración, te hace cosquillas, y no hay medio de saber con qué se hizo, es hechicería, es marrullería, es puro milagro (estallando en carcajadas): ¡es indecente!». E, interrumpiéndose, irguiendo muy serio la cabeza, adoptando una nota de bajo profundo que se esforzó por volver armoniosa, añadió: «¡Y es tan leal!».

Salvo en el momento en que había dicho: «más fuerte que *La Ronda»,* blasfemia que había provocado una protesta de Mme. Verdurin, que tenía *La Ronda* por la mayor obra maestra del universo junto con la *Novena y* la *Samotracia*

y cuando dijo lo de «hecho con caca», que había obligado a Forcheville a lanzar una ojeada circular a la mesa para ver si la palabra pasaba antes de permitir que a su boca asomase una sonrisa mojigata y conciliadora, todos los invitados, menos Swann, habían clavado en el pintor unos ojos fascinados por la admiración.

«¡Cómo me divierte cuando se entusiasma así!», exclamó, nada más terminar el pintor, Mme. Verdurin, encantada de que fuese tan interesante la mesa precisamente el día en que el señor de Forcheville acudía por primera vez. «Y tú, ¿qué haces ahí, con la boca abierta como un pasmarote?, le dijo a su marido. Sabes de sobra que habla bien; se diría que es la primera vez que le oye a usted. ¡Si le hubiese visto mientras hablaba! Se bebía sus palabras. Y mañana nos recitará todo lo que usted ha dicho, sin saltarse una sílaba.

-Pero si estoy hablando en serio, dijo el pintor, encantado con el éxito; parece usted creer que es palabrería, puro camelo lo que digo; le llevaré a verla, y ya me dirá si he exagerado; ¡le apuesto lo que quiera a que vuelve más entusiasmada que yo!

-No, si no creemos que exagere, sólo queremos que coma, y que también coma mi marido; llévele otro lenguado normando al señor, ¿no ve que el suyo está frío? No tenemos ninguna prisa, está usted sirviendo como si hubiese fuego, espere un poco para sacar la ensalada».

Mme. Cottard, que era modesta y hablaba poco, sabía sin embargo encontrar aplomo cuando una feliz inspiración le sugería una frase acertada. Estaba segura de que tendría éxito, y eso le daba confianza, aunque si intervenía era menos por brillar que por contribuir a la carrera de su marido. Así que no dejó escapar la palabra «ensalada» que acababa de pronunciar Mme. Verdurin.

«¿No será ensalada japonesa?», dijo a media voz volviéndose hacia Odette.

Y complacida y confusa por la oportunidad y la audacia de aquella alusión discreta, aunque clara, a la nueva comedia de Dumas[72] que tanto eco había tenido, se echó a reír con deliciosa risa de ingenua, poco sonora pero tan irresis-

tible que durante unos instantes no consiguió dominarla. «¿Quién es esa dama? Tiene ingenio», dijo Forcheville.

«No, pero se la prepararemos si todos ustedes vienen a cenar el viernes.

-Le voy a parecer muy provinciana, caballero, le dijo Mme. Cottard a Swann, pero aún no he visto esa famosa *Francillon* de la que todo el mundo habla. El doctor ya ha ido a verla (hasta recuerdo que me dijo haber tenido el grandísimo placer de pasar la velada con usted) y confieso que no me ha parecido razonable que sacase entradas para volver conmigo. Evidentemente, en el Théâtre-Français nunca se desperdicia la velada, trabajan siempre tan bien, pero como tenemos unos amigos muy amables» (Mme. Cottard rara vez pronunciaba un nombre propio, limitándose a decir «unos amigos nuestros», «una de mis amigas», por «distinción», en un tono falso y con el aire de importancia de la persona que sólo nombra a quien quiere) «que disponen de palcos muy a menudo y tienen la feliz idea de llevarnos a todas las novedades que merecen la pena, estoy segura de que un poco antes o un poco después he de ver *Francillon,* y de poder formarme una opinión. Debo confesar, sin embargo, que me siento un poco estúpida, porque en todos los salones que visito no se habla de otra cosa que de esa maldita ensalada japonesa. Hasta empieza a cansar un poco», añadió viendo que Swann parecía menos interesado de lo que ella había supuesto por una actualidad tan candente. «Pero le confesaré, sin embargo, que a veces sirve de pretexto para ocurrencias bastante divertidas. Por ejemplo, una amiga mía muy original a pesar de ser muy guapa, muy agasajada y muy impulsiva, sostiene que ha mandado hacer esa ensalada japonesa en casa, pero poniéndole todo lo que Alexandre Dumas hijo dice en la comedia. Había invitado a unas cuantas amigas a comer. Por desgracia yo no me encontraba entre las elegidas. Nos lo ha contado hace poco, en su día de visita; parece que la ensalada era detestable, nos ha hecho llorar de risa. Claro que todo está en el modo de contar», añadió viendo que Swann mantenía un semblante grave.

Y suponiendo que tal vez fuese porque no le gustaba *Francillon:*

«Además, creo que me decepcionará. No creo que valga tanto como *Serge Panine,* el ídolo de Mme. de Crécy. Ésos sí que son argumentos profundos, que hacen pensar; pero ¡dar una receta de ensalada sobre el escenario del Théâtre-Français! ¡Ni comparación con *Serge Panine!* Además, es como todo lo que sale de la pluma de Georges Ohnet, está

siempre tan bien escrito. No sé si conoce usted *Le Maître de Forges*, que a mí me gusta todavía más que *Serge Panine.*

-Perdóneme, le dijo Swann con aire irónico, pero confieso que mi falta de admiración por esas dos obras maestras es poco más o menos la misma.

-¿De veras? ¿Qué es lo que les reprocha? ¿Tiene prejuicios? ¿Le parecen acaso un poco tristes? Por otra parte, como yo siempre digo, nunca se debe discutir sobre novelas ni sobre obras de teatro. Cada cual tiene su modo de ver y a usted puede parecerle detestable lo que a mí más me gusta».

Fue interrumpida por Forcheville que se dirigía a Swann. Porque mientras Mme. Cottard hablaba de *Francillon,* Forcheville había expresado a Mme. Verdurin su admiración por lo que había denominado el pequeño *«speech»* del pintor.

«¡Qué facilidad de palabra y qué memoria tiene el señor!», le había dicho a Mme. Verdurin cuando el pintor hubo acabado. «¡He visto pocas parecidas! ¡Demonio!, ya las quisiera yo para mí. Sería un predicador excelente. Podría decirse que con él y con el señor Bréchot tienen ustedes dos números de mucha fuerza, y no sé si en labia aquél gana por la mano al profesor. Le sale más natural, es menos rebuscado. Aunque, en el camino, utilice algunas palabras algo realistas, pero es el gusto del día, y pocas veces he visto parlotear con tanta destreza, como decíamos en mi regimiento, donde sin embargo tenía yo un camarada a quien precisamente el señor me ha recordado un poco. A propósito de cualquier cosa, no sé qué decirle, de este vaso por ejemplo, era capaz de parlotear durante horas, no, de este vaso no, lo que digo es estúpido; pero a propósito de la batalla de Waterloo, de lo que usted quiera, y de paso nos soltaba cosas en las que a usted nunca se le hubiera ocurrido pensar. Por cierto, Swann debió de conocerle, estaba en el mismo regimiento.

-¿Ve usted con frecuencia al señor Swann?, preguntó Mme. Verdurin.

-No, todo lo contrario», respondió M. de Forcheville, y como, para acercarse con mayor facilidad a Odette, deseaba congraciarse con Swann, quiso aprovechar la ocasión para halagarle hablando de sus notables relaciones, pero como hombre de mundo, en un tono de crítica cordial y sin dar la

impresión de felicitarle por ello como por un éxito inesperado: «¿No es cierto, Swann? Nunca le veo. Además, ¿qué hacer para verle? ¡Este animal siempre está metido en casa de los La Trémoïlle , de los Laumes, en casa de toda esa gente!...». Imputación por otro lado completamente falsa, sobre todo porque desde hacía un año Swann apenas frecuentaba otra casa que la de los Verdurin. Pero el mero nombre de personas desconocidas para ellos bastaba para provocar un silencio cargado de reprobación. M. Verdurin, temiendo la penosa impresión que esos nombres de «pelmas», sobre todo soltados así, sin tacto, a la cara de todos los fieles, habían debido de producir en su mujer, le lanzó a hurtadillas una mirada llena de inquieta solicitud. Vio entonces que en su resolución de no darse por enterada, de no haber sido rozada siquiera por la noticia que acababan de comunicarle, de permanecer no sólo muda, sino de haber sido sorda, igual que nos esforzamos por fingirlo cuando un amigo indiscreto intenta insinuar en la conversación una excusa que daríamos la impresión de admitir si la oyésemos sin protestar, o cuando en nuestra presencia se pronuncia el nombre prohibido de un ingrato, Mme. Verdurin, para que su silencio no hiciese pensar en un consentimiento, sino en el silencio ignorante de las cosas inanimadas, había despojado repentinamente a su rostro de toda vida, de toda motilidad; su frente abombada se había convertido en un bello estudio de escultura en alto relieve donde el nombre de aquellos La Trémoille en cuya casa Swann siempre estaba metido no había podido penetrar; su nariz levemente arrugada mostraba una hendidura que parecía calcada sobre la vida. Se hubiese dicho que su boca entreabierta estaba a punto de hablar. Ya sólo era una cera perdida, una máscara de yeso, una maqueta para un monumento, un busto para el Palacio de la Industria[22] ante el que el público se detendría seguramente para admirar la habilidad con que el escultor había expresado la imprescriptible dignidad de los Verdurin, enfrentada a la de los La Trémoïlle y de los Laumes que así se igualaban a todos los pelmas de la tierra, y había

llegado a dar una majestad casi papal a la blancura y rigidez de la piedra. Pero el mármol acabó por animarse e hizo oír que se necesitaba tener estómago para ir a casa de gente así, porque la mujer siempre estaba borracha y el marido era tan ignorante que decía cogedor por corredor.

«Ni por todo el oro del mundo dejaría yo entrar eso en mi casa», concluyó Mme. Verdurin mirando a Swann con aire imperioso.

Indudablemente no esperaba que Swann se sometiese hasta el punto de imitar la santa simplicidad de la tía del pianista, que acababa de exclamar: «¿Qué les parece? Lo que me asombra es que todavía haya personas dispuestas a hablarles; a mí me daría miedo: ¡es tan fácil recibir un mal golpe! ¿Cómo es posible que haya gente tan bruta que corra tras ellos?». O que no contestase, por lo menos, como Forcheville: «Bueno, es una duquesa; hay gentes a las que eso todavía impresiona», frase que había permitido a Mme. Verdurin replicar: «¡Que les aproveche!». En cambio Swann se limitó a reír con un gesto que significaba que ni siquiera podía tomar en serio semejante extravagancia. M. Verdurin, que seguía lanzando sobre su mujer miradas furtivas, veía con tristeza y comprendía perfectamente que la dominaba la cólera de un gran inquisidor que no consigue extirpar la herejía; y con ánimo de conseguir de Swann una retractación, porque el coraje de las opiniones propias siempre parece cálculo y cobardía a ojos de aquellos contra quienes se ejerce, M. Verdurin le interpeló:

«Díganos francamente lo que piensa, no iremos a contárselo».

A lo que Swann respondió:

«Pero si no es por miedo a la duquesa (si es que usted se refiere a los La Trémoïlle). Les aseguro que a todo el mundo le gusta ir a su casa. No digo que sea "profunda" (pronunció "profunda" como si hubiese sido una palabra ridícula, porque su lenguaje conservaba huellas de hábitos espirituales que cierta renovación, marcada por el amor a la música, le había hecho perder momentáneamente - a veces expresaba sus opiniones con ardor -), pero, con toda franqueza, es una mujer inteligente y su marido verdaderamente culto. Son personas fascinantes».

Hasta el punto de que Mme. Verdurin, intuyendo que por culpa de aquel solo infiel no conseguiría realizar la unidad moral del cogollito, en su rabia contra aquel testarudo que no veía cuánto le hacían sufrir sus palabras, no pudo dejar de gritarle desde el fondo del corazón:

«Si quiere pensarlo, hágalo, pero por lo menos no venga a

decírnoslo.

-Todo depende de lo que usted llame inteligencia, dijo Forcheville que también quería lucirse. Díganos, Swann, ¿qué entiende por inteligencia?

-¡Muy bien!, exclamó Odette, ésas son las grandes cosas de las que le pido que me hable, pero nunca quiere. -Claro que sí... protestó Swann.

-¡Eso sí que es una broma!, dijo Odette.

-¿Broma de bromuro?, preguntó el doctor.

-¿Opina usted, prosiguió Forcheville, que inteligencia equivale a cháchara mundana, a la habilidad de ciertas personas para insinuarse?

-Termine sus entremeses para que le puedan retirar el plato», dijo Mme. Verdurin en tono agrio dirigiéndose a Saniette, que, absorto en sus reflexiones, había dejado de comer. Y quizás algo avergonzada del tono que había empleado: «No importa, tómese su tiempo; si se lo digo es por los demás, porque eso impide servirles.

-Hay una definición muy curiosa de inteligencia en ese dulce anarquista de Fénelon[illegible], dijo Brichot recalcando las sílabas.

-¡Escuchen!, dijo a Forcheville y al doctor Mme. Verdurin, va a damos la definición de inteligencia según Fénelon, es interesante, no todos los días se tiene ocasión de oírla.

Pero Brichot estaba esperando a que Swann diese la suya. Éste no respondió y escurriendo el bulto hizo fracasar la brillante justa que Mme. Verdurin se congratulaba de ofrecer a Forcheville.

-Ya lo ven, hace lo mismo conmigo, dijo Odette en tono enfurruñado, no me molesta descubrir que no soy la única a quien no considera a su altura.

-Esos La Trémouaille[illegible] que Mme. Verdurin nos ha pintado como tan poco recomendables, dijo Brichot articulando con fuerza, ¿no serán descendientes de unos que aquella buena esnob de Mme. de Sévigné confesaba alegrarse de co

nocer porque le convenía delante de sus campesinos?[8] Cierto que la marquesa tenía otra razón, y que para ella debía de primar sobre la primera, porque, literata hasta la médula, ponía su correspondencia por encima de todo. Y en el diario que regularmente enviaba a su hija, era Mme. de La Trémouaille, bien documentada gracias a sus ilustres parientes, la que se ocupaba de política extranjera.

-No, no creo que sea la misma familia», dijo por si acaso Mme. Verdurin.

Saniette, que, desde que había entregado precipitadamente al mayordomo su plato todavía lleno, había vuelto a sumirse en un silencio meditativo, emergió al fin para contar, riéndose, la anécdota de una cena con el duque de La Trémoïlle, anécdota de la que resultaba que éste no sabía que George Sand era el seudónimo de una mujer. Swann, que tenía simpatía por Saniette, creyó oportuno proporcionarle algunos detalles sobre la cultura del duque para demostrar que semejante ignorancia era, de su parte, materialmente imposible; pero de pronto se calló: acababa de comprender que Saniette no tenía necesidad de tales pruebas y sabía de sobra que la historia era falsa por la sencilla razón de que acababa de inventársela. Aquel hombre excelente sufría viendo que los Verdurin le tomaban por un pelma; y consciente de haber estado en aquella cena más insulso todavía que de costumbre, no había querido dejarla concluir sin decir algo gracioso. Capituló tan pronto, pareció tan infeliz al ver cómo fallaba el efecto con que había contado y respondió a Swann en un tono tan vil, para que éste no se encarnizase en una refutación ahora ya inútil: «Bueno, bueno; en todo caso, incluso aunque me equivoque, no creo que sea un crimen», que Swann hubiera deseado poder decir que la anécdota era verdadera y deliciosa. Al doctor, que los había escuchado, le pareció oportuno decir: *Se non è vero*[9], pero no estaba muy seguro de las palabras y tuvo miedo a embarullarse.

Acabada la cena, fue Forcheville quien se dirigió al doctor.

«No debía de estar mal Mme. Verdurin, y encima es una

mujer con la que se puede hablar; y para mí eso es lo más importante. Algo entrada en años, desde luego. La que sí parece inteligente es esa mujercita de Mme. de Crécy, canastos, ¡se ve que tiene el ojo americano ! Estábamos hablando de Mme. de Crécy», le dijo a M. Verdurin que se acercaba con la pipa en la boca. «Me imagino que como cuerpo...

-Mejor meterse en la cama con ella que con el diablo», dijo precipitadamente Cottard, que desde hacía un rato esperaba inútilmente a que Forcheville recobrase el aliento para colocar esa vieja broma, temiendo perder la oportunidad si la conversación tomaba otro derrotero, y la soltó con ese exceso de espontaneidad y seguridad con que se intenta enmascarar la frialdad y la desazón inseparables de todo recitado. Forcheville la conocía, la entendió y se divirtió con ella. Tampoco M. Verdurin escatimó su alegría, porque hacía poco que había encontrado, para expresarla, un símbolo distinto del que empleaba su mujer, pero igual de sencillo y de claro. Nada más empezar a hacer el movimiento de cabeza y hombros propio de quien se desternilla de risa, se ponía a toser como si, por reírse demasiado fuerte, se hubiese atragantado con el humo de la pipa. Y sin quitársela de la comisura de la boca, prolongaba indefinidamente el simulacro de ahogo y de hilaridad. Por eso él y Mme. Verdurin, que, enfrente y mientras escuchaba al pintor contarle una historia, cerraba los ojos antes de hundir el rostro entre las manos, hacían pensar en dos máscaras de teatro expresando de modo diverso la alegría.

M. Verdurin, por otro lado, había hecho bien en no quitarse la pipa de la boca, porque Cottard, que tenía necesidad de salir un momento, dijo a media voz una chanza aprendida hacía poco y que repetía cada vez que debía ir al mismo lugar: «Tengo que irme a echar una parrafada con el duque d'Aumale[22]», de modo que volvió a empezar el acceso de tos de M. Verdurin.

«Venga, quítate la pipa de la boca, terminarás ahogándote

si contienes así la risa», le dijo Mme. Verdurin que venía a ofrecer licores.

«¡Qué encantador es su marido, tiene ingenio por cuatro!, declaró Forcheville a Mme. Cottard. Gracias, señora. Un viejo soldado como yo nunca rechaza un trago.

-A M. de Forcheville Odette le parece encantadora, le dijo M. Verdurin a su mujer.

-Pues a ella también le encantaría almorzar una vez con usted. Nosotros lo arreglaremos, pero no hay necesidad de que Swann se entere. Ya sabe, lo enfría todo. Claro que eso no quita para que venga usted a cenar, esperamos tenerle con nosotros muy a menudo. Ahora que llega el buen tiempo, salimos a cenar al aire libre a menudo. ¿No le aburren las pequeñas cenas en el Bois? Bien, bien, será muy divertido. Pero ¿cuándo va a ponerse a trabajar?», le gritó al pequeño pianista, para hacer ostentación, al mismo tiempo, delante de un nuevo de la importancia de Forcheville, de su propio ingenio y del poder tiránico que ejercía sobre los fieles.

«M. de Forcheville estaba hablándome mal de ti», le dijo Mme. Cottard a su marido cuando éste volvió al salón.

Y Cottard, que seguía con la idea de la nobleza de Forcheville que ocupaba su mente desde el principio de la cena, le dijo:

«En este momento tengo entre mis enfermos a una baronesa, la baronesa Putbus; los Putbus participaron en las Cruzadas[22], ¿no? Tienen en Pomerania un lago diez veces mayor que la plaza de la Concorde. La estoy curando de una artritis seca, es una mujer encantadora. Además creo que conoce a Mme. Verdurin».

Con lo que permitió a Forcheville, cuando un momento después se encontró a solas con Mme. Cottard, completar el juicio favorable que había hecho sobre su marido.

«Y qué interesante además, se ve que conoce a mucha gente. ¡Caramba, cuántas cosas saben los médicos!

-Tocaré la frase de la Sonata para M. Swann, dijo el pianista.

-¡Diantre!, esperemos que no sea la "Serpiente de Sonatas"[1] », dijo M. de Forcheville intentando lucirse.

Pero el doctor Cottard, que nunca había oído ese juego de palabras, no lo captó, y, pensando en un error de M. de Forcheville, se apresuró a acercarse para corregirlo.

«No, no se dice serpiente de sonatas, sino serpiente de cascabel», exclamó en tono solícito, impaciente y triunfal.

Forcheville le explicó el juego de palabras y el doctor se puso colorado.

«¿No le parece que tiene gracia?

-Bueno, lo conozco hace tanto tiempo», respondió Cottard.

Pero se callaron; bajo la agitación de los trémolos de violín que la protegían con su temblorosa indumentaria a dos octavas de distancia - y lo mismo que, en una región montañosa, tras la inmovilidad aparente y vertiginosa de una cascada, se divisa, doscientos pies más abajo, la forma minúscula de una paseante -, la pequeña frase acababa de brotar, lejana, llena de gracia, protegida por la larga caída de aquella cortina transparente, incesante y sonora. Y desde el fondo de su corazón, Swann se dirigió a ella como a una confidente de su amor, como a una amiga de Odette que habría debido decirle que no se preocupase por el tal Forcheville.

«Llega usted tarde, dijo Mme. Verdurin a un fiel al que sólo había invitado en calidad de "mondadientes", hemos tenido "un" Brichot incomparable, ¡qué elocuencia! Pero se ha marchado. ¿Verdad, M. Swann? Me parece que es la primera vez que se encuentra con él», añadió para hacerle notar que era a ella a quien debía ese conocimiento. «¿Verdad que nuestro Brichot ha estado delicioso?».

Swann se inclinó cortésmente.

«¿No? ¿No le ha interesado?, le preguntó secamente Mme. Verdurin.

-Claro que sí, señora, mucho, me ha fascinado. Quizá sea demasiado perentorio y un poco jovial para mi gusto. A veces echo en falta en él algún titubeo y más dulzura, pero se nota que sabe muchas cosas y parece una persona excelente».

Todo el mundo se retiró muy tarde. Las primeras palabras de Cottard a su mujer fueron:

«Pocas veces he visto a Mme. Verdurin tan animada como esta noche».

«¿Qué es exactamente la tal Mme. Verdurin? ¿Ni carne ni

pescado‘ ?», le dijo Forcheville al pintor, a quien propuso acompañarle a su casa.

Odette lo vio alejarse con pena, no se atrevió a no regresar con Swann, pero estuvo de mal humor en el coche, y cuando él le preguntó si debía entrar, le dijo: «Por supuesto», encogiéndose de hombros con cierta impaciencia. Cuando todos los invitados se hubieron marchado, Mme. Verdurin le dijo a su marido:

«¿Has notado qué risa más estúpida ha puesto Swann cuando hemos hablado de Mme. La Trémoille?».

Se había dado cuenta de que Swann y Forcheville habían suprimido varias veces la partícula delante de ese nombre. Segura de que lo habían hecho para demostrar que no les intimidaban los títulos, deseaba imitar su orgullo, pero no había captado bien la forma gramatical con que ese orgullo se traducía. Además, como su defectuoso modo de hablar se imponía a su intransigencia republicana, seguía diciendo «los de La Trémoïlle», o mejor dicho, con una abreviación usual en las letras de las canciones de café-concierto y las leyendas de los caricaturistas que disimulaba el «de», los «d'La Trémoïlle», para luego desquitarse diciendo: «Madame La Trémoïlle». «La *Duquesa,* como dice Swann», añadió irónica con una sonrisa para poner de manifiesto que se limitaba a citar y que personalmente no asumía una denominación tan ingenua y ridícula.

«Te diré que me ha parecido extremadamente estúpido». Y M. Verdurin le respondió:

«No es sincero, es un hombre lleno de cautelas que nunca sabe a qué carta quedarse. Siempre quiere nadar y guardar la ropa. ¡Qué diferencia con Forcheville! Éste por lo menos te dice francamente lo que piensa. Te guste o no te guste. No es como el otro, que nunca sabes si habla en broma o en serio. Por otro lado, Odette parece preferir con diferencia al Forcheville, y me parece bien. Además, en última instancia, mientras Swann se las da de hombre de mundo, de paladín de duquesas, el otro por lo menos tiene su título; siempre será conde de Forcheville», añadió con delicadeza, como si, al corriente de la historia de ese condado, sopesase minuciosamente su valor específico.

«Te diré, repuso Mme. Verdurin, que le ha parecido oportuno lanzar contra Brichot unas cuantas insinuaciones venenosas y bastante ridículas. Naturalmente, como ha visto que apreciamos a Brichot, era su forma de herimos, de despelle-

jar nuestra cena. Es fácil ver en él al querido y buen amigo que te despelleja en cuanto sale de tu casa.

-Ya te lo decía yo, respondió M. Verdurin, es el típico fracasado, el individuo mezquino que envidia todo lo que tiene un poco de grandeza».

En realidad no había un solo fiel que fuese menos maledicente que Swann; pero todos tenían la precaución de sazonar sus maledicencias con bromas conocidas, con una pequeña dosis de emoción y cordialidad; mientras que la menor reserva que Swann se permitía, despojada de las fórmulas convencionales como: «No es por hablar mal», y a las que no se dignaba rebajarse, parecía una perfidia. Hay autores originales cuyas osadías, por mínimas que sean, provocan indignación porque previamente no han halagado los gustos del público ni le han servido los lugares comunes a que está acostumbrado; así indignaba Swann a M. Verdurin. Como en su caso, también en Swann era la novedad del lenguaje lo que hacía suponer la negrura de sus intenciones.

Swann ignoraba todavía la desgracia que le amenazaba en casa de los Verdurin y seguía viendo sus ridiculeces con indulgencia, a través de su amor.

Con Odette, por regla general, no tenía citas sino por la noche; pero de día, por miedo a hartarla si iba a su casa, habría deseado al menos no cesar de ocupar su pensamiento y en todo instante buscaba ocasiones para intervenir en él, aunque de un modo agradable para ella. Si en el escaparate de un florista o de un joyero le encantaba la vista de una planta o de alguna alhaja, acto seguido pensaba mandárselas a Odette, imaginando que el placer que le habían procurado, sentido por ella, acrecentarían su cariño por él, y las mandaba llevar inmediatamente a la calle La Pérouse, para no retrasar el instante en que, por recibir ella algo suyo, se sentina en cierta forma más cerca de Odette. Quería sobre todo que las recibiese antes de salir, para que la gratitud que habría de sentir le valiese una acogida más cariñosa cuando lo viese en casa de los Verdurin, o incluso, ¿quién sabe?, si el proveedor actuaba con suficiente diligencia, tal vez una carta que ella podría enviarle antes de la cena, o su llegada en persona a casa de Swann, en una visita suplementaria, para darle las gracias. Como antes, cuando experimentaba las reacciones del despecho en el temperamento de Odette, ahora buscaba conseguir, con las de la gratitud, parcelas íntimas de sentimiento que ella aún no le había revelado.

Con frecuencia tenía apuros de dinero y, urgida por una deuda, le rogaba que acudiese en su ayuda. Swann se ale-

graba entonces como con todo aquello que pudiera dar a Odette una idea adecuada de su amor, o simplemente una gran idea de su influencia, de lo útil que podía serle. Indudablemente, si al principio le hubiesen dicho: «Es tu posición lo que le gusta», y ahora: «Te quiere por tu fortuna», no lo habría creído, y además no le habría desagradado mucho que la supusiesen ligada a él - que los imaginasen unidos el uno al otro - por algo tan fuerte como el esnobismo o el dinero. Pero, de haber pensado incluso que era cierto, quizá no hubiese sufrido al descubrir en el amor de Odette por él ese fundamento, más duradero que el atractivo o las cualidades que ella pudiese reconocerle: el interés, el interés que siempre mantendría alejado el día en que pudiera sentirse tentada a dejar de verle. Por el momento, mientras la colmaba de regalos y le prestaba servicios, podía descansar, confiando en unas ventajas externas a su persona y a su inteligencia, de la agotadora preocupación de agradarla por sí mismo. Y aquella voluptuosidad de estar enamorado, de vivir únicamente de amor, de cuya realidad muchas veces dudaba, el precio con que en suma le pagaba, como diletante de sensaciones inmateriales, aumentaba su valor - igual que vemos a personas incapaces de decidir si el espectáculo del mar y el ruido de sus olas son deliciosos, convencerse de que así es, y al mismo tiempo de la exquisita calidad de sus gustos desinteresados, cuando pagan cien francos diarios por la habitación de hotel que les permite disfrutarlos.

Cierto día en que reflexiones de este género aún lo devolvían al recuerdo de la época en que le habían hablado de Odette como de una mantenida, y en que una vez más se divertía contraponiendo aquella extraña personificación: la mantenida - cambiante amalgama de elementos desconocidos y diabólicos, engastada, como una aparición de Gustave Moreau , en flores venenosas entreveradas con preciosas alhajas -, con aquella otra Odette por cuyo rostro había visto pasar los mismos sentimientos de piedad por un desdichado, de rebeldía contra la injusticia, de gratitud por una buena obra, que antaño viera sentir a su propia madre, a sus amigos, aquella Odette cuyas palabras se referían tantas veces a las cosas que él conocía mejor, a sus colecciones, a su cuarto, a su viejo criado, al banquero que tenía en depósito sus títulos; y de pronto esta última imagen del banquero le recordó que habría tenido que sacar dinero. En efecto, si ese mes acudía en ayuda de las dificultades mate-

riales de Odette con menor largueza que el mes anterior, en que le había dado cinco mil francos, y si no le regalaba un collar de brillantes que ella anhelaba, no renovaría en Odette aquella admiración por su generosidad, aquella gratitud que tan feliz le hacían, y corría incluso el riesgo de hacerle creer que su amor por ella había menguado, dado que vería disminuir sus manifestaciones. Entonces, de improviso, se preguntó si aquello no era precisamente «mantenerla» (como si, de hecho, esa noción de mantener pudiese emerger de elementos no misteriosos ni perversos, sino pertenecientes al fondo cotidiano y privado de su vida, como aquel billete de mil francos, doméstico y familiar, roto y pegado con cola que su ayuda de cámara, después de haberle pagado las facturas del mes y el alquiler del trimestre, había guardado en el cajón del viejo escritorio de donde Swann lo había cogido para enviárselo, con otros cuatro, a Odette), y si no podía aplicarse a Odette, desde que la conocía (porque no sospechó ni por un momento que antes de conocerle hubiera podido recibir alguna vez dinero de nadie), aquella expresión que tan irreconciliable con ella le había parecido de «mujer mantenida». No pudo seguir profundizando en esta idea porque un acceso de aquella pereza mental que en él era congénita, intermitente y providencial, vino en ese momento a apagar todas las luces de su inteligencia, con la misma brusquedad con que más tarde, cuando en todas partes se instaló la iluminación eléctrica, se hizo posible cortar la electricidad en una casa. Su pensamiento caminó un instante a tientas en la oscuridad, se quitó los lentes, limpió sus cristales, se pasó una mano por los ojos y no volvió a ver la luz hasta que se encontró en presencia de una idea completamente distinta, a saber: que el mes siguiente se vería obligado a tratar de mandar seis o siete mil francos a Odette en lugar de cinco mil, por la sorpresa y la alegría que eso habría de causarle.

Por la noche, cuando no se quedaba en casa esperando la hora de reunirse con Odette en casa de los Verdurin o en alguno de sus restaurantes de verano predilectos en el Bois y sobre todo en Saint-Cloud iba a cenar a una de aquellas casas elegantes donde en el pasado era invitado habitual. No quería perder contacto con personas que - ¿quién sabe? - tal vez un día podrían ser útiles a Odette; gracias a ellas,

ahora conseguía algunas veces resultarle agradable. Además, la larga frecuentación de la alta sociedad, del lujo, le había llevado a despreciarlos y a necesitarlos al mismo tiempo, de suerte que, cuando había empezado a situar los tugurios más modestos en pie de igualdad con las mansiones más principescas, sus sentidos se habían acostumbrado de tal modo a las segundas que hubiera sentido cierto malestar por encontrarse en los primeros. La misma consideración le merecían - en un grado de identidad que no habrían podido creer - los pequeños burgueses que daban bailes en el quinto piso de una escalera D, descansillo de la izquierda, que la princesa de Parma que daba en su palacio las fiestas más hermosas de París; pero no tenía la sensación de estar en un baile si se hallaba con los señores en la alcoba de la dueña de la casa, y la vista de los lavabos tapados con toallas, de las camas transformadas en guardarropa, sobre cuyo edredón se amontonaban abrigos y sombreros, le causaba la misma sensación de ahogo que puede causar hoy a personas habituadas a veinte años de electricidad el olor de un quinqué que arde o de una mariposa que humea. El día en que cenaba fuera, mandaba enganchar para las siete y media; mientras se vestía no dejaba de pensar en Odette y así no se encontraba solo, porque el constante pensamiento de Odette confería a los momentos en que estaba lejos de ella el mismo encanto singular de aquellos otros señalados por su presencia. Montaba en el carruaje, mas sentía que ese pensamiento había montado con él y se instalaba en sus rodillas como un animal adorado que se lleva a todas partes y que conservaría a su lado en la mesa, sin que se dieran cuenta los comensales. Lo acariciaba, entraba en calor con él y, sintiendo una especie de languidez, se dejaba llevar por un ligero estremecimiento que le crispaba el cuello y la nariz, cosa nueva en él, mientras se ponía en el ojal el ramito de ancolías. Sintiéndose desdichado y triste hacía tiempo, sobre todo desde que Odette había presentado a Forcheville en casa de los Verdurin, Swann hubiese preferido ir a descansar un poco al campo. Pero no habría tenido valor para abandonar París un solo día mientras Odette estuviese en la ciudad. El aire estaba cálido; eran los días más hermosos de la primavera. Y aunque atravesara una ciudad de piedra para refugiarse en algún palacete cerrado, lo que siempre tenía ante los ojos era un parque de su propiedad cerca de Combray, donde, desde las cuatro en punto, antes de llegar al plantío de espárragos, gracias al viento que sopla de los campos de Méséglise, bajo un cenador podía disfrutarse de tanto frescor como a la

orilla del estanque cercado de miosotis y gladiolos, y donde, mientras cenaba, entrelazadas por su jardinero corrían alrededor de la mesa guirnaldas de grosellas y de rosas.

Después de cenar, si la cita en el Bois o en Saint-Cloud era a hora temprana, salía tan deprisa al levantarse de la mesa - sobre todo si la lluvia amenazaba con caer y obligar a recogerse antes a los «fieles» - que, en cierta ocasión, la princesa des Laumes (en cuya casa se había cenado tarde y de quien Swann se había despedido antes de servir el café para reunirse con los Verdurin en la isla del Bois) dijo:

«Realmente, si Swann tuviera treinta años más y una enfermedad de la vejiga, podría perdonársele que se largara así. Pero da la impresión de burlarse de la gente».

Swann se decía que el encanto de la primavera que no podía ir a disfrutar en Combray lo encontraría al menos en la isla de los Cisnes o en Saint-Cloud. Pero como no conseguía pensar más que en Odette, luego no sabía siquiera si había olido el aroma de las hojas ni si había habido claro de luna. Lo recibía la pequeña frase de la sonata tocada en el jardín sobre el piano del restaurante. Si en el jardín no lo había, los Verdurin hacían cuanto estaba en su mano para conseguir que bajaran uno de un cuarto o de un comedor: y no es que Swann hubiese recuperado su favor, al contrario. Pero la idea de organizar un entretenimiento ingenioso para alguien, incluso para una persona a la que no apreciaban, desarrollaba en ellos, durante los instantes necesarios para esos preparativos, sentimientos efímeros y ocasionales de cordialidad y simpatía. A veces se decía para sus adentros que aquélla era una noche más de primavera que pasaba, se obligaba a prestar atención a los árboles, al cielo. Pero la agitación en que le ponía la presencia de Odette, y también un ligero malestar febril que desde hacía un tiempo apenas lo dejaba, le privaba de la calma y del bienestar que constituyen el fondo indispensable para las impresiones que puede proporcionar la naturaleza.

Una noche en que Swann había aceptado cenar con los Verdurin, nada más decir durante la cena que al día siguiente tenía un banquete de antiguos camaradas, Odette le replicó en plena mesa, delante de Forcheville que se había convertido en uno de los fieles, delante del pintor, delante de Cottard:

«Sí, ya sé que tiene un banquete, así que no le veré hasta que pase por casa; pero no vaya muy tarde».

Aunque Swann nunca hubiese recelado seriamente de la

amistad de Odette por este o aquel fiel, sintió una profunda dulzura al oírle confesar así delante de todos, con aquella tranquila impudicia, sus citas cotidianas de todas las noches, la privilegiada situación de que gozaba en su casa y la preferencia que hacia él implicaba. Cierto es que Swann había pensado muchas veces que Odette no era en ningún sentido una mujer notable, y su supremacía sobre un ser tan inferior a él no tenía en sí misma nada que debiese parecerle halagüeño al verla proclamada a la faz de los «fieles», pero desde que se había dado cuenta de que a muchos hombres Odette les parecía una mujer fascinante y deseable, la atracción que en ellos ejercía su cuerpo había despertado en él una dolorosa necesidad de dominarla por entero hasta en los rincones más mínimos de su corazón. Y había empezado atribuyendo un valor inestimable a esos momentos que pasaba en su casa por la noche, cuando la sentaba en sus rodillas y la obligaba a decir lo que pensaba de esto o de aquello, y hacía recuento de los únicos bienes por los que ahora sentía apego en este mundo. Por eso, después de esa cena, llevándola aparte, no dejó de darle efusivamente las gracias, tratando de enseñarle, por los distintos grados de gratitud que le testimoniaba, la escala de placeres que Odette podía procurarle; el más alto consistía en protegerle, durante el tiempo que su amor durase y le hiciese vulnerable a ellos, de los ataques de celos.

Cuando al día siguiente salió del banquete, llovía a cántaros, y sólo podía disponer de su victoria; un amigo le propuso llevarlo en cupé‘ , y como Odette, al pedirle que fuese a su casa, le había asegurado que no esperaba a nadie, con ánimo tranquilo y corazón contento hubiese preferido ir a acostarse a casa antes que ponerse en marcha bajo la lluvia. Pero si Odette no le veía ansioso por pasar siempre a su lado, sin ninguna excepción, el fin de la velada, tal vez dejaría de reservársela la vez que más particularmente la habría deseado.

Llegó a casa de Odette pasadas las once, y mientras se disculpaba por no haber podido ir antes, ella se quejó de que en efecto era muy tarde, la tormenta la había indispuesto, le dolía la cabeza, y le advirtió que no estaría con él más de media hora, que a media noche lo despediría; y al rato se sintió cansada y dijo que quería irse a dormir.

«Entonces ¿esta noche no hay catleyas?, dijo él; y yo que esperaba una buena catleya pequeñita».

Y algo huraña y nerviosa, ella le respondió:

«No, amiguito, nada de catleyas esta noche, ¡ya ves que me encuentro mal!

-Quizá te sentaría bien, pero, en fin, no insisto».

Ella le rogó que apagase la luz antes de irse; echó él mismo las cortinas de la cama y se marchó. Pero una vez de vuelta en casa, de repente se le ocurrió la idea de que tal vez Odette estaba esperando a alguien esa noche, que se había limitado a simular el cansancio y que le había pedido que apagara la luz sólo para hacerle creer que iba a dormirse, que, nada más irse, ella había vuelto a encenderlas y hecho entrar al hombre que debía pasar la noche a su lado. Miró el reloj. Hacía poco más de hora y media que la había dejado, volvió a salir, tomó un fiacre y lo mandó parar muy cerca de la casa de Odette, en una callecita perpendicular a la que daba la parte trasera del palacete y donde, a veces, él iba a llamar a la ventana del dormitorio para que Odette saliese a abrirle; se apeó del carruaje, todo estaba desierto y oscuro en aquel barrio, no tuvo más que dar unos pocos pasos para desembocar casi delante de la casa. En medio de la oscuridad de todas las ventanas de la calle, hacía tiempo apagadas, vio una única ventana de la que fluía - entre los postigos que comprimían su pulpa misteriosa y dorada - la luz que llenaba el cuarto y que, tantas otras noches, al verla desde lejos cuando llegaba a la calle, le alegraba y le anunciaba: «Ahí está esperándote», y que ahora le torturaba diciéndole: «Ahí está con el hombre al que esperaba». Quería saber quién era; se deslizó a lo largo de la pared hasta la ventana, pero entre las lamas oblicuas de los postigos no conseguía ver nada; sólo oía en el silencio de la noche el murmullo de una conversación. Sufría, por supuesto, viendo aquella luz en cuya atmósfera de oro se movía, detrás de las contraventanas, la invisible y detestada pareja, oyendo aquel murmullo que revelaba la presencia del hombre que había llegado después de su partida, la falsía de Odette, la felicidad que estaba disfrutando con el otro.

Y sin embargo, estaba contento de haber ido: el tormento que le había forzado a salir de casa había perdido intensidad al volverse menos vago ahora que la otra vida de Odette, de la que tuvo una repentina e impotente sospecha en ese momento, la tenía allí, plenamente iluminada por la lámpara, prisionera sin saberlo en aquel cuarto donde, cuando quisiera, entraría para sorprenderla y capturarla; aunque quizá fuese mejor llamar en los postigos como hacía muchas veces cuando iba muy tarde; así al menos Odette se enteraría de que él sabía, que había visto la luz y oído las voces, y, mientras que hacía un instante la imagi-

naba riéndose de sus ilusiones junto al otro, ahora era a ellos a los que veía, confiados en su error, engañados en suma por él, a quien creían muy lejos de allí cuando él ya sabía que iba a llamar en los postigos. Y quizá la sensación casi agradable que notaba en ese momento era algo más que el apaciguamiento de una duda o de un dolor: era un placer de la inteligencia. Si, desde que estaba enamorado, las cosas habían recobrado a sus ojos algo del delicioso interés que tiempo atrás les encontraba, pero sólo cuando estaban iluminadas por el recuerdo de Odette, ahora era una facultad distinta de su juventud estudiosa lo que sus celos reanimaban, la pasión por la verdad, pero por una verdad que también se interponía entre él y su amante, recibiendo su propia luz únicamente de sí misma, una verdad puramente individual que tenía por único objeto, infinitamente preciado y casi de una belleza desinteresada, los actos de Odette, sus relaciones, sus proyectos, su pasado. En cualquier otra época de su vida, los hechos menudos y gestos cotidianos de una persona siempre le habían parecido a Swann faltos de valor; si alguien le contaba un chisme, le parecía insignificante y, mientras lo escuchaba, sólo le prestaba el nivel más vulgar de su atención; era, para él, uno de los momentos en que más mediocre se sentía. Pero, en ese extraño período del amor, lo individual asume una dimensión tan profunda que esa curiosidad que sentía despertar en él por las menores ocupaciones de una mujer era la misma que tiempo atrás había sentido por la Historia. Y todo lo que hasta entonces le habría dado vergüenza, espiar delante de una ventana y mañana quién sabe si tal vez sonsacar con astucia a los indiferentes, sobornar a los criados, escuchar detrás de las puertas, ya no le parecían, lo mismo que el desciframiento de textos, el cotejo de testimonios y la interpretación de monumentos, sino otros tantos métodos de investigación científica de un valor indudable e idóneos para la búsqueda de la verdad.

Cuando estaba a punto de llamar en los postigos, tuvo un momento de vergüenza pensando que Odette iba a saber que había tenido sospechas, que había vuelto, que se había apostado en la calle. Muchas veces le había hablado ella del horror que le inspiraban los celosos, los amantes que espían. Era una torpeza lo que se disponía a hacer, y Odette le detestaría por ello, mientras que en ese mismo momento, cuando todavía no había llamado, acaso seguía queriéndole aunque lo engañase. ¡Cuántas dichas posibles sacrifica así la realización a la impaciencia de un placer inmediato! Mas el deseo de conocer la verdad era más fuerte y le pareció

más noble. Sabía que la realidad de circunstancias por cuya reconstrucción exacta hubiese dado la vida, era legible al otro lado de aquella ventana estriada de luz como bajo la cubierta miniada en oro de uno de esos manuscritos preciosos a cuya belleza artística misma no puede permanecer indiferente el erudito que los consulta. Sentía una sensación voluptuosa al conocer la verdad que le apasionaba en aquel ejemplar único, efímero y precioso, de una materia translúcida tan cálida y tan hermosa. Y además la superioridad que en sí mismo sentía sobre ellos - que tanta necesidad tenía de sentir -, tal vez consistía, más que en estar enterado, en poder demostrarles que lo estaba. Se puso de puntillas. Golpeó. No le habían oído, volvió a golpear más fuerte, la conversación se interrumpió. Una voz de hombre (trató de distinguir a cuál de los amigos de Odette que él conocía podía pertenecer) preguntó:

«¿Quién anda ahí?».

No estaba seguro de poder reconocerla. Llamó una vez más. Se abrió la ventana, luego los postigos. Ahora ya no había modo de retroceder, y puesto que ella iba a saberlo todo, preocupado por no ofrecer un aspecto demasiado infeliz, demasiado celoso y curioso, se limitó a gritar en tono alegre y despreocupado:

«No, no se moleste, pasaba por aquí, he visto luz y he querido saber si se encontraba mejor».

Miró. Delante de él, dos ancianos señores se asomaban a la ventana, uno sosteniendo una lámpara, y entonces vio la habitación, una habitación desconocida. Como tenía la costumbre, cuando iba a casa de Odette muy tarde, de reconocer su ventana por ser la única iluminada en una hilera de ventanas todas iguales, se había equivocado y había llamado a la ventana siguiente y que pertenecía a la casa de al lado. Se retiró disculpándose y regresó a casa, feliz de que la satisfacción de su curiosidad hubiese dejado intacto su amor y de no haber dado a Odette con sus celos, después de haber fingido durante tanto tiempo una especie de indiferencia hacia ella, esa prueba de amarla demasiado que, entre dos amantes, dispensa por siempre a quien la recibe de querer mucho al otro. Nunca le habló de aquel contratiempo, y hasta él mismo dejó de pensar en él. Pero, en ocasiones, un giro de su pensamiento tropezaba con aquel recuerdo que no había visto, le golpeaba, lo empujaba más adentro, y Swann sentía un dolor súbito y hondo. Como si se tratara de un dolor físico, los pensamientos de Swann no lograban atenuarlo; pero al menos con el dolor físico, como no depende del pensamiento, el pensamiento puede dete-

nerse en él, comprobar que ha disminuido, que ha cesado de momento. En cambio aquel otro dolor, el pensamiento lo recreaba por el hecho mismo de recordarlo. Pretender evitar pensar en él era seguir pensando, seguir sufriendo. Y si, hablando con amigos, se olvidaba de su propio mal, de pronto una palabra que le decían le mudaba la cara, como un herido a quien un torpe toca sin precaución el miembro dolorido. Al despedirse de Odette, estaba feliz, se sentía tranquilo, recordaba sus sonrisas, burlonas cuando hablaba de este o de aquel otro personaje, y tiernas con él, el peso de la cabeza que ella apartaba de su eje para inclinarla, para dejarla caer, casi a pesar suyo, sobre los labios de Swann, como había hecho la primera vez en el carruaje, las miradas lánguidas que le había lanzado mientras estaba entre sus brazos al tiempo que, friolenta, apretaba contra el hombro de Swann su cabeza reclinada.

Pero enseguida sus celos, como si fueran la sombra de su amor, se colmaban con el doble de aquella nueva sonrisa que le había dirigido esa misma noche - y que, a la inversa ahora, se burlaba de Swann y se cargaba de amor por otro -, con aquella inclinación de cabeza, pero vuelta ahora hacia otros labios, y con todas las demostraciones de cariño, dedicadas a otro, que antes reservaba para él. Y todos los recuerdos voluptuosos que llevaba consigo al salir de casa de Odette eran otros tantos esbozos, otros tantos «proyectos» semejantes a los que nos muestra un decorador, y que permitían a Swann hacerse una idea de las actitudes ardientes o extasiadas que ella podía tener con otros. De modo que llegaba a lamentar cada placer que gozaba a su lado, cada caricia inventada cuya dulzura había cometido la imprudencia de señalarle, cada gracia que descubría en ella, porque sabía que, inmediatamente después, enriquecerían su suplicio con nuevos instrumentos de tortura.

Y ese suplicio era más cruel todavía cuando a la mente de Swann volvía el recuerdo de una breve mirada que había sorprendido hacía unos días, y por primera vez, en los ojos de Odette. Había sido después de la cena, en casa de los Verdurin. Fuese que Forcheville, dándose cuenta de que Saniette, cuñado suyo, no gozaba de ningún favor en la casa, hubiese querido tomarle por cabeza de turco y lucirse a sus expensas delante de todos, fuese que le hubiese irritado una frase importuna que Saniette acababa de decirle y que, por lo demás, pasó inadvertida a los asistentes, que no podían suponer qué alusión ofensiva pudiese contener, por supuesto en contra de la voluntad de quien sin malicia alguna la pronunciaba, fuese por último que estuviese bus-

cando hacía tiempo una ocasión de hacer salir de aquella casa a alguien que lo conocía demasiado bien y a quien sabía demasiado delicado para no sentirse en ciertos momentos a disgusto en su presencia, Forcheville replicó a la importuna frase de Saniette de un modo tan grosero, poniéndose a insultarlo, envalentonándose, a medida que alzaba la voz, con el pavor, la pena y las súplicas del otro, que el desdichado, después de haber preguntado a Mme. Verdurin si debía quedarse y no recibir respuesta, se había retirado balbuciendo y con lágrimas en los ojos. Odette había asistido impasible a la escena, pero cuando la puerta se cerró tras Saniette, rebajando por así decir en varios grados la expresión habitual de su rostro, para ponerse, en la bajeza, al mismo nivel de Forcheville, había hecho brillar sus pupilas con una sonrisa hipócrita de felicitación por la audacia que el otro había mostrado, de ironía por la víctima; le había lanzado una mirada de complicidad en el mal, que significaba: «Eso sí que es una ejecución en plena regla, o yo no he visto ninguna en mi vida. ¿Ha notado lo corrido que iba? Y encima lloraba», con tal claridad que, cuando los ojos de Forcheville encontraron aquella mirada, pasada repentinamente la borrachera de cólera o de simulación de cólera que aún le encendía, sonrió y respondió:

«Si hubiese sido amable, todavía seguiría aquí, un buen castigo puede ser útil a cualquier edad».

Un día que había salido a media tarde para hacer una visita y no encontró a la persona que buscaba, a Swann se le ocurrió pasar a ver a Odette a aquella hora en que nunca iba a su casa, pero en la que sabía que siempre estaba echándose la siesta o escribiendo cartas hasta la hora del té, y en la que tendría el placer de verla un rato sin causarle molestias. El portero le dijo que creía que estaba; llamó, le pareció oír ruido, rumor de pasos, pero no abrió nadie. Lleno de ansiedad e irritado, se fue a la calleja que daba a la trasera del palacete y se colocó delante de la ventana de la alcoba de Odette; los visillos no le dejaban ver nada, golpeó con fuerza en los cristales, llamó; no abrió nadie. Se dio cuenta de que unos vecinos le miraban. Se marchó, pensando que, después de todo, acaso se hubiese equivocado al creer oír pasos; pero quedó tan preocupado que no podía pensar en otra cosa. Una hora después, volvió. Estaba en casa; le dijo que también estaba antes, cuando había llamado, pero durmiendo; la había despertado la campanilla, había adivinado que era Swann, había acudido corriendo, pero él ya se había marchado. También había oído golpear en los cristales. En aquel relato, Swann reconoció inmediatamente uno de esos

fragmentos de un hecho auténtico que los embusteros pillados por sorpresa insertan, para sentirse seguros, en la composición del hecho falso que inventan, convencidos de poder engarzarlo y valerse de su semejanza con la Verdad. Porque cuando Odette acababa de hacer algo que no quería revelar, lo ocultaba en el fondo de sí misma. Pero nada más encontrarse delante de la persona a la que quería mentir, se azaraba, todas las ideas se le venían abajo, sus facultades de invención y raciocinio quedaban paralizadas, en su cabeza sólo encontraba vacío, pero tenía que decir algo sin embargo, y a su alcance sólo estaba precisamente lo que hubiera querido disimular y que, por ser cierto, era lo único que no había desaparecido. Separaba un trozo, carente en sí mismo de importancia, diciéndose que en el fondo más valía así, por tratarse de un detalle verdadero que no ofrecía los mismos peligros que un detalle falso. «Esto por lo menos es verdad, se decía, algo salimos ganando, puede informarse, tendrá que reconocer que es cierto, no será eso lo que me traicione». Se engañaba, era eso precisamente lo que la traicionaba, no se daba cuenta de que ese detalle cierto tenía esquinas que no podían encajarse en los detalles contiguos del hecho cierto del que lo había separado arbitrariamente y que, fueran cuales fuesen los detalles inventados entre los que lo colocase, siempre revelaría por la materia sobrante y los vacíos no rellenados que no era de ellos de donde procedía. «Confiesa haberme oído llamar y luego dar golpes, y haber pensado que era yo, que tenía ganas de verme, se decía Swann. Pero eso no cuadra con el hecho de no haber mandado abrir».

Pero no le hizo notar esa contradicción, pensando que quizás Odette inventase, por sí misma, alguna mentira que sería un débil indicio de la verdad; ella seguía hablando; no la interrumpía, recogía con una piedad ávida y dolorosa aquellas palabras que ella le decía, y en las que parecía (precisamente porque, al hablar, Odette se ocultaba tras ellas) conservar vagamente, como el velo sagrado, la impronta y esbozar el incierto modelado de aquella realidad infinitamente preciosa y por desgracia inencontrable: - qué estaba haciendo un poco antes, a las tres de la tarde, cuando él se había presentado -, realidad de la que Swann nunca llegaría a poseer otra cosa que aquellas mentiras, vestigios ilegibles y divinos, y que sólo existía en el encubridor recuerdo de aquella criatura que la contemplaba sin saber apreciarla, pero que nunca se la entregaría. Cierto que a ratos sospechaba que, en sí mismos, los actos cotidianos de Odette no eran apasionadamente interesantes, y que las relaciones que pu-

diera mantener con otros hombres no exhalaban de modo natural y universal, y para toda criatura pensante, una tristeza morbosa capaz de inspirar la fiebre del suicidio. Se daba cuenta entonces de que aquel interés y aquella tristeza existían sólo en él, como una enfermedad, y que, cuando se hubiese curado, los actos de Odette, los besos que hubiese podido dar se volverían inofensivos como los de tantas otras mujeres. Pero que la dolorosa curiosidad de Swann a este propósito tuviera únicamente en él su causa, no bastaba para que le pareciera absurda su inclinación a considerar importante tal curiosidad y a hacer cuanto pudiera satisfacerla. Y es que Swann llegaba a una edad cuya filosofía - favorecida por la de la época, y también por la del ambiente en que Swann había vivido tanto tiempo, la de aquel círculo de la princesa des Laumes donde se convenía en que se es inteligente en la medida en que se duda de todo, y donde la única realidad irrefutable que se reconocía eran los gustos individuales - ya no es la filosofía de la juventud, sino una filosofía positiva, casi médica, propia de hombres que, en lugar de exteriorizar la meta de las aspiraciones propias, tratan de sacar de los años transcurridos un residuo fijo de hábitos, de pasiones que puedan considerarse en ellos como algo característico y permanente y que, deliberadamente, se esfuerzan por satisfacer adoptando un determinado tipo de vida. Swann parecía resignado a sobrellevar en su vida la parte de dolor que sentía por ignorar lo que Odette había hecho, lo mismo que el empeoramiento que un clima húmedo causaba en su eczema; a prever en su propio presupuesto la disponibilidad de una suma importante para obtener, sobre el modo en que Odette pasaba sus días, datos sin los que se sentiría desdichado -, igual que la reservaba para otras inclinaciones de las que sabía que podía esperar placer, por lo menos antes de que estuviese enamorado, como la del coleccionismo y la buena mesa.

Cuando quiso despedirse de Odette para volver a casa, ella le pidió que se quedara un rato todavía y hasta lo retuvo vivamente, cogiéndole del brazo, cuando él iba a abrir la puerta para salir. Pero Swann no se dio cuenta, porque, en la multitud de gestos, palabras y leves incidentes que rellenan una conversación, resulta inevitable que pasemos, sin notar nada que llame nuestra atención, junto a personas que ocultan una verdad que nuestras sospechas buscan a tientas, y que nos detengamos por el contrario en otras bajo cuya superficie no hay nada. Ella seguía repitiéndole: «¡Qué lástima que, para una vez que tú, que nunca lo haces, vienes por la tarde, no haya podido verte!». Sabía de sobra que

Odette no estaba lo bastante enamorada de él para lamentar tan vivamente aquella visita fallida, mas como era buena, estaba deseosa de complacerle, y a veces se entristecía cuando le había contrariado, le pareció muy natural que en esta ocasión lo estuviese por haberle privado del placer de pasar una hora juntos, placer grandísimo, no para ella, sino para él. Era sin embargo un episodio tan nimio que la expresión doliente que Odette seguía poniendo acabó por sorprenderle. Así, le recordaba más todavía que de costumbre las figuras de mujeres del pintor de la *Primavera*. En aquel momento tenía ese rostro abatido y desolado que parece sucumbir bajo el peso de un dolor demasiado terrible para ellas, cuando en realidad no hacen otra cosa que dejar al niño Jesús jugar con una granada o contemplar a Moisés echando agua en un pilón En cierta ocasión ya le había visto aquella tristeza, pero no recordaba cuándo. Y de improviso se acordó: fue cuando Odette le había mentido a Mme. Verdurin, al día siguiente de aquella cena a la que no había ido so pretexto de encontrarse indispuesta y en realidad para quedarse con Swann. Cierto que ni la mujer más escrupulosa hubiera podido sentir remordimientos por una mentira tan inocente. Pero no lo eran tanto las que Odette solía decir y servían para evitar ciertos descubrimientos que hubieran podido crearle terribles dificultades con unos o con otros. Por eso, cuando mentía, presa del miedo, sintiéndose poco armada para defenderse, insegura del éxito, le daban ganas de llorar de cansancio, como esos niños que no han dormido. Sabía además que su mentira solía herir gravemente al hombre a quien iba destinada, y a cuya merced quedase acaso si mentía mal. Entonces se sentía a un tiempo humilde y culpable. Y cuando se trataba de decir una mentira insignificante y mundana, por asociación de sensaciones y de recuerdos sentía el malestar de un cansancio excesivo y el remordimiento de una mala acción.

¿Qué deprimente mentira estaba diciéndole a Swann para poner aquella mirada dolorida, aquella voz quejumbrosa que parecía doblegarse bajo el esfuerzo que a sí misma se imponía, e implorar perdón? Por la cabeza se le pasó que no era sólo la verdad sobre el incidente de la tarde lo que Odette se esforzaba por ocultarle, sino algo más actual, al-

go que acaso aún no había ocurrido, algo inminente, y que quizá podría arrojar luz sobre aquella verdad. En ese momento oyó la campanilla. Odette ya no dejó de hablar, pero sus palabras sólo eran un gemido: su pesadumbre por no haber visto a Swann aquella tarde, por no haberle abierto, se había convertido en auténtica desesperación.

Se oyó la puerta de entrada volver a cerrarse y el ruido de un carruaje, como si se marchase alguien - probablemente la persona con la que Swann no debía encontrarse -, y al que se había dicho que Odette no estaba en casa. Pensando entonces que, con sólo ir a una hora insólita, había alterado tantas cosas que ella no quería que supiese, tuvo una sensación de desaliento, casi de desolación. Pero como amaba a Odette, como tenía la costumbre de dirigir hacia ella todos sus pensamientos, la lástima que hubiera podido inspirarse a sí mismo, la sintió por ella, y murmuró: «¡Pobrecilla!». Cuando se iba, Odette cogió varias cartas que tenía sobre la mesa y le preguntó si podía echárselas al correo. Se las llevó, y, una vez en casa, se dio cuenta de que llevaba las cartas encima. Volvió hasta correos, las sacó del bolsillo y antes de echarlas en el buzón miró las señas. Todas eran para proveedores, menos una para Forcheville. Mientras la tenía en la mano, se dijo: «Si viese lo que contiene, sabría cómo le llama, cómo le habla, si hay algo entre ellos. Puede incluso que, si renuncio a leerla, cometa una falta de delicadeza con Odette, porque es el único modo de librarme de una sospecha tal vez calumniosa para ella, destinada en cualquier caso a hacerle sufrir y que ya nada podría destruir, una vez echada la carta».

De correos, regresó a casa, pero se había quedado con esa última carta. Encendió una bujía y le acercó el sobre que no se había atrevido a abrir. Al principio no consiguió leer nada, pero el sobre era fino y, haciéndole adherirse a la cartulina dura que contenía, pudo leer al trasluz las últimas palabras. Era una fórmula de despedida muy fría. Si, en vez de ser él quien miraba una carta dirigida a Forcheville, hubiese sido Forcheville el que leyese una carta dirigida a Swann, ¡qué distintas habrían sido las cariñosas palabras que hubiera podido ver! Inmovilizó la cartulina que bailaba dentro del sobre, más grande que ella, y luego, empujándola con el pulgar, fue pasando poco a poco los diferentes renglones bajo la parte del sobre que no estaba forrada, la única que permitía leer la escritura.

Pese a esto, no acababa de distinguir bien. Aunque carecía de importancia, porque había visto suficiente para darse cuenta de que se trataba de un hecho irrelevante, ajeno a las

relaciones amorosas; se refería a un tío de Odette. Cierto que Swann había leído al principio del renglón: «He hecho bien», pero no comprendía por qué había hecho bien Odette cuando, de pronto, una palabra que al principio no había logrado descifrar apareció aclarando el sentido de la frase entera: «He hecho bien en abrir, era mi tío». ¡En abrir! O sea que Forcheville estaba allí cuando Swann había llamado y Odette le había hecho irse, por eso había oído aquel ruido.

Entonces leyó toda la carta; al final se disculpaba por haberse portado tan mal con él y le decía que había olvidado los cigarrillos en su casa, la misma frase que le había escrito a Swann una de las primeras veces que la había visitado. Pero con Swann había añadido: «Ojalá se hubiese dejado usted el corazón, no le habría permitido recuperarlo». Con Forcheville, nada parecido: ninguna alusión que le indujese a suponer una intriga amorosa entre ellos. Además, de hecho, en toda aquella historia el auténtico engañado era Forcheville, porque Odette le escribía para hacerle creer que el visitante era su tío. En suma era él, Swann, el hombre que le importaba y por quien había despedido al otro. Y sin embargo, si entre Odette y Forcheville no había nada, ¿por qué no haber abierto de inmediato, por qué decir: «He hecho bien en abrir, era mi tío»?; si en ese momento no estaba haciendo nada malo, ¿cómo podría explicarse el propio Forcheville que pudiese no abrir? Y allí estaba Swann, desolado, confuso y sin embargo feliz, ante aquel sobre que Odette le había entregado sin miedo, tan absoluta era la confianza que tenía en su delicadeza, pero gracias a cuya transparencia revelaba a sus ojos, como a través de un cristal, junto con el secreto de un incidente que nunca hubiese creído posible conocer, un poco de la vida de Odette, como en una estrecha sección luminosa abierta directamente a lo desconocido. Luego, sus celos se alegraban, como si tuviesen una vitalidad independiente, egoísta y voraz de todo cuanto los nutría, aunque fuese a costa del mismo Swann. Ahora tenían algo con que alimentarse y Swann iba a poder empezar a preocuparse todos los días por las visitas recibidas por Odette hacia las cinco, a indagar dónde se encontraba Forcheville a esa hora. Porque el cariño de Swann seguía conservando el mismo carácter que le habían impreso desde el principio la ignorancia de lo que Odette hacía durante el día y, al mismo tiempo, la pereza mental que le impedía suplir esa ignorancia con la imaginación. Al principio no sintió celos de toda la vida de Odette, sino sólo de los momentos en que una circunstancia, acaso mal interpretada, le había llevado a suponer que Odette hubiese podido

engañarle. Como un pulpo que alarga un primer tentáculo, luego otro y después un tercero, sus celos se aferraron sólidamente a ese momento de las cinco de la tarde, después a otro, más tarde a otro más. Pero Swann no era capaz de inventar sus sufrimientos. Sólo eran el recuerdo, la perpetuación de un sufrimiento que le había venido de fuera.

Pero ahora todo le hacía sufrir. Decidió alejar a Odette de Forcheville, llevársela unos días al Midi. Pero estaba convencido de que todos los hombres que había en el hotel la deseaban y que ella también los deseaba. Antes, cuando iba de viaje, siempre buscaba caras nuevas, reuniones numerosas; ahora se le veía huraño, rehuyendo la compañía de la gente como si le hubiesen herido cruelmente. ¿Y cómo no había de ser misántropo si en todo hombre veía un posible amante para Odette? Y así los celos, más todavía que la atracción voluptuosa y risueña que al principio sintió por Odette, alteraron el carácter de Swann y mudaron de arriba abajo, a ojos de los demás, la apariencia misma de los signos externos con que ese carácter se manifestaba.

Un mes después del día en que había leído la carta dirigida por Odette a Forcheville, Swann asistió a una cena que los Verdurin daban en el Bois. En el momento en que se disponía a irse, observó conciliábulos entre Mme. Verdurin y algunos invitados y creyó comprender que estaban recordando al pianista que, al día siguiente, debía ir a una reunión a Chatou[‘] pero él, Swann, no estaba invitado.

Los Verdurin habían hablado a media voz y en términos vagos, pero el pintor, sin duda distraído, exclamó:

«No necesitará ninguna luz, y que toque la sonata *Claro de luna*[^^] en la oscuridad para ver iluminarse mejor las cosas».

Al ver que Swann estaba a dos pasos, Mme. Verdurin adoptó esa expresión donde el deseo de hacer callar a quien habla y de conservar un aire inocente a ojos de quien oye queda neutralizado por una intensa nulidad de la mirada, donde el inmóvil signo de inteligencia del cómplice se disimula bajo las sonrisas del ingenuo y que, común a todos los que notan que alguien ha metido la pata, termina revelándola de inmediato, si no a quienes la meten, al menos a quien resulta su víctima. Odette puso de pronto la expresión de una mujer desesperada que renuncia a luchar contra las

abrumadoras dificultades de la vida, y Swann contaba ansiosamente los minutos que le separaban del momento en que, después de salir de aquel restaurante, en el viaje de vuelta, iba a poder pedirle explicaciones, conseguir que no fuese al día siguiente a Chatou o que se las arreglase para que le invitaran, y aplacar entre sus brazos la angustia que sentía. Por fin pidieron los coches. Mme. Verdurin dijo a Swann: «Bueno, adiós, hasta pronto, ¿verdad?», tratando de impedirle pensar, con la amabilidad de la mirada y la tensión de la sonrisa, que ella no le decía, como siempre hubiese hecho hasta entonces: «Mañana en Chatou, y pasado mañana en casa».

Los Verdurin hicieron montar con ellos a Forcheville, el carruaje de Swann estaba detrás esperando a que se fueran para que Odette subiese al suyo.

«Odette, nosotros la llevamos, dijo Mme. Verdurin, tenemos un huequecito para usted al lado de M. de Forcheville.
-Sí, señora, respondió Odette.

-Pero cómo, si yo creía que se venía usted conmigo», exclamó Swann, diciendo sin disimulo las palabras necesarias, porque la portezuela estaba abierta, los segundos estaban contados, y no podía regresar sin ella en el estado en que se hallaba.

«Es que Mme. Verdurin me ha pedido...

-Venga, usted bien puede volver solo, ya se la hemos dejado muchas veces, dijo Mme. Verdurin.

-Es que tenía algo importante que decir a la señora.

-Bueno, ya se lo dirá por escrito...

-Adiós», le dijo Odette tendiéndole la mano.

Él trató de sonreír, pero su cara estaba aterrada

«¿Has visto qué modales se permite ahora Swann con nosotros?, dijo Mme. Verdurin a su marido cuando llegaron a casa. He creído que iba a comerme porque nos llevábamos a Odette. ¡Qué inconveniencia! ¡Sólo le falta decimos que tenemos una casa de citas! No comprendo cómo aguanta Odette semejantes modales. Es como si dijera: usted me pertenece. Ya le diré yo a Odette lo que pienso, y espero que comprenda».

Y un momento después añadió, con rabia:

«Vamos, ¡habrase visto qué animal!», empleando sin darse cuenta, y acaso obedeciendo a la misma oscura necesidad de justificarse - como Françoise en Combray cuando el pollo se negaba a morir - las palabras que arrancan las úl-

timas convulsiones de un animal inofensivo que agoniza al aldeano que lo está degollando.

Y cuando el carruaje de Mme. Verdurin hubo partido y el de Swann avanzó, su cochero, mirándolo, le preguntó si se encontraba mal o si le había ocurrido algo.

Swann lo despidió, quería caminar y fue a pie, por el Bois, como regresó. Iba hablando solo, en voz alta, y en el mismo tono algo falso que había adoptado hasta entonces para enumerar los encantos del cogollito y para exaltar la magnanimidad de los Verdurin. Pero así como las palabras, las sonrisas y los besos de Odette se le hacían tan odiosos dirigidos a otros como dulces le habían parecido al recibirlos él, así el salón de los Verdurin, que un momento antes todavía le parecía divertido, con un gusto auténtico por el arte e incluso con una especie de nobleza moral, ahora que Odette iba a encontrarse allí con otro, a amar libremente a otro en ese salón, se le revelaba en toda su ridiculez, su necedad y su ignominia.

Se imaginaba con repugnancia la velada del día siguiente en Chatou. «En primer lugar, ¡vaya idea ir a Chatou! ¡Como merceros que acaban de cerrar la tienda! ¡Realmente estas gentes son de una cursilería burguesa sublime, no pueden existir en la realidad, deben de haber salido de una comedia de Labiche[100]

Allí estarían los Cottard, tal vez Brichot. «¡Qué vida tan grotesca la de estas pobres gentes que no pueden dejar de vivir los unos sin los otros, que se creerían perdidos, palabra, si mañana no se reuniesen todos *en Chatou!*». Pero, ¡ay!, también estaría el pintor, aquel pintor amigo de «hacer matrimonios», que invitaría a Forcheville a ir con Odette a su estudio. Ya estaba viendo a Odette con una *toilette* demasiado elegante para aquella excursión campestre, «porque es tan vulgar y, sobre todo, es tan tonta la pobrecilla».

Ya estaba oyendo las bromas que Mme. Verdurin haría después de la cena, las bromas que, fuera quien fuese el pelma que tuvieran por blanco, siempre le habían divertido porque veía reírse a Odette, reírse con él, casi dentro de él. Y ahora intuía que quizás iban a hacer a Odette reírse de él. «¡Qué fétida alegría!», decía, imprimiendo a su boca una expresión de asco tan marcada que tenía la sensación muscular de su mueca hasta en el cuello, rígido y pegado al

cuello de la camisa. «¿Y cómo puede encontrar materia de risa en esas bromas nauseabundas una criatura cuyo rostro está hecho a imagen de Dios? Cualquier nariz, a poco delicada que fuese, se apartaría horrorizada para no dejarse ofuscar por semejantes miasmas. Es realmente increíble pensar que un ser humano pueda no comprender que, permitiéndose una sonrisa contra un semejante que le ha tendido lealmente la mano, se degrada hasta un fango de donde nunca, ni con la mejor voluntad del mundo, nadie lo podrá sacar. Vivo a demasiados miles de metros de altura por encima de esos bajos fondos donde chapotean y chillan esos inmundos chismosos, para que puedan salpicarme las bromas de una Verdurin», exclamó, alzando la cabeza y echando lleno de orgullo el cuerpo hacia atrás. «Dios es testigo de que sinceramente he querido sacar a Odette de ahí, y educarla en una atmósfera más noble y más pura. Pero la paciencia humana tiene unos límites, y la mía ha llegado al final», se dijo, como si esa misión de arrancar a Odette de una atmósfera de sarcasmos fuera una idea vieja y no de hacía unos minutos, y como si no se le hubiese ocurrido después de haber pensado que aquellos sarcasmos acaso le tenían a él por blanco y trataban de separarlo de Odette.

Veía al pianista preparado para tocar la sonata *Claro de luna, y* las muecas de Mme. Verdurin temiendo el daño que la música de Beethoven iba a causar en sus nervios: «¡Idiota, embustera!, exclamó, ¡y cree amar *el Arte!»*. A Odette, después de haberle insinuado hábilmente unas palabras elogiosas para Forcheville, como muchas veces había hecho con él, le diría: «Hágale un huequecito a su lado a M. de Forcheville». «¡En la oscuridad! ¡Alcahueta, celestina!». «Alcahueta» era el calificativo que también daba a la música que los invitaría a callarse, a soñar juntos, a mirarse, a cogerse de la mano. Y le parecía bien la severidad contra las artes de Platón, de Bossuet[1] y de la vieja educación francesa.

En suma, la vida que se hacía en casa de los Verdurin y que con tanta frecuencia había denominado «la verdadera vida», le parecía la peor de todas, y el cogollito el peor de todos los ambientes. «En realidad es lo más bajo que hay en la escala social, decía, el último círculo del Dante[1] ¡No

hay duda de que el augusto texto se refiere a los Verdurin! En el fondo, qué sabiduría tan profunda demuestran las gentes de mundo - de las que podrá decirse lo que se quiera, pero que no tienen nada en común con estas cuadrillas de canallas - por negarse a conocerlos, a ensuciarse siquiera sea la punta de los dedos! ¡Qué adivinación en ese *Noli me tangere*[1] del faubourg Saint-Germain!». Hacía rato que había dejado atrás las alamedas del Bois, y casi había llegado a su casa, cuando, borracho todavía de dolor y de aquella exaltada vena de insinceridad cuyas entonaciones engañosas y la artificial sonoridad de su propia voz lo empujaban paulatinamente hacia la ebriedad, aún seguía perorando en voz alta en medio del silencio de la noche. «La gente de mundo tiene sus defectos, y soy el primero en reconocerlos, pero de todos modos es gente con la que no pueden ocurrir ciertas cosas. De las mujeres elegantes que he conocido, ésta o aquélla estaba lejos de ser perfecta, pero en última instancia siempre había en ella un fondo de delicadeza, una lealtad de comportamiento que, pasara lo que pasase, la habrían vuelto incapaz de una felonía y que bastan para abrir un abismo entre ella y una arpía como la Verdurin. ¡Verdurin! ¡Vaya nombre! ¡Ah, bien puede decirse que no les falta nada, que son perfectos en su género! A Dios gracias, ya iba siendo hora de negarse a condescender en la promiscuidad con semejante infamia, con tales inmundicias!».

Pero, así como las virtudes que poco antes aún atribuía a los Verdurin no habrían bastado, incluso si realmente las hubiesen poseído y no hubiesen favorecido y protegido su amor, para provocar en Swann aquella ebriedad que lo enternecía frente a su magnanimidad y que sólo podía venirle de Odette aunque se propagase a través de otras personas - así la inmoralidad, aunque fuese real, que hoy encontraba en los Verdurin, se habría revelado impotente, si no hubiesen invitado a Odette con Forcheville y sin él, para dar rienda suelta a su indignación e impulsarle a reprobar «su infamia». Y sin duda la voz de Swann era más clarividente que él mismo cuando se negaba a pronunciar aquellas palabras llenas de repugnancia por el círculo Verdurin, y de alegría por haber terminado con él, en un tono nada artificioso, y como si hubieran sido escogidas más para satisfacer su rabia que para expresar su pensamiento. De hecho, este último, mientras él se entregaba a tales invectivas, es-

taba probablemente ocupado, sin que Swann se diese cuenta, por algo completamente distinto, pues una vez llegado a casa, nada más cerrar la puerta cochera, se dio de pronto una palmada en la frente y, mandando abrirla de nuevo, volvió a salir exclamando esta vez con voz natural: «¡Creo haber encontrado el medio de que mañana me inviten a la cena de Chatou!». Pero el medio debía de ser malo, porque Swann no fue invitado: el doctor Cottard, que, llamado a un pueblo de la provincia por un caso grave, no había visto a los Verdurin hacía varios días ni había podido ir a Chatou, al día siguiente de esa cena, y cuando se sentaba a la mesa con ellos, dijo:

«Pero ¿no veremos esta noche al señor Swann? Es lo que se dice un amigo personal del...

-¡Tengo la esperanza de que no!, exclamó Mme. Verdurin. Dios nos libre; es cargante, estúpido y maleducado».

Al oír estas palabras, Cottard manifestó a un tiempo sorpresa y sumisión, como ante una verdad contraria a cuanto había creído hasta entonces, pero de una evidencia irresistible; y metiendo con aire alterado y temeroso la nariz en el plato, se limitó a responder: «¡Ah, ah, ah, ah, ah!», recorriendo hacia atrás, en su repliegue en buen orden hasta el fondo de sí mismo, a lo largo de una gama descendente, todo el registro de su propia voz. Y no volvió a hablarse más de Swann en casa de los Verdurin.

Entonces aquel salón que había reunido a Swann y Odette se volvió un obstáculo para sus citas. Ella ya no le decía, como en los primeros tiempos de su amor: «Nos veremos en cualquier caso mañana por la noche, hay cena en casa de los Verdurin», sino: «No podremos vernos mañana por la noche, hay cena en casa de los Verdurin». O bien los Verdurin iban a llevarla a la ópera Cómica a ver *Une nuit de Cléopâtre*[10] y Swann leía en los ojos de Odette aquel espanto a que le pidiese que no fuera, que antes no habría podido dejar de besar al verlo cruzar por el rostro de su amante, y que ahora le irritaba. «Y sin embargo no es rabia, se decía a sí mismo, lo que siento al ver las ganas que tiene de ir a escarbar en esa música de estercolero. Qué pena, no por mí desde luego, sino por ella; ¡pena de ver que, después de vivir más de seis meses en contacto cotidiano conmigo, no haya sabido cambiar lo suficiente para eliminar espontá-

neamente a Victor Massé! Sobre todo, por no haber llegado a comprender que hay noches en que, por poco sensible que sea la esencia de una persona, debe saber renunciar a un placer cuando se le pide. Debería ser capaz de decir "no iré", aunque sólo fuese por inteligencia, porque esa respuesta servirá para clasificar de una vez por todas la calidad de su alma». Y, una vez convencido de que, si esa noche deseaba que permaneciese a su lado en vez de ir a la ópera Cómica, sólo era de hecho para poder formular un juicio más favorable sobre sus facultades intelectuales, le exponía a Odette el mismo razonamiento, con igual grado de insinceridad que a sí mismo, e incluso con un grado más, porque entonces obedecía además al deseo de recuperarla por amor propio.

«Te juro», le decía un momento antes de salir para el teatro, «que al pedirte que no vayas, todos mis deseos, si yo fuese un egoísta, serían que te negases, porque tengo mil cosas que hacer esta noche, y caería en mi propia trampa y me vería en un apuro si, contra todo lo que espero, me dijeses que no ibas. Pero mis ocupaciones y mis placeres no lo son todo, debo pensar en ti. Puede llegar un día en que, al ver que me alejo de ti para siempre, tengas derecho a reprocharme que no te haya avisado en los instantes decisivos en que sentía que iba a formular sobre ti uno de esos juicios severos a los que ningún amor sobrevive mucho tiempo. Mira, *Une nuit de Cléopâtre* (¡vaya título!) no significa nada en este momento. Lo que hay que saber es si eres o no eres realmente uno de esos seres situados en el nivel más bajo de la inteligencia, e incluso de la fascinación, un ser despreciable incapaz de renunciar a un placer. Y si lo fueses, ¿cómo se te podría amar si ni siquiera eres una persona, una criatura definida, imperfecta sí, pero al menos perfectible? Eres un agua informe que corre según la pendiente que le ofrecen, un pez sin memoria ni capacidad de reflexión que, mientras viva en su acuario, chocará cien veces al día contra el cristal, que seguirá tomando por agua. ¿No comprendes que tu respuesta tendrá por resultado, no digo dejar de quererte ahora mismo, desde luego, sino volverte menos seductora a mis ojos cuando comprenda que no eres una persona, que estás debajo de todas las cosas y no sabes elevarte por encima de ninguna? Evidentemente hubiese preferido pedirte que renunciaras a *Une nuit de Cléopâtre* (ya que me obligas a ensuciarme los labios con ese abyecto nombre) como si fuese algo sin importancia, con la esperanza sin embargo de que habías de ir. Pero, decidido a hacerme esa cuenta, a sacar esas consecuencias de tu respues-

ta, me ha parecido más honrado avisarte».

Desde hacía unos minutos Odette daba señales de emoción e incertidumbre. Aunque ignorase el significado de estas palabras, sí le quedaba claro que él podía encuadrarlas en el género común de los *«laius»* y escenas de reproches o de súplicas, y la experiencia que tenía de los hombres le permitía deducir, sin fijarse mucho en el detalle de las palabras, que no las pronunciarían de no estar enamorados, que si estaban enamorados no había razón para obedecerles, que luego lo estarían todavía más. Habría escuchado a Swann con la mayor calma de no haber visto que se le pasaba la hora y que, a poco que él siguiese hablando, iba, como le dijo con una sonrisa tierna, obstinada y confusa, «¡a perderse la Obertura!».

Otras veces le decía que, más que cualquier otra cosa, le induciría a dejar de amarla el hecho de que ella no quisiese renunciar a mentir. «Incluso desde el simple punto de vista de la coquetería, le decía, ¿no ves cuánta seducción pierdes rebajándote a mentir? ¡Cuántas faltas podrías redimir con una confesión! ¡Realmente eres mucho menos inteligente de lo que pensaba!». Pero era inútil que Swann le expusiese todas las razones que tenía para no mentirle; habrían podido destruir en Odette un sistema general de la mentira; pero no tenía ninguno; se limitaba, cuando quería que Swann ignorase algo que había hecho, a no decírselo. En resumidas cuentas, para ella la mentira era un expediente de orden particular; y lo único que podía decidir si debía utilizarlo o confesar la verdad, también era una razón de orden particular, la mayor o menor probabilidad de que Swann pudiese descubrir que no había dicho la verdad.

Físicamente, Odette atravesaba un mal momento; estaba engordando; y la gracia expresiva y doliente, las miradas asombradas y soñadoras de antes parecían haber desaparecido con su primera juventud. De modo que se había vuelto tan querida para Swann justo en el momento en que, en cierto sentido, la encontraba precisamente menos hermosa. La miraba largo rato para intentar captar de nuevo la fascinación que había conocido en ella, y no la encontraba. Pero saber que bajo aquella nueva crisálida seguía viviendo Odette, la misma voluntad fugaz, imperceptible y sinuosa de siempre, le bastaba a Swann para seguir poniendo la misma pasión en su intento de captarla. Luego miraba fotografías de hacía dos años, recordaba lo deliciosa que había sido. Y esto le consolaba algo de las penas que sufría por ella.

Cuando los Verdurin se la llevaban a Saint-Germain, a

Chatou, a Meulan, a menudo, si hacía buen tiempo, proponían sobre la marcha quedarse a dormir y no volver hasta el día siguiente. Mme. Verdurin procuraba calmar los escrúpulos del pianista, cuya tía se había quedado en París.

«Estará encantada de haberse librado de usted por un día. ¿Y por qué iba a preocuparse? Sabe que está con nosotros; en todo caso, yo asumo toda la responsabilidad».

Pero si no lo conseguía, su marido se ponía en movimiento, encontraba una oficina de telégrafos o un mensajero y preguntaba a los fieles si alguno tenía que mandar algún aviso a alguien. Pero Odette le daba las gracias y decía que no tenía que enviar ningún mensaje a nadie, porque le había dicho a Swann de una vez por todas que, si se lo enviaba a la vista de todos, quedaría comprometida. En ocasiones su ausencia se prolongaba varios días, los Verdurin la llevaban a ver las tumbas de Dreux, o a Compiègne para admirar, por consejo del pintor, las puestas de sol en el bosque, y se llegaban hasta el castillo de Pierrefonds[105].

«¡Y pensar que podría visitar verdaderos monumentos conmigo, que me he pasado diez años estudiando arquitectura y que no hago más que recibir súplicas para acompañar a Beauvais o a Saint-Loup-de-Naud a personas de primer orden y sólo lo haría por ella; y ella en cambio, se va con esa partida de animales capaces de extasiarse sucesivamente ante las deyecciones de Luis Felipe y las de Viollet-le-Duc! No creo que para eso se necesite ser artista, ni que se precise un olfato particularmente fino para decidir irse de vacaciones a unas letrinas para poder respirar mejor los excrementos»

Pero, cuando ella se había ido a Dreux o a Pierrefonds -sin permitirle, ay, que él fuese por su cuenta, como por casualidad, porque «haría un efecto deplorable», decía ella -, Swann se zambullía en la más embriagadora novela de amor, la guía de ferrocarriles, que le informaba sobre los medios de reunirse con ella, ¡por la tarde, por la noche, esa misma mañana incluso! ¿El medio? Algo más importante quizá: la autorización. Porque, en última instancia, ni la guía ni los trenes mismos se habían hecho para los perros. Si se ponía en conocimiento del público, por medio de impresos, que a las ocho de la mañana salía un tren que llegaba a Pierrefonds a las diez, ir a Pierrefonds era por tanto un acto lícito para el que resultaba superfluo el permiso de Odette; y también era un acto que podía tener una motivación completamente distinta del deseo de reunirse con Odette, puesto que lo hacían a diario personas que no la conocían, y en cantidad lo bastante numerosa para que valiese la pena encender las calderas de la máquina.

En resumidas cuentas, ¡ella no podía impedirle ir a Pierrefonds si a él le daba la gana! Y precisamente sentía que tenía ganas, y que, de no haber conocido a Odette, seguro que habría ido. Hacía mucho que deseaba hacerse una idea más precisa de los trabajos de restauración de Viollet-le-Duc. Y con el tiempo que hacía, sentía el imperioso deseo de pasear por el bosque de Compiègne.

Desde luego era mala suerte que Odette le prohibiese el único lugar que hoy le tentaba. ¡Hoy! Si, a pesar de su prohibición, se ponía en camino, ¡podría verla *hoy* mismo! Pero, mientras que si hubiese encontrado en Pierrefonds a un extraño le habría dicho encantada: «¡Vaya, usted por aquí!», y le habría invitado a ir a verla al hotel donde se alojaba con los Verdurin, en cambio, de haberse encontrado con él, con Swann, se habría enfadado, pensaría que la seguía, lo amaría menos, acaso le diese la espalda llena de ira al verlo. «¡O sea, que ni siquiera tengo derecho a viajar!», le habría dicho ella a la vuelta, ¡cuando en fin de cuentas era él quien ya no tenía derecho a viajar!

Por un momento se le había ocurrido, para poder viajar a Compiègne y a Pierrefonds sin dar la impresión de ir en busca de Odette, hacerse acompañar por un amigo suyo, el marqués de Forestelle , dueño de un castillo en los alrededores. Éste, a quien había informado del proyecto sin decirle el motivo, no cabía en sí de gozo y se maravillaba de que Swann, por primera vez en quince años, consintiese por fin

en visitar sus propiedades, y, después de decirle que no quería quedarse mucho tiempo, le prometió al menos que juntos darían paseos y harían excursiones durante unos días. Swann ya se imaginaba allí con M. de Forestelle. Y antes de ver a Odette, e incluso si no conseguía verla, ¡qué felicidad poner el pie sobre aquella tierra donde, aunque no supiera el lugar exacto, en un momento dado, de su presencia, sentiría palpitar por todas partes la posibilidad de su imprevista aparición: en el patio del castillo, hermoseado ahora a sus ojos porque por ella iba él a verlo; en todas las calles del pueblo, que le parecía novelesco; en cada uno de los senderos del bosque, bañados de rosa por un crepúsculo tierno y profundo; - asilos innumerables y alternativos, a los que iba simultáneamente a refugiarse, en la incierta ubicuidad de sus esperanzas, su corazón dichoso, multiplicado y vagabundo. «Sobre todo, le diría a M. de Forestelle, hemos de tener cuidado para no tropezar con Odette y los Verdurin; acabo de saber que precisamente hoy están en Pierrefonds. Ya los vemos de sobra en París, no merecería la pena haber venido para no poder dar un paso los unos sin los otros». Y el amigo no comprendería por qué, una vez llegado, cambiaría veinte veces de proyectos, inspeccionaría los comedores de todos los hoteles de Compiègne sin decidirse a sentarse en ninguno, si en ninguno había rastro de los Verdurin, dando la impresión de buscar aquello de lo que aseguraba querer huir y huyendo, de hecho, en cuanto los hubiese encontrado, porque, de haber topado con el grupito, lo habría evitado con afectación, contento de haber visto a Odette y de ser visto por ella, y sobre todo de que hubiese visto que no se preocupaba de ella. Pero no, Odette adivinaría que si estaba allí era por ella. Y cuando M. de Forestelle iba a buscarle para partir, le decía: «¡Ay!, no, hoy no puedo ir a Pierrefonds. Precisamente Odette está allí». Y, Swann, feliz pese a todo de sentir que si de todos los mortales él era el único que no tenía derecho ese día a ir a Pierrefonds, era porque de hecho Odette lo consideraba distinto de los demás, su amante, y que esa restricción introducida por él en el derecho universal de libre circulación no era más que una de las formas de aquella esclavitud, de aquel amor que tanto apreciaba. Estaba claro que más le valía no correr el riesgo de enfadarse con ella, tener paciencia, esperar su regreso. Pasaba los días inclinado sobre un mapa del bosque de Compiègne como si hubiese sido el mapa del Tendre[1], y se rodeaba de fotografías del castillo de Pierre-

fonds. En cuanto se acercaba el día de su posible retorno, abría de nuevo la guía, calculaba el tren que había debido de tomar, y, en caso de perderlo, los que todavía le quedaban. No salía de casa por miedo a perderse un telegrama suyo, no se acostaba por si, de vuelta en el último tren, Odette quisiese darle la sorpresa de ir a verlo a medianoche. Precisamente en ese momento oía sonar la campanilla de la puerta cochera, le parecía que tardaban mucho en abrir, quería despertar al portero, se asomaba a la ventana para llamar a Odette si era ella, porque, pese a las recomendaciones que había bajado a dar en persona más de diez veces, eran capaces de decirle que él no estaba en casa. Pero resultaba ser un criado que volvía. Swann observaba la bandada incesante de carruajes que pasaban, a la que antes nunca había prestado atención. Los oía venir uno a uno a lo lejos, acercarse, pasar de largo ante su puerta sin detenerse y llevar más allá un mensaje que no estaba destinado a él. Aguardaba toda la noche, inútilmente, porque los Verdurin habían adelantado el viaje de vuelta y Odette estaba en París desde mediodía; no se le había ocurrido avisarle; no sabiendo qué hacer, había ido a pasar la tarde sola al teatro y hacía rato que había vuelto a casa para acostarse y estaba durmiendo.

Lo cierto es que ni siquiera había pensado en él. Y esos momentos en que Odette se olvidaba hasta de la existencia de Swann le resultaban más útiles, le servían mejor que toda su coquetería para atar a Swann. Porque Swann vivía entonces en aquella dolorosa excitación que ya había demostrado su fuerza para hacer estallar su amor la noche en que, no encontrando a Odette en casa de los Verdurin, se la pasó buscándola. Y no tenía, como tuve yo en Combray en mi infancia, días felices en los que se olvidan las penas que renacerán de noche. Los días, Swann los pasaba sin Odette; y a ratos se decía que dejar a una mujer tan bella salir sola de aquel modo por París era tan imprudente como dejar un escriño lleno de alhajas en medio de la calle. Se indignaba en-

tonces contra todos los viandantes, como si fuesen otros tantos ladrones. Pero su rostro colectivo e informe escapaba a su imaginación y no alimentaba sus celos. Producía cansancio en la mente de Swann, quien, pasándose la mano por los ojos, exclamaba: «¡Sea lo que Dios quiera!», como esas personas que después de haberse empeñado en abarcar el problema de la realidad del mundo exterior o de la inmortalidad del alma, conceden a su fatigado cerebro el alivio de un acto de fe. Pero el recuerdo de la ausente siempre iba indisolublemente unido a los actos más simples de la vida de Swann - almorzar, abrir el correo, salir, acostarse - por la tristeza misma que sentía al hacerlos sin ella, como esas iniciales de Filiberto el Hermoso que, en la iglesia de Brou, Margarita de Austria entrelazó por todas partes a las suyas, por lo mucho que le añoraba[100] Algunos días, en lugar de quedarse en casa, almorzaba en un restaurante bastante cercano, que antes apreciaba por su buena cocina y al que ahora sólo iba por una de esas razones a un tiempo místicas y ridículas que suelen calificarse de novelescas: porque ese restaurante (que todavía existe) llevaba el mismo nombre que la calle donde vivía Odette: *Lapérouse*[1] A veces, cuando su ausencia había sido breve, Odette no se preocupaba hasta unos días después de comunicarle que había vuelto a París. Y sencillamente le decía, sin tomar como antes la precaución de esconderse, por si acaso, tras un pequeño fragmento sustraído a la verdad, que acababa de llegar hacía un rato en el tren de la mañana. Estas palabras eran mendaces; al menos para Odette lo eran, inconsistentes, sin un punto de apoyo, como lo habrían tenido de haber sido verdaderas, en el recuerdo de su llegada a la estación; hasta era incapaz de imaginárselas mientras las pronunciaba, lo impedía la imagen contradictoria de aquello absolutamente distinto que había hecho en el momento en que pretendía haberse apeado del tren. Pero en cambio, aquellas palabras que no encontraban obstáculo alguno iban a incrustarse en la mente de Swann y a adoptar la inmovilidad

de una verdad tan indudable que, de haberle dicho un amigo que también él había llegado en ese tren y no había visto a Odette, quedaría convencido de que era el amigo quien se equivocaba de día o de hora, desde el instante en que sus palabras no se conciliaban con las de Odette. Éstas sólo le habrían parecido mendaces si antes hubiese desconfiado de que lo fueran. Para creer que Odette mentía, era condición necesaria la sospecha previa. También era, además, una condición suficiente. Entonces cuanto Odette decía le parecía sospechoso. Si le oía citar un nombre, seguro que era de uno de sus amantes; una vez forjada esta suposición, pasaba semanas desolado; en cierta ocasión llegó a ponerse en contacto con una agencia de investigación para conocer las señas y lo que hacía el desconocido que no le dejaría respirar tranquilo hasta que saliese de viaje, y del que terminó descubriendo que era un tío de Odette muerto hacía veinte años.

Aunque, en general, no le permitiese reunirse con ella en lugares públicos alegando que eso daría que hablar, resultaba que, con motivo de una velada a la que ambos estaban invitados - en casa de Forcheville, en el estudio del pintor, o en un baile benéfico de algún ministerio -, Swann acudía cuando ella estaba allí. La veía, mas no se atrevía a quedarse por miedo a irritarla dándole la impresión de espiar los placeres que disfrutaba con otros y que - mientras regresaba a casa solo, y se acostaba lleno de ansiedad, como yo mismo había de estarlo años después las noches en que Swann venía a cenar a casa, en Combray - le parecían ilimitados porque no los había visto acabar. Y una o dos veces, en noches como aquéllas, pudo saborear esas alegrías que, si no sufriesen con tanta violencia el rebote de la inquietud bruscamente interrumpida, sentiríamos la tentación de calificar de tranquilas, porque consisten en un apaciguamiento: había ido a pasar el rato a una fiesta en casa del pintor y se disponía a despedirse; dejaba allí a Odette transformada en una brillante desconocida, en medio de hombres a quienes sus miradas y su alegría, que no estaban destinadas a él, parecían hablar de cierta voluptuosidad que habrían de saborear en aquella casa o en otra parte (quizás en el «Baile de los Incoherentes»[1] adonde temía que ella fuese después), y que provocaba en Swann más celos que la misma unión carnal, porque le costaba más imaginársela; estaba a punto

de cruzar la puerta del estudio cuando oyó que le llamaban con estas palabras (que, eliminando de la fiesta aquel final que le espantaba, se la volvían retrospectivamente inocente; que hacían del regreso de Odette a casa una cosa no ya inconcebible y tremenda, sino dulce y conocida, capaz de poder permanecer a su lado, semejante a un trocito de su vida de todos los días, en el coche, y despojaban a la misma Odette de su apariencia demasiado brillante y alegre; que indicaban que sólo se trataba de un disfraz que se había puesto un momento para él, no con vistas a misteriosos placeres, y del que ya estaba cansada), con estas palabras que Odette le lanzaba cuando él ya estaba en el umbral: «¿No podría esperarme cinco minutos? Estoy a punto de irme, volveríamos juntos y me acompañara a casa».

Cierto que, un día, Forcheville había pedido que lo llevasen con ellos, pero cuando, una vez llegados ante la puerta de Odette, había solicitado permiso para entrar él también, Odette le había respondido señalando a Swann: «¡Ah, eso depende de este señor, pregúnteselo a él! En fin, pase un momento si quiere, pero no mucho porque le advierto que le gusta hablar tranquilamente conmigo, y no le agradan demasiado las visitas cuando él viene. ¡Ah, si conociese a este ser como lo conozco yo! ¿Verdad, *my love,* que nadie le conoce tan bien como yo?».

Y Swann quizá se sentía más emocionado al ver que, delante de Forcheville, le dirigía, no sólo esas palabras de cariño y predilección, sino también críticas como: «Estoy segura de que aún no ha contestado a sus amigos para la cena del domingo. No vaya si no quiere, pero por lo menos sea educado», o: «¿Se ha acordado de dejar aquí su ensayo sobre Vermeer para seguir trabajando un poco en él mañana? ¡Qué perezoso! Yo le haré trabajar, ya verá!», demostrando que Odette estaba al corriente de sus invitaciones mundanas y de sus estudios de arte, que ambos tenían una vida en común. Y al decirle estas cosas le dirigía una sonrisa en cuyo fondo Swann la sentía enteramente suya.

Entonces en esos momentos, y mientras ella le preparaba una naranjada, de improviso, como cuando un reflector mal regulado hace pasear primero alrededor de un objeto, sobre la pared, grandes sombras fantásticas que luego van a replegarse y a anularse en él, todas las ideas terribles y mudables que se hacía de Odette se desvanecían para reunirse en el fascinante cuerpo que Swann tenía delante. De repente tenía la sospecha de que aquella hora pasada en casa de Odette, bajo la lámpara, acaso no fuera una hora ficticia, hecha para su propio uso (destinada a enmascarar aquella

cosa terrorífica y deliciosa, en la que pensaba sin cesar aunque nunca lograse imaginársela bien: una hora de la verdadera vida de Odette, de la vida de Odette cuando él estaba lejos), con utilería teatral y frutas de cartón, sino que tal vez fuese realmente una hora de la vida de Odette, y que, de no haber estado él allí, ella hubiese ofrecido el mismo sillón a Forcheville y le hubiera servido no un brebaje desconocido, sino precisamente aquella misma naranjada; que el mundo habitado por Odette no era ese otro mundo espantoso y sobrenatural donde él pasaba el tiempo situándola, y que acaso sólo existía en su imaginación, sino el universo real, que no desprendía ninguna tristeza particular, que abarcaba aquella mesa donde iba a poder escribir y aquella bebida que le sería concedido saborear, todos aquellos objetos que contemplaba con tanta curiosidad y admiración como gratitud porque, si absorbiendo sus sueños le habían liberado de ellos, éstos a su vez se habían enriquecido, le mostraban su realización tangible, e interesaban a su mente, adquirían relieve ante sus ojos al mismo tiempo que le tranquilizaban el corazón. ¡Ay!, si el destino le hubiese permitido vivir en una sola morada con Odette y estar en casa de ella, en la suya propia; si al preguntar al criado qué había para comer, hubiese recibido como respuesta el menú de Odette; si, cuando Odette quería ir de mañana a pasear por la avenida del Bois de Boulogne, su deber de buen marido le hubiese obligado, aunque no tuviera ganas de salir, a acompañarla, llevándole el abrigo cuando sintiese demasiado calor; y si, por la noche después de cenar ella tuviese ganas de quedarse en casa en *deshabillé,* si a él no le quedase otro remedio que permanecer a su lado y hacer lo que ella quisiera: entonces todas las nimiedades de la vida de Swann, que tan tristes le parecían, habrían asumido en cambio, por formar parte al mismo tiempo de la vida de Odette, incluidas las más familiares - hasta aquella misma lámpara, aquella naranjada, aquel sillón que contenían tantos sueños, que materializaban tanto deseo -, una especie de superabundante dulzura y de misteriosa densidad.

Dudaba mucho, sin embargo, de que lo que así echaba de menos fuese una calma y una paz que no habrían sido una atmósfera favorable para su amor. Cuando Odette dejase de ser para él una criatura siempre ausente, añorada, imaginaria, cuando su sentimiento por ella ya no fuese aquella misma turbación misteriosa que le provocaba la frase de la sonata, sino afecto, y gratitud cuando entre ambos se estableciesen relaciones normales que pondrían fin a su frenesí y a su tristeza, entonces desde luego los actos de la vida de

Odette le parecerían sin duda escasamente interesantes en sí mismos - como ya había sospechado varias veces que así eran, por ejemplo el día en que había leído al trasluz del sobre la carta dirigida a Forcheville. Observando su propia enfermedad con la misma sagacidad que si se la hubiese inoculado para estudiarla, se decía que, una vez curado, lo que pudiese hacer Odette le resultaría indiferente. Pero, a decir verdad, desde el fondo de su morboso estado temía tanto como la muerte una curación semejante, que en realidad habría sido la muerte de cuanto él era en este momento.

Después de aquellas tranquilas veladas, las sospechas de Swann se habían aplacado; bendecía a Odette y a la mañana siguiente mandaba a su casa las alhajas más bellas, porque las manifestaciones de bondad de la víspera habían estimulado o su gratitud o el deseo de verlas repetirse, o un paroxismo de amor que tenía necesidad de desfogarse.

Pero en otros momentos lo asaltaba de nuevo aquel dolor, se figuraba que Odette era la amante de Forcheville y que, cuando los dos le habían visto, desde el fondo del landó[1] de los Verdurin, en el Bois, la víspera de la fiesta de Chatou a la que no lo habían invitado, suplicarle inútilmente, con aquel aire desesperado que hasta el cochero había advertido, que volviera a casa con él, y luego irse por su lado, solo y vencido, al señalarle a Forcheville mientras le decía: «¡Qué rabia tiene!», ella había debido de lanzarle las mismas miradas brillantes, maliciosas, torcidas y taimadas que el día en que éste había echado a Saniette de casa de los Verdurin.

Entonces Swann la detestaba: «Hay que ser imbécil, se decía, estoy pagando con mi dinero el placer de los demás. De todas formas, hará bien en tener cuidado y en no tirar demasiado de la cuerda, porque bien podría no volver a darle un céntimo. En cualquier caso, ¡renunciemos provisionalmente a los regalos suplementarios! ¡Y pensar que ayer mismo, cuando decía que le gustaría asistir a la temporada de Bayreuth[1] cometí la estupidez de proponerle alquilar en los alrededores, para nosotros dos, uno de los cas-

tillos más bonitos del rey de Baviera Y encima no ha parecido entusiasmarle mucho, todavía no ha dicho ni que sí ni que no; ¡ojalá diga que no! Oír con ella durante quince días a Wagner, que le importa lo mismo que a un pez una castaña, ¡pues sí que sería divertido!». Y como su odio, lo mismo que su amor, necesitaba manifestarse y actuar, se complacía en llevar cada vez más lejos sus malas fantasías, porque, gracias a las perfidias que atribuía a Odette, la detestaba todavía más y podría, de resultar ciertas - como le gustaba imaginarse -, tener ocasión de castigarla y saciar en ella su creciente rabia. Llegó a suponer que recibiría una carta de Odette pidiéndole dinero para alquilar aquel castillo cerca de Bayreuth, pero advirtiéndole que él no podría ir porque había prometido a Forcheville y a los Verdurin invitarlos. ¡Ah, cómo le habría gustado que se atreviese a semejante audacia! ¡Qué alegría la suya al negarse, al escribir la respuesta vengadora cuyos términos se complacía en escoger, en enunciar en voz alta, como si en realidad' hubiese recibido la carta!

Pero eso fue lo que ocurrió al día siguiente. Odette le escribió que los Verdurin y sus amigos habían manifestado el deseo de asistir a las representaciones wagnerianas y que, si le hiciese el favor de enviarle aquel dinero, al fin podría tener, después de haber sido invitada tantas veces a su casa, el gusto de invitarlos a su vez. De él, no decía una palabra, se sobrentendía que la presencia de aquellos amigos excluía la suya.

De modo que iba a tener la alegría de enviarle la terrible respuesta cuyas palabras, una por una, había decidido escribir la víspera sin atreverse a esperar que pudiese utilizarlas nunca. ¡Ay!, sabía de sobra que con el dinero que Odette tenía, o que fácilmente podría conseguir, acabaría alquilando una casa en Bayreuth desde el momento en que lo deseaba, ella que no era capaz de distinguir entre Bach y Clapisson[1] Pero, a pesar de todo, tendría que llevar una vida más mezquina. Si esta vez él no le hubiese mandado unos cuantos billetes de mil francos, no habría podido or-

ganizar todas las noches, en un castillo, aquellas cenas refinadas a cuyo término tal vez se le había ocurrido el capricho - en el que acaso nunca hubiera pensado todavía - de caer en los brazos de Forcheville. ¡No, al menos no sería él, Swann, quien pagase aquel odiado viaje! - ¡Ay, si hubiese podido impedirlo! ¡Si antes de partir ella se hubiese dislocado un pie, si el cochero del carruaje que la llevaría a la estación se hubiese dejado sobornar, al precio que fuese, y la condujese a un lugar donde quedase secuestrada por algún tiempo aquella mujer pérfida, de ojos esmaltados por una sonrisa de complicidad dirigida a Forcheville, en que Odette se había convertido para Swann desde hacía cuarenta y ocho horas!

Mas nunca era así durante mucho tiempo; al cabo de unos días la mirada brillante y pérfida perdía su esplendor y su duplicidad, y aquella imagen de una Odette execrada diciéndole a Forcheville: «¡Qué rabia tiene!» empezaba a palidecer, a borrarse. Entonces, poco a poco reaparecía y cobraba altura, resplandeciendo dulcemente, el rostro de la otra Odette, de aquella que también dirigía una sonrisa a Forcheville, pero una sonrisa en la que no había más que ternura para Swann, mientras decía: «No se quede mucho rato porque a este señor no le agrada demasiado que yo tenga visitas cuando desea estar conmigo. ¡Ah, si usted conociera a este ser como lo conozco yo!», aquella misma sonrisa con que solía dar las gracias a Swann por algún rasgo de aquella delicadeza que tanto apreciaba, o por algún consejo que le había pedido en una de aquellas circunstancias graves en las que sólo confiaba en él.

Entonces se preguntaba cómo había podido escribir a esa Odette aquella carta ultrajante, de la que sin duda hasta ese momento ella no le hubiese creído capaz, y que con toda seguridad le hubiese hecho descender del rango elevado, único, que con su bondad y su lealtad había conquistado en la estima de Odette. Se le volvería un ser menos querido, porque ella lo amaba precisamente por esas cualidades, que no encontraba ni en Forcheville ni en ningún otro. Por ellas, Odette le daba muestras muy a menudo de una amabilidad que para él carecía de valor cuando estaba celoso, por no ser una señal de deseo y denotar incluso más afecto que amor, pero cuya importancia empezaba a percibir de nuevo a medida que el sosiego espontáneo de sus sospechas, acentuado muchas veces por la distracción que le aportaba una lectura sobre arte o la conversación con un amigo, volvía su pasión menos ávida de reciprocidades.

Ahora que, al término de aquella oscilación, Odette había

vuelto naturalmente al lugar de donde los celos de Swann la habían apartado por un momento, en el ángulo en que la encontraba encantadora se la imaginaba llena de ternura, con una mirada de consentimiento, tan hermosa que no podía dejar de tender los labios hacia ella como si estuviese allí y pudiera besarla; y por aquella mirada fascinante y bondadosa le quedaba tan agradecido como si acabase de dirigírsela realmente y no hubiese sido sólo su imaginación la que acababa de pintársela para dar satisfacción a su deseo.

¡Qué disgusto había debido de darle! Claro que encontraba razones válidas para su resentimiento contra ella, pero no habrían bastado para hacérselo sentir si no la hubiese amado tanto. ¿No había tenido quejas igual de graves contra otras mujeres, a las que hoy, sin embargo, de buena gana hubiera hecho un favor, desde el momento en que, habiendo dejado de amarlas, ya no sentía rencor alguno contra ellas? Si alguna vez un día tuviera que encontrarse respecto a Odette en el mismo estado de indiferencia, comprendería que sólo sus celos le habían hecho ver algo atroz e imperdonable en aquel deseo, tan natural en el fondo, fruto de un resto de infantilismo y también de cierta delicadeza de alma, de poder corresponder a su vez, puesto que se presentaba la ocasión, a las atenciones de los Verdurin, y hacer de anfitriona.

Volvía a este punto de vista - opuesto al de su amor y de sus celos, y en el que se situaba a veces por una especie de equidad intelectual y para dar cabida a distintas probabilidades - desde el que intentaba juzgar a Odette como si no la hubiese amado, como si para él fuese una mujer igual que las demás, como si la vida de Odette no fuera, en cuanto él no estaba delante, distinta, tramada a escondidas, urdida contra él.

¿Por qué creer que allí había de gozar, con Forcheville o con otros, unos placeres embriagadores que no había conocido a su lado y que sólo sus celos forjaban en su totalidad? En Bayreuth lo mismo que en París, si por casualidad a Forcheville se le ocurría pensar en él, sólo habría podido ser como en una persona que contaba mucho en la vida de Odette, y a la que estaba obligado a ceder el puesto cuando se encontraban en casa de ella. Si Forcheville y Odette saboreaban el triunfo de estar en Bayreuth a pesar suyo, sería él quien lo habría querido tratando inútilmente de impedirle aquel viaje, mientras que, de aprobar el proyecto, por otra parte defendible, Odette daría la impresión de haber ido por consejo de Swann, se habría sentido enviada, alojada por él, y el placer que habría sentido recibiendo a personas que

tantas veces la habían recibido debería agradecérselo a Swann.

Y si - en lugar de irse enfadada con él, sin haber vuelto a verlo - le enviaba aquel dinero, si la animaba a ese viaje y procuraba hacérselo agradable, Odette correría a su lado feliz, agradecida, y él disfrutaría de aquella alegría de verla que no había saboreado desde hacía una semana y que nada podía reemplazar. Porque en cuanto Swann lograba imaginársela sin horror, volvía a ver la bondad en su sonrisa y los celos dejaban de añadir al amor el deseo de quitársela a cualquier otro, ese amor se volvía sobre todo un gusto por las sensaciones que le daba la persona de Odette, por el placer que sentía admirando como un espectáculo o interrogando como un fenómeno su manera de alzar una de sus miradas, la formación de una de sus sonrisas, la emisión de una entonación de voz. Y ese placer, distinto a todos los demás, había terminado por crearle una necesidad de Odette que sólo ella podía saciar con su presencia o sus cartas, necesidad casi tan desinteresada, casi tan artística y tan perversa como aquella otra que caracterizaba aquel nuevo período de la vida de Swann, en el que a la aridez, a la depresión de años precedentes había sucedido una especie de exuberancia espiritual, sin que supiese a qué debía aquel inesperado enriquecimiento de su vida interior más que una persona de salud delicada que, a partir de cierto instante, se fortalece, engorda y durante algún tiempo parece encaminarse hacia una curación completa: aquella otra necesidad, que también se desarrollaba al margen del mundo real, era la de oír, la de conocer música.

Así, por el propio quimismo de su enfermedad, después de haber fabricado celos con su amor, empezaba a fabricar cariño y compasión por Odette. Había vuelto a ser la Odette fascinante y buena. Sentía remordimientos por haber sido duro con ella. Deseaba que se acercase a él, pero antes quería haberle procurado alguna alegría, para ver la gratitud plasmarse en su rostro y modelar una sonrisa.

Por eso Odette, segura de verlo volver al cabo de unos días, tan cariñoso y sumiso como antes, para pedirle una reconciliación, se habituaba a no tener miedo, no sólo a desagradarle sino incluso a irritarle, y cuando le resultaba cómodo le negaba los favores que él más deseaba.

Quizá no sabía lo sincero que había sido con ella durante la pelea, cuando le había dicho que no le enviaría dinero y procuraría hacerle daño. Quizá tampoco sabía lo sincero que era, no con ella, sino con él mismo, en otros casos en que, en interés del futuro de su relación, para demostrar a

Odette que podía pasarse sin ella, que siempre seguía siendo posible una ruptura, decidía estar algún tiempo sin ir por su casa.

A veces lo hacía tras varios días en que Odette no le había causado nuevos sinsabores; y sabiendo que de las próximas visitas no había de sacar grandes alegrías, sino, más probablemente, alguna desazón que pondría fin a la calma de que gozaba, le escribía que, por estar muy ocupado, no podría verla ninguno de los días que le había dicho. Pero una carta de Odette que se cruzaba con la suya le rogaba precisamente posponer una cita. Se preguntaba entonces por qué; las sospechas y el dolor volvían a dominarlo. Ya no podía mantener, en el nuevo estado de agitación en que se hallaba, la decisión que había tomado en el anterior estado de calma relativa, corría a casa de Odette y exigía verla todos los siguientes días. E incluso si no era ella la primera en escribirle, si se limitaba a responder asintiendo a su ruego de una breve separación, eso bastaba para que no pudiese resistir sin verla. Porque, contrariamente a los cálculos de Swann, el consentimiento de Odette le provocaba un trastorno total. Como todos los que poseen una cosa, para saber qué ocurriría si por un instante dejasen de poseerla había eliminado aquella cosa de su mente, dejando todo lo demás en el mismo estado que si esa cosa siguiese allí. Pero la ausencia de una cosa no es sólo eso, no es una simple falta parcial, es un desbarajuste de todo lo demás, es un estado nuevo que no puede preverse en el antiguo.

Mas otras veces, por el contrario - con Odette a punto de salir de viaje -, era tras alguna pequeña disputa elegida por Swann como pretexto cuando se decidía a no escribirle y a no verla hasta la vuelta, atribuyendo así las apariencias - y solicitando los beneficios - de una gran disputa que acaso ella creyese definitiva, a una separación que en su mayor parte era inevitable debido al viaje y que Swann se limitaba a empezar un poco antes. Ya se figuraba a Odette inquieta, afligida por no haber recibido visita ni carta alguna, y aquella imagen, calmando sus celos, le hacía más fácil desacostumbrarse a verla. A ratos, desde luego, en el rincón más remoto de la mente donde su resolución confinaba a Odette gracias a la longitud interpuesta de tres semanas de separación aceptada, consideraba con gusto la idea de volver a ver a Odette a su regreso; pero también con tan escasa impaciencia que empezaba a preguntarse si no duplicaría de buena gana la duración de una abstinencia tan fácil. Ésta había empezado hacía tres días solamente, tiempo mucho menor del que a veces pasaba sin ver a Odette, y sin haber-

lo premeditado como ahora. Y de pronto, una leve contrariedad o un malestar físico - incitándole a considerar el momento presente como un momento excepcional, al margen de la norma, en el que la prudencia misma consentía aceptar el sosiego que aporta un placer y despedir a la voluntad hasta el útil retorno del esfuerzo - suspendía la acción de esta última, que dejaba de ejercer su presión; o, menos que eso, el recuerdo de un dato que había olvidado preguntar a Odette, si había decidido de qué color quería que le repintaran el carruaje, o, a propósito de ciertos títulos bursátiles, si eran acciones ordinarias o privilegiadas lo que ella deseaba adquirir (era muy bonito demostrarle que podía estar sin verla, pero si luego había que rehacer la pintura o las acciones no daban dividendos, no habría adelantado nada), entonces, como un elástico tenso que alguien suelta o como el aire en una máquina neumática dejada entreabierta, la idea de verla otra vez volvía de improviso, desde las lejanías donde estaba confinada, al campo del presente y de las posibilidades inmediatas.

Volvía sin encontrar ya resistencia, y tan irresistible por otro lado que para Swann era mucho menos doloroso sentir acercarse uno tras otro los quince días que debía permanecer separado de Odette, que esperar los diez minutos necesarios para que su cochero enganchase el carruaje que iba a llevarlo a casa de Odette, minutos que pasaba entre arrebatos de impaciencia y de alegría, acariciando mil veces, para prodigarle su cariño, aquella idea de verla que, de modo tan repentino, cuando la creía tan lejana, se había instalado de nuevo a su lado, en lo más íntimo de su conciencia. Y es que, para esa idea, había desaparecido en Swann un obstáculo, el deseo de intentar resistirse sin tardanza, desde que se había demostrado a sí mismo - así al menos lo creía- que era capaz de hacerlo fácilmente, y tampoco veía inconveniente alguno en aplazar un ensayo de separación que ahora estaba seguro de llevar a la práctica cuando quisiese. Además, esa idea de verla otra vez volvía a su mente adornada con una novedad, una seducción y una virulencia embotadas por la costumbre, pero que habían cobrado nuevo vigor en aquella privación no de tres sino de quince días (porque la duración de una renuncia debe calcularse, por anticipado, según el plazo fijado), transformando lo que hasta entonces era un placer previsto, que fácilmente se sacrifica, en una felicidad inesperada contra la que no hay defensas. Regresaba, por último, embellecida por la ignorancia en que Swann estaba de lo que Odette hubiese podido pensar, y acaso hacer, al ver que él no le había dado señales

de vida, de modo que lo que iba a encontrar era la apasionante revelación de una Odette casi desconocida.

Mas ella, igual que había pensado que su negativa a darle dinero sólo era una finta, no veía sino un pretexto en la información que Swann acababa de pedirle sobre el carruaje que debía repintar, o el título que debía comprar. Porque, de hecho, Odette no reconstruía las diversas fases de aquellas crisis que Swann atravesaba, y en la idea que de ellas se hacía no se preocupaba de comprender su mecanismo, limitándose a creer en lo que sabía de antemano, en la necesaria, infalible y siempre idéntica conclusión. Idea incompleta - acaso más profunda por eso - si se la juzgaba desde el punto de vista de Swann, quien ciertamente se sentía incomprendido por Odette, lo mismo que un morfinómano o un tuberculoso, convencidos de haber sido bloqueados, el primero por un suceso externo en el momento en que iba a liberarse de su inveterado hábito, el otro por una indisposición accidental en el momento en que por fin estaba a punto de curarse, se sienten incomprendidos por el médico que no atribuye la misma importancia que ellos a esas presuntas contingencias, simples disfraces, según él, revestidos, para volver sensibles a sus enfermos, por el vicio y el estado morboso que, en realidad, no han cesado de pesar incurablemente sobre sus mentes mientras acunaban sueños de prudencia o curación. Y de hecho, el amor de Swann había llegado ya a ese punto en que el médico y, en ciertas afecciones, el más osado cirujano se preguntan si todavía es razonable o incluso posible privar a un enfermo de su vicio o despojarle de su enfermedad.

Cierto que, de la amplitud de aquel amor, Swann no tenía una conciencia inmediata. Cuando trataba de medirlo, a veces le ocurría que le parecía menguado, casi reducido a nada; por ejemplo, algunos días recordaba el escaso agrado, el desagrado casi que le habían inspirado, antes de enamorarse de Odette, sus rasgos expresivos, aquella tez privada de frescura. «Lo cierto es que vamos progresando, se decía al día siguiente; mirando las cosas con objetividad, ayer apenas si saqué placer alguno estando en su cama, es extraño, hasta me parecía fea». Y, por supuesto, era sincero, pero su amor iba mucho más allá de las regiones del deseo físico. La persona misma de Odette no ocupaba mucho mayor espacio. Cuando su mirada encontraba sobre la mesa la fotografía de Odette, o cuando ésta iba a visitarle, le costaba identificar aquella figura de carne o de cartulina con la turbación dolorosa y constante que habitaba en él. Se decía casi con asombro: «Es ella», como si de repente alguien

nos mostrase, exteriorizada delante de nosotros, una de nuestras enfermedades y no le encontrásemos ninguna semejanza con nuestro sufrimiento. «Ella», Swann trataba de preguntarse qué era; porque una semejanza entre el amor y la muerte, y no esas tan vagas de las que siempre se habla, consiste en que ambos nos obligan a indagar más a fondo el misterio de la personalidad, por miedo a que su realidad se nos escape. Y aquella enfermedad que era el amor de Swann había proliferado tanto, se había entreverado de forma tan estrecha a todos los hábitos de Swann, a todos sus actos, a su pensamiento, a su salud, a su sueño, a su vida, incluso a lo que deseaba para después de su muerte, formaba hasta tal punto un todo con él, que ya no habría sido posible arrancársela sin destruirle casi por entero: como se dice en cirugía, su amor ya no era operable.

Tanto se había desligado Swann por aquel amor de todos los intereses que, cuando por casualidad volvía a la vida social diciéndose que sus relaciones, como una elegante montura que, por lo demás, ella no habría sabido apreciar adecuadamente, podían concederle un poco de prestigio a ojos de Odette (y acaso hubiese sido cierto, de no haberlas envilecido aquel mismo amor que, para Odette, depreciaba cuanto tocaba porque parecía proclamarlas menos valiosas), sentía, además de la desazón de encontrarse en lugares y entre gentes que ella no conocía, el placer desinteresado que habría sacado de una novela o de un cuadro en los que estuvieran reflejadas las diversiones de una clase ociosa, lo mismo que, en casa, se complacía contemplando el funcionamiento de su propia vida doméstica, la elegancia del guardarropa y de su librea, la excelente colocación de sus valores de bolsa, igual que leyendo en Saint-Simon, uno de sus autores favoritos, la mecánica de los días, el menú de las comidas de Mme. de Maintenon, o la cauta avaricia y el gran tren de vida de Lulli[1] Y en la escasa medida en que ese desapego no era absoluto, la razón de este nuevo placer que Swann saboreaba era poder emigrar un momento a las pocas partes de sí mismo que habían permanecido casi ajenas a su amor, a su pena. En este aspecto, la personalidad que le atribuía mi tía abuela, de «Swann hijo», distinta de su personalidad más individual de Charles Swann, era

aquella en la que mejor se encontraba ahora. Un día en que, con motivo del cumpleaños de la princesa de Parma (y porque ésta, indirectamente, podía hacer a menudo favores a Odette, consiguiéndole invitaciones para galas y jubileos), había pensado enviarle fruta, no sabiendo muy bien cómo encargarla, se lo había pedido a una prima de su madre que, encantada de hacerle un favor, le había escrito, al darle cuenta del encargo, que no había comprado toda la fruta en el mismo sitio, sino las uvas en Crapote, donde son la especialidad, las fresas en - Jauret, las peras en Chevet[1] donde eran más hermosas, etc., «cada fruta inspeccionada y examinada una a una por mí». Y, en efecto, por el agradecimiento de la princesa Swann había podido evaluar el olor de las fresas y la blandura de las peras. Pero sobre todo el «cada fruta inspeccionada y examinada una a una por mí» había supuesto un alivio a su tormento, conduciendo su conciencia a una región adonde rara vez se encaminaba, aunque le perteneciese como heredero de una familia de adinerada y buena burguesía en la que se habían conservado por vía hereditaria, dispuestos a ponerse a su servicio en cuanto lo desease, el conocimiento de las «buenas direcciones» y el arte de saber hacer un encargo.

Hacía mucho, desde luego, que había olvidado que era «Swann hijo» para no sentir, cuando por un instante volvía a serlo, un placer más vivo que aquellos otros que hubiera podido experimentar el resto del tiempo y de los que estaba hastiado; y si la amabilidad de los burgueses, para quienes seguía siendo eso sobre todo, era menos viva respecto a la de la aristocracia (pero más halagüeña por otra parte, porque en ellos, al menos, nunca va separada de la estima), una carta de una alteza real, por más diversiones principescas que le propusiese, no podía resultarle tan agradable como otra en la que se le pidiese ser testigo o simplemente asistir a una boda de algún familiar de viejos amigos de sus padres, con algunos de los cuales seguía viéndose - como mi abuelo, que el año anterior lo había invitado a la boda de mi madre -, mientras otros apenas lo conocían personalmente, pero se creían obligados a rendir deberes de cortesía hacia el hijo, hacia el digno sucesor del difunto señor Swann.

Pero, gracias a la intimidad ya antigua que había entre ellos, las gentes de la buena sociedad también formaban parte, en cierta medida, de su casa, de su ambiente doméstico y de su familia. Pensando en sus brillantes amistades, sentía el mismo apoyo externo, el mismo bienestar que cuando miraba las hermosas tierras, la bella argentería, la rica mantelería que había heredado de los suyos. Y la idea de que, si se desplomaba en casa víctima de un ataque, su ayuda de cámara correría con toda naturalidad en busca del duque de Chartres[illegible], del príncipe de Reuss[illegible] del duque de Luxembourg[illegible] y del barón de Charlus, le aportaba el mismo consuelo que a nuestra vieja Françoise saber que sería enterrada entre finas sábanas de su propiedad, marcadas, sin remiendos (o remendadas con tanta delicadeza que únicamente inspiraban una idea más alta de la diligencia de la costurera), mortaja cuya frecuente imagen evocaba con cierta satisfacción, si no de bienestar, al menos de amor propio. Pero sobre todo, como en todas aquellas acciones suyas y pensamientos que se referían a Odette, Swann estaba constantemente dominado y dirigido por la inconfesada sensación de ser tal vez para ella, si no menos querido, sí menos agradable de ver que cualquier otro, que el fiel más pelma de los Verdurin, - cuando se trasladaba a un ambiente donde era el hombre exquisito por excelencia, que procuraban atraerse a cualquier precio, que lamentaban no ver, volvía a creer en la existencia de una vida más feliz y casi a sentir apetito de ella, como le ocurre a un enfermo que, en cama hace meses y a dieta, encuentra en un periódico el menú de un almuerzo oficial o el anuncio de un crucero por Sicilia.

Si se veía obligado a presentar excusas a la gente de mundo por no ir a visitarlos, con Odette trataba de excusarse por visitarla. Y eso que pagaba esas visitas (preguntándose a fin de mes, a poco que hubiese abusado de su paciencia e ido a verla a menudo, si bastaba con enviarle cuatro mil francos), y para cada una buscaba un pretexto, llevarle un regalo, una información que ella necesitaba, M. de Charlus a quien había encontrado camino de casa de Odette y que le había obligado a acompañarle. Y a falta de pretexto, suplicaba a M. de Charlus que corriese a su casa y le dijera con naturalidad, en el curso de la conversación, que acababa de recordar que debía hablar con Swann, para terminar rogando a Odette que fuese tan amable de pedirle que se pasara enseguida por su casa; pero la mayoría de las veces Swann esperaba en vano y M. de Charlus le decía por la noche que la estratagema no había dado resultado. De modo que, además de ausentarse ahora con frecuencia, incluso en París, cuando se quedaba, Odette le veía poco, y ella que, cuando le amaba, le decía: «Siempre estoy libre» y «¿Qué puede importarme a mí la opinión de la gente?», ahora invocaba las conveniencias cada vez que deseaba verla, o pretextaba alguna ocupación. Cuando Swann hablaba de ir a una fiesta benéfica, a la inauguración de una exposición o a un estreno en el que ella había de estar, le acusaba de querer pregonar sus relaciones, de tratarla como a una puta. Hasta el punto de que, para intentar no verse completamente privado de la posibilidad de encontrarse con ella, Swann, sabedor de que Odette conocía y apreciaba mucho a mi tío abuelo Adolphe, de quien también había sido amigo, fue a verlo un día a su pequeño piso de la calle de Bellechasse para suplicarle que utilizase su influencia sobre Odette. Como ésta, siempre que hablaba a Swann de mi tío, adoptaba aires líricos diciendo: «¡Ah, él sí que no es como tú! ¡Qué cosa tan bella, tan grande y tan bonita es su amistad por mí! ¡No sería él quien me tendría tan poca consideración como para querer presentarse conmigo en todos los lugares públicos», Swann se sentía apurado y no sabía a qué tono debía elevarse para hablar de Odette a mi tío. Empezó afirmando la excelencia *a priori* de Odette, el axioma de su sobrehumanidad seráfica, la revelación de sus virtudes indemostrables cuya noción no podía derivar de la experiencia: «Quiero hablar con usted. Como sabe, Odette es una mujer que está por encima de todas las mujeres, un ser adorable, un ángel. Pero ya sabe cómo es la vida de París. No todo el mundo ve a Odette a la misma luz con que la vemos usted y yo. Por eso, a mucha gente le parece que es-

toy haciendo un papel algo ridículo; ella no consiente siquiera que nos veamos fuera de casa, en el teatro. Como Odette tiene tanta confianza en usted, ¿no podría decirle unas palabras en mi favor, asegurarle que exagera pensando que un saludo mío pueda perjudicarla?».

Mi tío aconsejó a Swann que dejase de ver a Odette durante un tiempo, que así no le querría sino más, y a Odette que permitiese a Swann encontrarse con ella donde a él le agradase. Unos días después, Odette le dijo a Swann que acababa de sufrir una decepción al comprobar que mi tío era igual que todos los hombres: acababa de intentar tomarla por la fuerza. Calmó también a Swann, que, en un primer momento, quería ir a desafiar a mi tío, pero se negó a estrecharle la mano cuando volvió a encontrárselo. Lamentó mucho esa ruptura con mi tío Adolphe, sobre todo porque tenía la esperanza, si hubiese vuelto a verlo y hubiera podido hablarle con toda confianza, de intentar poner en claro ciertos rumores sobre la vida que Odette había llevado tiempo atrás en Niza. Porque mi tío Adolphe pasaba allí los inviernos. Y Swann imaginaba que era allí, tal vez, donde había conocido a Odette. Lo poco que a alguien se le había escapado cierto día en su presencia, sobre un hombre que habría sido amante de Odette, había trastornado a Swann. Pero las cosas que antes de sabidas le habrían parecido lo más terrible de oír y más imposible de creer, una vez sabidas se incorporaban por siempre a su tristeza, las admitía, y ya no habría podido comprender que no hubiesen sucedido. Sólo que cada una aportaba un retoque indeleble a la idea que Swann se hacía de su amante. En cierta ocasión, hasta creyó comprender que aquella ligereza de costumbres de Odette, que él ni siquiera había sospechado, era bastante conocida, y que en Baden y en Niza había gozado, cuando tiempo atrás pasaba allí varios meses, de una especie de notoriedad galante. Trató de acercarse, para sonsacarles, a ciertos vividores; pero éstos sabían que conocía a Odette; además temía inducirles a pensar de nuevo en ella, a ponerlos tras su pista. Pero si hasta ese momento no había nada que pudiera parecerle tan enojoso como todo lo referente a la vida cosmopolita de Baden o de Niza, ahora, al descubrir que quizás en el pasado Odette había llevado una vida de juerga en esas ciudades de placer - y no pudiendo averiguar si lo había hecho sólo por satisfacer unas necesidades económicas que gracias a él ya no tenía, o por caprichos que podían renacer -, se asomaba con angustia impotente, ciega y vertiginosa al abismo insondable que se había tragado

aquellos años del inicio del Septenado[1], cuando los inviernos solían pasarse en el paseo de los Ingleses y los veranos bajo los tilos de Baden, y encontraba en ellos una profundidad dolorosa, aunque magnífica, como la que les hubiese prestado un poeta; y en reconstruir los hechos menudos de la crónica de la Costa Azul de entonces, si hubiese podido ayudarle a comprender algo de la sonrisa o de las miradas - tan honestas y sencillas sin embargo - de Odette, habría puesto más pasión que el experto en estética que interroga los documentos que aún subsisten de la Florencia del siglo xv en su intento de penetrar más a fondo en el alma de la Primavera, de la bella Vanna[2] o de la Venus de Botticelli[3] A menudo se quedaba mirándola pensativo sin decirle nada; ella le decía: «¡Qué aire más triste tienes!». No hacía mucho tiempo todavía que, de la idea de que Odette era una criatura buena, comparable con las mejores que hubiese conocido, había pasado a la idea de que era una mantenida; y luego, a la inversa, le había ocurrido volver de la Odette de Crécy, acaso demasiado conocida de juerguistas y mujeriegos, a aquel rostro de expresión tan dulce a veces, a aquella naturaleza tan humana. Se decía: «¿Qué importa que en Niza todo el mundo sepa quién es Odette de Crécy? Reputaciones de ese género, incluso ciertas, están hechas con ideas ajenas»; pensaba que aquella leyenda - de ser auténtica - era externa a Odette, que en su interior no era una especie de personalidad irreductible y maligna; que la criatura que podía haber sido empujada a obrar mal era una mujer de ojos buenos, de corazón lleno de piedad por el dolor, de cuerpo dócil que él había tenido, que había estrechado entre sus brazos y manoseado, una mujer que él podría llegar a poseer un día por completo si conseguía vol-

verse indispensable para ella. Estaba a su lado, cansada muchas veces, con el rostro momentáneamente vaciado de la preocupación febril y gozosa por las cosas desconocidas que hacían sufrir a Swann; se apartaba el pelo con las manos; la frente y la cara parecían más anchas; y entonces, de improviso, algún pensamiento simplemente humano, algún sentimiento bueno como los que existen en todas las criaturas cuando, en un instante de reposo o de repliegue, se abandonan a sí mismas, brotaba de sus ojos como un rayo amarillo. Y al punto todo su rostro se iluminaba como una campiña gris, cubierta de nubes que de pronto se apartan, transfigurándola, en el momento del crepúsculo. La vida que en ese momento había en Odette, el futuro mismo que parecía mirar como en sueños, habría podido compartirlos Swann con ella; ninguna agitación malsana parecía haber dejado allí residuo alguno. Por raros que se hiciesen, esos momentos no fueron inútiles. Por medio del recuerdo, Swann juntaba esas parcelas, abolía los intervalos, fundía como en oro una Odette bondadosa y serena a la que más tarde hizo (como se verá en la segunda parte de esta obra) sacrificios que la otra Odette nunca hubiese conseguido. ¡Pero qué raros eran esos momentos, y qué poco la veía ahora! Incluso para sus citas nocturnas, hasta el último minuto no le decía si podría concedérselas porque, contando con que siempre lo encontraría libre, primero quería estar segura de que nadie más le propondría visitarla. Alegaba que se veía obligada a esperar una respuesta de la mayor importancia para ella, e incluso si, después de haber hecho venir a Swann, unos amigos pedían a Odette, con la velada ya empezada, que se reuniese con ellos en el teatro o para cenar, daba un brinco de alegría y se arreglaba a toda prisa. A medida que avanzaba en su *toilette,* cada uno de sus movimientos acercaba a Swann al instante en que tendría que dejarla, en que ella, con impulso irresistible, huiría; y cuando, lista al fin, zambullendo por última vez en el espejo sus miradas tensas y encendidas por la atención, se ponía un poco de carmín en los labios, se fijaba un mechón de pelo en la frente y pedía su abrigo de noche azul celeste con borlas de oro, Swann parecía tan triste que ella no podía reprimir un gesto de impaciencia y decía: «¿Así me agradeces que te haya dejado estar conmigo hasta el último minuto? ¡Y yo que pensaba que había sido amable contigo! ¡Bueno es saberlo para otra vez!». En otras ocasiones, a riesgo de irritarla, se prometía indagar adónde había ido, pensaba en una alianza con Forcheville que acaso habría podido informarle. Por otro lado, cuando sabía con quién pasaba Odette

la velada, era muy raro que no lograse encontrar entre todas sus amistades alguien que conociese, aunque fuera de forma indirecta, al hombre con el que había salido y fácilmente podía obtener de él tal o cual información. Y mientras escribía a uno de sus amigos pidiéndole que tratase de aclarar este o aquel extremo, experimentaba el descanso de haber dejado de hacerse preguntas sin respuesta y de transferir a otro la fatiga de interrogar. Verdad es que Swann no adelantaba mucho cuando conseguía ciertas informaciones. Saber no siempre permite impedir, pero, cuando menos, las cosas que sabemos las tenemos, si no entre nuestras manos, al menos en el pensamiento, donde las disponemos a nuestro gusto, y eso nos da la ilusión de una especie de poder sobre ellas. Era feliz siempre que M. de Charlus estaba con Odette. Entre M. de Charlus y ella, Swann sabía que no podía ocurrir nada, que cuando M. de Charlus salía con ella era por amistad con él y que no pondría dificultad alguna en contarle lo que Odette había hecho. En ocasiones, Odette le había declarado a Swann de forma tan categórica que le resultaba imposible verlo determinada noche, parecía tener tanto interés en una salida, que Swann prestaba auténtica importancia al hecho de que M. de Charlus estuviese libre para acompañarla. Al día siguiente, sin atreverse a hacer demasiadas preguntas a M. de Charlus, le obligaba, fingiendo no comprender bien sus primeras respuestas, a darle más noticias, y tras cada una de ellas sentía mayor alivio, porque no tardaba en darse cuenta de que Odette había pasado la noche con los placeres más inocentes. «¿Cómo, mi pequeño Memé? No lo comprendo..., cuando salieron de casa, ¿no fueron ustedes al Museo Grévin ? 0 sea que antes fueron a otra parte, ¿verdad? ¡Qué gracioso! No puede hacerse idea de cuánto me divierte, mi pequeño Memé. Vaya una ocurrencia irse luego al *Chat Noir* seguro que salió de ella... ¿No? De usted. Curioso. Despues de todo no es mala idea, seguro que ella conocía allí a mucha gente. ¿No? ¿No habló con nadie? Es extraordinario. Entonces ¿estuvieron allí los dos, completamente solos? Me parece estar viendo la escena. Qué amable es usted, querido Memé, le aprecio mucho». Swann se sentía aliviado. Para él, a quien

más de una vez, hablando con personas indiferentes a las que apenas escuchaba, le había ocurrido oír ciertas frases (por ejemplo ésta: «Ayer vi a Mme. de Crécy, estaba con un señor que no conozco»), frases que en el corazón de Swann pasaban inmediatamente al estado sólido, se endurecían como una incrustación, lo desgarraban, y ya no se iban de allí, ¡qué dulces eran en cambio estas palabras: «No conocía a nadie, no habló con nadie», con qué facilidad circulaban dentro de él, qué fluidas, fáciles y respirables eran! Y sin embargo, al cabo de un instante se decía que Odette debía de encontrarle muy aburrido para preferir semejantes placeres a su compañía. Y su propia insignificancia, si por un lado le tranquilizaba, por otro le causaba pena como una traición.

Hasta cuando no podía saber adónde había ido ella, le habría bastado para calmar la angustia que entonces sentía, y contra la que la presencia de Odette, la dulzura de estar a su lado constituía el único específico (específico que a la larga agravaba el mal, pero que al menos calmaba de momento el dolor), le habría bastado, si ella lo hubiese permitido, quedarse en casa de Odette mientras estaba fuera, esperarla hasta la hora aquella del regreso en cuyo sosiego habrían ido a confundirse las horas que una ilusión, un maleficio le habían hecho creer distintas de las otras. Pero Odette no quería, y él regresaba a su casa; de camino se esforzaba por forjar diversos proyectos, dejaba de pensar en ella; hasta conseguía dar vueltas en su cabeza, mientras se desnudaba, a ideas bastante animadas; con el corazón henchido por la esperanza de ir a ver al día siguiente alguna obra maestra, se metía en la cama y mataba la luz; pero, al prepararse para el sueño, dejaba de ejercer sobre sí mismo una coacción de la que, de tan asidua como se había vuelto, ni siquiera era consciente, y en ese mismo instante un escalofrío helado refluía en él, y se ponía a sollozar. Tampoco quería saber por qué, se enjugaba los ojos y se decía riendo: «¡Qué maravilla, estoy volviéndome un neurópata!». Luego no podía pensar sin una gran fatiga que al día siguiente tendría que recomenzar sus tentativas para averiguar qué había hecho Odette, y poner en juego influencias para tratar de verla. Aquella necesidad de una actividad sin tregua, sin variación ni resultados le resultaba tan cruel que un día, al descubrirse un bulto en el vientre, sintió verdadera alegría pensando que acaso fuese un tumor mortal, que ya no tendría que ocuparse de nada, que sería la enfermedad la encargada de gobernarle, de convertirle en su juguete, hasta el final inminente. Y, de hecho, si en esa época muchas veces se le

ocurrió, sin confesárselo, desear la muerte, fue por escapar no tanto a la intensidad de sus sufrimientos como a la monotonía del esfuerzo.

Y sin embargo hubiese querido vivir hasta la época en que ya no la amaría, en que Odette ya no tendría razón alguna para mentirle, y en que al fin podría saber de sus labios si aquel día que había ido a verla por la tarde estaba o no acostada con Forcheville. A menudo, la sospecha de que Odette amaba a otro le impedía durante unos días plantearse la cuestión relativa a Forcheville, se le volvía casi indiferente, como esas formas nuevas de un mismo estado enfermizo que momentáneamente parecen habernos liberado de las anteriores. Había días incluso en que no sentía el tormento de ninguna sospecha. Se creía curado. Pero a la mañana siguiente, al despertar, notaba en el mismo punto el mismo dolor cuya sensación, la víspera, durante la jornada, él mismo había diluido en un torrente de impresiones diversas. De hecho, aquel dolor no se había movido de allí. E incluso era su misma intensidad lo que había despertado a Swann.

Como Odette no le daba información alguna sobre aquellas cosas tan importantes que tanto la ocupaban cada día (aunque Swann ya había vivido suficiente para saber que nunca hay otra ocupación que el placer), no acertaba a prolongar la tentativa de imaginarlas y su cerebro funcionaba en el vacío; entonces se pasaba un dedo por los cansados párpados como si limpiase el cristal de sus lentes, y dejaba de pensar por completo. No obstante, en esa extensión desconocida sobrenadaban ciertas ocupaciones que reaparecían de cuando en cuando, vagamente relacionadas por Odette con obligaciones hacia parientes lejanos o amigos de otro tiempo, y que, por ser las únicas que a menudo le citaba como impedimento para verle, formaban a ojos de Swann el marco fijo y necesario de la vida de Odette. Por el tono con que de vez en cuando ella le hablaba de «El día que voy al Hipódromo con mi amiga», si, encontrándose algo indispuesto y después de haber pensado: «Tal vez Odette quiera pasar a verme», recordaba de golpe que aquél era precisamente ese día, se decía: «No, no vale la pena pedirle que venga, habría debido ocurrírseme antes, es el día que va con su amiga al Hipódromo. Reservémonos para lo posible; es inútil desgastarse proponiendo cosas inaceptables y rechazadas de antemano». Y ese deber que incumbía a Odette de ir al Hipódromo, y ante el que Swann se inclinaba así, no sólo le parecía ineluctable, sino que el carácter de necesidad que lo impregnaba parecía volver plausible y le-

gítimo todo lo que de cerca o de lejos se refiriese a él. Si, por la calle, Odette recibía de algún transeúnte un saludo que despertaba los celos de Swann, bastaba que respondiese a las preguntas de éste relacionando la existencia del desconocido con uno de los dos o tres grandes deberes de que le hablaba, y, por ejemplo, dijese: «Es un caballero que estaba en el palco de la amiga con la que voy al Hipódromo», para que tal explicación aplacase las sospechas de Swann, a quien de hecho le parecía inevitable que la amiga tuviese otros invitados además de Odette en su palco del Hipódromo, pero nunca había intentado o conseguido imaginárselos. ¡Ah, cómo le hubiese gustado conocer a la amiga que iba al Hipódromo, y que lo llevase también a él con Odette! ¡De qué buena gana habría cambiado todas sus amistades por cualquier persona que tuviese la costumbre de ver a Odette, aunque fuese una manicura o una dependienta! Por ellas habría derrochado más dinero que por reinas. ¿No le habrían proporcionado, con todo lo que contenían de la vida de Odette, el único calmante eficaz para sus sufrimientos? ¡Con qué alegría habría corrido a pasar días enteros en casa de alguna de aquellas gentes humildes con las que Odette mantenía relaciones, bien por interés, bien por sencillez auténtica! ¡Con cuánto placer hubiese elegido domicilio definitivo en el quinto piso de tal casa sórdida y codiciada a la que Odette no lo llevaba y donde, de haber habitado junto a la modistilla retirada de la que de buena gana hubiese fingido ser amante, habría recibido casi todos los días la visita de Odette! En aquellos barrios casi populares, ¡qué existencia modesta y abyecta, pero dulce y nutrida de calma y de dicha, hubiese aceptado vivir indefinidamente!

También sucedía a veces, cuando, después de reunirse con Swann, veía acercarse a una persona para él desconocida, que en el rostro de Odette podía observar la misma tristeza del día en que había ido a verla mientras Forcheville estaba allí. Pero ocurría raras veces; porque los días en que, a pesar de todo lo que ella tenía que hacer y del temor a lo que pensaría la gente, se decidía a ver a Swann, lo que entonces prevalecía en su actitud era la seguridad: gran contraste, revancha inconsciente acaso o reacción natural de la emoción temerosa que sentía a su lado, e incluso lejos de él, en los primeros tiempos de su amistad, cuando empezaba una carta con estas palabras: «Amigo mío, me tiembla tanto la mano que apenas puedo escribir» (eso pretendía al menos, y un poco de esa emoción debía de ser sincera para que desease fingir exagerarla). Swann le gustaba entonces. Sólo

temblamos por nosotros mismos, por los seres que amamos. Cuando nuestra dicha ya no está en sus manos, ¡qué sosiego, qué desenvoltura, qué audacia gozamos junto a ellos! Al hablarle, al escribirle, ya no usaba aquellas palabras con que antes intentaba hacerse la ilusión de que Swann le pertenecía, provocando las ocasiones para decir «mi», «mío» cuando se refería a él: «Es usted mi bien, es el perfume de nuestra amistad, lo llevo conmigo», para hablarle del futuro, de la muerte incluso, como de una misma cosa para ambos. En aquellos tiempos, a cuanto él decía, Odette contestaba llena de admiración: «Usted no será nunca como todo el mundo»; contemplaba su alargada cabeza algo calva, de la que las personas que conocían los éxitos de Swann pensaban: «No es lo que se dice guapo, si usted quiere; pero ¡es *chic!:* qué tupé, qué monóculo, qué sonrisa», y, más curiosa acaso por saber cómo era que deseosa de ser su amante, decía: «¡Si pudiese saber lo que hay en esa cabeza!».

Ahora replicaba a todas las palabras de Swann en un tono unas veces irritado, otras indulgente: «¡No, nunca serás como todo el mundo!». Miraba aquella cabeza algo más avejentada por las preocupaciones (pero de la que ahora todos pensaban, en virtud de esa misma aptitud que permite descubrir las intenciones de un fragmento sinfónico cuyo programa se ha leído, y el parecido de un niño cuando se conoce a sus padres: «No es realmente feo, lo admito, pero es ridículo: ¡qué monóculo, qué tupé, qué sonrisa!», dando concreción en su fantasía sugestionada a la demarcación inmaterial que distingue, a pocos meses de distancia, la cabeza de un amante correspondido y la cabeza de un cornudo), decía: «¡Ah, si pudiese cambiar y volver razonable lo que hay en esa cabeza!». Siempre dispuesto a creer lo que deseaba en cuanto la actitud de Odette con él dejase paso a la duda, se lanzaba con avidez sobre esa frase. «Si quieres, puedes hacerlo», le decía.

E intentaba convencerla de que tranquilizarlo, dirigirlo y hacerle trabajar sería una noble tarea a la que no pedían sino consagrarse otras mujeres, entre cuyas manos - debe añadirse en honor de la verdad - la noble tarea no le hubiese parecido otra cosa que una indiscreta e insoportable usurpación de su libertad. «Si no me amase un poco, se decía, no desearía transformarme. Para transformarme, tendrá que verme más». Y así, en ese reproche que Odette le hacía, encontraba una especie de prueba de interés, de amor tal vez; y en realidad, eran tan pocas las que ahora le daba que se veía obligado a tener por tales las prohibiciones más diversas que ella le imponía. Un día Odette le declaró que no le

gustaba su cochero, que sin duda le calentaba la cabeza contra ella, que de cualquier modo no tenía con él la puntualidad y deferencia que ella deseaba. Odette intuía que Swann deseaba oírle decir: «No vuelvas a traerlo para venir a mi casa», lo mismo que habría deseado un beso. Como estaba de buen humor, se lo dijo, y él se enterneció. Por la noche, charlando con M. de Charlus con quien se entregaba a la dulzura de poder hablar de Odette abiertamente (porque sus menores palabras, incluso las dirigidas a personas que no la conocían, se referían en cierto modo a ella), le dijo: «A pesar de todo, creo que me quiere; es muy amable conmigo, y lo que hago no le resulta desde luego indiferente». Y si, en el momento de ir a casa de Odette, al subir al carruaje con un amigo que debía dejar por el camino, el otro le decía: «Vaya, si no es Lorédan el que está en el pescante», con qué alegría melancólica le contestaba Swann: «¡No, diablos, no! Verás, no puedo llevar a Lorédan cuando voy a la calle La Pérouse. A Odette no le gusta que lo lleve, no le parece bien para mí; en fin, ya conoces a las mujeres; sé que le daría un disgusto. Bueno, sólo me habría faltado llevar a Rémi, ¡bonita escena me habría hecho!».

Estos nuevos modales indiferentes, distraídos, irritables, que ahora empleaba Odette con él, hacían sufrir a Swann, desde luego; pero no era consciente de ese sufrimiento; como Odette se había enfriado de forma progresiva, día a día, sólo comparando lo que era hoy con lo que había sido al principio hubiese podido sondar la profundidad de la mudanza que se había realizado. Y esa mudanza era su honda, secreta herida que le dolía día y noche, y en cuanto notaba que sus pensamientos se le acercaban demasiado, vivamente los dirigía hacia otro lado por miedo a sufrir en exceso. Se decía en abstracto: «Hubo un tiempo en que Odette me amaba más», pero nunca volvía a analizar ese tiempo. Y así como en su despacho había una cómoda que se las arreglaba para no mirar, que evitaba al entrar y al salir dando un rodeo, porque en un cajón estaban guardados el crisantemo que Odette le había dado la primera noche que la había acompañado a casa, y las cartas donde ella decía: «Si se hubiese olvidado también su corazón, no le habría dejado recuperarlo» y «A cualquier hora del día y de la noche que tenga necesidad de mí, hágame una señal y disponga de mi vida», así dentro de él había un lugar al que nunca permitía que se acercase su mente, obligándola en caso necesario a dar el rodeo de un largo razonamiento para no tener que pasar por delante: era en él donde vivía el recuerdo de los días felices.

Pero su cautelosísima prudencia resultó desbaratada una noche en que había ido a una reunión social.

Era en casa de la marquesa de Saint-Euverte, en la última, por aquel año, de las veladas en las que invitaba a escuchar a los artistas que luego le servían para sus conciertos de beneficencia. Swann, que había pensado ir una tras otra a todas las precedentes pero sin decidirse a hacerlo, había recibido, mientras se vestía para dirigirse a ésta, la visita del barón de Charlus, que iba a ofrecerse para acudir juntos a casa de la marquesa si su compañía podía ayudarle a aburrirse un poco menos y a sentirse menos triste. Pero Swann le había contestado:

«No dude del placer que sentiría estando con usted. Pero el mayor placer que podría hacerme es ir sobre todo a visitar a Odette. Ya sabe la excelente influencia que usted ejerce sobre ella. Creo que esta noche sólo saldrá para ir a casa de su antigua costurera, adonde por lo demás se alegrará mucho de que usted la acompañe. En cualquier caso, antes puede encontrarla en casa. Trate de distraerla, y también de hacerle entrar en razón. Si pudiese usted preparar para mañana algo que le guste y que pudiéramos hacer los tres juntos... Procure también abonar el terreno para este verano, por si ella quisiese hacer algo, un crucero que haríamos los tres, ¡qué sé yo! En cuanto a esta noche, no cuento con verla; mas si ella lo desea o usted encuentra ocasión, bastaría con enviarme recado a casa de Mme. de Saint-Euverte hasta medianoche, y luego a mi casa. Gracias por todo lo que hace por mí, ya sabe usted cuánto le aprecio».

El barón le prometió hacer la visita que deseaba después de haberle acompañado hasta la puerta del palacete Saint-Euverte, adonde Swann llegó tranquilizado por la idea de que M. de Charlus pasaría la velada en la calle de La Pérouse, pero en un estado de melancólica indiferencia por todo cuanto no afectase a Odette, y en particular por las cosas mundanas, que ya no poseían la fascinación de esas cosas que, al dejar de ser un objetivo para nuestra voluntad, se nos revelan en sí mismas. Nada más apearse del carruaje, en el primer plano de aquel compendio ficticio de su propia vida doméstica que las amas de casa pretenden ofrecer a sus invitados los días de ceremonia, y en los que tratan de respetar la verdad de los trajes y del decorado, Swann se divirtió viendo a los descendientes de los «tigres» de Balzac, los *grooms*[126] habituales acompañantes del paseo

que, con sombrero y botas de montar, estaban fuera, delante del palacete, en la alameda, o delante de las cuadras, como otros tantos jardineros colocados delante de sus arriates. La particular inclinación que siempre había tenido a buscar analogías entre los seres vivos y los retratos de los museos seguía ejercitándose aunque de un modo más constante y general; era la vida mundana en su integridad, ahora que se había despegado de ella, la que se presentaba a sus ojos como una serie de cuadros. En el vestíbulo donde antes, cuando era hombre de mundo, entraba envuelto en su abrigo para salir de frac, pero sin saber lo que había ocurrido, porque con el pensamiento, durante los pocos instantes que allí permanecía, o bien seguía estando en la fiesta que acababa de dejar, o bien estaba ya en la fiesta a la que iba para ser presentado, se fijó por primera vez, despertada por la inopinada llegada de un invitado tan tardío, en la jauría dispersa, magnífica e inoperante de los imponentes criados que dormían acá y allá en banquetas y arcones y que, alzando sus nobles perfiles agudos de lebreles, se pusieron de pie y, reunidos, formaron círculo a su alrededor.

Uno de ellos, de aspecto particularmente feroz y bastante parecido al verdugo en ciertos cuadros del Renacimiento que representan suplicios, avanzó hacia él con un aire impecable para recoger sus cosas. Mas la dureza de su mirada de acero quedaba compensada por la suavidad de los guantes de hilo, al punto de que al acercarse a Swann parecía manifestar desprecio por su persona y deferencia por su sombrero. Lo cogió con un cuidado al que la exactitud de su talla prestaba un no sé qué de meticuloso y una delicadeza que casi volvía emocionante el aparato de su fuerza. Luego se lo pasó a uno de sus ayudantes, inexperto y tímido, que expresaba el terror que sentía lanzando en todas direcciones miradas furiosas y mostraba la agitación de una fiera cautiva durante las primeras horas de su cautividad.

Unos pocos pasos más allá, un mocetón de librea soñaba, inmóvil, escultural, inútil, como ese guerrero puramente decorativo que vemos meditar en los cuadros más tumultuosos de Mantegna[177], apoyado en su escudo mientras a su la-

do se mata y se degüella; separado del grupo de sus compañeros que se agolpaban alrededor de Swann, parecía tan resuelto a desinteresarse de aquella escena, seguida vagamente con sus ojos glaucos y crueles, como si se hubiese tratado de la matanza de los Inocentes o el martirio del apóstol Santiago. Parecía pertenecer precisamente a esa raza desaparecida - o que acaso nunca existió más que en el retablo de san Zenón o en los frescos de los Eremitani donde Swann la había encontrado y donde sigue soñando todavía -, salida de la fecundación de una estatua antigua por algún modelo paduano del Maestro o algún sajón de Alberto Durero[1] Y los mechones de sus cabellos rojizos encrespados por la naturaleza, pero pegados por la brillantina, estaban tratados con amplitud como lo están en la escultura griega, que el pintor de Mantua estudiaba constantemente, y que, si en el ámbito de la creación sólo representa al hombre, cuando menos sabe sacar de sus sencillas formas riquezas tan variadas y como sugeridas por toda la naturaleza viviente que una cabellera, con el caracol liso y los picos agudos de sus rizos, o en la superposición de la triple diadema florida de sus trenzas, evoca al mismo tiempo un amasijo de algas, una nidada de palomas, un manojo de jacintos y una maraña de serpientes.

También había otros, igual de colosales, en los peldaños de una monumental escalera que por su decorativa presencia y su inmovilidad marmórea habrían podido recibir el nombre, como la del Palacio Ducal, de «Escalinata de los Gigantes»[2] y por la que Swann se encaminó con la tristeza de pensar que Odette nunca la había subido. ¡Ay!, con qué alegría en cambio hubiese trepado por los rellanos negros, malolientes y peligrosos de la modistilla jubilada, has-

ta su «quinto», donde se habría sentido feliz pagando, más caro que un abono semanal a un palco de proscenio en la ópera, el derecho a pasar la velada cuando Odette iba, e incluso los otros días, para poder hablar de ella, vivir con las gentes que ella solía ver cuando él no estaba allí y que precisamente por eso le parecían esconder, de la vida de su amante, algo más real, inaccesible y misterioso. Mientras que en aquella escalera pestilencial y anhelada de la antigua modista, por no haber otra para el servicio podía verse por la noche, delante de cada puerta, vacío y sucio, un recipiente para la leche preparado sobre el felpudo, en la escalera suntuosa y desdeñada que Swann subía en ese momento, a uno y otro lado, a distintas alturas, delante de cada anfractuosidad formada en el muro por la ventana de la portería, o por la puerta de un piso, en representación del servicio interno que dirigían y como homenaje a los invitados, un portero, un mayordomo, un administrador (buenas gentes que el resto de la semana vivían con cierta independencia en sus respectivos dominios, comían en sus casas como pequeños tenderos, y que tal vez mañana se pondrían al servicio burgués de algún médico o de un industrial), atentos a no contravenir las recomendaciones que les habían dado antes de dejarles endosarse la brillante librea que sólo se ponían en raras ocasiones y en la que no se sentían muy cómodos, se erguían bajo la arquería de su pórtico con un esplendor pomposo templado de bonachonería popular, como santos en su nicho; y un enorme pertiguero, vestido como en la iglesia, golpeaba con su bastón las losas al paso de cada invitado. Llegado a lo alto de la escalera, hasta donde le había seguido un criado de cara pálida, con una breve coleta recogida en un *cadogan*[120] detrás de la cabeza, como un sacristán de Goya[121] o un escribano de comedia, Swann pasó delante de un escritorio donde unos criados, sentados como notarios ante grandes registros, se levantaron e inscribieron su nombre. Cruzó entonces un pequeño vestíbulo que - como ciertas estancias dispuestas por sus propietarios para servir de marco a una sola obra de arte, por cuyo nom-

bre se las conoce, y que, en su buscada desnudez, no contienen nada más - exhibía en su entrada, como una preciosa efigie de Benvenuto Cellini que representase a un hombre al acecho, a un joven criado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, alzando por encima de su gola encarnada un rostro más encarnado todavía, del que escapaban torrentes de fuego, de timidez y de celo, y que, traspasando los tapices de Aubusson que colgaban delante del salón donde se escuchaba la música, con su impetuosa, vigilante y frenética mirada parecía, con impasibilidad militar o fe sobrenatural - alegoría de la alarma, encarnación de la espera, conmemoración del zafarrancho -, espiar, ángel o vigía, desde una cima de torreón o de catedral, la aparición del enemigo o la hora del Juicio. Ahora no le quedaba a Swann sino penetrar en la sala del concierto cuyas puertas le abrió un ujier cargado de cadenas inclinándose, como si le hubiese entregado las llaves de una ciudad. Pero él pensaba en aquella casa donde habría podido encontrarse en ese mismo instante, si Odette lo hubiese permitido, y el recuerdo entrevisto de un recipiente para la leche vacío sobre un felpudo le encogió el corazón.

Swann recuperó rápidamente el sentido de la fealdad masculina cuando, al otro lado de la cortina de tapices, al espectáculo de los criados sucedió el de los invitados. Pero esa misma fealdad de los rostros, que sin embargo conocía de sobra, le parecía nueva desde que sus rasgos - en lugar de servirle de signos concretamente utilizables para identificar a cierta persona que, hasta entonces, había representado para él un haz de placeres que perseguir, de fastidios que evitar o de cortesías que rendir - descansaban, coordinados únicamente por sus relaciones estéticas, en la autonomía de sus líneas. Y en aquellos hombres, entre los que Swann se encontró encerrado, no había nada, ni siquiera los monóculos que muchos llevaban (y que, en el pasado, como máximo le habrían permitido a Swann decir que llevaban un monóculo), que no le indicase una especie de individualidad, ahora que estaban exentos de significar un hábito, el

mismo para todos. Acaso por mirar al general de Froberville y al marqués de Bréauté, que charlaban a la entrada, únicamente como a dos personajes en un cuadro cuando durante mucho tiempo habían sido para él los amigos útiles que le habían presentado en el Jockey y servido de testigos en los duelos, el monóculo del general, incrustado entre sus párpados como una esquirla de obús en aquella cara vulgar, llena de cicatrices y triunfal, en medio de la frente que dejaba tuerta como el ojo único del cíclope, le pareció a Swann una herida monstruosa, de la que podía gloriarse por haberla recibido, pero cuya exhibición resultaba indecente; mientras que el monóculo que, para señalar la festividad, añadía el marqués de Bréauté a los guantes gris perla, al *gibus* y a la corbata blanca, sustituyendo al familiar binóculo (como el propio Swann hacía) para acudir a los actos sociales, llevaba, pegada en su reverso, como un preparado de historia natural bajo un microscopio, una mirada infinitesimal y rebosante de amabilidad, que sonreía de modo incesante a la altura de los techos, a la belleza de las fiestas, al interés de los programas y a la calidad de los refrescos[135].

«Vaya, está usted aquí, hace una eternidad que no le vemos», dijo a Swann el general; y al observar sus facciones cansadas y deducir que acaso fuese una enfermedad grave lo que le alejaba de los salones, añadió: «¿Sabe que tiene usted muy buena cara?», mientras M. de Bréauté preguntaba: «Pero cómo, amigo mío, ¿qué puede estar haciendo usted por aquí?» a un novelista mundano que, tras encajar en el ángulo del ojo un monóculo, su único órgano de investigación psicológica y de implacable análisis, replicó con aire importante y misterioso, arrastrando la *erre:*

«Observo».

El monóculo del marqués de Forestelle era minúsculo, carecía de montura y, obligando a una crispación incesante y dolorosa al ojo en que se incrustaba como un cartílago superfluo de presencia inexplicable y material rebuscado, daba al rostro del marqués una delicadeza melancólica y hacía que las mujeres le creyesen capaz de grandes penas de amor. Mas el de M. de Saint-Candé, circundado por un anillo gigantesco, como Saturno, era el centro de gravedad de un rostro que se adecuaba en todo momento a él, con la na-

riz roja y temblona y la boca bezuda y sarcástica intentando estar con sus muecas a la altura del fuego graneado de ingenio que despedía el disco de cristal, y se veía preferido a las más bellas miradas del mundo por ciertas jóvenes esnobs y depravadas a las que inspiraba sueños de encantamientos artificiales y de la más refinada voluptuosidad; y entretanto, a su espalda, M. de Palancy, que con su gruesa cabeza de carpa de ojos redondos se desplazaba lentamente en medio de la fiesta aflojando de vez en cuando las mandíbulas como para tratar de orientarse, parecía transportar consigo únicamente un fragmento accidental, y acaso puramente simbólico, de las paredes de cristal de su acuario, parte destinada a representar el todo, que recordó a Swann, gran admirador de los Vicios y las Virtudes de Giotto en Padua, ese Injusto[1] a cuyo lado un frondoso ramo de hojas evoca los bosques donde se oculta su guarida.

Swann había avanzado, ante la insistencia de Mme. de Saint-Euverte, y para oír un aria de Orfeo[127] que ejecutaba un flautista, hasta colocarse en un ángulo donde, por desgracia, tenía como única perspectiva a dos damas ya maduras sentadas una al lado de la otra, la marquesa de Cambremer y la vizcondesa de Franquetot, quienes, al ser primas, durante las veladas, con sus bolsos en la mano y seguidas de sus hijas, pasaban el tiempo buscándose como en una estación y no se quedaban tranquilas hasta después de haber ocupado, con su abanico o su pañuelo, dos sillas contiguas: Mme. de Cambremer, que tenía muy pocas amistades, se sentía feliz por tener de compañera a Mme. de Franquetot, a quien, en cambio, por estar muy bien relacionada le parecía elegante y original demostrar a todas sus prestigiosas relaciones que prefería a su compañía la de una dama oscura con quien tenía en común recuerdos de juventud. Lleno de irónica melancolía, Swann las miraba escuchar el intermedio de piano (San Francisco hablando a los pájaros, de Liszt[128]) que había sucedido al aria para flauta, y seguir la vertiginosa exhibición del virtuoso: Mme. de Franquetot, ansiosa, con los ojos extraviados como si las teclas sobre las que el pianista corría con agilidad hubieran

sido una serie de trapecios de donde podía caerse desde una altura de ochenta metros, y no sin lanzar a su vecina miradas de asombro, de denegación que significaban: «Es increíble, nunca había pensado que un ser humano pudiese llegar a tanto»; Mme. de Cambremer, como mujer que ha recibido una sólida educación musical, llevando el compás con la cabeza transformada en balancín de metrónomo cuya amplitud y rapidez de oscilación de un hombro a otro se habían vuelto tales (con esa especie de extravío y abandono en la mirada propia de esos dolores que ya no se conocen ni tratan de dominarse y parecen decir: «¡Qué le vamos a hacer!») que una y otra vez enganchaba con sus pendientes las hombreras del corpiño y la obligaban a enderezarse las uvas negras que llevaba en el pelo, sin dejar de acelerar por ello el movimiento. Al otro lado de Mme. de Franquetot, pero un poco más adelantada, estaba la marquesa de Gallardon, absorta en su pensamiento favorito, su parentesco con los Guermantes, del que sacaba a ojos del mundo y a los suyos propios mucha gloria y alguna vergüenza, pues las figuras más celebradas de la familia le daban un poco de lado, tal vez porque era aburrida, o porque era malvada, o porque pertenecía a una rama inferior, o acaso sin ninguna razón. Cuando estaba junto a alguien a quien no conocía, como en ese momento junto a Mme. de Franquetot, sufría porque la conciencia que tenía de su parentesco con los Guermantes no pudiera manifestarse externamente en caracteres visibles como esos que, en los mosaicos de las iglesias bizantinas, puestos unos debajo de otros, inscriben en una columna vertical, al lado de un santo personaje, las palabras que según se dice pronunció. Pensaba en ese momento que nunca había recibido una invitación ni una visita de su joven prima la princesa des Laumes en los seis años que ésta llevaba casada. Ese pensamiento la llenaba de rabia, pero también de orgullo; porque, a fuerza de decir, a quienes se extrañaban de no verla en casa de Mme. des Laumes, que era para no correr el riesgo de encontrarse a la princesa Mathilde[1] cosa que su familia ultralegitimista nunca le habría perdonado -, había terminado por creer que

ésa era en efecto la razón por la que no iba a casa de su joven prima. Recordaba sin embargo haber preguntado más de una vez a Mme. des Laumes qué podría hacer para verla, pero sólo lo recordaba de manera confusa y, además, neutralizaba de sobra ese recuerdo algo humillante murmurando: «De todos modos, no soy yo la que debe dar el primer paso, tengo veinte años más que ella». Gracias a la virtud de estas palabras interiores, echaba altivamente hacia atrás sus hombros bien separados del busto, y sobre ellos, la cabeza, colocada casi en horizontal, hacía pensar en la cabeza «sobrepuesta» de un orgulloso faisán que se sirve en la mesa con todo su plumaje. No es que no fuese por naturaleza rechoncha, hombruna y regordeta; pero los desaires la habían enderezado, como esos árboles que, nacidos en mala posición al borde de un precipicio, se ven forzados a crecer hacia atrás para mantener el equilibrio. Obligada a repetirse, para consolarse de no estar del todo a la altura de los otros Guermantes, que si los veía poco era por intransigencia de principios y por orgullo, esta idea había terminado por modelar su cuerpo dando lugar a una especie de prestancia que a ojos de las burguesas pasaba por un signo de raza y a veces encendía con un deseo fugaz la mirada fatigada de los hombres de su círculo. Si se hubiese sometido la conversación de Mme. de Gallardon a esos análisis que, revelando la mayor o menor frecuencia de cada término, permiten descubrir la clave de un lenguaje cifrado, se habría comprobado que ninguna expresión, ni siquiera la más usual, aparecía en sus labios con tanta frecuencia como «en casa de mis primos Guermantes», «en casa de mi tía Guermantes», «la salud de Elzéar de Guermantes», «el palco de mi prima Guermantes». Cuando le hablaban de algún personaje ilustre, respondía que, sin conocerlo personalmente, lo había visto mil veces en casa de su tía Guermantes, mas lo decía en un tono tan glacial y con una voz tan sorda que resultaba evidente que, si no lo conocía en persona, era en virtud de todos los principios inextirpables y tenaces que sus hombros tocaban por detrás, como esas espalderas en las que os hacen tenderos los profesores de gimnasia para favorecer el desarrollo del tórax.

Pero la princesa des Laumes, a quien nadie habría esperado ver en casa de Mme. de Saint-Euverte, acababa precisamente de llegar. Para demostrar que no pretendía imponer en un salón al que sólo iba por condescendencia la superioridad de su rango, había entrado encogiéndose de hombros, aunque allí no hubiese ninguna aglomeración que atravesar ni nadie a quien dejar paso, quedándose a propó-

sito en el fondo, con aire de estar en su sitio, como un rey que hace cola a la puerta de un teatro cuando las autoridades aún no han sido avisadas de su presencia; y, limitando simplemente la mirada - para no dar la impresión de señalar su presencia y exigir el tratamiento adecuado - a la contemplación de un dibujo de la alfombra o de su propia falda, permanecía de pie en el lugar que le había parecido más modesto (y del que sabía de sobra que iría a sacarla una exclamación arrobada de Mme. de Saint-Euverte en cuanto la viera), al lado de Mme. de Cambremer, a quien no conocía. Observaba la mímica de su vecina melómana, pero sin imitarla. No es que, para una vez que iba a pasar cinco minutos en casa de Mme. de Saint-Euverte, no hubiese deseado la princesa des Laumes mostrarse lo más amable posible, con objeto de que la fineza que le hacía valiese el doble. Pero por naturaleza sentía horror a lo que llamaba «las exageraciones» y tendía a mostrar que «no tenía que» entregarse a manifestaciones incompatibles con el «género» del círculo en que vivía, aunque por otro lado no dejaran de impresionarla, gracias a ese espíritu de imitación cercano a la timidez que desarrolla en las personas más seguras de sí mismas el ambiente de un medio nuevo, aunque sea inferior. Empezaba a preguntarse si aquella gesticulación no era algo exigido por el trozo que tocaban y que tal vez no encajaba en el marco de la música oída por ella hasta ese día, si abstenerse no suponía dar muestras de incomprensión respecto de la obra y de falta de delicadeza para con la dueña de la casa: de suerte que, para expresar de un modo poco «comprometedor» sus sentimientos contradictorios, unas veces se contentaba con subirse los tirantes de sus hombreras o con ajustar en sus rubios cabellos las bolitas de coral o de esmalte rosa, escarchadas de diamante, que remataban un peinado sencillo y encantador, examinando con fría curiosidad a su fogosa vecina, otras seguía durante un instante el compás con su abanico, pero a contratiempo, para no abdicar de su propia independencia. Cuando el pianista, acabada la pieza de Liszt, empezó con un preludio de Chopin, Mme. de Cambremer dirigió a Mme. de Franquetot una enternecida sonrisa de experta satisfacción y de alusión al pasado. En su juventud había aprendido a acariciar las frases, de largo cuello sinuoso y desmesurado, de Chopin, tan libres, tan flexibles, tan táctiles, que empiezan buscando a tientas su lugar fuera, muy lejos de la dirección de partida, muy lejos del punto donde hubiera podido esperarse que alcanzaría su contacto, y que si se entregan a este extravío caprichoso sólo es para volver más deliberadamente - con

un retorno más premeditado, con mayor precisión, como sobre un cristal que resonase hasta el punto de provocar un grito - a heriros el corazón.

Como había vivido en el seno de una familia provinciana con muy pocas relaciones, como apenas iba a bailes, se había embriagado en la soledad de su casona frenando o precipitando la danza de todas aquellas parejas imaginarias, desgranándolas como flores, dejando por un momento el baile para oír soplar el viento en los abetos, a orillas del lago, y viendo de golpe avanzar, completamente distinto de cuanto ha podido soñarse que son los amantes de esta tierra, a un joven esbelto de voz algo cantarina, extraña y quebrada, con guantes blancos. Mas hoy la belleza pasada de moda de aquella música parecía marchita. Privada desde hacía unos años del aprecio de los entendidos, había perdido su dignidad y su encanto, y hasta las personas de mal gusto sólo encontraban en ella un placer inconfesado y mediocre. Mme. de Cambremer lanzó una mirada furtiva a sus espaldas. Sabía que su joven nuera (muy respetuosa con su nueva familia, salvo en cuestiones intelectuales, ya que, por saber incluso armonía y hasta griego, tenía ideas propias) despreciaba a Chopin[1] y sufría cuando oía interpretar su música. Pero lejos de la vigilancia de aquella wagneriana que estaba algo más allá con un grupo de personas de su edad, Mme. de Cambremer se dejaba llevar por unas impresiones deliciosas. También la princesa des Laumes las sentía. Aunque la naturaleza no la había dotado para la música, quince años atrás había recibido clases que una profesora de piano del faubourg Saint-Germain, mujer de genio que se había visto reducida a la miseria al final de sus días, había vuelto a dar, a la edad de setenta años, a las hijas y a las nietas de sus antiguas alumnas. Ya había muerto. Pero su método y el hermoso sonido que sacaba renacían a veces bajo los dedos de sus alumnas, incluidas aquellas que para todo lo demás se habían convertido en personas mediocres, habían abandonado la música y casi nunca abrían ya un piano. Por eso Mme. des Laumes pudo mover la cabeza con pleno conocimiento de causa, con una apreciación justa de la forma en que el pianista tocaba aquel preludio que ella sabía de memoria. El final de la frase iniciada cantó de forma espontánea en sus labios. Y murmuró: «Es siempre

fascinante», pronunciando el grupo *sc* de la palabra como si fuese una señal de delicadeza que acariciaba sus labios de una manera tan romántica como una bella flor; y por instinto armonizó con ellos su mirada infundiéndola en ese instante un no sé qué de sentimental y vagaroso. Entretanto, Mme. de Gallardon estaba diciéndose lo irritante que era tener tan pocas ocasiones de ver a la princesa des Laumes, porque anhelaba darle una lección no respondiendo a su saludo. Ignoraba que su prima estuviese allí. Un movimiento de cabeza de Mme. de Franquetot se la dejó al descubierto. Al punto se precipitó hacia ella empujando a todo el mundo; pero, deseosa de mantener una actitud altiva y glacial, capaz de recordar a todos los presentes que no era su intención relacionarse con alguien en cuya casa corría una el riesgo de darse de narices con la princesa Mathilde, y a quien ella no iba a ser la primera en saludar dado que no era «su contemporánea», quiso sin embargo compensar aquel aire de altanería y reserva con algunas palabras que justificasen su iniciativa y obligasen a la princesa a entablar conversación; por eso, una vez llegada al lado de su prima, Mme. de Gallardon, con un rostro sombrío y tendiéndole una mano como una carta obligada que no se puede rechazar, le dijo: «¿Cómo sigue tu marido?» en el mismo tono preocupado que si el príncipe hubiera estado gravemente enfermo. La princesa, echándose a reír de una forma muy suya y, destinada a indicar a los demás que estaba burlándose de alguien y al mismo tiempo a parecer más hermosa concentrando los rasgos de su cara alrededor de una boca expresiva y una mirada brillante, le respondió:

«¡Pues estupendamente!».

Y siguió riéndose. Mientras tanto, Mme. de Gallardon, irguiendo el cuerpo y enfriando la expresión de su rostro, todavía preocupado sin embargo por la salud del príncipe, dijo a su prima:

«Oriane (en este punto Mme. des Laumes miró con aire asombrado y risueño a una tercera persona invisible a la que parecía poner por testigo de no haber autorizado nunca a Mme. de Gallardon a llamarla por su nombre), tendría muchísimo interés en que mañana por la noche vinieses un momento a casa para oír un quinteto con clarinete de Mozart. Me gustaría saber tu opinión».

Daba la impresión de que, más que invitarla, le pedía un favor, que necesitaba el parecer de la princesa sobre el quinteto de Mozart, como si se tratase de un plato original

de una cocinera nueva y le fuese imprescindible conocer la preciosa opinión de un *gourmet* sobre sus talentos culinarios.

«Pero si ya conozco ese quinteto, ahora mismo puedo decirte que... ¡lo adoro!

-¿Sabes?, mi marido no se encuentra bien, el hígado... le gustaría mucho verte», continuó Mme. de Gallardon, convirtiendo así la presencia de la princesa en su velada en un obligado deber de caridad.

A la princesa le desagradaba decir a la gente que no quería ir a sus casas. Todos los días expresaba por escrito su pesar por haberse visto privada - por una inopinada visita de su suegra, por una invitación de su cuñado, por la ópera, por una excursión campestre - de una velada a la que nunca se le habría ocurrido ir. De este modo daba a muchas personas la alegría de creer que era una de sus amistades, de suponer que hubiese ido con mucho gusto a su casa, que sólo se lo habían impedido aquellos contratiempos principescos que las halagaban por el solo hecho de rivalizar con su velada. Además, como formaba parte de aquel círculo intelectual de los Guermantes donde sobrevivía algo del ingenio despierto, despojado de lugares comunes y sentimientos convencionales, que deriva de Merimée y ha encontrado su última expresión en el teatro de Meilhac y Halévy[1] lo aplicaba incluso a las relaciones sociales, y hasta lo trasladaba a su cortesía, que se esforzaba por ser positiva, precisa, por acercarse a la humilde verdad. No se extendía mucho para expresar a un ama de casa cuánto le hubiese gustado asistir a su velada; le parecía más amable exponerle algunos menudos hechos de los que dependería su posibilidad o imposibilidad de acudir.

«Mira, oye lo que te digo, le dijo a Mme. de Gallardon, mañana por la noche debo ir a casa de una amiga que hace mucho tiempo me tiene pedido mi "día". Si nos lleva al teatro, no será posible, pese a mi mejor voluntad, que vaya a tu casa; pero si nos quedamos en la suya, como sé que estaremos solos, podré marcharme.

-Oye, ¿has visto a tu amigo Swann?

-No, no sabía que estuviera aquí ese encanto de Charles;

me las arreglaré para que me vea.

-¡Qué raro que venga a casa de la vieja Saint-Euverte!, dijo Mme. de Gallardon. Oh, no, ya sé que es inteligente, añadió, queriendo dar a entender que era "intrigante", pero eso no cambia nada, ¡un judío en casa de la hermana y de la cuñada de dos arzobispos!

-Confieso, para vergüenza mía, que a mí no me escandaliza, dijo la princesa des Laumes.

-Ya sé que se ha convertido, y que hasta sus padres y sus abuelos lo estaban. Pero dicen que los conversos siguen más apegados a su religión que los otros, que es una estratagema; ¿será cierto?

-En ese punto carezco de luces».

El pianista que tenía que tocar dos fragmentos de Chopin, una vez terminado el preludio había atacado de inmediato una polonesa. Pero desde que Mme. de Gallardon había indicado a su prima la presencia de Swann, Chopin redivivo habría podido tocar allí mismo en persona todas sus obras sin que Mme. des Laumes lograse prestarle atención. Formaba parte de una de esas dos mitades de la humanidad en quienes la curiosidad que la otra mitad siente por los seres que no conoce es sustituida por el interés hacia los seres que conoce. Como muchas mujeres del faubourg Saint-Germain, la presencia en el mismo lugar en que se encontraba de alguien de su círculo, y al que por lo demás no tenía nada especial que decir, acaparaba exclusivamente su atención a expensas de todo el resto. A partir de ese instante, con la esperanza de que Swann repararía en ella, la princesa se limitó, como un ratón blanco domesticado al que se le ofrece y luego se le retira un terrón de azúcar, a volver la cara, con mil gestos de complicidad carentes de cualquier relación con el sentimiento de la polonesa de Chopin, en la dirección donde Swann estaba, y si éste cambiaba de sitio ella desplazaba paralelamente su sonrisa imantada.

«No te enfades, Oriane», continuó Mme. de Gallardon, incapaz de sacrificar sus mayores esperanzas sociales y su deseo de deslumbrar un día al mundo, al placer oscuro, inmediato y privado de decir algo desagradable; «hay quien pretende que ese tal señor Swann es persona a la que no se puede recibir en casa, ¿es cierto?

-Pero... si tú misma debes de saber de sobra que lo es, respondió la princesa des Laumes; lo has invitado cincuenta veces y nunca ha ido».

Y alejándose de su mortificada prima, estalló de nuevo en una carcajada que escandalizó a las personas que estaban escuchando la música, pero atrajo la atención de Mme. de

SaintEuverte, quien por cortesía se había quedado junto al piano y sólo entonces advirtió la presencia de la princesa. Mme. de Saint-Euverte quedó encantada al verla, sobre todo porque la suponía en Guermantes cuidando a su suegro enfermo.

«Pero ¿cómo, princesa? ¿Estaba usted aquí?

-Sí, me había metido en un rinconcito, he oído cosas muy hermosas.

-¿Cómo? ¿Estaba aquí hace mucho?

-Pues sí, hace un buen rato, que se me ha hecho muy corto, sólo era largo porque no la veía a usted».

Mme. de Saint-Euverte quiso ceder su sillón a la princesa, que respondió:

«No, no, nada de eso. ¿Por qué? Estoy a gusto en cualquier parte».

Y señalando intencionadamente, para manifestar mejor su sencillez de gran dama, un modesto escabel sin respaldo:

-Mire, con ese *puf* tengo de sobra. Me hará mantenerme derecha. ¡Oh!, Dios mío, sigo haciendo ruido, terminarán abucheándome».

Mientras tanto, como el pianista había redoblado la velocidad, la emoción musical estaba en su punto culminante, un criado pasaba con refrescos en una bandeja haciendo tintinear las cucharillas, y, como cada semana, Mine. de Saint-Euverte le hacía señas, sin que él la viese, para que se retirara. Una recién casada, a quien habían enseñado que una joven no debe parecer aburrida, sonreía de placer, y buscaba con los ojos a la dueña de la casa para testimoniarle con la mirada su gratitud por haber «pensado en ella» para ocasión semejante. Sin embargo, aunque con más sosiego que Mme. de Franquetot, no dejaba de seguir la pieza con inquietud; mas la suya no tenía por objeto el pianista, sino el piano, sobre el que una vela, temblando a cada *fortissimo,* amenazaba, si no con prender fuego a la pantalla, al menos con manchar el palisandro. Al fin no pudo contenerse y, escalando los dos peldaños del estrado sobre el que se hallaba el piano, corrió a quitar la arandela. Mas cuando sus manos estaban a punto de tocarla, la pieza acabó con un último acorde y el pianista se puso de pie. Sin embargo, la osada iniciativa de aquella joven, la breve promiscuidad a que dio lugar entre ella y el instrumentista, produjeron una impresión generalmente favorable.

«¿Se ha fijado usted en lo que ha hecho esa persona, princesa?», dijo el general de Froberville a la princesa des Laumes a quien había ido a saludar y a la que Mme. de Saint-Euverte abandonó por un instante. «Curioso, ¿verdad? ¿No

será una artista?

-No, es una hija de Mme. de Cambremer», respondió distraída la princesa, que añadió vivamente: «Le repito lo que he oído decir, no tengo ni la menor idea de quién es, detrás de mí han dicho que eran vecinos de campo de Mme. de Saint-Euverte, pero no creo que nadie los conozca. ¡Deben de ser "gentes del campo"! Además, no sé si está usted muy enterado de la brillante compañía que hay en esta sala, pero yo no conozco el nombre de ninguna de estas sorprendentes personas. ¿En qué cree que pasan su tiempo, dejando aparte las veladas de Saint-Euverte? Seguro que las ha contratado junto con los músicos, las sillas y los refrescos. Admita que son magníficos estos "invitados de casa Belloir[142] ¿Tendrá realmente el valor de alquilar estos figurantes todas las semanas? ¡No es posible!

-¡Ah! Pero Cambremer es un apellido auténtico y antiguo[143], dijo el general.

-No veo inconveniente alguno en que sea antiguo, replicó secamente la princesa, pero en cualquier caso no es *eufónico»,* añadió subrayando la palabra eufónico como si estuviese entre comillas, pequeña afectación del habla peculiar del círculo Guermantes.

«¿Usted cree? Es bonita a rabiar, dijo el general, que no perdía de vista a Mme. de Cambremer. ¿No es de mi opinión, princesa?

-Se exhibe demasiado, y a mi entender en una mujer tan joven no resulta agradable, porque no creo que sea mi contemporánea», respondió Mme. des Laumes (expresión esta que era común a los Gallardon y a los Guermantes).

Pero viendo la princesa que el señor de Froberville seguía mirando a Mme. de Cambremer, añadió, un poco por maldad hacia ella y otro poco por amabilidad con el general: «No resulta agradable... ¡para su marido! Dado que a usted le interesa, lamento no conocerla, se la habría presentado», dijo la princesa, quien, probablemente, de haber conocido a la joven, se habría guardado de hacerlo. «Me veo obligada a despedirme, porque es el santo de una amiga y debo ir a felicitarla», dijo en tono de modestia y sinceridad, reduciendo la reunión mundana adonde iba a la sencillez de una

ceremonia aburrida, a la que sin embargo era obligatorio y conmovedor asistir. «Además, debo reunirme allí con Basin, que, mientras yo estaba aquí, ha ido a ver a esos amigos que usted conoce, según creo, y que tienen nombre de puente, los Iéna[1]

-Antes fue nombre de victoria, princesa, dijo el general. ¡Qué quiere! Para un viejo soldado como yo», añadió quitándose el monóculo para limpiarlo, como si se cambiase un apósito, mientras la princesa apartaba instintivamente la vista, «esta nobleza del Imperio es otra cosa, desde luego, pero en última instancia, sea lo que fuere, es algo muy bello en su género, son gentes que después de todo se batieron como héroes.

-Pero si yo siento un gran respeto por los héroes, dijo la princesa en un tono ligeramente irónico: si no acompaño a Basin a casa de esa princesa de Jena no es por nada de eso, es simplemente porque no los conozco. Basin sí los conoce, los adora. ¡Oh, no, no es lo que usted se imagina, no se trata de un *flirt,* no tengo nada que objetar! Además, ¡para lo que me sirven mis objeciones!», añadió en tono melancólico, pues nadie ignoraba que, desde el día siguiente a la boda del príncipe des Laumes con su encantadora prima, no había dejado de engañarla. «Pero, en fin, no es ése el caso, son personas que conoció en el pasado, que le resultan deliciosas, y a mí me parece muy bien. Aunque debo empezar diciéndole que nada de lo que Basin me ha contado de su casa... ¡Figúrese que todos sus muebles son "Imperio"!

-Es muy natural, princesa, son los muebles de sus abuelos.

-No digo que no, pero no por eso son menos feos. Comprendo perfectamente que no se puedan tener cosas bonitas, pero al menos que prescindan de las ridículas. ¡Qué quiere! No conozco nada más *pompier,* ni más burgués que ese horrible estilo, con esas cómodas que tienen cabezas de cisnes como las bañeras.

-Pues yo creo incluso que en su casa hay cosas hermosas, deben de tener la famosa mesa de mosaico sobre la que se firmó el tratado de...

-Si yo no digo que no tengan cosas interesantes desde el punto de vista histórico. ¡Pero no por eso van ser bellas... si son horribles! También yo tengo cosas de esas, que Basin heredó de los Montesquiou Pero están en los desvanes

de Guermantes donde nadie las ve. Además, en última instancia, el problema no es ése, yo correría a su casa con Basin, iría incluso a verlos en medio de sus esfinges y su cobre si los conociese, pero... ¡no los conozco! Y siempre me han dicho, desde pequeñita, que no estaba bien ir a casa de gentes a las que no se conoce, dijo afectando un tono pueril. Así que hago lo que me enseñaron. ¿Se imagina a esas buenas gentes viendo entrar a una persona que no conocen? ¡Quizá me recibirían muy mal!», dijo la princesa.

Y por coquetería embelleció la sonrisa que esa suposición le arrancaba, dando a su mirada azul clavada en el general una expresión soñadora y dulce.

«Demasiado sabe usted, princesa, que no cabrían en sí de gozo...

-Pues no, ¿por qué?», le preguntó con extrema vivacidad, fingiendo no darse cuenta de que era por ser una de las mayores damas de Francia, o por el placer de oírselo decir al general. «¿Por qué? ¿Qué sabe usted? Acaso para ellos fuese de lo más desagradable. No sé, pero si juzgo por mí misma, me molesta tanto ver a las personas que conozco que creo que, si tuviese que ver a personas que no conozco, "por muy heroicas" que fuesen, me volvería loca. Además, seamos sinceros, salvo en el caso de viejos amigos como usted a los que se conoce por otros motivos, no sé si el heroísmo sería de un formato muy portátil en sociedad. Ya me aburre bastante tener que dar cenas, si encima tuviese que ofrecer mi brazo a Espartaco para ir a la mesa... No, no, nunca recurriría a Vercingétorix para completar el número de invitados y que así sean catorce. Siento que lo reservaría para las grandes veladas. Y como no las doy...

-¡Ah, princesa, no en balde es usted una Guermantes. ¡Le sobra el ingenio de los Guermantes!

-Bueno, siempre se habla del ingenio *de los* Guermantes, nunca he podido entender por qué. ¿Conoce *algún otro* que

lo tenga?», añadió soltando una carcajada jovial y espumeante, con los rasgos de su rostro concentrados, acoplados en la red de su animación, y con los ojos centelleándole, iluminados por un sol radiante de alegría que sólo las palabras en alabanza de su ingenio o su belleza, aunque las dijese la misma princesa, tenían suficiente poder para hacer brillar. «Mire, ahí tiene a Swann, que parece saludar a esa Mme. Cambremer de usted; allí... junto a la buena de Saint-Euverte, ¿no ve? Pídale que lo presente. ¡Pero dese prisa, está intentando marcharse!

-¿Se ha fijado qué mala cara tiene?, dijo el general. -¡Mi pequeño Charles! Bueno, por fin viene, empezaba a sospechar que no quería verme».

Swann apreciaba mucho a la princesa des Laumes, y verla, además, le recordaba Guermantes, tierra vecina de Combray, toda aquella región que tanto amaba y adonde no volvía para no alejarse de Odette. Recurriendo a fórmulas mitad de artista, mitad galantes, con las que sabía agradar a la princesa, y que recuperaba con absoluta naturalidad cuando volvía por un instante a sumergirse en su antiguo ambiente -, y deseoso, por otro lado, de expresarse a sí mismo su propia nostalgia del campo:

«¡Ah!», dijo hablando al foro, para ser oído a la vez por Mme. de Saint-Euverte a quien se dirigía y por Mme. des Laumes para quien hablaba, « ¡si aquí tenemos a la encantadora princesa! Ya ve, ha venido expresamente de Guermantes para escuchar el *San Francisco de Asís* de Liszt, y sólo ha tenido tiempo, como un lindo paro carbonero, de ir a picotear, para ponérselas en la cabeza, alguna de esas pequeñas bayas de madroño de los pájaros y de espino blanco; hasta tiene todavía unas gotitas de rocío, un poco de la escarcha blanca que debe de hacer gemir a la duquesa. Es muy bonito, mi querida princesa.

-¿Que la princesa ha venido expresamente de Guermantes? ¡Eso sí que es demasiado! No lo sabía, estoy confusa», exclamó ingenuamente Mme. de Saint-Euverte, poco habituada a las ocurrencias de Swann. Y, examinando el peinado de la princesa: «Pero si es verdad, imita... como diría, a las castañas no, desde luego, ¡qué idea tan deliciosa! Pero ¿cómo es posible que la princesa pudiese conocer mi programa? Los músicos ni siquiera me lo han comunicado a mí».

Swann, habituado, cuando estaba junto a una mujer con la que había mantenido modales galantes de lenguaje, a decir cosas delicadas que muchas gentes de mundo no comprendían, no se dignó explicar a Mme. de Saint-Euverte que só-

lo había hablado metafóricamente. En cuanto a la princesa, se echó a reír a carcajadas, porque en su círculo se tenía en gran aprecio el ingenio de Swann, y también por no poder oír un cumplido dirigido a ella sin encontrarle las gracias más finas y una singularidad irresistible.

«¡Qué bien, Charles! Me encanta que mis pequeñas bayas de espino blanco le gusten. ¿Por qué saludaba usted a esa Cambremer? ¿Acaso es también vecina suya en el campo?».

Viendo que la princesa parecía feliz hablando con Swann, Mme. de Saint-Euverte se había alejado. «También lo es usted, princesa.

-¿Yo? ¡Pero esa gente tiene campos en todas partes! ¡Cómo me gustaría estar en su lugar!

-No son los Cambremer, sino los padres de ella; es una de las hijas de Legrandin, que iba a Combray. No sé si sabe que es usted condesa de Combray y que el cabildo tiene que pagarle un canon.

-No sé lo que me debe el cabildo, lo que sí sé es que el párroco me sablea todos los años cien francos, y que no me hace ninguna gracia. En fin, esos Cambremer tienen un apellido bastante chocante. ¡Termina justo a tiempo, pero termina mal!, dijo riendo.

-No empieza mucho mejor, respondió Swann.

-En efecto, ¡vaya una doble abreviatura !...

-Debió de ser alguien muy enfadado y muy fino que no tuvo valor para llegar hasta el final de la primera palabra.

-Pero ya que no debía de poder dejar de empezar la segunda, mejor habría hecho rematando la primera y acabar de una vez. Estamos haciendo bromas de un gusto delicioso, mi pequeño Charles, pero qué fastidio no verle más, añadió en tono zalamero, me gusta tanto hablar con usted. Piense que a ese idiota de Froberville no habría logrado hacerle comprender que el apellido de Cambremer era chocante. Confiese que la vida es algo espantoso. Sólo cuando le veo a usted dejo de aburrirme».

Y sin duda no era cierto. Pero Swann y la princesa tenían una misma forma de juzgar las cosas insignificantes, cuyo efecto - a menos que fuese causa - era una gran analogía en el modo de expresarse e incluso en la pronunciación. Esa semejanza no llamaba la atención porque no había nada

más distinto que sus dos voces. Pero si, mentalmente, se conseguía eliminar de las palabras de Swann la sonoridad que las envolvía, y los bigotes entre los que brotaban, no tardaba uno en darse cuenta de que eran las mismas frases, las mismas inflexiones, el estilo del círculo Guermantes. En las cosas importantes, Swann y la princesa no pensaban lo mismo en nada. Pero desde que Swann estaba tan triste, siempre con esa especie de escalofrío que precede al momento en que vamos a llorar, tenía la misma necesidad de hablar de su pena que un asesino de hablar de su crimen. Oyendo a la princesa decirle que la vida era algo espantoso, sintió la misma dulzura que si le hubiese hablado de Odette.

«¡Oh, sí, la vida es algo espantoso! Tenemos que vernos, querida amiga. Lo más agradable de usted es que no es alegre. Podríamos pasar una velada juntos.

-Estupendo, ¿por qué no viene a Guermantes? Mi suegra se volvería loca de alegría. Pasa por ser feísima, pero le diré que a mí esa región no me desagrada, me horrorizan las comarcas "pintorescas".

-Ya lo creo, es admirable, respondió Swann, casi demasiado hermosa, demasiado viva para mí, en este momento; es una tierra para ser feliz. Quizá porque he vivido en ella, pero allí las cosas me hablan de otra forma. Basta que se levante un soplo de brisa para que los trigales empiecen a agitarse, me parece que alguien está a punto de llegar, que voy a recibir una noticia; y esas casitas a orillas del agua... ¡seria tan desdichado!

-¡Oh, mi pequeño Charles!, tenga cuidado, ahí está la horrible Rampillon, que me ha visto, escóndame, recuérdeme qué es lo que le ha ocurrido, me hago un lío, no sé si acaba de casar a su hija o a su amante, no sé; quizás a los dos... ¡y al uno con la otra!... ¡Ah, no, ya me acuerdo! La ha repudiado su príncipe... finja que está hablándome para que esa Berenice no venga a invitarme a cenar. Lo mejor que puedo hacer es irme. Escúcheme, querido Charles, para una vez que lo veo, no quiere dejarse raptar y que lo lleve a casa de la princesa de Parma, que se alegraría mucho, y también Basin, que debe recogerme allí. Si no fuese porque Memé nos da noticias suyas... ¡Piense que ya no le veo nunca!». Swann rechazó la propuesta; había advertido a M.

de Charlus que, cuando abandonase el palacete de Mme. de SaintEuverte, regresaría directamente a casa, y no quería arriesgarse, por ir al domicilio de la princesa de Parma, a perderse un billetito que había estado esperando todo el tiempo que un criado le entregase durante la velada, y que acaso iba a encontrar en su portería. «El pobre Swann, dijo esa noche Mme. des Laumes a su marido, siempre tan encantador, pero parece muy triste. Ya lo verá, porque ha prometido venir a cenar un día de éstos. Me parece ridículo en el fondo que un hombre de su inteligencia sufra por una persona de esa clase, y que no tiene siquiera interés, dicen que es idiota», añadió con esa cordura de las gentes que no están enamoradas y piensan que un hombre inteligente sólo debería ser desgraciado por una persona que mereciese la pena; es poco más o menos como extrañarse de que una persona se digne padecer el cólera por culpa de un ser tan minúsculo como el bacilo vírgula[1]

Swann quería marcharse, pero en el momento en que por fin estaba a punto de escabullirse el general de Froberville le pidió que lo presentara a Mme. de Cambremer, y se vio obligado a regresar con él al salón para buscarla.

«Verá usted, Swann, preferiría ser el marido de esa dama antes que morir a manos de los salvajes, ¿qué le parece?».

Esas palabras, «morir a manos de los salvajes», traspasaron dolorosamente el corazón de Swann; y acto seguido sintió la necesidad de proseguir la conversación con el general:

«¡Ah!, le dijo, ha habido muchas vidas hermosas que acabaron de esa manera... Por ejemplo... aquel navegante cuyas cenizas trajo Dumont d'Urville[2] La Pérouse...». (Y Swann era ya feliz como si le hubiesen hablado de Odette.) «Notable personaje que me interesa mucho ese La Pérouse, añadió con aire melancólico.

-¡Ah, sí, La Pérouse!, dijo el general. Es un nombre famoso. Tiene calle.

-¿Conoce a alguien en la calle La Pérouse?, preguntó Swann algo inquieto.

-Sólo a Mme. de Chanlivault, hermana de aquel valiente de Chaussepierre. El otro día nos dio una velada de teatro deliciosa. ¡Con el tiempo ese salón será muy elegante, ya lo verá!

-¡Ah!, y vive en la calle La Pérouse. Es una calle simpática, bonita, y tan triste.

-¡Qué va!, se ve que hace mucho que no ha pasado por allí; aquello ya no es triste, han empezado a construir por todo ese barrio».

Cuando por fin Swann presentó al señor de Froberville a la joven Mme. de Cambremer, como era la primera vez que ésta oía el nombre del general, esbozó la misma sonrisa de alegría y sorpresa que habría puesto si en su presencia nunca se hubiese pronunciado otro nombre, porque, como no conocía a los amigos de su nueva familia, siempre que le presentaban a una persona creía que era uno de ellos, y pensando dar muestras de tacto simulando haber oído hablar mucho de ella desde que se había casado, tendía la mano con gesto vacilante destinado a demostrar la aprendida reserva que debía vencer y la espontánea simpatía con que lograba derrotarla. Así que sus suegros, a quienes seguía creyendo las personas más brillantes de Francia, afirmaban que era un ángel; sobre todo porque, al casarla con su hijo, preferían aparentar que habían cedido al atractivo de sus cualidades antes que al de su gran fortuna.

«Se ve que tiene usted alma de aficionada a la música, señora», le dijo el general, aludiendo de manera inconsciente al incidente de la arandela.

Pero el concierto se reanudó y Swann comprendió que no podría irse antes del final del nuevo número del programa. Sufría por permanecer encerrado en medio de aquella gente cuya tontería y cuyas ridiculeces lo herían más dolorosamente aún porque, ignorantes de su amor, incapaces, si lo hubiesen conocido, de prestarle interés y de hacer otra cosa que sonreír como ante una chiquillada o lamentarlo como una locura, se lo mostraban bajo el aspecto de un estado subjetivo que sólo existía para él, y cuya realidad no confirmaba ningún dato exterior; sufría sobre todo, y hasta el punto de que incluso el sonido de los instrumentos le provocaba deseos de gritar, por prolongar su destierro en aquel sitio adonde Odette no iría nunca, donde nada ni nadie la conocía, de donde estaba totalmente ausente.

Pero de pronto fue como si ella hubiese entrado, y esa aparición le infligió un sufrimiento tan desgarrador que hu-

bo de llevarse la mano al corazón. Y es que el violín había ascendido a unas notas altas donde permanecía como en una espera, espera que se prolongaba sin que dejase de sostenerlas, en medio de la exaltación que lo invadía al ver acercarse ya el objeto de su espera, y haciendo un esfuerzo desesperado por tratar de resistir hasta su llegada, de acogerlo antes de expirar, de mantener abierto, con todas sus últimas fuerzas durante un momento, el camino para que pudiese pasar, igual que se sujeta una puerta que de otro modo volvería a cerrarse. Y antes de que Swann tuviese tiempo de comprender, y de decirse: «¡Es la pequeña frase de la sonata de Vinteuil, no escuchemos!», todos los recuerdos de la época en que Odette estaba enamorada de él, y que hasta ese día había logrado mantener invisibles en las profundidades de su ser, engañados por aquel imprevisto rayo del tiempo de amor que creyeron que volvía, habían despertado y a vuelo de pájaro habían remontado para cantarle locamente, sin piedad para con su presente desventura, los olvidados estribillos de la felicidad.

En lugar de expresiones abstractas como «tiempo en que era feliz», «tiempo en que era amado», que hasta entonces había pronunciado a menudo y sin sufrir demasiado, porque, del pasado, su inteligencia había metido allí supuestos extractos que no conservaban nada de ese pasado, volvió a encontrar todo aquello que había fijado para siempre la específica y volátil esencia de aquella felicidad perdida; volvió a ver todo, los pétalos nivosos y rizados del crisantemo que ella le lanzara al coche, y que él había apretado contra los labios - el membrete en relieve de la *Maison Dorée,* sobre la carta en la que pudo leer: «Me tiembla tanto la mano al escribirle» -, el fruncimiento de las cejas cuando ella, en tono suplicante, le había dicho: «¿Verdad que no tardará mucho en volver a llamarme?»; percibió el olor de las tenacillas del peluquero que le cardaba el peinado a «cepillo» mientras Lorédan iba en busca de la obrerita, los chaparrones de lluvia tan frecuentes aquella primavera, la glacial vuelta a casa en su victoria a la luz de la luna: todas las mallas de hábitos mentales, de impresiones estacionales, de reacciones cutáneas, que habían tendido sobre varias semanas seguidas una red uniforme en la que su cuerpo se encontraba preso de nuevo. En ese instante satisfacía una curiosidad voluptuosa experimentando los placeres de quienes viven de amor. Había creído que podría limitarse a eso, que no estaría obligado a conocer sus dolores; ahora, ¡qué poca cosa representaba para él la fascinación de Odette comparada con aquel formidable terror que la prolongaba a modo

de halo turbio, con aquella inmensa angustia de no saber lo que ella había hecho minuto a minuto, de no poseerla en todas partes y siempre! Recordó, ¡ay!, el tono con que Odette había exclamado: «¡Siempre podré verle, yo siempre estoy libre!», ella ¡que ya no lo estaba nunca!; el interés, la curiosidad que siempre había tenido por la vida de Swann, el ardiente deseo de que Swann le hiciera el favor - que en esa época él en cambio temía como causa de enojosas molestias - de ser admitida en esa vida; cómo se había visto obligada a rogarle para que se dejase llevar a casa de los Verdurin; y, en la época en que él le permitía ir a su casa una vez al mes, cuánto había tenido que ponderarle, antes de que Swann cediese, la delicia que sería el hábito de verse a diario con que ella soñaba entonces, mientras que a él sólo le parecía un engorro enojoso, y que luego Odette había detestado para acabar interrumpiéndolo definitivamente cuando para él ya se había convertido en necesidad tan invencible como dolorosa. No sabía que dijese tan gran verdad cuando, la tercera vez que la viera, al repetirle ella: «Pero ¿por qué no me deja venir más a menudo?», él le había contestado riendo, con galantería: «Por miedo a sufrir». Ahora, ¡ay!, seguía escribiéndole a veces desde un restaurante o un hotel en una hoja que llevaba impreso el membrete; pero eran como letras de fuego que lo quemaban. «¿Está escrita en el hotel Vouillemont[153]? ¿Qué ha ido a hacer allí? ¿Con quién? ¿Qué ha pasado?». Se acordó de los mecheros de gas que ya apagaban en el bulevar des Italiens cuando, contra toda esperanza, la había encontrado entre las sombras errantes aquella noche que le había parecido casi sobrenatural y que, en efecto - noche de un tiempo en el que ni siquiera tenía que preguntarse si iba a contrariarla buscándola, encontrándola, porque estaba seguro de que su mayor alegría era verle y volver a casa con él -, pertenecía a un mundo misterioso al que nunca se puede regresar una vez que se han cerrado las puertas. Y Swann vislumbró, inmóvil frente a esa felicidad revivida, a un infeliz que le dio lástima porque al principio no lo reconoció, hasta el punto de que hubo de bajar los ojos para que no se viese que estaban llenos de lágrimas. Era él mismo.

Cuando lo hubo comprendido, cesó su lástima, pero sintió celos de aquel otro él mismo al que ella había amado, sintió celos de todos aquellos de quienes muchas veces se había

dicho, sin sufrir demasiado, «tal vez los ama», ahora que había trocado la vaga idea de amar, en la que no hay amor, por los pétalos del crisantemo y el «membrete» de la Maison d'Or, que sí estaban llenos de amor. Como el dolor iba volviéndose demasiado agudo, se pasó la mano por la frente, dejó caer el monóculo y limpió el cristal. Y desde luego, de haberse visto en ese momento, hubiese añadido a la colección de monóculos que había elegido este otro al que daba vueltas como un pensamiento importuno y sobre cuya superficie empañada trataba de borrar, con un pañuelo, sus penas.

Hay en el violín - cuando, por no ver el instrumento, no podemos relacionar lo que oímos con su imagen, la cual modifica su sonoridad - acentos tan afines a ciertas voces de contralto que se tiene la ilusión de que al concierto se ha sumado una cantante. Alzamos la vista y sólo vemos los estuches, preciosos como cajas chinas, pero a ratos todavía nos engaña el falso reclamo de la sirena; también a veces creemos oír a un genio cautivo debatiéndose en el fondo de la docta caja, embrujada y trémula, como un demonio en una pila de agua bendita; y otras veces, por último, está en el aire, como una especie de ser sobrenatural y puro que pasa desplegando su mensaje invisible.

Como si los instrumentistas, más que tocar la pequeña frase, ejecutasen los ritos exigidos por ésta para aparecer, y procediesen a los encantamientos necesarios para obtener y prolongar por unos instantes el prodigio de su evocación, Swann, que ya no podía verla como si la frase hubiese pertenecido a un mundo ultravioleta, y que casi paladeaba el alivio de una metamorfosis en la momentánea ceguera que lo aquejaba al acercarse a ella, la sentía presente, como una diosa protectora y confidente de su amor que para poder llegar hasta él en medio de la muchedumbre y llevárselo aparte para hablarle, había asumido el disfraz de aquella apariencia sonora. Y mientras pasaba, ligera, tranquilizadora y murmurada como un perfume, diciéndole el mensaje que tenía que decirle con palabras que él escrutaba una por una, lamentando verlas desvanecerse tan pronto, Swann hacía involuntariamente con los labios el ademán de besar, a su paso, aquel cuerpo armonioso y huidizo. Ya no se sentía desterrado y solo, porque la frase, dirigiéndose a él, le hablaba a media voz de Odette. De hecho ya no tenía, como en el pasado, la impresión de que Odette y él fuesen desconocidos para la pequeña frase. ¡Había sido testigo tantas veces de sus alegrías! Cierto es que también a menudo le había advertido de su fragilidad. Y, además, mientras que

entonces adivinaba un dolor en su sonrisa, en su entonación límpida y desencantada, hoy le encontraba más bien la gracia de una resignación casi alegre. De aquellas penas de que en otro tiempo le hablaba, y que le veía arrastrar, sin que a él le afectasen, sonriendo, en su curso rápido y sinuoso, de aquellas penas que ahora se habían vuelto las suyas sin que pudiese esperar verse libre de ellas algún día, la frase parecía decirle como en otro tiempo de su felicidad: «¿Qué es eso? Todo eso no es nada». Y por primera vez el pensamiento de Swann, en un arranque de piedad y ternura, se dirigió hacia aquel Vinteuil, hacia aquel hermano desconocido y sublime que también había debido de sufrir tanto; ¿qué vida había podido ser la suya? ¿Del fondo de qué dolores había sacado aquella fuerza de dios, aquella ilimitada potencia creativa? Cuando era la pequeña frase la que le hablaba de la vanidad de sus sufrimientos, Swann encontraba dulzura en aquella misma cordura que un momento antes, sin embargo, le había parecido intolerable cuando presumía leerla en los rostros de los indiferentes que consideraban su amor como una divagación sin importancia. Y es que la pequeña frase en cambio, cualquiera que fuese la opinión que pudiera tener sobre la breve duración de esos estados de ánimo, veía en ellos, no como hacía toda aquella gente, una cosa menos seria que la vida positiva, sino al contrario, algo tan superior a ésta que era lo único que merecía la pena expresar. Estos encantos de una tristeza íntima eran precisamente los que la pequeña frase trataba de imitar, de recrear, llegando a captar, a volver visible su esencia, que por otro lado reside en ser incomunicables y parecer frívolos a quien no los siente. Hasta el punto de que la frase inducía a confesar su valor y paladear su divina dulzura a todos aquellos asistentes - a poco que entendieran de música - que luego no la reconocerían en la vida, en cada amor particular que viesen nacer a su lado. Indudablemente, la forma en que la sonata los había codificado no podía traducirse en razonamientos. Pero desde hacía más de un año, cuando, revelándole a él mismo tantas riquezas de su alma, el amor a la música había nacido en él al menos por algún tiempo, Swann consideraba los motivos musicales como verdaderas ideas, pertenecientes a otro mundo, a otro orden, ideas veladas por tinieblas, desconocidas, impenetrables para la inteligencia, mas no menos perfectamente distintas unas de otras, no menos desiguales entre sí en valor y significado. Cuando, después de la velada de los Verdurin, al hacer que volviesen a tocar la pequeña frase, había intentado discernir cómo, a la manera de un perfume, de

una caricia, lo rodeaba y lo envolvía, se había dado cuenta de que aquella impresión de dulzura retraída y friolenta se debía a la escasa distancia entre las cinco notas que la formaban y a la evocación constante de dos de ellas; pero en realidad sabía que razonaba así no sobre la frase misma, sino sobre simples valores, sustituidos para comodidad de su inteligencia por la misteriosa entidad percibida, antes de conocer a los Verdurin, en aquella velada donde había escuchado la sonata por primera vez. Sabía que el recuerdo mismo del piano podía falsear ulteriormente su modo de ver las cosas de la música, que el campo abierto al músico no es un mezquino teclado de siete notas, sino un teclado inconmensurable, casi del todo desconocido todavía, donde aquí y allá, separadas por densas tinieblas inexploradas, sólo algunos de los millones de teclas de ternura, de pasión, de valor, de coraje, de serenidad que lo componen, tan distintas entre sí como un universo de otro universo, han sido descubiertas por unos pocos grandes artistas que, despertando en nosotros la correspondencia del tema que encontraron, nos hacen el servicio de mostrarnos qué riqueza, qué variedad, sin nosotros saberlo, oculta esa gran noche impenetrada y descorazonadora de nuestra alma que nosotros tomamos por el vacío y por la nada. Vinteuil había sido uno de esos músicos. En su pequeña frase, aunque presentase a la razón una superficie oscura, se advertía un contenido tan consistente, tan explícito, al que prestaba una fuerza tan nueva, tan original, que quien la había oído la conservaba dentro de sí en pie de igualdad con las ideas del entendimiento. Swann se remitía a ella como a una concepción del amor y de la felicidad cuya particularidad apreciaba con la misma inmediatez que en el caso de *La Princesa de Clèves* o la de *René*[illegible] cuando sus nombres se presentaban a su memoria. Incluso cuando no pensaba en ella, la pequeña frase existía latente en su espíritu lo mismo que algunas otras nociones sin equivalente, como las nociones de la luz, del sonido, del relieve, de la voluptuosidad física, que son las ricas posesiones con que se diversifica y engalana nuestro reino interior. Acaso las perdamos, acaso se desvanezcan si volvemos a la nada. Pero mientras vivamos, no podemos comportamos como si no las hubiéramos conocido, igual que no podemos hacerlo con los objetos reales, igual que no podemos, por ejemplo, dudar de la luz de la lámpara

que alguien enciende ante los objetos metamorfoseados de nuestro cuarto, de donde hasta el recuerdo de la oscuridad se ha desvanecido. Por eso, la frase de Vinteuil, como por ejemplo determinado tema de *Tristán* que también supone para nosotros una cierta adquisición sentimental, se había unido a nuestra condición mortal, había asumido algo humano que era bastante conmovedor. Su suerte estaba ligada al futuro, a la realidad de nuestra alma, de la que era uno de los ornamentos más peculiares y mejor diferenciados. Quizá sea la nada lo verdadero y todo nuestro sueño inexistente, pero entonces sentimos que también esas frases musicales, esas nociones que existen por su relación con él, tendrán que dejar de existir. Pereceremos, pero tenemos por rehenes a esas divinas cautivas que correrán nuestra suerte. Y unida a ellas la muerte parece menos amarga, menos oscura, tal vez menos probable.

Swann no andaba, por tanto, muy descaminado al pensar que la frase de la sonata existía realmente. Claro que, humana desde esta perspectiva, pertenecía sin embargo a un orden de criaturas sobrenaturales y que nunca hemos visto, pero que, pese a todo, reconocemos extasiados cuando algún explorador de lo invisible consigue captar una, y traerla, desde el mundo divino al que él tiene acceso, para que brille unos instantes sobre el nuestro. Es lo que Vinteuil había hecho con la pequeña frase. Swann advertía que el compositor se había limitado, con sus instrumentos de música, a quitarle el velo, a volverla visible, siguiendo y respetando el dibujo con mano tan suave, tan prudente, tan delicada y tan segura que el sonido se alteraba en todo momento, difuminándose para indicar una sombra, reanimándose cuando debía seguir la huella de un contorno más audaz. Y una prueba de que Swann no se engañaba al creer en la existencia real de esa frase es que cualquier entendido algo sutil se hubiera dado cuenta inmediatamente de la impostura si Vinteuil, con menos potencia para ver y traducir sus formas, hubiese tratado de disimular, añadiendo aquí y allá algunos rasgos de su cosecha, las lagunas de su visión o los desfallecimientos de su mano.

Ahora había desaparecido. Swann sabía que reaparecería al final del último movimiento, después de un largo trozo que el pianista de Mme. Verdurin se saltaba siempre. Había en ella ideas admirables que Swann no había distinguido en la primera audición y que ahora percibía, como si en el vestuario de su memoria se hubiesen despojado del disfraz uni-

forme de la novedad. Swann escuchaba todos los temas dispersos, destinados a entrar en la composición de la frase, como las premisas en la conclusión necesaria: asistía a su génesis. «¡Qué audacia!, se decía; acaso tan genial como la de un Lavoisier, o de un Ampère[166] la audacia de un Vinteuil experimentando, descubriendo las leyes secretas de una fuerza desconocida, llevando a través de lo inexplorado, hacia la única meta posible, los invisibles corceles en que confía y que nunca podrá ver». ¡Qué hermoso el diálogo que Swann oyó entre el piano y el violín al principio del último trozo! La supresión de las palabras humanas, lejos de permitir que reinase la fantasía, como habría podido suponerse, la había eliminado; nunca el lenguaje hablado fue expresión de una necesidad tan inflexible, ni conoció hasta aquel punto la pertinencia de las preguntas, la evidencia de las respuestas. Al principio, el piano se quejó solitario, como un pájaro abandonado por su pareja; el violín lo oyó, le respondió como desde un árbol vecino. Era como en los albores del mundo, como si aún sólo ellos dos existieran sobre la tierra, o mejor dicho, en aquel mundo cerrado a todo lo demás, construido por la lógica de un creador y donde siempre estarían ellos dos solos: el mundo de aquella sonata. ¿Era un pájaro, era el alma todavía incompleta de la pequeña frase, era un hada aquel ser invisible y quejumbroso cuyo lamento repetía luego con ternura el piano? Sus gritos eran tan repentinos que el violinista debía precipitarse sobre su arco para recogerlos. ¡Pájaro maravilloso! Parecía como si el violinista quisiese encantarlo, domesticarlo, atraérselo. Ya se había insinuado en su alma, ya la pequeña frase evocada agitaba, como el de un médium, el cuerpo realmente poseído del violinista. Swann sabía que la frase hablaría una vez más. Y se había desdoblado tan bien que la espera del instante inminente en que de nuevo iba a encontrarse frente a la frase lo sacudió con uno de esos sollozos que un hermoso poema o una triste noticia provocan en nosotros, no cuando estamos solos, sino cuando se los comunicamos a amigos en quienes nos vemos reflejados como una tercera

persona cuya probable emoción los enternece. Reapareció, pero esta vez para quedar suspendida en el aire y recrearse sólo un momento, como inmóvil, y luego expirar. Por eso Swann no perdía un instante del brevísimo tiempo en que se prorrogaba. Todavía seguía allí como una flotante burbuja irisada. Como un arco iris, cuyo esplendor se debilita, se atenúa, después se reaviva y, antes de apagarse, se exalta un momento hasta un punto que aún no había alcanzado: a los dos colores que hasta entonces había mostrado, la pequeña frase añadió otras cuerdas iridiscentes, todas las del prisma, y les hizo cantar. No se atrevía Swann a moverse y habría querido obligar a los demás a permanecer quietos, como si el menor movimiento hubiese podido comprometer el prestigio sobrenatural, delicioso y frágil que casi estaba a punto de desvanecerse. Nadie, a decir verdad, pensaba en hablar. La palabra inefable de un solo ausente, acaso de un muerto (Swann no sabía si Vinteuil aún vivía), exhalándose por encima de los ritos de aquellos oficiantes, bastaba para mantener en jaque la atención de trescientas personas, y hacía de aquel estrado, sobre el que así era evocada un alma, uno de los más nobles altares consagrados al cumplimiento de una ceremonia sobrenatural. De suerte que, cuando la frase se hubo disuelto por fin flotando en jirones en los motivos que la seguían y ya habían ocupado su lugar, aunque Swann se irritó en el primer momento viendo a la condesa de Monteriender, célebre por sus tonterías, inclinarse hacia él para confiarle sus impresiones antes incluso de que la sonata hubiese concluido, no pudo por menos de sonreír, y acaso también de encontrar un sentido profundo, que ella no veía, en las palabras de que se sirvió. Maravillada por el virtuosismo de los ejecutantes, la condesa exclamó dirigiéndose a Swann: «Es prodigioso, nunca he visto nada tan fuerte...». Pero una especie de escrúpulo de exactitud le hizo corregir esa primera aserción y añadió esta reserva: «nada tan fuerte... ¡desde los veladores giratorios!».

A partir de esa velada Swann comprendió que nunca más renacería el sentimiento que Odette había tenido hacia él, que sus esperanzas de felicidad ya no se realizarían. Y los días en que por casualidad aún se mostraba amable y cariñosa, y si había tenido alguna atención con él, Swann registraba aquellos signos aparentes y engañosos de ese ligero retorno con esa solicitud emocionada y escéptica, con esa alegría desesperada de quienes, asistiendo a un amigo que ha llegado a los últimos días de una enfermedad incurable, relatan como hechos preciosos: «Ayer, él solo hizo las cuentas y fue quien descubrió en la suma un error que no-

sotros habíamos cometido; ha comido un huevo con mucho gusto, si lo digiere bien mañana probaremos con una chuleta», aun a sabiendas de que todos ellos carecen de significado en vísperas de una muerte inevitable. Indudablemente Swann estaba seguro de que, de vivir ahora lejos de ella, Odette habría terminado por resultarle indiferente, de modo que se habría sentido contento si ella hubiese abandonado París para siempre; él habría tenido valor para quedarse; pero no lo tenía para irse.

La idea se le había ocurrido a menudo. Ahora que se había centrado en su estudio sobre Vermeer, habría necesitado volver al menos por unos días a La Haya, a Dresde, a Brunswick. Estaba convencido de que una *Diana en el baño* comprada por el Mauritshuis en la subasta Goldschmidt como un Nicolas Maes, era en realidad de Vermeer[157] Y habría querido poder estudiar de cerca el cuadro para confirmar su convicción. Pero dejar París mientras Odette estaba allí e incluso cuando estaba ausente - porque en lugares nuevos donde las sensaciones no están amortiguadas por la costumbre, el dolor cobra vigor, se reanima -, era un proyecto tan cruel que se sentía capaz de pensarlo continuamente sólo porque se sabía decidido a no llevarlo a cabo nunca. Pero a veces, durmiendo, la intención del viaje renacía - sin acordarse de que tal viaje era imposible - y se realizaba en sueños. Un día soñó que se iba por un año; asomándose a la portezuela del vagón, hacia un joven que en el andén lo despedía llorando, Swann trataba de convencerle para que se fuera con él. Al ponerse el tren en marcha, lo despertó la ansiedad, se acordó de que no se iba, de que vería a Odette aquella misma noche, al día siguiente y casi cada día. Entonces, aún totalmente emocionado por el sueño, bendijo las particulares circunstancias que lo volvían independiente; gracias a ellas podía permanecer junto a Odette, y también conseguir que le permitiese verla algunas veces; y, recapitulando todas aquellas ventajas: su posición social - su fortuna, a la que ella recurría con demasiada frecuencia para no retroceder ante una ruptura (decían incluso que abrigaba la idea de que Swann se casase con ella) -, aquella amistad con M. de Charlus que, a decir verdad, nunca le había permitido conseguir gran cosa de ella, pero le procuraba la dulzura de saber que Odette oía hablar de él

de un modo halagüeño a un amigo común por quien ella sentía tanta estima, - y por último, hasta su inteligencia, que dedicaba por entero a urdir cada día una intriga nueva que volviese su presencia, si no agradable, al menos necesaria para Odette, - pensó en lo que habría sido de él si le hubiese faltado todo aquello, pensó que de haber sido, como tantos otros, pobre, humilde, necesitado, obligado a aceptar un trabajo cualquiera, o atado a unos padres, a una esposa, habría podido verse forzado a separarse de Odette, que aquel sueño cuyo espanto estaba todavía tan cerca habría podido ser cierto, y se dijo: «Nunca conocemos nuestra propia felicidad. Nunca somos tan desdichados como creemos»[illegible]. Pero calculó que aquel tipo de existencia duraba desde hacía varios años, que lo más que podía esperar es que durase siempre, que sacrificaría su trabajo, su placer, sus amigos, su vida entera en suma a la espera cotidiana de una cita que no podía proporcionarle dicha alguna, y se preguntó si no estaba engañándose, si lo que había favorecido su relación e impedido la ruptura no había perjudicado su destino, si el acontecimiento deseable no habría sido aquel del que tanto se alegraba que sólo hubiese ocurrido en sueños: su partida; y se dijo que nunca conocemos nuestra propia desdicha, que nunca somos tan felices como creemos.

A veces tenía la esperanza de que Odette muriese, sin sufrir, en un accidente, ella que siempre estaba fuera, por las calles, por la carretera, de la mañana a la noche. Y como volvía sana y salva, se admiraba de que el cuerpo humano fuera tan ágil y fuerte, que continuamente pudiese afrontar, desbaratar todos los peligros que lo rodean (y que Swann juzgaba innumerables desde que su secreto deseo los había tomado en consideración), consintiendo así a los seres humanos dedicarse cada día y casi impunemente a su labor de mentira, a la búsqueda del placer. Y, en su corazón, Swann se sentía muy cerca de aquel Mahomet II cuyo retrato, pintado por Bellini, tanto le gustaba, y quien, tras darse cuenta de que se había enamorado locamente de una de sus mujeres, la apuñaló para, según dice ingenuamente su biógrafo veneciano, recobrar su libertad de espíritu[illegible] Luego se in-

dignaba por pensar sólo en sí mismo, y los sufrimientos que había experimentado le parecían no merecer ninguna piedad puesto que él mismo tenía en tan poco la vida de Odette.

No pudiendo separarse definitivamente de ella, si al menos la hubiese visto sin interrupciones, su dolor habría acabado por calmarse y su amor por extinguirse acaso. Y dado que ella no quería abandonar París para siempre, hubiese deseado que no lo abandonara nunca. Sabiendo que la única ausencia larga de Odette todos los años era la de agosto y septiembre, tenía por lo menos la ventaja de ir disolviendo con varios meses de antelación la amarga idea en todo el Tiempo futuro, que él llevaba dentro de sí por anticipado y que, compuesto por días homogéneos a los actuales, circulaba transparente y frío en la mente alimentando su tristeza, pero sin causarle sufrimientos demasiado agudos. Mas bastaba una sola palabra de Odette para llegar, a través de Swann, a ese futuro interior, a ese río, incoloro y libre, y, como un trozo de hielo, lo inmovilizaba, endurecía su fluidez, lo hacía helarse por entero; y Swann se había sentido de repente invadido por una masa enorme e infrangible que oprimía las paredes internas de su ser hasta hacerlo estallar: es que Odette le había dicho, con una mirada risueña e irónica que le observaba: «Forcheville hará un viaje muy bonito por Pascua. Se va a Egipto», y Swann había comprendido en el acto que eso significaba: «En Pascua me iré a Egipto con Forcheville». Y en efecto, si pocos días más tarde Swann le decía: «¿Qué hay de ese viaje que me dijiste que harías con Forcheville?», ella atolondradamente respondía: «Sí, tesoro, nos vamos el 19, ya te mandaremos una vista de las Pirámides». Entonces él quería saber si era la amante de Forcheville, preguntárselo a ella misma. Sabía que, supersticiosa como era, había ciertos perjurios que nunca cometería, y además el temor, que hasta entonces le había paralizado, de irritar a Odette preguntándoselo, de hacerse detestar por ella, ahora ya no existía porque había perdido toda esperanza de recuperar su amor.

Cierto día recibió una carta anónima diciéndole que Odette había sido la querida de innumerables hombres (se citaban algunos, entre ellos Forcheville, M. de Bréauté y el pintor), de mujeres, y que frecuentaba las casas de citas. Le atormentó pensar que entre sus amigos había alguien capaz de haberle enviado aquella carta (porque ciertos detalles revelaban en quien la había escrito un conocimiento íntimo de la vida de Swann). Trató de saber quién podía haber si-

do. Pero nunca había tenido la menor sospecha de los actos ocultos de las personas, de esos que carecen de lazos visibles con sus palabras. Y cuando quiso saber dónde tenía que situar la desconocida región en la que debía de haberse gestado aquel acto innoble, si bajo el carácter aparente de M. de Charlus, o de M. des Laumes, o de M. d'Orsan, como ninguno de tales caballeros había aprobado nunca en su presencia las cartas anónimas y como todas sus palabras implicaban la desaprobación más rotunda, no vio razones para atribuir aquella infamia a la índole de uno o de otro. La de M. de Charlus era algo desequilibrada, pero en el fondo buena y cariñosa; la de M. des Laumes algo seca, pero sana y recta. En cuanto a M. d'Orsan, Swann nunca había conocido a nadie que, hasta en las circunstancias más tristes, se dirigiese a él con palabras más sentidas y gesto más discreto y apropiado. Hasta el punto de que no lograba comprender el papel poco delicado que se atribuía a M. d'Orsan en los amores que mantenía con una mujer rica, y por eso, cada vez que Swann pensaba en él, se veía obligado a dejar de lado esa mala reputación inconciliable con tantos testimonios ciertos de delicadeza. Durante un instante Swann sintió oscurecerse su mente y pensó en otra cosa para recuperar un poco de luz. Luego tuvo el valor de volver sobre esas reflexiones. Pero entonces, después de no haber podido sospechar de nadie, no tuvo más remedio que sospechar de todo el mundo. Al fin y al cabo, M. de Charlus le apreciaba, tenía buen corazón. Pero era un neurópata, acaso mañana llorase si le sabía enfermo, y hoy por celos, por rabia, por cualquier idea súbita que se hubiese apoderado de él, podía haber deseado hacerle daño. En el fondo, esa raza de hombres es la peor de todas. El príncipe des Laumes estaba lejos, desde luego, de apreciar a Swann tanto como M. de Charlus. Pero precisamente por eso no tenía con él las mismas susceptibilidades; y además era un temperamento frío sin duda, pero tan incapaz de vilezas como de grandes acciones; Swann se arrepentía de no haberse relacionado, en su vida, más que con personas así. Luego cavilaba que lo que impide a los hombres hacer daño al prójimo es la bondad, y que, en definitiva, sólo podía responder de naturalezas análogas a la suya, como era, respecto a los sentimientos, la de M. de Charlus. La sola idea de causar aquel dolor a Swann le hubiera sublevado. En cambio, con un hombre insensible, de una humanidad distinta, como era el príncipe des Laumes, ¿cómo prever a qué actos podían conducirle móviles de una esencia diferente? Tener corazón es lo importante, y M. de Charlus lo tenía.

Tampoco le faltaba a M. d'Orsan, y sus relaciones cordiales aunque poco íntimas con Swann, nacidas del placer que, por tener la misma opinión en todo, sentían charlando juntos, ofrecían mayor tranquilidad que el exaltado afecto de M. de Charlus, capaz de entregarse a actos apasionados, fueran buenos o malos. Si existía alguien por quien Swann siempre se había sentido comprendido y delicadamente amado, era M. d'Orsan. De acuerdo, pero ¿y aquella vida poco honorable que llevaba? Swann lamentaba no haberla tenido en cuenta, haber confesado muchas veces en broma que nunca había experimentado sentimientos tan vivos de simpatía y estima como en compañía de un canalla. Por algo, se decía ahora, desde que los hombres juzgan a su prójimo, lo hacen por sus actos. Eso es lo único que significa algo, y nada lo que decimos, lo que pensamos. Charlus y des Laumes podrán tener tales o cuales defectos, pero son personas honestas. Tal vez Orsan no los tenga, pero no es un hombre honrado. Es posible que haya obrado mal una vez más. Luego Swann sospechó de Rémi, quien, a decir verdad, sólo habría podido inspirar la carta, pero durante un momento le pareció la pista buena. En primer lugar, Lorédan tenía razones para odiar a Odette. Además, ¿cómo no suponer que los criados, viviendo en una situación inferior a la nuestra, añadiendo a nuestra fortuna y a nuestros defectos riquezas y vicios imaginarios por los que nos envidian y desprecian, puedan verse fatalmente inducidos a obrar de forma distinta que personas de nuestro mundo? También sospechó de mi abuelo. Cada vez que le había pedido un favor, ¿no se lo había negado siempre? Además, con sus ideas burguesas podía haber pensado que obraba por el bien de Swann. Sospechó también de Bergotte, del pintor, de los Verdurin, admiró de pasada una vez más la prudencia de las gentes de mundo, que evitan codearse con esos medios de artistas donde pueden ocurrir esas cosas, y donde tal vez hasta se admitan como bromas graciosas; pero recordaba los rasgos de rectitud de aquellos bohemios, y los comparó con la vida de arbitrios extremos, casi de estafas, a que la falta de dinero, la necesidad de lujo y la corrupción de los placeres conducen a menudo a la aristocracia. En resumen, aquella carta anónima le demostró que él conocía a un ser capaz de perversidad, pero no veía razón alguna para creer que esa perversidad estuviese oculta en la toba - inexplorada por todos - del carácter del hombre sensible más que del hombre frío, del artista más que del burgués, del gran señor más que del criado. ¿Qué criterio adoptar para juzgar a los hombres? En el fondo, entre las personas que conocía no

había una sola que no le pareciese incapaz de una infamia. ¿Tenía que dejar de verlas a todas? Se le nubló el entendimiento; se pasó dos o tres veces las manos por la frente, limpió los cristales de sus lentes con el pañuelo, y pensando que, después de todo, personas de su mismo nivel frecuentaban a M. de Charlus, al príncipe des Laumes y a los demás, se dijo que eso indicaba, si no que fuesen incapaces de infamia, al menos que frecuentar a personas que tal vez no sean incapaces de cometerlas es una necesidad de la vida a la que todos estamos sometidos. Y siguió estrechando la mano a todos aquellos amigos de quienes había sospechado, con la reserva puramente formal de que quizá habían intentado desesperarle. En cuanto al fondo mismo de la carta, no se preocupó, porque ni una sola de las acusaciones formuladas contra

Odette tenía sombra alguna de verosimilitud. Como tantos otros, Swann era mentalmente perezoso y carecía de poder de invención. Sabía perfectamente, como verdad general, que la vida de los seres humanos está llena de contrastes, pero, para cada persona en particular, se figuraba que la parte de su vida para él desconocida era idéntica a la parte conocida. Imaginaba lo que le callaban con ayuda de lo que le decían. En los momentos en que Odette estaba a su lado, si hablaban juntos de una acción indelicada cometida o de un sentimiento indelicado experimentado por otro, ella los censuraba en virtud de los mismos principios que Swann siempre oyera profesar a sus padres y a los que había permanecido fiel; y luego ella arreglaba sus flores, bebía una taza de té, se interesaba por los trabajos de Swann. Y así Swann extendía esos hábitos al resto de la vida de Odette, repetía esos gestos cuando quería imaginar los momentos en que ella estaba lejos. Si se la hubiesen descrito tal como era, o mejor dicho tal como había sido durante tanto tiempo con él, pero junto a otro hombre, hubiera sufrido, porque esa imagen le habría parecido verosímil. Pero que frecuentase casas de alcahuetas, se entregase a orgías con mujeres, llevase la vida crapulosa de criaturas abyectas, era una divagación insensata a cuya realización, gracias a Dios, los imaginados crisantemos, los sucesivos tés y las indignaciones virtuosas no concedían la más mínima posibilidad. Sólo de vez en cuando daba a entender a Odette que, por maldad, le contaban todo lo que ella hacía; y sirviéndose, a propósito, de un detalle insignificante pero verdadero del que se había enterado por casualidad, como si fuese, entre otros muchos, el único trocito que dejaba traslucir, a pesar suyo, de una reconstrucción completa de la vida de Odette

que mantenía oculta dentro de sí, la inducía a suponer que estaba al corriente de cosas que en realidad no sabía y ni siquiera sospechaba, porque, si muchas veces conminaba a Odette a no alterar la verdad, era simplemente, se diese cuenta o no, para que ella le dijese todo lo que hacía. Indudablemente, como le decía a Odette, amaba la sinceridad, pero la amaba como a una proxeneta que podía tenerle al corriente de la vida de su amante. Por eso, su amor a la sinceridad, al no ser desinteresado, no le había vuelto mejor. La verdad que buscaba apasionadamente era la que Odette le diría; pero, para conseguir esa verdad, no temía recurrir a la mentira, a esa mentira que, como no se cansaba de pintar a Odette, conducía a la degradación a toda criatura humana. En resumen, mentía tanto como Odette porque, más infeliz que ella, no era menos egoísta. Y ella, oyendo a Swann contarle de aquel modo cosas que ella había hecho, lo miraba con aire desconfiado y, por si acaso, enfadada, para no dar la impresión de humillarse y avergonzarse de sus actos.

Un día, durante el período de calma más largo que aún hubiese podido vivir sin verse dominado por un ataque de celos, había aceptado ir por la noche al teatro con la princesa des Laumes. Una vez abierto el periódico para ver qué representaban, la vista del título: *Les Filles de marbre* de Théodore Barrière, le hirió de un modo tan atroz que instintivamente se echó hacia atrás y apartó la cabeza. Iluminada como por la luz de las candilejas, en aquella nueva posición, la palabra «mármol», que Swann había perdido la facultad de distinguir a fuerza de encontrársela delante de los ojos, se le había vuelto de pronto visible y le había hecho recordar inmediatamente aquella historia que Odette le había contado hacía tiempo, sobre una visita que había hecho al Salón del Palacio de la Industrial en compañía de Mme. Verdurin, quien le había dicho: «Ten cuidado, yo sabré bien deshelarte, porque no eres de mármol». Odette le había asegurado que sólo era una broma, y él no le había dado mayor importancia. Pero entonces confiaba más en ella que hoy. Y precisamente la carta anónima hablaba de amores de esa clase. Sin atreverse a levantar los ojos hacia el periódico, lo desplegó, volvió una página para no ver más aquella frase: «Las muchachas de mármol», y empezó

a leer maquinalmente las noticias de los departamentos. Había habido una tempestad en el Canal de la Mancha, se hablaba de daños en Dieppe, en Cabourg, en Beuzeval De pronto, volvió a echarse instintivamente hacia atrás.

El nombre de Beuzeval le había hecho pensar en el de otra localidad de esa región, Beuzeville , que lleva, unido a éste mediante un guión, otro nombre, el de Bréauté; lo había visto a menudo en los mapas, pero por primera vez caía en la cuenta de que era el mismo de su amigo M. de Bréauté, de quien la carta anónima decía que había sido amante de Odette. Después de todo, en el caso de M. de Bréauté, la acusación no era inverosímil; pero en lo referente a Mme. Verdurin, no había la menor posibilidad. Del hecho de que Odette mintiera algunas veces no podía llegarse a la conclusión de que nunca decía la verdad, y en esas palabras cambiadas con Mme. Verdurin y que ella misma le había referido a Swann, éste había reconocido esas bromas inútiles y peligrosas que, por inexperiencia de la vida e ignorancia del vicio, gastan las mujeres, que así dejan al desnudo su inocencia y que - como por ejemplo Odette - están más lejos que ninguna otra de sentir un afecto apasionado por otra mujer. Mientras que, por el contrario, la indignación con que había rechazado las sospechas que involuntariamente su relato había suscitado en Swann por un instante cuadraba con cuanto él sabía de los gustos y del temperamento de su querida. Pero en ese instante, por una de esas inspiraciones de celoso, análogas a la que aporta al poeta o al sabio que aún sólo tienen una rima o una observación la idea o la ley de la que sacarán toda su fuerza, Swann recordó por vez primera una frase que Odette le había dicho hacía ya dos años: «¡Oh!, en este momento para Mme. Verdurin sólo existo yo, dice que soy un encanto, me besa, quiere que salga de compras con ella, desea que la trate de tú». Lejos de ver entonces en esa frase relación alguna con las absurdas palabras destinadas a simular el vicio que Odette le había contado, Swann las había acogido como prueba de una calurosa amistad. Y, ahora, el recuerdo de aquella ternura de Mme. Verdurin venía a unirse bruscamente al recuerdo de su conversación de mal gusto. Ya no podía separarlos mentalmente, y los vio unidos también en la realidad, donde el cariño prestaba algo de seriedad y de importancia

a aquellas bromas que, a cambio, le hacían perder parte de su inocencia. Fue a casa de Odette. Se sentó lejos de ella. No se atrevía a besarla, por no saber si en ella, si en él, un beso iba a despertar el cariño o la cólera. Callaba, miraba morir su amor. De pronto tomó una resolución.

«Odette, querida, le dijo, ya sé que soy odioso, pero tengo que preguntarte algunas cosas. ¿Recuerdas la idea que se me ocurrió a propósito de ti y de Mme. Verdurin? Dime si era verdad, con ella o con otra».

Odette sacudió la cabeza frunciendo la boca, gesto que a menudo utilizan las personas para responder que no irán, que eso les aburre, cuando alguien les ha preguntado: «¿Quiere ver pasar la cabalgata, asistirá usted a la Revista?». Pero ese movimiento de cabeza, asociado por regla general a un suceso futuro, insinúa precisamente cierta incertidumbre en la negación de un suceso pasado. Además evoca simples razones de conveniencia personal antes que reprobación, o que imposibilidad moral. Viendo que Odette le hacía así la señal de que era falso, Swann comprendió que tal vez fuese cierto.

«Ya te lo he dicho, lo sabes de sobra, añadió ella con aire irritado e infeliz.

-Sí, lo sé, pero ¿estás segura? No me digas: "Lo sabes de sobra", dime: "Nunca he hecho ese tipo de cosas con ninguna mujer"».

Ella repitió como una lección, en tono irónico y como si quisiera librarse de él:

«Nunca he hecho ese tipo de cosas con ninguna mujer.

-¿Puedes jurármelo por tu medalla de Nuestra Señora de Laghet?».

Swann sabía que Odette no juraría en falso por aquella medalla.

«¡Oh, cómo me atormentas!», exclamó, escabulléndose con ese arranque al aprieto de la pregunta. «Pero ¿has acabado ya? ¿Qué te pasa hoy? ¿Has decidido que tengo que detestarte y aborrecerte? Mira, quería volver a estar bien contigo como antes, y así me lo agradeces».

Pero, sin soltar la presa, como un cirujano que espera el final de un espasmo que su intervención interrumpe pero no le hace renunciar a ella:

«Estás muy equivocada si te figuras que voy a guardarte rencor por eso, Odette, le dijo con delicadeza persuasiva y engañosa. Nunca te hablo de lo que sé, y siempre sé mucho más de lo que digo. Pero sólo tú puedes endulzar con tu confesión lo que me hace odiarte cuando han sido otros quienes me lo han denunciado. Mi rabia contra ti no se de-

be a tus actos, te lo perdono todo porque te amo, sino a tu falsía, a esa falsía absurda que te hace seguir negando cosas que ya sé.

Pero ¿cómo quieres que pueda seguir amándote cuando veo que sostienes y me juras una cosa que sé falsa? Odette, no prolongues más este momento que es una tortura para ambos. Si tú quieres, todo habrá terminado en un segundo, serás libre para siempre. Dime por tu medalla si has hecho o no has hecho alguna vez esas cosas.

-Y yo qué sé, exclamó ella con rabia, quizá hace mucho tiempo, sin darme cuenta de lo que hacía, quizá dos o tres veces».

Swann había previsto todas las posibilidades. Pero la realidad es algo que no guarda ninguna relación con las posibilidades, no más que una puñalada que recibimos con los leves movimientos de las nubes sobre nuestra cabeza, porque aquellas palabras, «dos o tres veces», grabaron en vivo una especie de cruz en su corazón. Cosa extraña que esas palabras, «dos o tres veces», nada más que unas palabras, palabras pronunciadas al aire, a distancia, pudiesen desgarrar de aquella forma el corazón como si realmente lo tocasen, pudieran intoxicarlo como un veneno que se ha ingerido. Swann pensó involuntariamente en aquella frase que había oído en casa de Mme. de Saint-Euverte: «Es lo más fuerte que he visto desde los veladores giratorios». El sufrimiento que sentía no se parecía a nada de lo que se había figurado. No sólo porque en sus horas de mayor desconfianza rara vez su imaginación había ido tan lejos en el mal, sino porque, hasta cuando la imaginaba, la cosa seguía siendo vaga, incierta, privada del horror particular que se había desprendido de las palabras «quizá dos o tres veces», desprovista de esa crueldad específica tan diferente de cuanto había conocido, como una enfermedad que se padece por primera vez. Y sin embargo, no amaba menos a aquella Odette de la que procedía todo aquel dolor, al contrario, la necesitaba más, como si a medida que crecía el sufrimiento creciese al mismo tiempo el valor del calmante, del contraveneno que sólo aquella mujer poseía. Quería dedicarle más cuidados, como a una enfermedad cuando de pronto descubrimos que se agrava. Quería que la cosa horrible que le había confesado haber hecho «dos o tres veces» no volviera a repetirse. Por eso tenía que velar por Odette. Suele decirse que denunciando a un amigo los defectos de su amante, sólo se consigue unirlo más a ella, porque no les presta crédito, ¡pero lo une mucho más si se los presta! Mas, ¿cómo protegerla?, se decía Swann. Quizá pudiese preservarla de una

mujer concreta, pero había cientos de mujeres, y comprendió la locura que lo había dominado cuando, la noche en que no había encontrado a Odette en casa de los Verdurin, había empezado a desear la posesión, siempre imposible, de un ser distinto. Por suerte para Swann, bajo los nuevos sufrimientos que acababan de irrumpir en su alma como hordas de invasores, existía un fondo natural más antiguo, más suave y silenciosamente laborioso, como las células de un órgano herido que enseguida se ponen a trabajar para rehacer los tejidos lesionados, como los músculos de un miembro paralizado que tienden a recobrar sus propios movimientos. Aquellos habitantes más antiguos, más autóctonos de su alma, emplearon por un instante todas las fuerzas de Swann en ese trabajo oscuramente reparador que produce la ilusión del reposo a un convaleciente, a un operado. En esta ocasión, al contrario de lo que solía ocurrir, no fue en el cerebro de Swann sino más bien en su corazón donde se produjo aquel alivio por agotamiento. Mas todas las cosas de la vida que han existido una vez tienden a volver a crearse, y como un animal agonizante al que de nuevo agita el sobresalto de una convulsión que parecía acabada, sobre el corazón, momentáneamente salvado, de Swann, el mismo sufrimiento volvió por sí mismo a trazar la misma cruz. Recordó aquellas noches de luna llena en que, echado en su victoria que lo llevaba a la calle La Pérouse, cultivaba voluptuosamente dentro de sí las emociones del hombre enamorado, sin saber el fruto envenenado que necesariamente habían de producir. Mas todas estas ideas sólo duraron el espacio de un segundo, el tiempo de llevarse la mano al corazón; recobró el aliento y consiguió sonreír para disimular su tortura. Acto seguido volvía a replantearse las preguntas. Porque a sus celos, después de haberse tomado un trabajo que ningún enemigo hubiese afrontado para lograr asestarle aquel golpe y hacerle conocer el dolor más cruel que nunca hasta ese momento había llegado a sentir, a sus celos no les parecía que hubiese sufrido suficiente y trataban de hacerle recibir una herida más profunda todavía. Como una divinidad perversa, a Swann le inspiraban los celos y lo empujaban a su ruina. No fue culpa suya, sino sólo de Odette, si en un primer momento el suplicio no se agravó.

«Querida, le dijo, se acabó, ¿era con una persona que conozco?

-Te juro que no, pienso además que he exagerado, que nunca he llegado hasta ese punto».

Swann sonrió y continuó:

«¿Qué quieres que te diga? No tiene importancia, pero es

una lástima que no puedas decirme el nombre. Si pudiese imaginarme a la persona, no volvería a pensar en ello. Lo digo por ti, porque así no volvería a molestarte. ¡Tranquiliza tanto imaginarse las cosas! Lo terrible es lo que uno no puede figurarse. Pero ya has sido muy amable, no quiero cansarte. Te agradezco de todo corazón todo el bien que me has hecho. Se acabó. Sólo una cosa más: "¿Hace cuánto tiempo?".

-Pero, Charles, ¿no ves que estás matándome, que es una cosa viejísima? No había vuelto a pensar en ello, se diría que pretendes meterme esas ideas en la cabeza a toda costa. Sí que adelantarías mucho», dijo ella con una estupidez inconsciente y voluntaria perfidia.

«¡Oh! Sólo quería saber si ocurrió después de conocerte. ¿No habría sido lo más lógico que ocurriese aquí mismo? ¿No puedes indicarme una noche concreta, para ver si consigo recordar qué hacía yo esa noche? Como comprenderás, no es posible que no recuerdes con quién, Odette, amor mío.

-Pero si no lo sé, creo que fue en el Bois una noche que viniste a buscarnos a la isla. Habías cenado en casa de la princesa des Laumes», dijo Odette, feliz por suministrar un detalle concreto que atestiguaba su veracidad. «En una mesa vecina había una mujer a la que no había visto hacía mucho. Me dijo: "Acompáñeme detrás de esa pequeña roca para ver el efecto del claro de luna en el agua". Lo primero que hice fue bostezar y le contesté: "No, estoy cansada y me encuentro a gusto aquí". Ella me aseguró que nunca había habido un claro de luna como aquél. Yo le dije: "¡Cuánto cuento!"; sabía de sobra adónde quería ir a parar».

Odette lo contaba casi riendo, bien porque le pareciese completamente natural, bien porque creyese atenuar así su importancia, o quizá para no parecer humillada. Al ver la cara de Swann, cambió de tono:

«Eres un miserable, te diviertes torturándome, haciéndome decir las mentiras que digo sólo para que me dejes en paz».

Este segundo golpe asestado a Swann era más atroz todavía que el primero. Nunca había supuesto que fuese algo tan reciente, oculto a sus ojos, incapaces de descubrirla, no en un pasado que no había conocido, sino en noches que recordaba muy bien, que había vivido con Odette, que había creído conocer a la perfección y que ahora, retrospectivamente, adquirían un no sé qué de turbio y de atroz; de repente en medio de ellos se abría aquel abismo terrible, aquel momento en la isla del Bois. Sin ser inteligente,

Odette poseía el encanto de la naturalidad. Había contado, había representado aquella escena con tanta sencillez que Swann, anhelante, lo veía todo: el bostezo de Odette, la pequeña roca. La oía contestar - ¡alegremente, por desgracia! - : «¡Cuánto cuento!». Intuía que aquella noche no le diría nada más, que no era de esperar ninguna revelación nueva en ese momento; le dijo: «Pobrecita mía, perdóname, me doy cuenta de que te hago sufrir, se acabó, ya no pienso en ello».

Mas Odette vio que sus ojos seguían clavados en las cosas que no sabía y en aquel pasado de su amor, monótono y dulce en su memoria porque era vago, y que aquel minuto en la isla del Bois, al claro de luna, después de la cena en casa de la princesa des Laumes, laceraba ahora como una herida. Pero estaba Swann tan acostumbrado a encontrar interesante la vida - a admirar los curiosos descubrimientos que pueden hacerse en ella - que aun sufriendo hasta el punto de creer que no podría soportar por mucho tiempo un dolor semejante, se decía: «La vida es realmente asombrosa y nos reserva estupendas sorpresas; en resumen, el vicio es algo mucho más extendido de lo que la gente cree. He ahí una mujer en la que yo confiaba, de aspecto tan sencillo, tan honesto siempre, y aunque un poquillo ligera parecía completamente normal y sana en sus inclinaciones: a raíz de una denuncia inverosímil, la interrogo, y lo poco que me confiesa revela mucho más de lo que hubiese podido sospecharse». Pero no podía limitarse a estas observaciones desinteresadas. Trataba de apreciar exactamente el alcance de lo que le había contado, para saber si debía llegar a la conclusión de que había hecho muchas veces aquellas cosas, de que se renovarían. Se repetía las palabras de Odette: «Sabía de sobra adónde quería ir a parar», «Dos o tres veces», «¡Cuánto cuento!», pero no reaparecían desarmadas en la memoria de Swann, cada una tenía un puñal y le asestaba un nuevo golpe. Durante mucho tiempo, como un enfermo que no puede por menos de intentar repetir a cada instante el movimiento que le provoca dolor, se decía una y otra vez estas palabras. «Me encuentro a gusto aquí», «¡Cuánto cuento!», pero el sufrimiento era tan fuerte que se veía obligado a detenerse. Lo maravillaba que actos que siempre había juzgado con tanta ligereza, y tan alegremente, le pareciesen ahora tan graves como una enfermedad de la que se puede morir. Conocía desde luego muchas mujeres a las que hubiese podido pedir que vigilaran a Odette. Pero ¿cómo esperar que asumirían su nuevo punto de vista y no habrían de atenerse al que durante tanto tiempo había sido el

suyo, el que siempre había guiado su vida voluptuosa, que no le dirían riéndose: «Maldito celoso que quiere privar de un placer a los demás». ¿Por qué trampilla abierta de repente a sus pies (él, que, en el pasado, de su amor por Odette sólo había sacado delicados placeres) había sido precipitado bruscamente a este nuevo círculo infernal donde no vislumbraba ninguna vía de salida? ¡Pobre Odette! No le guardaba rencor. Sólo era culpable a medias. ¿No decía que fue su propia madre quien la había entregado, casi niña, en Niza, a un rico inglés? ¡Y qué dolorosa verdad adquirirían para él aquellas líneas del *Journal d'un poète* de Alfred de Vigny, que tiempo atrás había leído con indiferencia: «Cuando nos enamoramos de una mujer, deberíamos decirnos: ¿Qué gente la rodea? ¿Cuál ha sido su vida? Ahí descansa toda la felicidad de la existencia»[illegible]. A Swann lo maravillaba que simples frases deletreadas por su pensamiento, como «¡Cuánto cuento!», «Sabía de sobra adónde quería ir a parar», pudiesen hacerle tanto daño. Mas se daba cuenta de que lo que creía simples frases no eran sino piezas de la armadura entre las que resistía, y podía serle restituido, el dolor que ya había sentido durante el relato de Odette. Porque era desde luego ese mismo dolor el que de nuevo experimentaba. Poco importaba que ahora supiese - y poco había de importar que, con el tiempo, olvidara un poco y perdonase - : en el momento de repetirse aquellas palabras, el antiguo dolor lo devolvía al estado en que se hallaba antes de que Odette hablara: ignorante de todo, confiado; para que la confesión de Odette pudiese herirle, sus crueles celos volvían a colocarlo en la posición de quien aún no sabe nada, y al cabo de unos meses aquella vieja historia seguía alterándole como una revelación. Admiraba la terrible fuerza recreadora de su memoria. Sólo del debilitamiento de esa matriz cuya fecundidad disminuye con los años podía esperar un alivio a su tortura. Pero, cuando parecía algo menguado el poder que para hacerle sufrir tenía una de las frases pronunciadas por Odette, una de aquellas en las que menos había reparado hasta entonces la mente de Swann, una frase casi nueva, venía a relevar a las otras y lo golpeaba con un vigor intacto. El recuerdo de la noche que había cenado en casa de la princesa des Laumes resultaba doloro-

so, pero sólo era el centro de su mal. Mal que irradiaba confusamente a su alrededor durante todos los días siguientes. Y fuera cual fuese el punto de Odette que quisiese tocar en sus recuerdos, era la estación entera, durante la que tantas veces iban a cenar los Verdurin a la isla del Bois, la que le hacía daño. Tanto que, poco a poco, la curiosidad que en él excitaban los celos fue neutralizada por el miedo a los nuevos tormentos que se infligiría en caso de satisfacerla. Se daba cuenta de que todo el período de la vida de Odette transcurrido antes de conocerla, período que nunca había tratado de imaginar, no era la extensión abstracta vagamente vislumbrada, sino un compuesto de años determinados, lleno de incidentes concretos. Pero temía que, al conocerlos, aquel pasado incoloro, fluido y soportable, había de adquirir un cuerpo tangible e inmundo, un rostro individual y diabólico. Y seguía sin querer imaginárselo, no por pereza mental, sino por miedo a sufrir. Esperaba que un día acabaría por poder oír el nombre de la isla del Bois, o de la princesa des Laumes, sin sentir el antiguo desgarro, y le parecía imprudente provocar a Odette para que le proporcionase nuevas palabras, el nombre de lugares, de circunstancias diferentes que, apenas calmado su mal, lo harían renacer bajo otra forma.

Pero muchas veces las cosas que no conocía, que ahora temía conocer, era la misma Odette quien se las revelaba espontáneamente, y sin darse cuenta; de hecho, la distancia que el vicio ponía entre la vida real de Odette y la vida relativamente inocente que Swann había creído, y que a menudo seguía creyendo que llevaba su amante, de esa distancia la propia Odette desconocía la extensión: un ser vicioso, que siempre aparenta la misma virtud ante personas a las que quiere ocultar sus vicios, no tiene medio alguno de controlar hasta qué punto estos últimos, cuyo crecimiento continuo le resulta insensible a él mismo, le arrastran lentamente lejos de los modos normales de vivir. Cohabitando, dentro de la mente de Odette, con el recuerdo de las acciones que ocultaba a Swann, otras iban recibiendo poco a poco su reflejo, resultaban contagiadas, sin que ella acertase a ver nada extraño, sin que desentonasen en el particular ambiente en que las hacía vivir dentro de sí misma; pero si se las contaba a Swann, éste se asustaba por la revelación del ambiente que dejaban traslucir. Un día intentaba preguntarle, sin herirla, si alguna vez había estado en una casa de alguna alcahueta. A decir verdad estaba convencido de que no; la lectura de la carta anónima había inducido aquella suposición en su cerebro, pero de una forma mecánica;

aunque no le había prestado el menor crédito, de hecho había quedado allí, y Swann, para librarse de la presencia puramente material pero sin embargo molesta de la sospecha, anhelaba que Odette la extirpase. «¡Oh, no! Y no es que no me persigan para eso», añadió, revelando en su sonrisa cierta satisfacción vanidosa, sin ocurrírsele que no podía parecer legítima a Swann. «Hay una, incluso, que ayer estuvo esperándome más de dos horas, me ofrecía lo que yo quisiera. Al parecer hay un embajador que le ha dicho: "Me mato si no me la trae". Le dijeron que no estaba en casa, pero al final yo misma tuve que salir y hablar con ella para que se fuese. Me habría gustado que vieses cómo la traté, la doncella que me oía desde la habitación de al lado me ha dicho que le gritaba hasta desgañitarme: "¡Pero si ya le he dicho que no quiero! Una idea así no me gusta. ¡Creo que soy totalmente libre de hacer lo que me dé la gana, digo yo! Si necesitase dinero, lo comprendo...". El portero tiene orden de no dejarla pasar. Le dirá que estoy en el campo. ¡Ah, me habría gustado que estuvieses escondido en alguna parte! Creo que habrías quedado satisfecho, querido. Ya ves, después de todo tu pequeña Odette tiene algo bueno, aunque algunos la encuentren tan detestable».

Además, sus confesiones mismas, cuando se las hacía, de faltas que suponía descubiertas por Swann, servían a éste sobre todo como punto de partida de nuevas dudas que no ponían término a las antiguas. Porque aquéllas nunca guardaban exacta proporción con éstas. Por más que Odette eliminase de la confesión todo lo esencial, en lo accesorio seguía quedando algo que Swann nunca había imaginado, que lo abrumaba con su novedad e iba a permitirle modificar los términos del problema de sus celos. Y esas confesiones ya no podía olvidarlas. Su alma las acarreaba, las rechazaba, las acunaba, como a cadáveres. Y se envenenaba con ellas.

En una ocasión, Odette le habló de una visita que Forcheville le había hecho el día de la fiesta París-Murcia. «Pero, ¿ya le conocías? ¡Ah, sí, es verdad!», dijo él corrigiéndose para no parecer que lo ignoraba. Y de repente se echó a temblar pensando que, el día de aquella fiesta París-Murcia, el mismo en que había recibido una carta suya celosamente conservada, ella tal vez almorzaba con Forcheville en la Maison d'Or. Odette le juró que no. «Sin embargo, la Maison d' Or me recuerda no sé qué que luego supe que no era verdad», dijo para asustarla. «Sí, que no estaba allí la noche que tú me buscabas en Prévost y yo te dije que acababa de salir de la Maison d'Or», le replicó (creyendo por su expre-

sión que Swann lo sabía), con una decisión donde, mucho más que cinismo, había timidez, miedo a contrariar a Swann, y que por amor propio quería ocultarle, además de su intención de demostrarle que era capaz de ser sincera. Por eso, la precisión y el vigor con que asestó el golpe eran de verdugo y estaban exentos de crueldad, porque Odette no era consciente del daño que le hacía; hasta se echó a reír, aunque en realidad tal vez fuese para no parecer humillada, confusa. «Es cierto, no estuve en la Maison d'Or, salía de casa de Forcheville. Había estado realmente en Prévost, eso sí que no era mentira, él me había encontrado allí y me había pedido que subiese a ver sus grabados. Pero había llegado no sé quién a verle. Yo te dije que venía de la Maison d'Or, por miedo a que te enfadases. Ya ves, lo hice con mi mejor intención. Pongamos que cometí un error, por lo menos te lo digo francamente. ¿Qué interés tendría en no decirte también que almorcé con él el día de la fiesta París-Murcia, si fuese cierto? Sobre todo porque, entonces, nosotros dos apenas nos conocíamos, ¿verdad, querido?». Swann le sonrió con la repentina cobardía del ser extenuado en que le habían convertido aquellas palabras abrumadoras. Así pues, hasta en los meses que nunca más se había atrevido a recordar porque habían sido demasiado felices, en esos meses en los que le había amado, ¡ya le mentía! Como ese momento (la primera noche que habían «hecho catleya») en que le dijo que salía de la Maison Dorée, cuántos más debía de haber encubriendo también una mentira que Swann no había sospechado. Recordó que un día ella le había dicho: «Bastaría decirle a Mme. Verdurin que el vestido no estaba listo, que mi *cab* ha llegado tarde. Siempre hay un medio de arreglar las cosas». Probablemente también a él, cuando le había dicho frases de esas que explican un retraso, que justifican un cambio de hora en una cita, muchas veces sus palabras habían debido de ocultarle, sin que entonces lo sospechase, algún compromiso de Odette con otro, otro al que le había dicho: «Bastará con decirle a Swann que el vestido no estaba listo, que mi *cab* ha llegado tarde, siempre hay un medio de arreglar las cosas». Y bajo los recuerdos más dulces de Swann, bajo las palabras más simples que en otro tiempo le dijera Odette, y que él había creído como palabras del evangelio, bajo los hechos cotidianos que le había contado, bajo los lugares más habituales, la casa de la costurera, la avenida del Bois, el Hipódromo, sentía insinuarse, disimulada por ese excedente de tiempo que hasta en las jornadas más pormenorizadas aún deja cierto margen, cierto espacio, y puede servir de escon-

dite a ciertas iniciativas, sentía insinuarse la posible y subterránea presencia de mentiras que a sus ojos volvían innoble todo lo más querido que le había quedado (sus mejores noches, la calle de La Pérouse misma, que Odette siempre había debido de abandonar a horas distintas de las que le había dicho), haciendo circular por todas partes un poco del tenebroso horror sentido al oír la confesión relativa a la Maison Dorée, y, como las bestias inmundas en la Desolación de Nínive[22], sacudiendo piedra a piedra todo su pasado. Si ahora se retraía cada vez que su memoria le sugería el cruel nombre de la Maison Dorée, no era, como recientemente le había ocurrido en la velada de Mme. de Saint-Euverte, por recordarle una felicidad hacía mucho perdida, sino una desgracia recientemente sabida. Luego, lo mismo que el nombre de la isla del Bois, el de la Maison Dorée dejó poco a poco de hacer sufrir a Swann. Porque lo que creemos que son nuestro amor y nuestros celos no es una misma pasión continua, indivisible. Se componen de una infinidad de amores sucesivos, de celos diferentes y que son efímeros, pero que por su multiplicidad ininterrumpida dan la impresión de continuidad, la ilusión de unidad. La vida del amor de Swann, la fidelidad de sus celos, estaban hechas de muerte, de infidelidad, de innumerables deseos, de innumerables dudas que tenían, todas, un solo objeto: Odette. Si hubiese estado mucho tiempo sin verla, los que morían no habrían sido reemplazados por otros. Pero la presencia de Odette continuaba sembrando el corazón de Swann de cariño alternando con sospechas.

Ciertas noches, Odette se volvía de repente amabilísima con él, advirtiéndole con dureza que debía aprovecharlo en el acto, so pena de no volver a verla así en años; había que regresar inmediatamente a casa de Odette para «hacer catleya», y aquel deseo, que ella pretendía haberle inspirado él, era tan repentino, tan inexplicable, tan imperioso, y las caricias que luego le prodigaba tan demostrativas e insólitas que aquella brutal e inverosímil ternura entristecía tanto a Swann como una mentira o una maldad. Una noche en que, obedeciendo a una orden de Odette, había vuelto a su casa, y en que ella mezclaba sus besos con apasionadas palabras que contrastaban con su habitual sequedad, creyó oír de

pronto un ruido; se levantó, buscó por todas partes, no encontró a nadie, pero no tuvo valor para volver a ocupar su sitio junto a Odette, quien entonces, en el colmo de la rabia, rompió un jarrón y le dijo: «¡Nunca se puede hacer nada contigo!». Y a él le quedó la duda de si ella no había escondido a alguien, al que había querido hacer sufrir de celos o excitar sus sentidos.

Algunas veces iba a casas de citas, esperando llegar a saber algo de ella, aunque sin atreverse a pronunciar su nombre. «Tengo una chiquilla que va a gustarle», decía la alcahueta. Y permanecía una hora hablando tristemente con alguna pobre muchacha asombrada de que no pretendiese nada más. Una muy joven y seductora le dijo un día: «A mí lo que me gustaría es encontrar un amigo, entonces podría estar seguro, nunca volvería a irme con nadie. - ¿Crees de veras que a una mujer puede conmoverla tanto que la quieran que no te engañe nunca?, le preguntó Swann ansioso. - ¡Claro que sí! ¡Eso va en temperamentos!». Swann no podía dejar de decir a las prostitutas las mismas cosas que habrían agradado a la princesa des Laumes. A la que buscaba un protector, le dijo sonriendo: «¡Qué bien! Hoy vienes con los ojos azules del mismo color de tu cinturón. - También usted lleva puños azules. - ¡Bonita conversación para un sitio como éste! ¿No te aburro? Tal vez tengas algo que hacer. - No, dispongo de todo el tiempo que quiera. Si usted me habría aburrido, se lo habría dicho Al contrario, me gusta mucho oírle hablar. - Me siento halagado. ¿Verdad que estamos charlando amistosamente?, le dijo a la alcahueta que acababa de entrar. - Sí, lo mismo que estaba pensando yo. ¡Qué serios! Ya ve... ahora a mi casa se viene a hablar. El otro día lo decía el príncipe, se está mucho mejor aquí que en el salón de su mujer. Por lo que se ve, ahora en sociedad todas las mujeres tienen los mismos modales, ¡un verdadero escándalo! Me voy, que soy discreta». Y dejó a Swann con la muchacha de los ojos azules. Pero él no tardó en levantarse y despedirse, la muchacha no le interesaba, no conocía a Odette.

Como el pintor había estado enfermo, el doctor Cottard le aconsejó un viaje por mar; varios fieles hablaron de acompañarle; los Verdurin no pudieron resignarse a quedarse solos, alquilaron un yate, que terminaron comprando, y de este modo Odette hizo frecuentes cruceros. Cada vez que se iba, al poco tiempo Swann tenía la sensación de que empe-

zaba a distanciarse de ella, pero desde el momento en que sabía que Odette había vuelto, no podía pasar sin verla, como si esa distancia moral se correspondiese con la distancia material. En cierta ocasión, aunque se marcharon sólo por un mes, según creían, ya fuera porque sintiesen la tentación en ruta, ya porque M. Verdurin hubiese dispuesto las cosas de antemano y en secreto para complacer a su mujer, comunicándoselo a los fieles sobre la marcha y paso a paso, de Argelia fueron a Túnez, luego a Italia, y más tarde a Grecia, a Constantinopla, en Asia Menor. El viaje duraba ya casi un año. Swann estaba totalmente tranquilo, casi feliz. Aunque Mme. Verdurin hubiese intentado convencer al pianista y al doctor Cottard de que la tía del primero y los enfermos del segundo no los necesitaban para nada, y que, en cualquier caso, era una imprudencia dejar que Mme. Cottard regresase a París, donde según M. Verdurin había una revolución se vio obligada a devolverles la libertad en Constantinopla. Y el pintor se marchó con ellos. Cierto día, poco después del regreso de estos tres viajeros, al ver pasar un ómnibus en dirección al Luxembourg, donde tenía algo que hacer, Swann había saltado dentro y allí se encontró sentado frente a Mme. Cottard, que hacía su gira de visitas «de días de recibir», en atuendo de gala, pluma en el sombrero, vestido de seda, manguito, *en-tout-cas*' tarjetero y guantes blancos pulidos. Revestida con tales insignias, cuando hacía buen tiempo iba a pie de una casa a otra dentro de un mismo barrio, pero para ir luego a otro barrio distinto utilizaba el ómnibus con billete circular. Durante los primeros instantes, antes de que la natural amabilidad de la dama lograse romper la rigidez de la pequeña burguesa, y sin saber por otra parte si debía hablar a Swann de los Verdurin, pronunció con toda naturalidad, con su voz lenta, torpe y dulce que por momentos el ómnibus cubría totalmente con su estruendo, unas palabras elegidas entre las que oía y repetía en las veinticinco casas cuyas escaleras subía al cabo de una jornada:

«No he de preguntarle, caballero, si un hombre que, como

usted, está al día ha visto, en los Mirlitons el retrato de Machard[1], que llama la atención de todo París. Y dígame, ¿qué le parece? ¿Pertenece usted al bando de los que aprueban o de los que censuran? En todos los salones no se habla de otra cosa que del retrato de Machard, y no es uno *chic,* no es uno perfecto y no está uno en la onda si no se opina sobre el retrato de Machard».

Cuando Swann respondió que no había visto aquel retrato, Mme. Cottard temió haberle molestado por verse obligado a confesarlo.

«¡Ah! ¡Eso está muy bien! Por lo menos lo admite francamente, no se cree deshonrado por no haber visto el retrato de Machard. Me parece estupendo de su parte. Pues bien, yo sí lo he visto, y hay opiniones para todos los gustos; unos lo encuentran algo relamido, un poco como nata batida; a mí me parece ideal. Evidentemente, no se parece a las mujeres azules y amarillas de nuestro amigo Biche. Mas, si quiere que le diga la verdad, y a riesgo de parecerle muy poco *fin de siècle,* pero lo digo como lo pienso, no lo comprendo. Dios mío, reconozco la calidad que hay en el retrato de mi marido, es menos raro que las cosas que suele hacer, pero no ha podido renunciar a ponerle unos bigotes azules. ¡Mientras que Machard! Mire, precisamente el marido de la amiga a cuya casa voy ahora (y que me proporciona el gratísimo placer de viajar en su compañía) le ha prometido, si le hacen académico (es uno de los colegas del doctor), encargarle su retrato a Machard. ¡Desde luego que es un sueño hermoso! Otra amiga mía asegura que prefiere Leloir[2]. No soy más que una pobre profana y quizá Leloir sea superior en cuanto a ciencia técnica. Mas creo yo que la primera cualidad de un retrato, sobre todo cuando cuesta diez mil francos, es parecerse, y con un parecido agradable».

Después de haber dicho estas palabras que le inspiraban la altura de la pluma del sombrero, las iniciales del tarjetero,

el numerito grabado a tinta en sus guantes por el tintorero y el apuro de hablar a Swann de los Verdurin, Mme. Cottard, viendo que aún estaban lejos de la esquina de la calle Bonaparte donde el conductor debía dejarla, escuchó a su corazón que le aconsejaba otras palabras.

«Seguro que le han silbado los oídos, señor, le dijo, mientras estábamos de viaje con Mme. Verdurin. Sólo se hablaba de usted».

A Swann le sorprendió mucho, suponía que su nombre no se profería nunca delante de los Verdurin.

«Además, añadió Mme. Cottard, con nosotros estaba Mme. de Crécy, con eso está todo dicho. Dondequiera que esté, Odette nunca puede pasar mucho tiempo sin hablar de usted. Y ya puede suponer que no para mal. ¿Cómo, lo duda?», dijo al ver un gesto escéptico de Swann.

Y, arrastrada por la sinceridad de su propia convicción, sin poner por otro lado malicia alguna en esa palabra que sólo utilizaba en el sentido en que suele emplearse para hablar del afecto que une a dos amigos:

«¡Pero si le adora! ¡Ah, aunque creo que no podría decirse esto en presencia de Odette! ¡Buena la haríamos! A propósito de cualquier cosa, por ejemplo viendo un cuadro, decía: "¡Ay!, si estuviese aquí, él sí que sabría decirle si es auténtico o no. Nadie como él para eso". Y a cada instante preguntaba: "¿Qué estará haciendo ahora? ¡Con tal de que trabaje un poco! ¡Qué pena que un joven tan inteligente sea tan perezoso!". (¿Me perdona, verdad?) "Estoy viéndole en este momento, piensa en nosotros, se pregunta dónde estamos". Y hasta tuvo una ocurrencia que a mí me gustó mucho: M. Verdurin le decía: "Pero ¿cómo puede ver lo que hace en este momento si está usted a ochocientas leguas?". Entonces Odette le replicó: "No hay nada imposible para los ojos de una amiga". No, se lo juro, no le digo todo esto para halagarle, en ella tiene usted una verdadera amiga como hay pocas. Además debo decirle, por si no lo sabe, que es usted el único. Mme. Verdurin me lo repetía una vez más el último día (ya sabe que, en vísperas de una partida, se habla con más confianza): "No digo que Odette no nos quiera, pero todo lo que le digamos no tendría mucho peso frente a lo que Swann le dijese". ¡Oh, Dios mío!, el conductor está parándome, charlando con usted se me iba a pasar la calle Bonaparte... ¿Sería usted tan amable de decirme si llevo la pluma derecha?».

Y Mme. Cottard sacó de su manguito, para tendérsela a Swann, una mano enguantada de blanco de la que escapaba, junto con un billete circular, una visión de vida elegante

que invadió todo el ómnibus, mezclada al perfume del tintorero. Y Swann sintió una ternura desbordante por ella, tanto como por Mme. Verdurin (y casi tanto como por Odette, porque, como a los sentimientos por esta última ya no se mezclaba el sufrimiento, apenas si era amor), mientras desde la plataforma, siguiéndola con una mirada enternecida, la vio enfilar valerosamente la calle Bonaparte, con la pluma enhiesta, recogiéndose la falda con una mano, empuñando con la otra el paraguas y el tarjetero cuyas iniciales enseñaba mientras dejaba balancearse el manguito delante de ella.

Para competir con los sentimientos enfeiniizos que Swann alimentaba por Odette, Mme. Cottard, mejor terapeuta de lo que hubiese sido su marido, había injertado junto a ellos otros sentimientos, normales en este caso, de gratitud, de amistad, sentimientos que en la mente de Swann harían a Odette más humana (más semejante a las demás mujeres, porque también otras mujeres podían inspirárselos) y acelerarían su transformación definitiva en aquella Odette amada con un afecto sereno que una noche, después de una fiesta en casa del pintor, lo había llevado a su casa para beber un vaso de naranjada con Forcheville, y a cuyo lado Swann había entrevisto la posibilidad de vivir feliz.

Tiempo atrás había pensado muchas veces con terror que un día dejaría de estar enamorado de Odette, y se había prometido permanecer alerta y, en cuanto sintiese que su amor empezaba a abandonarle, aferrarse a él, retenerlo. Pero resulta que el debilitamiento de su amor correspondía simultáneamente a un debilitamiento del deseo de seguir enamorado. Porque no podemos cambiar, es decir convertirnos en otra persona, y seguir obedeciendo a los sentimientos de aquella que ya no existe. A veces el nombre, leído en un periódico, de alguien que según sus sospechas podía haber sido amante de Odette, volvía a encender sus celos. Pero eran muy leves, y como le demostraban que aún no había salido por entero de aquel período en que tanto había sufrido - aunque también en él conociera una forma de sentir tan voluptuosa - y cuyas bellezas acaso le permitirían seguir vislumbrando, furtivamente y de lejos, los azares del camino, aquellos celos le procuraban más bien una excitación agradable, como al melancólico parisiense que abandona Venecia para regresar a Francia un último mosquito le demuestra que todavía no están muy lejos Italia y el verano. Pero la mayoría de las veces, cuando hacía un esfuerzo, si no para permanecer en ese período tan particular de su vida del que estaba saliendo, al menos para tener una

visión clara mientras todavía pudiese, se daba cuenta de que ya no podía; habría querido contemplar como un paisaje que va desapareciendo aquel amor que acababa de dejar; pero es tan difícil desdoblarse y ofrecerse a sí mismo el espectáculo verídico de un sentimiento que hemos dejado de poseer, que enseguida se hacía la oscuridad en su cerebro y, al no ver nada, renunciaba a mirar, se quitaba los lentes, limpiaba los cristales y, diciéndose que más valía descansar un poco, que todavía dispondría de algún tiempo, se refugiaba, falto de curiosidad, en el embotamiento del viajero adormecido que se cala el sombrero hasta los ojos para dormir mientras siente que el vagón lo va llevando, cada vez más deprisa, lejos del país donde ha vivido tanto tiempo y que se había prometido no dejar escapar sin darle un último adiós. Y así, como ese viajero que sólo se ha despertado después de haber llegado a Francia, cuando Swann recogió por casualidad y a su lado la prueba de que Forcheville había sido amante de Odette, notó que ya no sentía dolor alguno, que ahora el amor quedaba lejos, y lamentó no haber sido advertido del momento en que le abandonaba para siempre. Y del mismo modo que antes de besar a Odette por primera vez había tratado de imprimir en su memoria el rostro que tanto tiempo ella había tenido para él y que iba a transformar el recuerdo de aquel beso, así hubiese querido, con el pensamiento al menos, haber podido despedirse, mientras aún existía, de aquella Odette que le inspiraba amor y celos, de aquella Odette que le ocasionaba sufrimientos y a la que ahora no volvería a ver jamás. Se equivocaba. Debía volver a verla una vez más, pocas semanas después. Fue durmiendo, en el crepúsculo de un sueño. Paseaba él con Mme. Verdurin, el doctor Cottard, un joven con fez al que no conseguía identificar, el pintor, Odette, Napoleón III y mi abuelo, por un sendero que, cortado a pico sobre el mar, lo bordeaba unas veces a gran altura, otras sólo a unos metros, de suerte que continuamente subían y bajaban; los paseantes que bajaban no eran ya visibles para los que aún subían, la poca luz que todavía quedaba decrecía y en esos instantes parecía que iba a echárseles encima una noche profunda. De vez en cuando las olas saltaban hasta el borde y Swann sentía en su mejilla salpicaduras heladas. Odette le decía que se las secara, pero le resultaba imposible y sentía apuro ante ella, como si estuviese en camisón. Esperaba que gracias a la oscuridad nadie se diese cuenta, pero Mme. Verdurin clavó en él unos ojos asombrados durante un largo momento en el que vio deformarse la cara de la mujer, alargarse su nariz, y que le habían cre-

cido unos bigotes enormes. Apartó la vista para volverla hacia Odette, tenía pálidas las mejillas, con puntitos rojos, unas facciones descompuestas, ojeras, mas lo miraba con ojos llenos de ternura dispuestos a desprenderse como lágrimas para caer sobre él, y Swann sentía que la amaba tanto que habría querido llevársela enseguida. De repente Odette giró la muñeca, miró un relojito y dijo: «Tengo que irme», se despedía de todos de la misma forma, sin llevar aparte a Swann, sin decirle dónde volvería a verlo esa noche o algún otro día. No se atrevió a preguntárselo, hubiese querido seguirla y estaba obligado, sin volverse hacia ella, a responder sonriendo a una pregunta de Mme. Verdurin, pero su corazón latía horriblemente, sentía odio hacia Odette, habría deseado arrancarle los ojos que tanto amaba hacía un momento, machacar aquellas mejillas sin lozanía. Continuaba subiendo con Mme. Verdurin, es decir alejándose a cada paso de Odette, que bajaba en sentido inverso. Al cabo de un segundo, hacía muchas horas que ella se había ido. El pintor hizo notar a Swann que Napoleón III se había eclipsado nada más irse Odette. «Seguro que estaban de acuerdo, añadió, han debido de reunirse al pie de la cuesta, "pero no han querido despedirse a la vez por las conveniencias. Ella es su amante». El joven desconocido se echó a llorar. Swann trató de consolarle. «Al fin y al cabo, Odette tiene razón», le dijo enjugándole los ojos y quitándole el fez para que estuviese más cómodo. «Se lo he aconsejado diez veces. ¿Por qué entristecerse? Era el hombre que podía comprenderla». Así hablaba Swann consigo mismo, porque el joven al que no había podido identificar al principio, también era él; como algunos novelistas, había distribuido su personalidad en dos personajes, el que soñaba, y otro que veía delante de sí tocado con un fez.

En cuanto a Napoleón III, era a Forcheville a quien alguna vaga asociación de ideas, luego cierta modificación en la fisonomía habitual del barón, y por último el gran cordón de la Legión de honor que llevaba al pecho habían atribuido ese nombre; pero en realidad, y por todo lo que el personaje presente en el sueño representaba y le recordaba, era desde luego Forcheville. Porque, de imágenes incompletas y cambiantes, Swann, dormido, sacaba deducciones falsas, pero momentáneamente dotadas de tal fuerza creativa que se reproducían por simple división como ciertos organismos inferiores; con el calor que sentía en la palma de su propia mano modelaba el hueco de una mano ajena que imaginaba estrechar, y de sentimientos e impresiones de los que aún no era consciente hacía nacer peripecias que, por su enca-

denamiento lógico, en el momento oportuno introducirían en el sueño de Swann el personaje necesario para recibir su amor o provocar su despertar. De repente la oscuridad se hizo profunda, tocaron a rebato, pasó gente corriendo, escapando de unas casas en llamas; Swann oía el fragor de las olas que saltaban y también su corazón que, con la misma violencia, latía de ansiedad en su pecho. De pronto sus palpitaciones aumentaron la velocidad, sintió un dolor, una náusea inexplicable; un aldeano cubierto de quemaduras le gritó al pasar: «Vaya a preguntar a Charlus adónde fue Odette a terminar la velada con su compañero, tiempo atrás estuvo con ella y ella se lo cuenta todo. Son ellos los que han prendido el fuego». Era su ayuda de cámara que venía a despertarle y le decía:

«Señor, son las ocho y ha llegado el peluquero, le he dicho que vuelva dentro de una hora».

Pero estas palabras, penetrando en las ondas del sueño en que Swann se hallaba sumido, sólo llegaron a su conciencia después de sufrir esa desviación por la que en el fondo del agua un rayo de luz parece un sol, lo mismo que un momento antes el ruido de la campanilla, adquiriendo en el fondo de aquellos abismos una sonoridad de rebato, había engendrado el episodio del incendio. Mientras, el decorado que tenía ante los ojos se deshizo en polvo; abrió los ojos, oyó por última vez el rumor de una de las olas del mar que se alejaba. Se tocó la mejilla. Estaba seca. Y sin embargo recordaba la sensación del agua fría y el sabor de la sal. Se levantó, se vistió. Había hecho venir temprano al peluquero porque la víspera le había escrito a mi abuelo que iría por la tarde a Combray, al enterarse de que Mme. de Cambremer - de soltera Mlle. Legrandin - iba a pasar allí unos días. Asociando en su recuerdo la seducción de aquel rostro joven y la de una campiña que no visitaba hacía tanto tiempo, juntos le ofrecían un atractivo que por fin le había decidido a irse de París por unos días. Como los diversos azares que nos ponen en presencia de ciertas personas no coinciden con el tiempo en que las amamos, sino que, desbordándolo, pueden producirse antes de que comience y repetirse después de haber acabado, las primeras apariciones que hace en nuestra vida un ser destinado a gustarnos más tarde, adquieren retrospectivamente a nuestros ojos un valor de advertencia, de presagio. De esta forma se había remitido Swann con frecuencia a la imagen de Odette cuando la vio en el teatro, aquella primera noche en que ya no creía que había de volver a verla nunca - y así también recordaba ahora la velada de Mme. de Saint-Euverte en que había

presentado el general de Froberville a Mme. de Cambremer. Son tan múltiples los intereses de nuestra vida que no es raro que, en la misma circunstancia, una felicidad que aún no existe ponga sus jalones junto al agravamiento de una pena que sufrimos. Y sin duda es lo que habría podido ocurrirle a Swann en cualquier parte menos en casa de Mme. de Saint-Euverte. ¿Quién sabe si, de encontrarse esa noche en otra parte, no le hubieran sucedido otras dichas y otras penas que luego podrían haberle parecido igual de inevitables? Pero lo que le parecía inevitable era lo que había ocurrido, y no estaba lejos de ver algo providencial en el hecho de haberse decidido a acudir a la velada de Mme. de Saint-Euverte, porque su mente deseosa de admirar la riqueza de invención de la vida e incapaz de plantearse por mucho tiempo una pregunta difícil, como saber qué hubiese sido más deseable, consideraba en los sufrimientos que había padecido aquella noche y en los placeres aún insospechados que ya estaban germinando - y entre los que resultaba demasiado difícil hacer balance - una especie de encadenamiento necesario.

Pero mientras que, una hora después de despertarse, daba indicaciones al peluquero para que su peinado a cepillo no se deshiciese durante el viaje, volvió a pensar en su sueño; volvió a ver, porque las había sentido muy cerca, la tez pálida de Odette, las mejillas demasiado secas, las facciones descompuestas, las ojeras, todo aquello que - en el curso de las sucesivas ternuras que habían convertido su duradero amor por Odette en un largo olvido de la primera imagen que de ella tuvo - había dejado de notar desde los primeros tiempos de su relación, a los que sin duda, mientras dormía, su memoria había acudido en busca de la sensación exacta. Y con aquella grosería intermitente que reaparecía en él en cuanto dejaba de sentirse desgraciado y que, al mismo tiempo, rebajaba el nivel de su moralidad, se dijo para sí: «¡Y pensar que he echado a perder varios años de mi vida, que he querido morirme, que he sentido mi mayor amor por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo!».